



**MARK  
BILLINGHAM**

**MENSAJE  
DE  
MUERTE**

Rezarás para no recibirlo

Lectulandia

El inspector Tom Thorne ha visto muchos cadáveres en su vida. Pero cuando empieza a recibir en el teléfono móvil las macabras fotos de una serie de personas asesinadas, no tarda en darse cuenta de que tal vez el siguiente cadáver sea el suyo.

Incluso tras localizar al hombre que está mandando las fotos, la amenaza no desaparece. Para algunos el caso está prácticamente cerrado, aunque la pesadilla de Thorne no ha hecho más que comenzar.

**Lectulandia**

Mark Billingham

# **Mensaje de muerte**

**Tom Thorne - 7**

ePub r1.0

Karras 20.04.2018

Título original: *Death Message*  
Mark Billingham, 2007  
Traducción: Eva Acosta Rodríguez

Editor digital: Karras  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Claire, como todos.

*La venganza triunfa sobre la muerte;  
el amor la desprecia.*

FRANCIS BACON

## Prólogo

Supo que eran la pasma en el mismo instante en que los vio, pero algo en su actitud, en aquella incomodidad de cumplido y en cómo sus facciones adoptaban un gesto de exagerada preocupación, le taladró un agujero hasta las mismas tripas. Le arrebató el aliento al dejarse caer en la silla donde la mujer le aconsejó que se sentara.

Reunió un poco de saliva en la seca boca y tragó. Luego se quedó mirándolos mientras los dos trataban en vano de ponerse cómodos; mientras carraspeaban y acercaban un poco más las sillas.

Los tres dieron un respingo al oírlo: el tremendo chirrido y el eco.

Era como si los hubieran soltado en la habitación contra su voluntad, como si fueran actores que hubieran llegado por casualidad a un escenario sin saber en qué obra estaban, y casi le dieron pena al verlos intercambiar miradas, mientras sentía el grito que iba cobrando fuerza en lo más hondo de su interior.

Los policías se presentaron. Primero el hombre, el más bajo, y después su colega femenina. Los dos le dijeron sus nombres de pila, como si eso sirviera de algo.

—Lo siento, Marcus, pero le traemos malas noticias.

Ni siquiera se enteró de los apellidos; la verdad es que no. Se limitó a mirarles fijamente las cabezas, a captar detalles que presintió que aún recordaría mucho después de salir de aquella habitación: un cuello de camisa sucio; el delicado mapa de venas en la nariz de un bebedor; las raíces oscuras que asomaban bajo un tinte...

—Angela —dijo—. Es Angela, ¿verdad?

—Lo lamento.

—Dígame.

—Ha habido un accidente.

—¿Grave...?

—Por desgracia, el coche no paró.

Y entonces, mientras observaba cómo sus bocas formaban las palabras, una idea, un solo pensamiento trivial surgió por encima del ruido de su mente como una voz lejana, apenas audible sobre el crepitar de una radio mal sintonizada.

Por eso han mandado a una mujer: porque en teoría son más sensibles. O a lo mejor porque creen que así habrá menos posibilidades de que me eche a llorar, de que me ponga histérico o algo...

—Hábleme de ese coche —dijo.

El policía asintió como si estuviera preparado para aquella petición; le agradaba más encargarse de los detalles técnicos.

—Creemos que el conductor se saltó el semáforo y no tuvo tiempo de frenar en el paso de cebra; lo más probable es que superara el límite de alcoholemia. No conseguimos una descripción demasiado útil en el momento, pero hemos obtenido una muestra de la pintura.

—¿Del cuerpo de Angela?

El poli asintió despacio y tomó otra buena bocanada de aire.

—Encontramos el coche quemado a la mañana siguiente, a unos kilómetros de allí. Lo robarían para darse una vuelta, nada más...

Dentro de la habitación el aire era caliente y húmedo. Por el olor supo que no haría mucho que la habrían pintado. Pensó en dormir y en despertar de una pesadilla entre sábanas pegajosas.

—¿Quién está cuidando a Robbie?

Tenía la vista clavada en el policía cuando hizo la pregunta. Peter no sé qué. Vio que desviaba la mirada y sintió que algo se le desgarraba dentro del pecho.

—Lo siento —dijo la mujer—. Su hijo estaba con la señorita Georgiou en el momento del accidente. El vehículo los atropello a los dos.

—Murieron en el acto.

El policía tenía las manos apretadas fuerte; ahora aflojó el agarrón y empezó a darle vueltas a la alianza en el dedo.

—Fue instantáneo, ¿sabe?

Miró cómo el pulgar y el índice del poli se movían, temblando mientras empezaban a helársele las venas y a hacérsele añicos bajo la piel. Sintió que la sangre se le volvía negra y se reducía a polvo; que pasaba rozándole apenas los tatuajes y la piel que amarilleaba, como la sangre de alguien que llevara muerto mucho tiempo.

—Bueno... —dijo la mujer. Queriendo decir: «Gracias a Dios; y ahora, ¿salimos pitando de aquí?».

Él asintió con un gesto, queriendo decir: «Sí, y gracias, y por favor váyanse a tomar por el culo antes de que les parta la cara de un cabezazo, o de que parta la pared, o el suelo».

Mientras caminaba otra vez hacia la puerta donde esperaba el guardia, fue como si, de pronto, cada sentido marchara a tope, aguzado en un arrebatado pasajero antes de que todo empezara a cenarse.

Las juntas de los ladrillos pintados se abrían como grietas, y estuvo tentado de meter los dedos dentro. Sintió el áspero roce de la tela de los tejanos en las piernas al andar, y desde el otro lado de la habitación le llegaron perfectamente los susurros de los dos policías, resonando por encima del agua que corría por los radiadores.

—¿Cuándo sale?

—Un par de semanas, creo.

—Bueno; por lo menos así no tendrá que ir al funeral con las esposas puestas.

## **Primera parte**

**«Enviar»**

# Uno

Tom Thorne no estaba seguro de que la vieja tuviera el as que pretendía tener con tanto afán. La sonrisa y las gafas de la dulce ancianita no lo engañaban ni un segundo, ni tampoco el pelo de algodón de azúcar ni el bolso de tela escocesa. Tampoco se creía al tipo de la mandíbula cuadrada y el esmoquin, a quien había puesto en evidencia un par de manos antes. Al tío aquel le daba una pareja de dieces como máximo.

Thorne subió quince dólares. El as que él sí que tenía le proporcionaba la pareja más alta, pero como en la mesa había tres corazones, quiso espantar a quien, a lo mejor, anduviese detrás del color.

El tío del esmoquin se retiró, seguido rápidamente por el fulano calvo de la camisa chillona que se había pasado toda la partida mascando un grueso puro.

Ahora solo quedaban Thorne y la vieja. Ella se tomó su tiempo, pero al final puso las cartas sobre el tapete y dejó que él cogiera los veinticinco dólares del bote.

Esa era la alegría y la frustración del póquer en Internet. Aunque los jugadores eran de lo más auténtico, los dibujos de los personajes sentados en torno a la mesa no variaban. Y a lo mejor la vieja (que lucía el nombre de usuario de Tope Farolero) en realidad era un adolescente con cara de torta que vivía en el Medio Oeste norteamericano.

Hacía unos cuantos meses que Thorne (a efectos del juego en Internet, conocido como El Poli de las Kartas) entraba en Pokerpro.com. Un poco de diversión inofensiva, nada más. Había visto a suficientes damnificados como para saber que el juego podía quitártelo todo con tanta eficacia como la adicción a la heroína, y también sabía que para muchos miles de personas del país, la disponibilidad en Internet no hacía sino acelerar el proceso. Él lo consideraba tan solo una forma distendida de relajarse al acabar la jornada. O, como aquella noche, de matar el tiempo mientras esperaba a que llamara Louise.

Le echó un vistazo al reloj y se sorprendió al ver que había estado jugando dos horas y media.

Una rápida ojeada a la parte inferior de la pantalla le indicó que llevaba una ventaja de cuarenta dólares en la velada. Doscientos setenta y cinco dólares en total. No era para quejarse; además, aunque de vez en cuando perdiera algo de dinero, le parecía que seguía siendo menos que si pasara el mismo tiempo en el Royal Oak.

Se levantó y se acercó al equipo de música. Sacó el compacto de Laura Cantrell que había estado escuchando y empezó a buscar un sustituto adecuado mientras decidía que iba a esperar otra media hora..., o quizá tres cuartos, hasta las dos. Luego se iría a dormir.

Mantén una relación sentimental con Louise Porter desde finales de mayo; desde finales de un caso en el que trabajaron juntos, porque a Thorne lo trasladaron temporalmente a su grupo de la Unidad de Secuestros. El caso Mullen costó varias

vidas: algunas perdidas y muchas más destrozadas sin remisión. Thorne y Louise se sorprendían tanto como los demás de haber sacado algo positivo de aquella carnicería, y aún los sorprendía más el que, al cabo de cinco meses, no diera señales de perder fuelle.

Thorne sacó una recopilación de Waylon Jennings. Metió el compacto en el reproductor y empezó a seguir con la cabeza el ritmo que acompañaba a la guitarra en el inicio de *Only Daddy That'll Walk The Line*.

La verdad es que dos policías que trabajaran en unidades distintas no lo tenían fácil para pasar mucho tiempo juntos, aunque Louise creía firmemente que el no estar todo el rato uno pegado al otro ayudaba a mantener vivas las cosas. Ella tenía su pisito en Pimlico: a un buen trecho en metro o en coche desde el piso, aún más pequeño, de Thorne, que estaba en Kentish Town. Y aunque pasaban juntos al menos dos o tres noches por semana en casa de uno o del otro, Louise decía que la distancia bastaba para evitar cualquier sombra de inquietud que, de otra forma, a lo mejor se colaría en la historia. Cosas como perder la independencia o tenerse demasiado visto... O incluso, sencillamente, aburrirse.

Aunque Thorne había sido propenso a todos esos asuntos más de una vez, le decía a Louise que a lo mejor se excedía un poquito. Al cabo de un par de meses, en cierta ocasión en que tomaban café en el Bengal Lancer, una charla sobre arreglos domésticos empezó a parecerse de pronto a una sesión informativa de brigada. Entonces Thorne se inclinó sobre la mesa, le rozó los dedos y le dijo que debían intentar relajarse y pasárselo bien, nada más. Que tomarse las cosas al día no hacía daño.

—Esa es una típica actitud de «tío» —dijo Louise.

—¿Qué?

—Esas gilipolleces de «relájate». Y tú lo sabes.

Thorne hizo una mueca, fingiendo ignorancia.

—Siempre me asombra que los hombres casi nunca dispongan de cinco minutos para hablar de una relación, pero sean capaces de pasarse todo el día tan contentos, poniendo en orden alfabético una colección de compactos...

Claro que Thorne sabía que Krauss iba antes de Kristofferson... Pero también sabía que se sentía de lo más bien, y de lo más feliz, por primera vez desde que había muerto su padre, hacía dos años y medio.

Cuando Waylon Jennings (archivado entre The Jayhawks y George Jones) empezó a cantar *The Taker*, Thorne volvió al ordenador y se sentó a jugar unas cuantas manos más. Entonces sintió que Elvis daba vueltas debajo de la mesa, husmeándole las espinillas con la esperanza de un tentempié tardío o de un desayuno ridículamente temprano.

Buscaba los *friskies*, pensando en la posibilidad de montar una pareja rey-diez con sus cartas, cuando le sonó el móvil.

—Perdona —dijo Louise—. Estoy saliendo ahora mismo.

Igual que otras secciones de Operaciones Especializadas, la de Louise Porter se encontraba en Scotland Yard. Había otra buena, y tranquilizadora, distancia desde donde tenía su base el grupo de homicidios de Thorne, en el Peel Centre, en Hendon; aunque a aquella hora de la noche probablemente no estaría a más de veinte minutos en coche de Kentish Town.

—Pondré el agua a hervir para el té —dijo Thorne.

La conversación se interrumpió un instante; oyó a Louise intercambiar breves bromas con los policías que estaban de servicio de seguridad al tiempo que salía y bajaba hacia el aparcamiento subterráneo.

—Creo que esta noche me voy derecha a casa —dijo ella al fin.

—Ah, vale.

—Estoy reventada.

—De acuerdo.

—Que sea mañana por la noche.

—Hombre, para mí va a ser esta noche... —dijo Thorne—. Aunque solo, por lo visto.

Ella se echó a reír; una carcajada picara. Respiraba fuerte, y Thorne se la imaginó caminando deprisa, deseosa de llegar al coche y a su casa.

—Debí llamar antes —dijo ella—, pero ya sabes cómo es esto. ¿Te has quedado esperando mucho rato?

—No importa.

Y no importaba. A veces los dos trabajaban tarde, hasta horas absurdas, y mantenían muchas charlas como aquella, de última hora de la noche..., o primera de la madrugada.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Con altibajos.

Como siempre, Thorne trabajaba en media docena de asesinatos distintos, cada uno en distinta fase: entre un cadáver que aún se enfriaba y un caso judicial que empezaba a calentarse. Una mujer cuyo marido, tras perder la cabeza, la había matado a ella y a la madre de ella pegándoles con una botella de vodka vacía; una adolescente asiática asfixiada por un tío suyo en algo que se parecía sospechosamente a un crimen «de honor»; un joven turco asesinado en el aparcamiento de un *pub*...

—¿Y tú? —preguntó Thorne.

—La mar de divertido —dijo Louise—. He pasado una tarde maravillosa intentando convencer a un importante distribuidor de drogas, que no quiere presentar cargos contra otro importante distribuidor de drogas, de que no se tomó como rehén a sí mismo durante una semana y no se cortó tres dedos.

—¿Y cómo fue eso?

—Por lo visto se quedó encerrado por casualidad en un cobertizo; entonces decidió hacer un poquito de bricolaje para pasar el tiempo y se despistó con la sierra eléctrica.

—No saques conclusiones apresuradas —dijo Thorne—. ¿Tiene cara de buena persona?

Otra fuerte carcajada. Al oír un leve eco, él se dio cuenta de que estaba en el subterráneo.

—Pareces cansado —dijo Louise.

—Estoy bien.

—¿Qué has estado haciendo?

—No mucho. He visto una película de mierda..., me he puesto un poco al día del papeleo...

—Vale.

La llamada empezó a entrecortarse porque se perdía la señal. Thorne oyó el pitar del mando a distancia cuando ella abrió el coche.

—Entonces, mañana por la noche, ¿seguro?

—Si no tengo que lavarme el pelo... —dijo Thorne.

—Te llamo durante el día.

Thorne echó un vistazo a la pantalla del ordenador cuando se repartía la cuarta carta comunitaria. Vio que, con una carta aún por salir, su rey-diez se convertía en un proyecto de escalera abierta.

—Conduce con cuidado...

Entró en la cocina para prepararse un té, pidió disculpas a Elvis por haberse olvidado de su comida y encendió el hervidor del agua camino del frigorífico. Estaba alargando la mano para coger un tazón cuando oyó los pitidos de mensaje del teléfono.

Sabía que era de Louise; sonriendo, pulsó MOSTRAR, y el texto solo sirvió para que su sonrisa se ampliara más.

*Sé que estás jugando al póquer. XXX*

Aún intentaba pensar en una respuesta divertida cuando el tono volvió a sonar.

Esta vez el mensaje no era de Louise Porter.

Era un mensaje multimedia con una fotografía adjunta. La foto tenía mala definición y, además, estaba hecha de cerca y desde abajo, de modo que Thorne tuvo que poner el teléfono más o menos a medio metro de distancia durante unos cuantos segundos y luego ladearlo bien para ver exactamente lo que era. Entonces, se dio cuenta por fin de lo que estaba mirando.

La cara del hombre, pálida y deformada, llenaba la pantallita.

Un mechón de pelo oscuro y rizado cruzaba la única mejilla visible. La boca estaba abierta, con los labios moteados de blanco y una rodaja de lengua apenas visible dentro. Tenía doble papada, montada una encima de la otra; una incipiente barba negra salpicada de canas las cubría, y una fina línea roja las perfilaba. El único ojo estaba cerrado. Thorne no supo muy bien si unas marcas que cruzaban la ceja y seguían hasta la frente eran del objetivo de la cámara o no.

Tecléo en el móvil para recuperar los detalles del mensaje, aparte de hora y fecha, buscando la identidad del remitente. No había ningún nombre; entonces pulsó la tecla de llamada dos veces para marcar el número de teléfono que aparecía.

No había línea.

Volvió a la imagen y clavó la vista en ella al tiempo que sentía acelerársele el pulso en el lado del cuello; al tiempo que sentía aquel conocido y horrible cosquilleo, la vibración que aumentaba y se desplazaba hacia la nuca. En no pocas cuestiones, a veces Thorne no distinguía lo que saltaba a la vista; pero, para bien o para mal, aquel era su campo. A los contables se les daban bien los números, y Tom Thorne sabía reconocer un muerto cuando lo veía.

Volvió a ladear la pantalla y acercó más el móvil a la lámpara de la mesa, olvidada ya la partida de póquer. Miró fijamente la mancha oscura que había bajo la oreja del hombre, algo que desde luego no era pelo. La línea roja que se había metido en la raja de la doble papada.

Que fuese sangre no era una conclusión definitiva, por supuesto, aunque Thorne sabía qué era lo más probable. Sabía que muy poca gente iba por ahí tomando fotos de amigos y parientes a quienes se les hubiera venido encima un muro o que se hubieran caído rodando por la escalera.

Sabía que estaba mirando a la víctima de un asesinato.

## Dos

—¿Tienes idea de cuántos impresos habrá que rellenar?

—Vale, pues entonces saca algo de la caja chica. Porque imagino que tenemos caja chica, ¿no?

—Sí, y eso supone más puñeteros impresos todavía.

Russell Brigstocke se quitó las gafas y se pellizcó el caballete de la nariz con el pulgar y el índice.

Poco dispuesto a amargar más a su comisario, Thorne levantó las manos reconociendo su derrota.

—Da lo mismo. Yo lo pagaré. De todos modos no me vendrá mal tener un repuesto, ¿verdad?

Su consulta había sido bastante inocente...

Pronto había estado claro que Thorne tendría que entregar el teléfono para ver qué información se sacaba, y, como todo el que dependía demasiado del maldito chisme, la idea de quedarse sin él un tiempo lo llenó de horror. Miró el móvil que estaba ahora en la mesa de Brigstocke como si se despidiera por última vez de una querida mascota.

—Siempre puedes quedarte con el teléfono —había dicho Brigstocke—. Que cojan solo la tarjeta SIM.

—¿Para qué? Además, todos mis números están en la tarjeta.

—¿No sabes pasarlos?

—¿A ti qué te parece?

Los dos sabían que no tenían demasiado tiempo para enrollarse.

—Mira, cómprate uno de esos chismes de prepago —dijo Brigstocke—. Activa un desvío y así no perderás ninguna llamada.

—¿Cuánto cuestan?

—No sé, no mucho.

—Entonces, ¿lo pagará la sección?

Había sido una pregunta razonable...

Brigstocke volvió a ponerse las gafas y se metió los dedos por el negro y tupido pelo. Alargó la mano para coger el móvil de Thorne.

—Bueno, si por fin hemos solucionado tu complicada situación telefónica...

—Me gustaría ver cómo te las aviabas tú sin móvil —dijo Thorne.

Brigstocke hizo caso omiso de la pulla y volvió a clavar la mirada en la fotografía de la pantallita del Nokia.

Thorne se quitó la gruesa cazadora de cuero y se volvió para ponerla en el respaldo de su silla. Hora y media antes, al salir del piso, hacía un frío que pelaba, pero al cabo de diez minutos de estar en Becke House había empezado a sudar; allí casi todas las ventanas estaban precintadas con pintura, y los termostatos parecían estar puestos siempre en «Sáhara». Fuera el viento silbaba contra los cristales.

Noviembre iba cogiendo ritmo, brusco e irritable, y desde el despacho de Brigstocke Thorne vio las hojas que se arremolinaban con furia sobre los planos tejados de los edificios de enfrente.

—Es probable que solo sea alguien haciendo el tonto —dijo Brigstocke.

Era lo que Thorne intentaba decirse desde que llegó la fotografía. No se quedó más convencido por oírsele a otra persona.

—No es un maniquí de cera —dijo.

—Tal vez sea una foto de una de esas estafalarias páginas web. Hay majaretadas de toda clase por ahí.

—Tal vez. Aunque tiene que haber cierto sentido.

—¿Y si es una equivocación de número?

—Pues entonces, también es casualidad —dijo Thorne—. Como si a un fontanero le envían por error la foto de una llave de paso rota.

Brigstocke se acercó el teléfono a la cara; lo inclinó solo un poco para que le diera bien la luz y habló tanto para sí mismo como para Thorne.

—La sangre no se ha secado —dijo—. Hemos de suponer que no lleva muerto mucho tiempo.

Thorne seguía pensando en la casualidad. Cierto que con los años había desempeñado su papel en más de un caso, y no la descartaba fácilmente... Pero ya presentía que aquí estaba en juego algún plan.

—Esto no está hecho al azar, Russell. Es un mensaje.

Brigstocke dejó el teléfono en la mesa con suavidad, casi como si le pareciera una falta de respeto hacia aquel muerto aún por identificar hacerlo de otro modo. Sabía que los instintos de Thorne se equivocaban de forma fenomenal con tanta frecuencia como acertaban..., pero también sabía que discutir con ellos era tomar un atajo hacia un dolor de cabeza provocado por la tensión nerviosa, con el añadido de una futura úlcera de estómago. En esta ocasión, la verdad era que no veía que fuese a perjudicar darle rienda suelta a Thorne.

—Se lo llevaremos a los técnicos y veremos qué hacen para depurar la foto. Pondré a alguien a trabajar con la compañía de teléfonos.

—¿Se lo damos a Dave Holland?

—Estoy seguro de que tendrá mucho gusto en despegarse del papeleo de Imlach.

Darren Anthony Imlach: el hombre al que estaban a punto de procesar, acusado de matar a su esposa y a su suegra con una botella de vodka. Los periódicos sensacionalistas que seguían sacando pezones en cantidades que se contaban por números de dos cifras lo habían bautizado «el asesino Smirnoff».

—A Dave se le da bien sacarle cosas a la gente deprisa, ya sabes. A lo mejor ahorra unas cuantas horas de rellenar impresos.

—Eso me parece bien —dijo Brigstocke; con el índice le dio unos golpecitos al teléfono—. ¿Por qué no vas a ver si hay por ahí el rastro de algún cuerpo al que podamos colocarle esta cara?

Thorne ya estaba de pie y alargaba la mano para coger la cazadora.

—Voy a entrar en el boletín ahora mismo.

—¿Te ha contado Kitson lo del caso Sedat?

Thorne se dio la vuelta en la puerta.

—Todavía no la he visto.

—Bueno, ya te pondrá al tanto, pero hemos encontrado un cuchillo. Lo habían tirado en una papelería frente al Queen's Arms.

—¿Huellas?

—No me han dicho nada, pero voy a esperar sentado. Estaba lleno de ceniza de pitillos, de sidra y de cosas. De trozos de puñeteros kebabs...

—Quizá sea un buen momento para dejar que entren los chicos de G&O.

—Que les den por el culo —dijo Brigstocke.

La Unidad del Crimen Grave y Organizado estaba segura de que el asesinato de Deniz Sedat, ocurrido tres días antes, tenía algo que ver con que la víctima estuviera relacionada con una banda criminal turca. Sedat, a quien su novia encontró desangrándose a la puerta de un *pub* de Finsbury Park, no era un personaje destacado en absoluto. Sin embargo, su nombre había surgido en más de una investigación sobre la próspera industria de distribución de heroína del norte de Londres, y al grupo del G&O le había faltado tiempo para ponerse a mangonear.

—Están poniéndose territoriales de verdad, leche —había murmurado Brigstocke el día antes—. Bueno, pues donde las dan las toman...

Thorne había tenido tratos tanto con el G&O como con las bandas criminales turcas con las que estos se enfrentaban, y había buenos motivos, motivos personales, por los que prefería no acercarse más a ninguno de ellos. No obstante, decía mucho del comisario el negarse a que lo intimidaran; además Thorne conocía a su jefe lo suficiente como para saber que no se trataba de un pulso absurdo. Igual que él mismo, era uno de esos polis para quienes un asesinato es algo que había que resolver, y no algo que se quedaba en la mesa y amenazaba con joder las tasas de casos resueltos. Claro que al cabo de tres semanas metido en una investigación estancada por completo, Brigstocke se deprimía tanto como el que más; pero cuando cogía un caso, sabía que había personas, personas muertas y vivas, a quienes les debía los mejores esfuerzos de su grupo.

Ahora Thorne empezaba a creer que él también tenía una víctima propia por la que trabajar. Una víctima en la que alguien había querido que se fijara de forma expresa e inequívoca, y por quien debía hacer todo lo que pudiese.

Por ahora intentaba no pensar demasiado en el asesino: el hombre, o la mujer, que suponía que le había enviado el mensaje.

Ahora mismo solo sabía que el hombre de la foto estaba muerto.

Todo lo que tenía que hacer era encontrarlo.

Los policías de los diversos Grupos de Evaluación de Homicidios que estaban de

guardia en el turno comprendido entre las once de la noche y las siete de la mañana, enviaban informes preliminares por fax a una oficina de comunicación central de Scotland Yard. A su vez, los que estaban de servicio allí emitían un boletín diario al que tenía acceso cualquiera que perteneciese a la Jefatura del Crimen Especializado. El informe resumía las muertes que no tenían explicación o las heridas que ponían en peligro la vida: delitos relacionados con armas de fuego, violaciones, personas desaparecidas de alto riesgo o sucesos muy graves recogidos durante la noche en la zona comprendida dentro de la M25.

Nombre y dirección de la víctima, si se sabía, y breves detalles del suceso; causa de la muerte, si era evidente; policía encargado del caso, si se había asignado uno.

En una mesa libre de la diáfana central operativa, Thorne entró en el sistema, fue al correo electrónico y se leyó de cabo a rabo todos los detalles disponibles de los asesinatos encontrados la noche anterior. El récord de una sola noche (a pesar de las atrocidades terroristas) eran once: una noche, un par de años antes, además de dos broncas domésticas y una en un bar, hubo disparos en una fiesta *house* en Ealing, le prendieron fuego a un piso en Harlesden y una banda en busca de dinero para *crack* hizo picadillo a todo el personal de una oficina de radio-taxis en Stockwell.

Como era de esperar, a raíz de aquella noche en concreto muchos se apresuraron a decir que sí, como aseguraba su orgulloso lema, la Policía Metropolitana de verdad estaba «Trabajando por un Londres más seguro», lo cierto es que no trabajaba lo suficiente; también hubo muchas personas que se deslomaron durante las semanas posteriores, incluido Tom Thorne.

Escudriñó el boletín.

Tres cadáveres superaba el promedio de un martes por la noche.

Buscó «pelo oscuro», «herida en la cabeza»..., cualquier cosa que encajara con la foto del teléfono. La única entrada que se aproximaba se refería al asesinato de un camarero en el West End: un hombre blanco al que habían asaltado cuando volvía a casa y matado a golpes con medio ladrillo en un callejón, detrás de la estación de Holborn.

Thorne lo descartó. A la víctima la describían como de unos veinticinco años, y aunque la muerte es capaz de hacer cosas extrañas con el más lozano de los rostros, sabía que el hombre que buscaba tenía más edad.

Oía al sargento Samir Karim y al agente Andy Stone trabajando en una mesa, detrás de él; aunque, en este caso, «trabajar» significaba hablar de la agente de la comisaría de Colindale a quien por fin Stone había convencido para que saliera a tomar una copa. Thorne salió del boletín y habló sin volverse.

—Es evidente que se trata de discriminación positiva.

—¿Qué? —preguntó Stone.

—Lo de Colindale. Aceptar a esas agentes ciegas.

Karim seguía riéndose cuando él y Stone llegaron junto al hombro de Thorne.

—Me han contado lo de su admirador secreto —dijo Stone—. La mayoría se

limitan a mandar flores.

Karim empezó a ordenar papeles en la mesa.

—Probablemente resultará no ser nada.

—Claro, hoy día a uno le mandan por teléfono mierdas de todas clases. Cada semana me llega un montón de cosas que no he pedido: ofertas, tonos de llamada, yo qué sé. Juegos...

Thorne alzó la mirada hacia Stone y le habló como si el agente fuera tan irremediadamente idiota como parecía por sus palabras.

—¿Y llegan muchas con fotos de cadáveres?

—Era un comentario...

Karim y Stone se quedaron balanceándose sobre los talones, como artistas de un *cabaret* de tercera categoría que hubieran olvidado a quién le tocaba hablar a continuación. Constituían una extraña pareja de humoristas: Stone, alto, moreno y bien trajeado; Karim, robusto, con el pelo plateado y metido en una chaqueta que le sentaba mal, con pinta de profesor de educación física emperejilado para la tarde de los padres de alumnos. A Thorne le caían bien los dos, a pesar de que, en su calidad de responsable de la oficina, Karim a veces tenía manías de vieja, y también a pesar de que Stone no era el más concienzudo de los polis. Hacía más o menos un año, habían matado a puñaladas a un joven agente en prácticas que le habían asignado como compañero. Aunque no se le achacó la responsabilidad de forma oficial, había quien pensaba que lo menos que Andy Stone debía sentir era culpabilidad.

—¿No encontráis a otro a quien fastidiar? —dijo Thorne.

Cuando se apartaron remoloneando, cruzó el estrecho pasillo que rodeaba la central operativa y entró en el pequeño y mal amueblado despacho que compartía con la inspectora Yvonne Kitson. Pasó diez minutos archivando diversos memorándums y boletines en la «P» de «papelera», y luego hojeó con gesto distraído el ejemplar más reciente de *The Job* buscando fotos de gente conocida.

Precisamente cuando miraba una foto del sargento Dave Holland en el momento de recibir un trofeo en algún acontecimiento deportivo de la Met, el hombre en persona apareció en la puerta. Sin dar crédito a sus ojos, Thorne se apresuró a acabar de leer el corto artículo mientras Holland atravesaba la habitación y se sentaba en la silla que había tras la mesa de Kitson.

—¿Tenis de mesa? —dijo Thorne, agitando la revista.

Holland se encogió de hombros, incapaz de no sonreír al ver la sonrisa pegada a la cara de Thorne.

—El juego de pelota más rápido del mundo —dijo.

—No.

Holland esperó.

—El jai alai —dijo Thorne.

—¿El jai qué?

—También llamado «pelota vasca»; se documentan velocidades de hasta casi

ciento diez kilómetros por hora. Una pelota de golf también es más rápida: ciento dos o por ahí en un golpe de salida.

—El que sepas esas historias da mucho miedo —dijo Holland.

—El viejo.

Holland asintió; ahora lo entendía.

En los meses que precedieron su muerte, el padre de Thorne estaba obsesionado con las curiosidades: listas y concursos sobre listas. A medida que el Alzheimer rompía y enmarañaba cada vez más circuitos de su cerebro, eran cada vez más estafalarias..., y su deseo de hablar de ellas, cada vez más ardiente; tanto que había llegado a caracterizarlo.

Los juegos de pelota más rápidos del mundo. Los cinco suicidas más famosos. Los órganos internos que pesan más... Toda clase de caprichosos disparates.

Jim Thorne. Muerto cuando las llamas devoraron su casa mientras dormía. Un sencillo incendio doméstico que cualquier hijo cariñoso (cualquier hijo que se tomara el tiempo y las molestias debidos) sabría que era un peligro en potencia.

O quizá algo completamente distinto.

Un asesinato tramado como mensaje para el propio Thorne; un mensaje muchísimo más claro que el que lo preocupaba en ese instante.

Una cosa o la otra; échalo a cara o cruz. De madrugada, despierto del todo y sudando, Thorne nunca acababa de saber cuál de las dos era más sencilla de asumir.

—Jai alai —dijo Holland—. Lo recordaré.

—¿Qué tal va lo de las compañías telefónicas?

Thorne habló en tono esperanzado aunque sabía que, a menos que el hombre con quien trataban fuera especialmente lerdo, aquella esperanza duraría un suspiro.

—Es un número de T-Mobile —dijo Holland.

—Un prepago, ¿eh?

—Exacto. Han rastreado el número hasta un móvil de prepago que no está dado de alta; el que lo usó lo habrá tirado en cuanto te enviara la foto. O a lo mejor ha conservado el aparato y se ha limitado a echar a la basura la tarjeta SIM.

De cualquiera de las dos maneras, probablemente allí no se conseguiría nada más. A medida que el mercado de los teléfonos móviles se expandía y diversificaba, el rastrear su uso se había convertido en una línea de investigación cada vez más problemática. Las tarjetas de prepago, las de recarga y las SIM se compraban casi en cualquier sitio. La gente compraba móviles con paquetes de llamada incorporados en máquinas expendedoras, y, además, incluso los teléfonos que se daban de alta en una compañía en concreto se liberaban por diez libras en los tenderetes de cualquier mercadillo callejero. Solo con tomar las precauciones más esenciales, la tecnología rara vez trincaba a quienes utilizaban los teléfonos con fines delictivos.

El único modo en que la tecnología sí que trabajaba contra ellos era mediante el rastreo de los repetidores de telefonía móvil: la localización de las torres que proporcionaban la señal empleada para hacer una llamada. Si se identificaba una

antena, la zona desde donde se había hecho la llamada se restringía a media docena de calles, y si las mismas antenas se usaban de forma repetida, tal vez fuera más fácil localizar a los sospechosos o eliminarlos de las investigaciones. Sin embargo, era un asunto que requería mucho tiempo, además de ser caro.

Cuando Thorne hizo la pregunta, Holland le explicó que, en esta ocasión, el comisario se había negado a autorizar una solicitud para localizar el repetidor. Como era de esperar, la reacción de Thorne fue franca, aunque no podía discutir. Las compañías telefónicas cobraban hasta mil libras por tratar y proporcionar información, de modo que sabía que iba a necesitar algo más que la simple foto de un cadáver para convencerlo.

—¿Y qué me dices de dónde lo compró? —preguntó Thorne.

Si rastreaban el móvil hasta una zona concreta, o incluso hasta una tienda en particular, a lo mejor las cámaras de seguridad habían pillado a su hombre. Y es que, si los teléfonos móviles hacían la vida más complicada, la cámara de seguridad iba convirtiéndose de prisa en el mejor amigo del poli. Como ciudadano de la nación más vigilada de Europa, con una cámara por cada catorce personas, al londinense medio lo grababan en vídeo hasta trescientas veces al día.

—Es un teléfono de Carphone Warehouse —dijo Holland.

—¿Eso es buena noticia?

—Intenta adivinar. Según el cretino del agente de la Unidad de Teléfonos, la mercancía solo puede rastrearse hasta el almacén desde el que se envió. Si nuestro hombre lo hubiera comprado en cualquier otro lugar, tal vez tuviéramos posibilidades, pero cada detallista tiene formas distintas de llevar los registros.

—Joder...

—Creo que, sencillamente, le salió bien la cosa al comprar allí el equipo. Porque no entiendo cómo sabía nada de eso... A menos que trabaje para una compañía telefónica o que sea uno de los pelmazos con los que me he pasado la mañana hablando.

—Gracias, Dave.

—Seguiré intentándolo —dijo Holland—. A lo mejor tenemos suerte.

Thorne hizo un gesto afirmativo aunque ya estaba pensando en otras cosas. Como en la propia naturaleza del mensaje que le habían enviado; sabía lo que era, pero no lo que significaba.

¿Era una advertencia? ¿Una invitación? ¿Un desafío?

También pensaba en que si los que mandan querían cambiarles el lema alguna vez, tenía el sustituto perfecto. Uno que daba una imagen muchísimo más fiel del oficio. Thorne se imaginó el papel de cartas con membrete que tenía delante en la mesa, sin aquel cansado lema azul en la parte superior. Se figuró un futuro en que todo el material promocional de la Policía Metropolitana llevara estampado en grandes letras una nueva muletilla.

*A lo mejor tenemos suerte.*

## Tres

—Todo el mundo tiene uno de estos.

El dependiente metió la reluciente tableta en la palma de Thorne.

—Los famosos salen con ellos en *Heat* y en *Loaded* y en todos los periódicos. Tenemos unos cuantos en negro, pero el plateado es guay...

El teléfono no era mucho mayor que una tarjeta de crédito. Thorne bajó la vista hacia las diminutas teclas y pensó que sus dedos rollizos y achaparrados presionarían tres a la vez cuando intentara pulsar un botón.

—Creo que necesito algo más gordo —dijo—. Algo que incluso haga ruido si se me cae del bolsillo.

El vendedor, Parv según la placa del nombre, era un chaval asiático de cara de luna con el pelo de punta. Se frotó la panza sobre un polo un par de tallas demasiado pequeño para él, bordado con el logotipo de la tienda.

—Vale. ¿Y un G3? Estos son más grandes por el teclado, ¿eh? Puede llevar todo su correo electrónico, navegar por Internet, lo que sea.

El chaval creyó ver algo parecido a un auténtico interés en la cara de su cliente y empezó a asentir con gesto de complicidad.

—Huy, sí, acceso de alta velocidad. Y además tiene usted su vídeo en directo, su videollamada y demás.

—No conozco a nadie que la tenga —dijo Thorne.

—¿Y qué?

—Que, ¿con quién voy a mantener una videollamada?

Parv se lo pensó. Entonces alargó la mano para coger otro móvil y pasó por alto el comentario.

—Vale, este es un teléfono muy básico —dijo—. Nada llamativo. Tiene su WAP, su bluetooth, grabadora de voz, cámara de 1,3 megapíxeles, o de 1,5 con mejor *zoom*, en el modelo de tapa, y reproductor MP3 incorporado.

—Tiene buena pinta —dijo Thorne—. ¿Envía y recibe llamadas?

Parv volvió a acariciarse la tripa e hizo todo lo posible por sonreír, aunque su mirada dejaba claro que creía estar atendiendo a un cliente que en cualquier momento a lo mejor se sacaba un arma automática de la cazadora..., o que a lo mejor se sacaba la polla.

—La verdad, solo es para tener un repuesto —impotente, Thorne miró a su alrededor—. No necesito nada de estas gilipolleces ostentosas.

—Perdone...

El chaval cogió el móvil y empezó a escudriñar la tienda buscando otro cliente.

—Todo viene con..., con alguna gilipollez.

A Thorne le pareció el segundo lema estupendo que oía en lo que iba de día. A lo mejor debía dejar el Cuerpo y montar una empresa que vendiera tarjetas de felicitación con mensajes realistas.

—Dígame si necesita algo más —dijo Parv, y casi pareció que lo decía en serio.

Thorne no pudo evitar sentirse culpable por ser el agujero negro donde el chaval había vertido su gran conocimiento y su entusiasmo. Mientras se apresuraba a asegurarle que sí que compraría algo, pero que tenía que hacerle algunas preguntas más, retrocedió un paso hacia el anaquel de móviles G3 y preguntó si se podía jugar al póquer en Internet por teléfono.

Eran las cuatro y cuarto; había pasado más de una hora del final de su turno, y ya empezaba a oscurecer. Los relojes habían atrasado la semana antes, y, como siempre, quienes pregonaban el trauma del «trastorno afectivo estacional» habían expresado las quejas de costumbre. Thorne no sentía ninguna compasión. Alzó la vista de la mesa y decidió que, sin duda, la oscuridad mejoraba las vistas de su ventana. Además, ¿quién necesitaba trastorno afectivo estacional cuando bastaban diez minutos al teléfono con un funcionario pichacorta, cuadrículado y ordenancista para deprimir la mar de bien hasta a la más feliz de las criaturas?

Había tardado algo más de una hora en montar y dar de alta su teléfono nuevo; ahora solo le quedaba desviar las llamadas a su recién concedido número de prepago. Por desgracia, el móvil desde el que necesitaba activar el desvío ya lo habían enviado por mensajero a un laboratorio equipado adecuadamente para que examinaran en detalle la foto. Thorne se puso al habla con Newlands Park, la sede de los servicios técnicos situada en Sidcup, que se encargaba de la manipulación de imágenes, el aumento de la calidad audiovisual y otras tareas semejantes, que superaban la inteligencia de quienes apenas sabían programar una grabadora de vídeo.

—Es bastante fácil —había dicho—. Tengo el manual delante y se lo explico en diez segundos. Es que no quiero perder las llamadas, ¿sabe?

—De verdad, no tiene que explicármelo.

El técnico no consiguió evitar que el sarcasmo tiñera su voz..., o no se molestó en intentarlo. Se llamaba Dawson, y al instante Thorne se imaginó un cutis estropeado y unas orejas grandísimas, una corbata con manchas de huevo y una enorme colección de porno.

—No puedo hacer cambios en el ajuste, ¿sabe?

—Perdone, pero no lo sé.

—El teléfono se nos ha presentado como prueba.

—No —dijo Thorne—. Lo que es la prueba es la foto.

—Y la foto está en el teléfono. No puedo manipular el teléfono.

—Solo se trata de establecer un sencillo desvío de mis llamadas particulares. ¿Cómo va a ser eso manipular?

—Solo se me permite sacar y ampliar la fotografía, que es lo que me han pedido que haga. Lo tengo por escrito.

—Estoy seguro de que sí, pero se trata solo de sentido común, ¿vale? Si a mí me mandan una cinta de vídeo con la secuencia de un asesinato y yo lo veo, eso no

quiere decir que no pueda cambiar los ajustes de mi grabadora de vídeo, ¿verdad?

—No hablamos de lo que haga usted —había dicho Dawson—. Aquí hay unos trámites establecidos.

La palabra preferida de Thorne. A partir de allí las cosas solo podían ir a peor.

—Tenemos que ser cuidadosos con la integridad de la prueba —daba la impresión de que Dawson leía una tarjeta impresa—. Debemos ser conscientes de cualquier aspecto forense.

—No hay ningún aspecto forense —dijo Thorne; hizo todo lo posible por parecer jocoso, aunque no era fácil. Pero es que es mi teléfono. No es que vaya usted a emborronar las huellas dactilares del asesino, ¿verdad?

Se produjo un breve silencio.

—Solo se me permite hacer...

—Esto es una puta ridiculez.

—El lenguaje grosero no va a ayudar a nadie.

A Thorne lo ayudaba muchísimo.

—¿Con quién más puedo hablar?

Mientras esperaba una respuesta, se imaginó a Dawson, apoyado con aire distraído en un banco de trabajo, con un cubo de Rubik y una erección.

—Supongo que su oficial superior tiene que hacer una solicitud oficial a mi jefe de turno.

—Es una línea muy fina —había dicho Thorne.

—¿Qué cosa?

—La que separa amar el trabajo de inclinarse mientras el trabajo le da a uno por el culo...

Thorne solo le dio a Brigstocke una versión revisada de los momentos culminantes de la conversación cuando habló con él. Aunque su nuevo teléfono aún no había sonado, supuso que el comisario había ido derecho al jefe de Dawson para autorizar el desvío; mientras esperaba, intentó elegir entre varias docenas de tonos de llamada igualmente molestos.

—No uses ninguno de los de hip-hop —dijo Kitson—. La gente creerá que tienes una crisis de mediana edad.

Thorne alzó la vista. No la había oído entrar.

—Ahora se descargan, ¿sabes? —dijo ella—. Podrías poner algo de Hank Williams o de Johnny Cash.

—Sí, *Tono de fuego* —sugirió Thorne.

Miró cómo su colega inspectora ordenaba la mesa y garabateaba algo en un papel. Cuando le dijo que el teléfono nuevo parecía fardón, se lo pasó y le explicó el lío que había supuesto comprarlo, mientras ella se desplazaba por la pantalla para ver las características. Kitson ya había oído la versión de radio macuto de lo de la foto en el teléfono, pero Thorne le explicó la auténtica secuencia de los acontecimientos: el mensaje de madrugada; la fotografía de un muerto.

—Es igual que cuando te enseñan las fotos de las vacaciones —dijo Kitson.

—¿Cómo un recuerdo, quieres decir?

—Solo hasta cierto punto. En realidad están diciendo: «Mira lo pudientes y lo maravillosos que somos. Mira dónde hemos estado».

—¿Crees que está jactándose? —dijo Thorne.

Parpadeó y vio el negro interior de la boca abierta, la húmeda porquería de detrás de la oreja. Entonces habló tanto para sí mismo como para Kitson.

—«Mira lo que he hecho».

Ella asintió con la cabeza y le devolvió el teléfono.

—Sigo sin entender por qué tenías que comprarte esto. ¿Por qué no mandaron la tarjeta SIM al laboratorio y ya está?

—No me lo preguntes.

Thorne no quiso explicarle que no había sabido pasar sus números de contacto. Ni que estaba disfrutando una barbaridad con su chulo teléfono nuevo.

—Pudiste comprarte una tarjeta SIM de prepago y ponerla en tu antiguo móvil.

Thorne se encogió de hombros y clavó la mirada en el teléfono.

—Sí, bueno, ya lo sé para la próxima vez.

—¿Se sabe algo del laboratorio ya?

—Nada útil —dijo Thorne—. Cuéntame lo de ese cuchillo.

Según Kitson, era un cuchillo de cocina común y corriente de quince centímetros, sacado de una papelera de un parque situado frente al bar donde habían matado a puñaladas a Deniz Sedat. El barrendero municipal que lo encontró, que había visto suficientes episodios de *CSI* como para saber el modo de esas cosas, había metido la mano en una bolsa de plástico antes de cogerlo y llevarlo con cuidado a la comisaría de Finsbury Park.

Thorne le dijo a Kitson que no veía muchos programas de polis. Ella dijo que no se perdía gran cosa, pero que por lo menos eran buenos para algo. Él le preguntó si creía que habían encontrado el arma del crimen.

—Por lo visto, en la hoja había manchas de sangre.

—Brigstocke me ha dicho que había toda clase de cosas —dijo Thorne—. ¿Estás segura de que no era salsa picante?

—El tamaño de la hoja encaja con la herida mortal, según Hendricks.

—¿Y qué sabe ese? Inútil gilipollas de Manchester...

Kitson sonrió ampliamente. Phil Hendricks era el forense adscrito al Grupo 3 de la Brigada de Homicidios Oeste. También era el mejor amigo de Tom Thorne, o lo que más se le parecía.

—Me parece que los G&O no deben de estar tan emocionados como antes —dijo Thorne—. ¿El sicario medio de Europa del Este, o quienquiera al que le hayan encasquetado esto, suele tirar el arma en la papelera más próxima?

Kitson seguía con un bolígrafo en la mano, aunque desde donde Thorne estaba sentado, parecía que estaba haciendo dibujitos.

—Bueno, normalmente no usan cuchillos, de modo que quién diablos sabe.

—Cuchillos, pistolas... Todo es matar.

—Exacto, y desde luego fue rápido —dijo Kitson—. Profesional, ¿sabes? ¿Cuánto tiempo le quitó la novia de Sedat la vista de encima? ¿Un minuto, dos...?

Harika Kemal había declarado que tuvo que ir a los servicios cuando ambos salían del Queen's Arms. Sedat cogió sus cigarrillos y dijo que la esperaría en el aparcamiento. Después Harika le contó a la policía que había salido al cabo de un par de minutos y se había encontrado a Sedat agonizando en el suelo. Kitson vio el horror en los ojos de la chica mientras hacía su declaración; solo pudo imaginar lo que sintió al ver a su novio desplomado sobre la rueda delantera de un coche, sangrando en el suelo y boqueando como un pez en el puño de un pescador.

—Sí, desde luego rápido —dijo Thorne—. Nada pasional.

Kitson clavó el bolígrafo en el aire.

—Muy limpio. Justo en el corazón —se recostó en la silla, dejó caer el bolígrafo en la mesa y soltó un largo suspiro—. Joder, daría cualquier cosa por un cigarrillo.

—¿Desde cuándo?

Thorne lo había dejado hacía años, pero de vez en cuando aún le entraban ganas. Holland hacía poco que había empezado a fumar, para gran indignación de su novia. Quizá la mancha de nicotina iba convirtiéndose en la nueva negritud.

—Solo fumo un par por la noche, ¿sabes? Con una copa de vino o una taza de café, ya sabes.

Aquello sonaba bien. Thorne miró el reloj.

—Vamos a largarnos, ¿eh?

Siguieron hablando mientras recogían sus cosas. Kitson hurgó en el bolso buscando las llaves del coche; Thorne metió unos papeles en un raído maletín marrón que había encontrado al fondo del armario de su padre.

Kitson apagó las luces.

—Bueno, usen cuchillos o los echen a las papeleras después, los sicarios no suelen dejar muchas huellas dactilares, así que muy pronto lo sabremos...

Las oficinas de Homicidios estaban en la tercera planta de Becke House. Thorne y Kitson le concedieron un minuto al ascensor y luego decidieron bajar andando. Hacía poco que las zonas comunes habían experimentado una modesta mejora que incluía el enmoquetado de la escalera. A Thorne aquel olor, que permanecía después de tres semanas, le recordaba una mudanza ocurrida en algún momento de su niñez: cajas de cartón y su padre llevando a casa comida preparada.

También lo hacía sentirse un poco receloso.

—Entonces, ¿qué haces esta noche?

Se preguntó si, en la foto, lo que había debajo de la cabeza del muerto era moqueta. Imposible saberlo. Tal vez cuando mejoraran la calidad de la imagen...

—¿Tom?

Thorne se volvió y se la quedó mirando fijamente hasta que Kitson repitió la

pregunta.

—Quedarme en casa, nada más —dijo al cabo de un instante—. ¿Y tú?

—La locura de siempre —dijo Kitson, en un tono donde había cierta envidia del vacío programa de Thorne—. En realidad, más loca todavía. Mi hijo mayor se examina del Certificado de Enseñanza Secundaria, de modo que las cosas están un poco tensas.

—Apuesto a que sí.

Doblaron para tomar el último tramo. Kitson rara vez hablaba de la vida doméstica, y Thorne se sintió un poco honrado.

—Para él es difícil —dijo Kitson—, ¿sabes? A esa edad se les hace un mundo. No saben manejar la presión.

—¿Cuántos años tiene?

—Quince.

Thorne hizo una mueca.

—Yo tengo casi el triple, más o menos —apoyó el hombro en la puerta; el frío lo abofeteó en la cara al salir hacia el aparcamiento—. Ojalá algún hijo de puta me dijera a mí cómo manejar eso.

Ya en el piso, después de poner queso rallado en un cuenco de sopa de tomate, Thorne había clavado la vista en su nuevo teléfono, deseando que sonara. Por fin lo hizo, y además dos veces seguidas. Ahora estaba sentado en la salita, viendo como los que habían llamado se bebían su cerveza y se cachondeaban alegremente de él.

Era la continuación de una conversación que duraba ya una semana, desde Halloween; fue entonces cuando Thorne expresó su considerable antipatía hacia la costumbre de «golosinas o trastada».

—Es el sueño de un pederasta —dijo ahora—: un desfile interminable de niños llamando a la puerta.

Phil Hendricks dio un sorbetón de la cerveza de marca blanca de Sainsbury's.

—Gilipolleces. Es que eres un roñoso, y no te apetece un huevo dar golosinas.

—Es una puta chorrada copiada a los norteamericanos. Nosotros no lo hemos hecho nunca...

—Qué capullo tan rácano eres —dijo Louise.

—La mayoría ni siquiera hacen un esfuerzo: ni se disfrazan ni nada.

—Si son chiquillos...

—No es más que una excusa para que esa carne de Tribunal de Menores tire cohetes y meta mierda de perro en los buzones de los viejos.

—Creo que Louise lleva razón —dijo Hendricks. Eres roñoso y además, rácano.

Thorne se levantó a coger más cerveza de la cocina. Hendricks estaba sentado junto a Louise en el sofá, y Thorne se inclinó al pasar por delante. Como siempre, el forense estaba vestido de negro, con el acostumbrado conjunto de objetos metálicos atravesándole ceja, nariz, labio, mejilla y lengua.

—A ti solo te gusta porque no necesitas ponerte máscara —dijo Thorne.

Hendricks le hizo un corte de mangas.

—¡Homófono!

Louise se rio y volcó su lata de cerveza; la enderezó como pudo, aunque no quedaba mucho dentro, de todos modos.

Al volver a entrar en la sala a Thorne lo impresionó, como siempre, lo mucho que se parecían Hendricks y Louise. Los dos tenían treinta y cuatro años, algo que, para infinito regocijo de ambos, les daba una ventaja de diez años sobre Thorne. Los dos tenían el pelo oscuro y eran flacos, aunque Hendricks llevaba el pelo rapado más bien que corto y Louise tenía bastantes menos *piercings*. Salvo por la diferencia de acentos, se los habría tomado, equivocadamente, por hermanos.

Thorne les pasó sendas latas nuevas.

Los dos se habían hecho amigos muy rápido y habían salido juntos a bares y discotecas gays, y a veces, al verlos juntos, Thorne sentía una envidia que no le apetecía analizar mucho. Cuando él y Louise empezaron a verse, la verdad es que le molestó un poco que Hendricks no pareciera sentirse demasiado amenazado; en particular porque, de vez en cuando, Thorne se sorprendía teniendo algo más que un poco de celos de los amigos de Hendricks. Daba la casualidad de que los tres habían pasado gran parte de los últimos meses juntos, pues Hendricks se separó de su amante de mucho tiempo más o menos cuando Thorne y Louise empezaron su relación. La separación fue por los niños; Hendricks estaba desesperado por ser padre y ahora buscaba una pareja que compartiera su entusiasmo. Más de una vez, él y Louise habían bromeado sobre cómo ella le echaría una mano y dejarían a Thorne al margen del todo.

—Vamos, Lou —decía Hendricks—. Te conviene más estar conmigo. Yo tengo buen gusto en ropa, música, todo.

—Sí, vale. ¿Por qué no?

—Es decir: claro que no haríamos nada en realidad. Hay modos y maneras... Además, no creo que te perdieras mucho en cuanto al sexo.

—Eso es indiscutible.

Entonces Hendricks abrazaba a Louise y le lanzaba a Thorne una mirada lasciva.

—De acuerdo. Hecho. Tu novia y yo nos largamos para ponernos creativos con una perilla de salsear el pavo asado...

Esta noche bebieron bastante más y vaciaron el armario de la cocina de todo lo que había para picar. Vieron un poco la televisión y hablaron de fútbol y estiramientos faciales, y del tumor que Hendricks había encontrado dentro del estómago de una mujer de mediana edad y que resultó ser un gemelo que se había quedado sin nacer hacía mucho tiempo.

Las historias de siempre.

A las once y media más o menos Hendricks pidió por teléfono un taxi para regresar a su piso de Deptford y, mientras esperaban, hablaron de nuevo de la

fotografía. Ya habían hablado de ella en tres conversaciones telefónicas distintas: Thorne y Louise; Louise y Hendricks; Hendricks y Thorne. Luego hablaron de ella cuando cada uno llegó al piso, y otra vez, cuando los tres estuvieron por fin juntos. Era cuestión de tiempo que volvieran al tema.

—Hasta que encuentres un cadáver, no es más que una foto —dijo Hendricks.

—Tú no lo has visto.

—¿Y qué?

—Deberías escuchar —dijo Louise; puso una mano en el brazo de Thorne y con la cabeza señaló a Hendricks—. Está dando en el clavo. Solo es una fotografía. A lo mejor no encuentras un cadáver.

—¿Y qué tengo que hacer entonces?

—Olvidarlo.

—Como le dije a Phil...

—No, vale, yo no lo he visto, pero sé qué aspecto tiene la muerte. Vamos, Tom: todos lo sabemos.

Thorne sabía que ella tenía razón, pero no podía quitarse aquel desasosiego. Era como una corriente de aire que no paraba de atravesar.

—Aunque da la impresión de que es mío... Que es mío.

Encorvó los hombros al volver a sentir aquel frío y se enderezó cuando Louise se apoyó en él.

—Me la han enviado a mí.

Hendricks asintió despacio. Por un instante su mirada fue rápida hacia Louise; luego bajó al reloj. Cruzó a la ventana, apartó el visillo y echó una ojeada a la calle.

—Los del taxi han dicho que dentro de diez minutos —dijo Thorne.

Fueron al vestíbulo y se quedaron, un poco incómodos, cerca de la puerta de entrada. Aunque Thorne llevaba casi veinticuatro horas tratando de evitarla, de pronto sintió la pregunta flotando allí, entre ellos. Sentía su peso y su calor; inevitable como la náusea.

Hendricks era una persona tan buena como cualquier otra para expresarla.

—¿Por qué a ti? —preguntó.

Cuando Hendricks se marchó, Thorne y Louise no tardaron mucho en meterse en la cama, pero nada de lo que vino después fue más que tibio. El cansancio, la cerveza o algo completamente distinto había apagado el deseo, y el calor o la simple cercanía les bastaron a los dos.

—No creo que seas un capullo ráciano —dijo Louise, justo antes de darse la vuelta.

Más tarde Thorne se quedó despierto en la oscuridad, esforzándose con energía por acallar el agudo y persistente «¿por qué?». Hasta que, al final, se convirtió en algo parecido a la alarma de un coche, al que uno acaba acostumbrándose. No es que fuera un consuelo, pero sabía que, muy probablemente, la respuesta se presentaría antes de que tuviera que pasar demasiado tiempo preocupándose por la cuestión.

Con Louise roncando bajito a su lado, pensó en algo que había dicho aquel día. Cuando Kitson le preguntó por qué no se había limitado a entregar el SIM y a quedarse con su móvil.

Lo dijo de pasada, sin pensar.

—*Bueno, ya lo separa la próxima vez.*

Paseaba mucho por la noche. Al menos durante los últimos meses.

En parte era porque ahora podía, claro; porque aún no se había pasado la novedad. El piso no era pequeño ni muchísimo menos, pero cualquier sitio empezaba a cerrarse al cabo de una semana o dos; y, además, era agradable salir. La lluvia o el viento le daban bastante igual. Solo era el tiempo, y todo le parecía buen tiempo.

Esta noche hacía frío y no llovía mientras caminaba deprisa por la calle principal, por delante de las tiendas con las persianas metálicas cerradas y los garajes abiertos toda la noche. Se metió en una bocacalle y apoyó la mano en la llave inglesa que llevaba en el bolsillo del chaquetón mientras avanzaba hacia un grupo de adolescentes que estaba en la esquina.

Al principio solo caminaba para matar el tiempo, para pasar las horas interminables sin dormir. Seguía sin conseguir dormir más de un par de horas cada noche, tres como máximo, en arranques de quince o veinte minutos. No creía haber conseguido más que eso desde aquella mañana en que fueron a verlo.

La segunda vez que su vida se había vuelto del revés.

Qué raro que las dos veces que todo había cambiado, que se había vuelto mierda, estuviera sentado con gente que le enseñaba placas de identificación...

A lo largo de las semanas había recorrido casi todo el oeste de Londres. Había pasado largas noches caminando hasta Shepherd's Bush, y luego por Uxbridge Road cruzando Acton y Ealing. Había ido al sur, rodeando Gunnersbury Park, y luego había torcido hacia Chiswick, mirando los coches que corrían en ambos sentidos por encima de él, por la M4. Había vuelto caminando hacia Hammersmith, zigzagueando por las calles más estrechas y saliendo casi en el puente, donde el río se arqueaba, a dos o tres kilómetros de donde estaba el piso, a la sombra del paso elevado; un hospital a un lado, un cementerio al otro.

Los adolescentes de la esquina no le prestaron atención en realidad. Tal vez por su aire.

Desde luego en tiempos lo tenía.

Ahora se había acostumbrado a aquello y lo hacía en lugar de dormir. Le gustaba. Caminar lo ayudaba a pensar las cosas con detenimiento, y, aunque durante el día muchas veces se sentía absolutamente hecho polvo, era como si su cuerpo estuviera ajustándose..., compensándose, o como se dijera. Recordó haber leído en algún sitio que Napoleón, Churchill y Margaret Thatcher se conformaban con una siestecita de un par de horas cada noche. Estaba claro que todo iba de cómo se enfocaban las cosas cuando se estaba despierto. A lo mejor uno se salía con la suya mientras tuviera un

objetivo.

Dio la vuelta para volver a casa. Bajó por Goldhawk Road hacia la estación de metro de Stamford Brook.

Cuando volviera, le escribiría otra vez.

Prepararía un café y encendería la radio; luego se sentaría ante aquella mesita chungu de la esquina y ensartaría otra carta. Le contaría a ella cómo iba todo. Dos, quizá tres páginas si le salía fácil, y cuando la acabara la pondría con las demás; sujeta con gomas elásticas, en el cajón que había llenado de móviles y tarjetas SIM.

Luego sacaría otro teléfono y se sentaría allí, esperando a que subiera el sol.

## Cuatro

Dawson quizá fuera un mierdecilla santurrón, pero en cuanto a velocidad no se le podía criticar, ni a él ni a sus colegas. Antes de que se enfriara la primera taza de té de la mañana, Thorne estaba sentado ante un ordenador en la central operativa mirando un jpg de alta resolución de la fotografía que le habían mandado por teléfono.

Sí que era moqueta lo de debajo de la cabeza del muerto.

—Nunca quitará esa porquería del pelo de la moqueta —había dicho Stone, al tiempo que agitaba su copia impresa de la foto—. No creo que haya un Stain Devil para la sangre, ¿verdad?

Kitson le quitó la foto, la miró unos segundos y luego la puso a un lado.

—Stain Devil número cuatro. Pero si la moqueta es de este pobre desgraciado, la verdad es que no creo que vaya a importarle un bledo...

Thorne movía el cursor por la imagen con una mano, dibujando una línea en torno a la roja mancha irregular, mientras con la otra se sujetaba un teléfono a la oreja. Había mandado la foto por correo electrónico directamente al hospital St. George, donde tres días a la semana Phil Hendricks complementaba, dando clase, la miseria que le pagaba la Policía Metropolitana de Londres.

Hendricks lo había llamado inmediatamente.

—Sigue siendo una fotografía —dijo.

Thorne esperó unos segundos.

—¿Y bien?

—No estoy del todo seguro de qué es lo que quieres.

—Un parecer a lo mejor. O una opinión experta... Creo que estoy perdiendo el tiempo...

—Tal vez sea una imagen de alta resolución, pero la foto en sí sigue teniendo bastante poca calidad. Faltan megapíxeles, colega.

—Pareces el chaval aquel de la tienda de teléfonos.

Con todo, Hendricks llevaba razón. La imagen seguía siendo vaga, y ni siquiera la magia de las lumbreras de Newlands Park aportaba mucha información útil: el cuerpo estaba tendido en una moqueta; el pelo era quizá más canoso de lo que parecía al principio; lo que en la diminuta pantalla del teléfono daba la impresión de ser una mancha de sombra en el cuello, probablemente fuera el borde de un tatuaje que asomaba por debajo del cuello de la camisa del muerto.

Thorne dejó el cursor apoyado en el único ojo visible.

—De modo que, ¿nada que me sirva de ayuda? —preguntó—. ¿La sangre no te da ninguna pista? ¿Herida de bala, instrumento contundente, qué?

—Yo no hago milagros, joder —dijo Hendricks—. La sangre arterial es de color más vivo, y desde luego hay bastante, pero es imposible saberlo por esta foto. Como te he dicho...

—Megapíxeles, vale.

—Tengo que ver el cuerpo. Te diré cuántas cucharadas de azúcar se tomó en el té si me dejas que le eche un vistazo en persona... O en lo que quede de ella.

Después de eso la charla fue más o menos frívola: la reciente falta de forma del Arsenal, un vago acuerdo para quedar a tomar algo más tarde... Solo hubo otra referencia a la foto y a la cuestión que planteaba. Hendricks parecía tan serio como la noche antes, en la puerta de Thorne, cuando le dijo que, megapíxeles aparte, una cosa quedaba bastante clara de la fotografía.

—Si te sirve de algo, ahora entiendo por qué querías saberlo —dijo.

Después de colgar, Thorne se dedicó a holgazanear y dejó que el reloj corriera un rato. Sin ningún propósito, observó cómo Karim trabajaba en la pizarra blanca que dominaba una pared de la central operativa: escribía deprisa, borraba y ponía al día el mapa de cada asesinato aún por resolver introduciendo los cambios precisos. Oyó a Andy Stone, que intentaba en vano exprimir más risas del rollo de la «sangre en la moqueta», y a Yvonne Kitson dando la lata al laboratorio y pidiendo noticias sobre el cuchillo que tal vez hubiera matado a Deniz Sedat.

No oía todo lo que se decía. La falta de sueño de la noche anterior iba ganándole terreno desde las seis y media de la mañana: cuando fue con paso cansino hacia el cuarto de baño, quitándose a cámara lenta una sudada camiseta, mientras Louise seguía dormida como un tronco. Cuatro horas después Thorne se sentía como si hubiera realizado la penosa tarea de toda una dura jornada. Incluso cuando alzó la vista y gruñó su respuesta a Brigstocke, se preguntó si no habría dado alguna cabezada en la mesa durante unos segundos.

—¿Cuándo has comprobado el boletín por última vez? —preguntó el comisario.

—Más o menos hace media hora...

Brigstocke agitó un papel delante de él.

—Esto ha llegado justo pasadas las nueve.

Thorne alargó la mano para cogerlo, pero Brigstocke apartó de golpe la hoja y, disfrutando, leyó:

—Raymond Tucker. Halifax Road, 32, Enfield. Lo encuentra su madre sobre las siete de esta mañana. La víctima parece haber muerto por gran traumatismo en la cabeza... Señales de allanamiento de morada en la parte trasera de la vivienda... Bla, bla, bla y bla —se detuvo un momento para impresionar—. ¿Te parece bien?

—Bueno, parece posible.

De nuevo Thorne alargó la mano hacia el papel, y esta vez Brigstocke dejó que lo cogiera. Siguió hablando mientras Thorne leía el breve informe de cabo a rabo.

—Un grupo de Barking lo ha pillado, así que he llamado al comisario jefe de allí, me ha dado el nombre del comisario y le he mandado la imagen por fax hace quince minutos.

Thorne alzó la mirada y esperó, pero no demasiado tiempo.

—Vamos, Russell, me cago en la puta...

—Y el presentador ha dicho..., «¡a jugar!».

Thorne se puso de pie y empezó a dirigirse hacia su despacho; Brigstocke fue detrás.

—Le diré a Hendricks que se reúna con nosotros en la escena del crimen.

—Yo me saltaría eso —dijo Brigstocke— e iría al depósito de cadáveres de Hornsey. Cuando el comisario volvió a llamarme por lo de la foto dijo que sacarían el cuerpo en la media hora siguiente, más o menos.

Thorne asintió y salió empujando la puerta; el cansancio estaba desaparecido y dado por muerto. Mientras él dejaba un mensaje en el contestador de Hendricks desde su mesa, Brigstocke hizo un alto en la ruta hacia su despacho, situado más adelante en el pasillo, y se detuvo en la puerta.

—Cuando hablé con el comisario, también me dijo que el cuerpo llevaba allí un tiempo —se detuvo uno o dos segundos, hasta asegurarse de que Thorne comprendía las consecuencias—. Más de una semana, calculaba.

Las imágenes que acudieron a la cabeza de Thorne no fueron nada encantadoras.

—Apuesto a que la moqueta está jodida —dijo.

Para cuando Karim estuvo ante la pizarra otra vez, creando una columna nueva con rayas de rotulador negro y pegando con cinta adhesiva la fotografía del muerto bajo el nombre de Tom Thorne, este y Holland ya estaban en el coche.

Raymond Anthony Tucker había muerto casi dos días antes de cumplir cincuenta y dos años. Llevaba un pequeño negocio de compra-venta de coches de segunda mano en Clingford; no es que ofreciera sus servicios a la franja superior del mercado, pero estaba un grado o dos por encima de los comerciantes que montaban coches «nuevos» con trozos de otros en las traseras de las partes menos fiables de Tottenham y King's Cross. El cadáver lo había descubierto su madre, que vivía a un par de calles de distancia. Aunque el hijo era un pequeño empresario bastante próspero, y lo bastante mayor para tener nietos, seguía pasando a recogerle la ropa sucia más o menos una vez por semana.

Thorne y Holland recibieron la información por teléfono mientras se dirigían hacia Enfield. Thorne decidió que, pese a lo que había dicho Brigstocke, sería buena idea que alguien del grupo fuera a aquel lugar lo antes posible. Dejó a Holland en el número 32 de Halifax Road, le dijo que entrara allí y se hiciera notar, y añadió que intentaría volver a recogerlo después de la autopsia. Luego continuó hacia Hornsey con la esperanza de que mereciera la pena.

La sección de la Jefatura del Crimen Especializado que se encargaba de los casos de asesinato se dividía en tres zonas; de los cadáveres que aparecían en el distrito londinense de Enfield se ocupaba uno de los grupos de Homicidios Este. Russell Brigstocke se encargaría de contactar con el comisario del grupo, fuera cual fuese, que había cogido el caso Tucker. A su vez, cada uno de ellos hablaría con su respectivo comisario jefe, que luego cederían la decisión definitiva al mando de distrito. Este

sopesaría los méritos relativos de cada grupo (o lanzaría al aire una moneda, dependiendo de cuántas reuniones tuviera aquel día) y asignaría un oficial superior encargado de investigar el caso.

Todos trabajando, y juntos, por un Londres más seguro...

El depósito de cadáveres estaba situado dos plantas por debajo del tribunal del juez forense de Hornsey. Como si el lugar no fuera ya bastante espeluznante, el estruendo gutural de los trenes de la línea de Piccadilly que iban o venían de la estación de Bounds Green perturbaba de forma sistemática los pormenores del trabajo. Al llegar, Thorne no tardó en comprender que el grupo de Homicidios Este no iba a oponer mucha resistencia con tal de quedarse con el caso. Tras escuchar a su homólogo quejarse del papeleo que tenía y verlo fumarse un cigarrillo hasta el mismo filtro de media docena de caladas desesperadas, decidió que aquellos chicos no estaban lo que se dice locos por perseguir al asesino de Raymond Tucker.

—Sírvase usted mismo —había dicho el inspector Steve Brimson—. Ya ni me acuerdo de la pinta que tiene mi mujer...

El lado de Thorne que disfrutaba con una buena bronca se sintió bastante decepcionado.

Aunque enrevesado, dentro de la Brigada de Homicidios al menos había un procedimiento para el reparto de policías. En cambio para decidir quién tenía el honor de hacer picadillo el cadáver no existía nada parecido. Con la misma rapidez con que Thorne había interpretado el estado de cosas, Phil Hendricks identificó al patólogo que había nombrado el juez forense como alguien mucho menos interesado en llegar a un acuerdo. Lo notó en su apretón de manos y, también, en cómo abrió más los ojos al toparse por primera vez con el clavo que le atravesaba la ceja y con la tachuela de la lengua. Así que Hendricks se vio obligado a quedarse mirando mientras abrían y repasaban el cuerpo de Raymond Tucker (lo poco que quedaba de él) de forma tan desapasionada como si fuese equipaje en una aduana.

Thorne había visto infinidad de autopsias, muchas de ellas realizadas por Hendricks en persona, pero era la primera vez que asistía a una junto a él, con Steve Brimson al otro lado. Mientras le lanzaba una mirada, se preguntó lo metido que estaría su amigo en el proceso. De vez en cuando le sorprendía un ceño fruncido y una involuntaria contracción de los dedos. Sentía curiosidad por saber hasta dónde desmantelaba mentalmente el trabajo de su colega mientras miraba; cómo evaluaba su delicadeza al pesar un hígado o su técnica con una sierra para huesos.

—No ha estado mal del todo —dijo Hendricks—. Aunque es evidente que no está a mi altura en lo que se refiere a atractivo físico. Ya sabes: simple tirón sexual.

Se encontraban en un figón situado a unos minutos a pie del anatómico forense. Era la clase de local que servía desayunos a base de fritos, durante todo el día y todos los días, pero, a pesar de que tenía bastante hambre, Thorne no podía con un desayuno inglés completo tan pronto después de una autopsia. Optó por huevos revueltos en tostada mientras que Hendricks se papeaba un bocadillo de salchicha.

—¿Qué me dices de la causa de la muerte? —preguntó Thorne.

—De acuerdo hasta la última puñetera coma. Traumatismo contuso cerebral, hemorragia interna masiva, arteria occipital casi triturada... Murió bastante rápido: el primer par de golpes bastó. Bueno, llámame Sherlock Holmes, pero creo que ese mazo manchado de sangre que encontraron en el piso de Tucker a lo mejor tuvo algo que ver.

—Lo tendré en cuenta —dijo Thorne.

Una camarera se acercó a retirar los platos. Era evidente que había estado pegando la oreja mientras trabajaba en la mesa de al lado, y Hendricks se había dado cuenta.

—Es un nuevo programa de televisión que estamos escribiendo —dijo—. Un forense gay e inconformista. Ya sabe, lo corriente: trozos borrosos en blanco y negro, y media docena de asesinos en serie por episodio.

La camarera hizo una mueca como si le hubiera llegado el olorcillo de algo y no acabara de decidir si le gustaba o no.

—Pues no pongan al tío que estaba antes en EastEnders. No lo aguanto.

La vieron irse, mientras uno de ellos disfrutaba bastante más que el otro del modo en que se le movía el trasero bajo una ceñida falda negra.

—Aunque este es raro —dijo Hendricks.

—Siempre son raros.

Hendricks asintió con un gruñido. Se metió en la boca lo que le quedaba de bocadillo y luego tomó un buen sorbetón de té. A Thorne siempre lo sorprendía que alguien cuyas manos se movían con tanto aplomo y destreza, comiera como un estibador medio muerto de hambre.

—Venga, sigue —dijo—. ¿Por qué este es tan raro?

—El asesino no se aclara.

Thorne pasó un dedo por el borde de su taza. Esperó.

—Cinco, seis golpes con ese martillo... Y buenos, ¿sabes? No es que la gente sea tímida cuando se trata de matar a alguien a palos...

—Por regla general, no.

—Si me obligaran a ir al estrado de los testigos, probablemente yo lo llamaría «enloquecido».

—Pero...

—Por otra parte está todo este asunto de la fotografía. Le rompe la cabeza a Tucker y luego, mientras se queda allí cubierto de sangre (porque estaba bien cubierto), saca tranquilamente el móvil y empieza a hacer fotos. Frío y eso, el fulano.

—A lo mejor se tomó su tiempo —dijo Thorne—. Fue a limpiarse un poco, se calmó...

—A lo mejor. Pero donde seguro que se tomó su tiempo fue en enviarte la foto. Calculo que Tucker llevaba nueve o diez días muerto cuando entró su pobre y anciana mamá y se llevó el susto de su vida. Así que, fuera quien fuese el que lo mató, esperó

más de una semana hasta enviarte ese mensaje. Yo diría que eso es ser bastante relajado, joder.

Thorne ya lo había pensado; llegó a la misma conclusión cuando Brigstocke le dijo que el cadáver de Tucker llevaba un tiempo sin descubrir.

—Así que, ¿qué diablos es? —Hendricks se bebió de un trago lo que le quedaba de té—. ¿Metódico o desordenado?

Thorne se había topado con unos cuantos que eran las dos cosas. Sabía que eran los peores. Los más difíciles de atrapar.

—Paga la comida —dijo—, ya que me has animado tanto.

—Te diré otra cosa gratis.

—¿Tienes que hacerlo?

—Creo que nuestra víctima es más turbio de lo que parece.

—Sí que estás en forma hoy —dijo Thorne.

—Te lo aseguro.

—Deberías dejar de cortar tanto y observar más. No se te escapa nada, joder.

Pero cuando Hendricks le contó a qué se refería, Thorne se mostró bastante de acuerdo con el juicio de su amigo.

Pagaron y salieron a lo que quedaba de una tarde gris. Durante uno o dos minutos, mientras se dirigía al coche, Thorne se vio de nuevo en el área del depósito de cadáveres. Mirando mientras el forense se movía en torno a la mesa de autopsias. Su voz, con el acento monótono de los condados que rodean Londres, se elevaba sobre el ruido del metro; sus comentarios resonaban en las paredes alicatadas.

Thorne volvió a clavar la vista en el cadáver; su mirada bajó desde las sumidas mejillas y las manchas de sangre seca pegadas en las pestañas y en el vello. Vio los complicados dibujos en azul, verde y rojo: dibujos de tinta que cruzaban el pecho y desaparecían cuando despegaron los colgajos de piel de encima de las costillas y los pusieron a un lado. Hendricks dijo que había visto diseños parecidos en un cadáver, pero ni mucho menos tan impresionantes como aquellos: el perfil de una gran cabeza de perro gruñendo en un hombro; la pantera que se extendía por un brazo; la recargada cruz y la calavera de amplia sonrisa.

Hendricks no iba tan errado.

Raymond Tucker tenía unos cuantos tatuajes más que el vendedor medio de coches de segunda mano.

Cuando se sacaba un cadáver del escenario de un crimen, el ambiente cambiaba. Ocho horas después del descubrimiento de Raymond Tucker y, en un primer piso que ya empezaba a oler muchísimo mejor, los de la policía científica habían hecho casi todo lo que había que hacer el primer día. Ya solo había unos cuantos rezagados trabajando en el lugar, limpiando: los cámaras de vídeo y los fotógrafos; una agente que recogía pruebas; un par de tipos de huellas dactilares. Hoy en día muchos agentes de la policía científica insistían en que los llamaran «examinadores del lugar del

crimen»; les parecía un poco más sofisticado.

A juicio de Thorne, en semejantes circunstancias «sofisticado» era un término relativo.

Fuera cual fuera el nombre que eligieran darse, tan solo en un día, como una brigada de langostas bien adiestradas vestidas con traje blanco, el grupo había llevado a cabo la mayor parte de las cuestiones forenses de primera línea de batalla. Aunque unos cuantos seguían moviéndose con aquel crujido característico, demasiado evocador, por lo menos a Thorne y a Holland les ahorraron los monos y los patucos de plástico.

—Podía haber sido peor —dijo Holland.

Estaban de espaldas a la ventana; unas grandes pantallas negras mantenían a raya la poca luz que quedaba, y un par de potentes arcos lumínicos iluminaban la habitación. El mobiliario era moderno: cromados y cristal ahumado; librerías empotradas y focos halógenos; un sofá de tres plazas cubierto de cuero color marrón oscuro y sangre color marrón claro.

Thorne buscó un poco de chicle en el bolsillo de la cazadora.

—Pues, aquí dentro, mucho peor no podía haber sido...

Se habían llevado el cuerpo de su localización definitiva, entre el sofá y la chimenea, y era evidente que el muerto no había caído al primer golpe. Aparte de las rayas de sangre que salpicaban los cojines del sofá, había rastros en dirección contraria proyectados sobre el frontal de vidrio de un acuario de peces tropicales y también más abajo, en una delicada rociada que se esparcía sobre una gran caja de madera llena de piedras lisas, negras y grises.

Un agente de la policía científica/examinador del lugar del crimen que pasaba por allí siguió la mirada de Thorne. Con la cabeza, señaló un rectángulo de tablas que quedaba al descubierto, en el sitio donde habían recortado y quitado la moqueta que estaba debajo del cuerpo.

—La calefacción central estaba a tope, así que es probable que empezara a soltar líquido como un cabrón al cabo de menos de una semana —dijo el policía—. Había casi tanto de él en la moqueta como en cualquier otro sitio. Había calado pero bien.

Señaló con el dedo, entusiasmadísimo.

—Miren, ¿lo ven?

Thorne y Holland miraron y lo vieron. La mancha color caramelo de las polvorientas tablas era como humedad detrás de una cisterna.

—¿Estás seguro de que quieres el caso? —preguntó Holland.

—Ya lo tengo —dijo Thorne—. Brigstocke llamó cuando yo venía de Hornsey.

Le explicó a Holland la autopsia, centrándose en lo principal, y finalizó con la opinión de Hendricks sobre lo que suponía un número normal de tatuajes en un vendedor medio de coches de segunda mano.

Holland no se quedó convencido.

—Hendricks tiene unos cuantos tatuajes más que el forense medio —fue

contando con los dedos y, a medida que lo hacía, se señaló la parte del cuerpo correspondiente—. Lo del Arsenal en el cuello. La banda celta o como se llame de la muñeca. Ese símbolo raro del hombro... Casi seguro que hay un par más en sitios que solo sus mejores amigos habrán visto.

—No lo sé —dijo Thorne.

Miró fijamente a un agente de la policía científica que trabajaba cerca; un listillo a quien ya había visto otras veces y que les había lanzado una ojeada con algo parecido a una sonrisa de satisfacción.

Entraron en la cocina de Tucker. Platos sin fregar amontonados junto al fregadero y el brillo fosforescente del luminol en las encimeras. Al salir por el vestíbulo, sin darle importancia, pasaron por encima de un especialista en huellas dactilares que trabajaba en un trozo de zócalo descascarillado.

—A lo mejor quiere decir algo —dijo Holland—. Lo de que esperara para mandarte esa foto.

—A lo mejor se le fue de la cabeza, sin más —Thorne bajó los escalones de dos en dos—. Ya sabes lo que pasa: matas a alguien a palos, le tomas una foto, se te olvida...

—Tal vez sea importante, ¿sabes? Tal vez tenga que ver con el día que eligió.

—¿Qué era, su cumpleaños? —Thorne se volvió hacia Holland con las palmas hacia arriba—. ¿El primer lunes de mes? No olvidemos lo cerca que estaba el uno de noviembre. El cinco es la «noche de las fogatas», y a lo mejor ese tipo les tiene manía a las hogueras.

—Solo pensaba en voz alta.

Thorne se detuvo en la puerta e inspiró hondo.

—Perdona, colega —en la voz de Holland había habido más enfado que disgusto, pero de todas formas Thorne se sentía un gilipollas por ser desagradable—. A lo mejor no es más que otro puñetero mentalista, ¿sabes, Dave?

Ya en el exterior, Thorne se detuvo a hablar con el operador de vídeo, que estaba guardando su equipo, mientras Holland alargaba la mano para coger cigarrillos. Una pareja joven, con una sillita de paseo, apareció por entre dos vehículos de la unidad y se acercó con paso resuelto hasta la cinta que acotaba el lugar del crimen.

El hombre se inclinó por encima y le gritó a Thorne:

—¿Qué están rodando?

Holland abrió la boca, pero Thorne se le adelantó.

—Es un nuevo programa de televisión sobre un forense gay e inconformista —puso una mano en el hombro de Holland, como para presentarle a la estrella del programa—. Ya saben, lo corriente: trozos borrosos en blanco y negro, media docena de asesinos en serie por episodio...

El retraso de los relojes parecía haber adelantado la hora punta, y la North Circular ya empezaba a embotellarse cuando Thorne dirigió el coche hacia Finchley.

—Las cosas parecen ir bien con la inspectora Porter —dijo Holland—. Han pasado unos meses, ¿no?

Thorne escudriñó la cara de Holland, pero solo vio sincera curiosidad.

—Cinco, semana más o menos. Para mí es mucho tiempo.

—Eso es bueno...

Thorne estuvo a punto de discutir.

—¿Qué tal está Chloe?

Holland dejó ver una amplia sonrisa. Su hija había cumplido tres años hacía un par de meses.

—No hay forma de hacerla callar —dijo—. Sale con toda clase de historias raras; cosas que coge en la guardería, y eso. Ahora va un par de días a la semana. Te lo he contado, ¿no?

Era lo primero que Thorne sabía del tema, pero asintió de todas formas.

—Sophie está intentando trabajar a media jornada, ¿sabes? Creo que será bueno para todos.

—Claro...

Holland, que asentía mientras hablaba, siguió asintiendo cuando se volvió para mirar por la ventanilla, como si intentara convencerse a sí mismo.

—Seguro —dijo Thorne.

Era natural que no viera tanto a Holland fuera del Cuerpo desde que había llegado Chloe. Pero, aunque pasaban tiempo juntos en el trabajo, a Thorne le daba la impresión de que él y Holland no conectaban como antes. Desde que lo ascendieran a sargento el año anterior, veía que su colega (¿ahora era un colega, en vez de un amigo?) llevaba muchas más cosas entre manos, pero se preguntó si no tendría algo que ver también con las exigencias más sutiles de una familia. Con ese sinuoso impulso que lo llevaba a uno a convertirse en la clase de policía que en tiempos Holland afirmaba despreciar: el poli tipo «trabaja y cierra el puto pico» que había sido su padre. Ese poli que, a veces, y después de haber colmado con una gota de más el vaso de la gente a quienes disgustaba, Thorne deseaba poder ser.

Dejaban atrás las luces de Henley's Corner cuando algo empezó a protestar bajo el capó del BMW, y mientras Thorne se preguntaba cuánto iría a afectarle en la cartera aquella queja, comenzaron las bromas. Por poco claras que estuvieran las cosas, por mucho que se distanciasen, siempre quedaría la guasa de Holland sobre el coche: que fuera amarillo y casi tan viejo como él, y que Thorne podría comprarse uno nuevo por lo que le costaba en reparaciones todos los años.

Y, además, todo ello era bastante cierto.

La pasma resolvía delitos o no. Daba la vida para proteger a otros y mataba a tiros a hombres inocentes por el hecho de ser morenos y estar en el sitio equivocado en el momento equivocado... Pero listos o idiotas, honrados o corruptos, todos los polis tomaban el pelo. Lo tomaban, y se lo tomaban entre sí.

Y no se necesitaba un título en psicología para entender por qué.

A unos se les daba mejor que a otros. La gente como Andy Stone tenía un cajón lleno de fotocopias de placas de identificación de colegas con una finalidad: poner comprometidos anuncios particulares en su nombre en las páginas de atrás de *The Job* y *Metropolitan Life* si llegaba la ocasión. Falsas historias en la sección de corazones solitarios y peticiones de novias por correo. Hacía unos años, cuando Samir Karim se separó de su mujer, la semana siguiente apareció un anuncio con sus datos de contacto ofreciendo: «Cama de matrimonio en venta. Poco uso».

Karim se rio con los demás, claro está.

—*Vorsprung, durch...*, jodido del todo —dijo Holland, cogiendo el ritmo.

Thorne llevó el coche despacio por el lío de tráfico del paso elevado de Brent Cross; luego giró hacia el norte, hacia Hendon, esperando a que Holland lo alcanzara con sus mejores balas.

—Di lo que quieras —acarició el volante con gesto teatral—. Sigue siendo mi nene.

—Mira lo que dices —dijo Holland—. Es una desvencijada chatarra alemana, no Herbie el «escarabajo»...

Sin dignarse conceder una respuesta al comentario, Thorne suspiró y clavó la vista en lo que tenía delante. Manzanas de almacenes de una sola planta e hipermercados de muebles pasaban lentamente a lo largo de la A406: Carpet Express, Kingdom of Leather, Staples... Le llamó la atención el logo de Carphone Express situado sobre un conjunto de persianas metálicas grises, y de repente se le ocurrió que el motivo del retraso del asesino al enviarle la fotografía tal vez se debiera a algo mucho más sencillo, aunque más grotesco.

—Fritz, a lo mejor... —dijo Holland.

¿Sería posible que, tras cometer el crimen, el asesino montara guardia frente al piso de Tucker? Al ver que nadie descubría el cuerpo, ¿decidió sin más echarle una mano a la policía?

¿Metódico o desordenado?

Tal vez quería que alguien se tomara la molestia de descubrirlo...

A su lado, Holland estaba diciendo algo sobre un chiste viejo que vaya si funcionaba mejor que el coche, pero Thorne ya estaba en otro sitio. Pensando que los muertos nunca eran decorosos. Que la muerte en sí misma rara vez era digna, bien se tambaleara uno hasta caer en una heterogénea sala de hospital o se pudriera en una moqueta. Pero que, con los más desgraciados, lo que quedaba no podía llamarse «restos» siquiera.

Pensando que cuando la gente hablaba de dejar algo suyo tras de sí, por lo general se refería a algo más que una mancha en la tabla de un suelo.

## Cinco

De vuelta en Becke House, encontraron noticias de cariz diverso. Claro que la propia vida también era muy capaz de tomar el pelo...

Por parte de Kitson, la conocida rutina de dos pasos adelante y tres atrás. La sangre del cuchillo rescatado de la papelera se había identificado como perteneciente a Deniz Sedat, y también se había conseguido sacar un buen conjunto de huellas del mango. Sin embargo, por desgracia, estas no se correspondían con ninguna de las fichadas.

Por parte de Karim, como era de esperar, una nueva y decepcionante información técnica. Brigstocke había autorizado oficialmente una búsqueda de repetidores, y T-Mobile se había puesto en contacto para admitir la solicitud... Y había vuelto a ponerse en contacto más tarde para decir que les concederían máxima prioridad en cuanto su sistema informático, plagado de virus, funcionara de nuevo.

Thorne se retiró a su despacho, pero al cabo de cinco minutos Andy Stone estaba parloteándole desde la puerta.

—Hay un comisario de G&O al teléfono.

—¿Y qué?

—Y que lleva llamando cada quince minutos desde la hora de almorzar, intentando localizar al jefe.

Thorne no había visto a Brigstocke desde que había vuelto del anatómico forense.

—¿Dónde está?

—Ni idea, en alguna reunión. De todos modos, creo que este tipo se ha hartado, porque ahora solo pide hablar con el inspector oportuno.

—Kitson se encarga del caso Sedat —dijo Thorne.

—Me parece que no es del caso Sedat de lo que quiere hablar...

Thorne sintió curiosidad, pero también estaba agotado y tenía más que suficiente para entretenerse en aquel momento. Meneó la cabeza.

—Ya volverá a llamar.

—Está esperando a que lo pase.

—Dile que no me has encontrado.

—No va a hacerle gracia...

Thorne se lo quedó mirando fijamente hasta que Stone retrocedió, murmurando, al pasillo. Empezó a pensar si no habría activado sin querer algún imán de mierda, y cuando al cabo de un minuto el teléfono de su mesa empezó a sonar, durante unos segundos se limitó a clavar la vista en él. Pensó en escabullirse y bajar a la cantina a tomar un té y un trozo de tarta, y además, en ajustarle las cuentas a aquel capullo tramposo de Stone al cabo de un rato...

—Su jefe lleva todo el día dándome esquinazo. No intentará usted jugar conmigo también, ¿verdad, Tom?

Se diría que preguntaba riendo, pero por el tono del comisario Keith Bannard

quedó más que claro que no estaba de broma. Thorne supuso que, de todos modos, era retórica: más una amenaza que una pregunta de verdad.

—Creo que el comisario Brigstocke está metido en reuniones casi todo el día, señor —dijo—. ¿Tiene su número de móvil?

—Lo he llamado tres veces. Dos no ha cogido la llamada y ahora ha desconectado el teléfono.

Thorne calculó que Brigstocke se habría enterado de que los G&O estaban al tanto de su caso y que, al igual que Thorne, suponía que aún trataban de meterse por la fuerza en el caso Sedat.

—¿Quiere que le dé un recado? Imagino que ya habrá dejado un mensaje en el buzón de voz.

—Cuénteme lo de su vendedor de coches muerto —dijo Bannard.

—¿Tucker?

De repente Thorne tuvo mucho más en lo que ocupar su mente.

—Tucker. Raymond, Anthony.

Había aspereza en la voz; un toque incisivo en lo que, por lo demás, era un suave arrastrar de erres del suroeste de Inglaterra. *Lárgate de mi propiedad o te arranco los pulmones...*

—¿Pero que le cuente qué? —dijo Thorne Se oyó un suspiro y un resoplido.

—Vaya. Así que haciendo el gilipollas, ¿no?

—No intento crear problemas...

—¿No?

—Es solo que no tengo mucho más de lo que se saca del boletín, ¿sabe? Así que, en realidad, no creo que sea de mucha ayuda.

Alguien llamó con suavidad a la puerta y Thorne alzó la vista para ver a una de las auxiliares administrativas civiles mirando por el cristal de la puerta. Formó una «T» con los dedos y los subió al vidrio. Thorne negó con la cabeza.

—Yo sé mucho de Ray Tucker y sus compinches —dijo Bannard—. Un huevo, a decir verdad. Con lo que no acabo de aclararme es con esta historia más reciente..., lo de hundirle la cabeza y eso.

Volvió a reír y soltó una breve descarga de toses, que hizo que Thorne se apartara el teléfono de la oreja por un momento.

—Esas historias de «muerto en la sala de estar», ¿comprende? En realidad solo se trata de ponerse al tanto, de controlar la situación. Así que casi seguro que cualquier cosa que me diga me será útil. ¿Vale, inspector Thorne?

Como no podía ser menos, Thorne le contó lo que había salido a la luz aquel día. Le habló del estado del cadáver cuando se descubrió, de la probable arma del crimen y de los resultados preliminares de la autopsia; mientras hablaba se dio cuenta que no estaba contándole a aquel hombre nada que él ya no supiera.

Lo único que omitió mencionar, sin ningún motivo demasiado especial, fue que a él le habían enviado una foto del muerto hacía dos días.

—¿«Ray Tucker y sus compinches», ha dicho usted?

Al otro lado de la línea Thorne oyó que Bannard tomaba un trago de algo.

—Durante quince años Tucker, más conocido por nosotros y sus «íntimos» amigos como Rata, fue un miembro destacado de los Black Dogs. Una de las mayores bandas de moteros, ¿vale? Con los años se han tragado a una o dos pandillas más, y nadie está del todo seguro de cuántos miembros son ahora; treinta y cinco o cuarenta, sin problema. Están esparcidos por ahí, pero hoy día a casi todos los tenemos situados más o menos por la frontera entre el norte de Londres y Hertfordshire.

A Thorne le sonaba el nombre.

—Ángeles del infierno, ¿no?

—Nada que ver. En realidad, rivales de negocios, aunque todos funcionan de modo similar: una estricta jerarquía, juramento de secreto entre los miembros, llevar los colores del club y cosas por el estilo.

—Y supongo que casi siempre, cuando se reúnan, la cosa no irá en absoluto de motocicletas.

—No mucho, no.

—¿Qué es, costo?

—Costo, cocaína, éxtasis, lo que sea. Trabajan con bandas asociadas de Europa y traen la mercancía de Holanda y los países escandinavos. Creemos que acaban de empezar a meterse en el negocio de la heroína.

—¿Entonces ya no van de pegar palizas a los *mods* en el paseo marítimo de Brighton?

—Sigue habiendo mucha violencia —dijo Bannard—. Mucha. Se mueven, se extienden a zonas nuevas y demás, y las guerras territoriales a veces se ponen bien finas. La verdad es que rebasan los machetes y las cadenas de bicicleta. El año pasado encontramos lanzacohetes y rifles de asalto en una cochera de los Black Dogs.

Se detuvo un instante como para asegurarse de que se entendía la gravedad, o más bien la escala de lo que estaba contando.

—¿Eso explica los tatuajes? —dijo Thorne.

—¿Cómo dice?

Le contó las conversaciones que había mantenido con Hendricks y Holland. Bannard escuchó y luego describió un tatuaje en concreto, un par de puñales entrelazados, pero Thorne no recordaba haberlo visto.

—Suele ser pequeño, pero estará por allí, en algún lugar —dijo Bannard—. Vuelva y eche un vistazo. Es un símbolo de «pieza cobrada». Casi todas las bandas los tienen, un parche especial en concreto, o un tatuaje, y hay que ganárselos...

Otro breve silencio en apariencia elocuente. Thorne picó.

—Entonces, ¿qué...? ¿Cree que el que ha roto la cabeza a Tucker acaba de ganarse uno?

—Es posible. A lo mejor Rata se ganó la antipatía de alguien.

—Yo lo he visto —dijo Thorne— y, desde luego, creo que cabe suponer con bastante seguridad que sí que ha cabreado a alguien.

Esta vez la risa del hombre de G&O pareció de verdad, pero, precisamente cuando parecían llevarse bien, Thorne lo estropeó preguntando si había un motivo concreto para que llamara.

Un carraspeo, y la voz se volvió más aguda.

—Por supuesto Tucker era alguien de nuestro interés, así que este asesinato no es lo que se dice algo que pasemos por alto. El comunicárselo a ustedes me pareció una buena idea, ¿no le parece? Es una gentileza, nada más.

Aquello era muy razonable.

—De modo que no intentan reclamar su parte ni nada parecido... —preguntó Thorne—. Igual que hacen con el asesinato de Deniz Sedat.

—Aquí nadie se mete en el terreno de otro.

—Eso entiendo, señor.

—Bien.

—Aunque seguro que entiende que la gente crea otra cosa: que ustedes dejaron que les hicieran el trabajo pesado, ¿sabe?, para luego acudir en el último momento como las «turbas policiales».

—El caso al que se refiere no es uno de los míos. Y, francamente, está siendo usted descarado de verdad, inspector.

Ahora le tocó a Thorne quedarse en un silencio elocuente.

—Señor...

—Bueno, ha sido amable, así que no nos enfademos; solo una cosa más. Pensaba si me diría, ¿por qué le han quitado el asesinato de Tucker al grupo de Homicidios Este que lo cogió en un principio, y se lo han asignado a ustedes?

En aquella pregunta, en apariencia inocente, Thorne no oyó nada que le gustara. Percibió el placer de Bannard al pillarlo en una mentira por omisión; y, además, el inconfundible deleite con el que su superior manifestaba lo bien conectado que estaba en el sentido más amplio de la palabra. No recordaba cuándo se había sentido tan superado en habilidad por otro poli. Tan aventajado.

Sin más alternativa, Thorne le contó por fin lo del mensaje del asesino de Raymond Tucker: la foto que lo había desencadenado todo. Otra respuesta que estaba seguro de que Keith Bannard ya sabía al hacerle la pregunta.

—¿Cómo ha ido eso? —preguntó Kitson.

—¿Te refieres a la conversación con Graves y Organizados, o al broncazo que acabo de echarle a Andy Stone por pasarme la llamada de ese hijo de puta?

—Bueno, imagino que la segunda parte ha sido más divertida, pero me refería a la llamada de teléfono.

Estaban en la esquina de la central operativa, detrás de la mesa de Karim, donde había un montón de tazones y un hervidor de agua prehistórico encima de un pequeño frigorífico. Thorne alargó la mano para coger el azúcar. En el azucarero y pegados a

la cucharilla había grumos secos y marrones. Entonces se dio la vuelta e hizo saber a todo el que lo oía que el próximo que removiera el té y luego cogiera azúcar sin secar la cuchara antes, subiría como un cohete derecho a la cabeza de su lisa negra.

—Ha sido buena, ¿no? —dijo Kitson—. La llamada.

Thorne sonrió para quitarle importancia. No le dijo cómo lo habían engañado. Ni cómo, a pesar de que la conversación con Bannard terminó de forma bastante informal, había colgado sintiéndose derrotado de verdad.

—No estuvo mal —dijo—. Un poco presumido, pero ya sabes cómo son.

A Kitson la tranquilizó que la llamada no tuviera que ver con el caso Sedat. Se preguntó en voz alta si, ahora que había aparecido el cuchillo, G&O daría marcha atrás en su investigación.

—Lo harán si tienen un puñetero resto de sentido común —Thorne sacó la leche del frigorífico y la olisqueó—. Sigo sin verlo como un ajuste de cuentas entre bandas.

—Lástima lo de esas huellas —dijo Kitson.

—No te preocupes. A lo mejor el que apuñaló a Sedat dejó su nombre y dirección en otra papelera.

Bebieron el té. Saludaron con una inclinación de cabeza a las caras de uno de los otros grupos que entraban en un turno nuevo.

—Bueno, por lo menos ahora sabes mucho más de tu cadáver de Enfield —dijo Kitson.

Thorne asintió al tiempo que se recordaba que debía llamar a Hendricks para comunicarle que tenía razón respecto a los tatuajes.

—Eso sí que parece que a lo mejor es un ajuste de cuentas entre bandas.

Thorne gruñó desde su tazón.

—Espero sinceramente que no.

—Sí, sé lo que quieres decir —Kitson miró por su bolso buscando una polvera—. La verdad es que resulta más fácil si te da igual, ¿no?

Se alejó tranquilamente hacia los lavabos, mientras Thorne se preguntaba si Brigstocke o el comisario jefe Trevord Jesmond seguirían hablando de una «víctima inocente» en el caso de que hubiera una conferencia de prensa. Decidió que le dedicaría al asunto una hora más, dos como máximo, y luego se iría a casa.

Volvió a su despacho despacio, pensando que tenía que averiguar un poco más sobre los Black Dogs y sus métodos de trabajo. Pasó por delante del tablón con la foto de Tucker y empezó a sonreír. Aunque la oscuridad iba ganando fuerza al otro lado de las ventanas, y el día que quedaba a sus espaldas parecía algo por donde se hubiera abierto paso a machetazos, de un modo extraño lo animó pensar en un miembro de una banda motera fuera de la ley, tatuadísimo y despiadado, con una mamá que aún le lavaba los calzoncillos.

En realidad, nunca había entendido por qué tenía que haber servicio de seguridad en un hospital. Claro que había drogas por allí, pero las guardaban con llave, ¿no? Sabía

que había chalados que intentaban afanar bebés, así que comprendía que tuvieran cuidado en los pabellones de maternidad, y también tenía su lógica vigilar un lugar con enfermedades infecciosas, pero, aparte de eso, no entendía de qué se preocupaban tanto.

Dentro de todo, el sitio donde atendían a Ricky Hodson no era precisamente Fort Knox.

El Abbey era un hospital, grande y privado, de Bushey, y el edificio Beaumont estaba situado entre hileras de árboles en el borde de sus quince bien cuidados acres. Había una docena de habitaciones en la primera planta. Por un lado, había imponentes vistas a un aparcamiento y por el otro, campos ondulados, según el importe de la prima que se pagara al seguro médico.

Con una sonrisa, entró en la recepción y dijo algo divertido sobre el frío que hacía. A cambio le sonrieron y, con un zumbido del portero electrónico, lo dejaron entrar en el vestíbulo. Mientras esperaba el ascensor se miró en las relucientes puertas. Se echó atrás la capucha y se pasó una mano por el pelo. Inspiró hondo.

Bueno, allí ni siquiera olía a hospital.

Al entrar en la habitación de Hodson no lo sorprendió que no diera al aparcamiento. Y no es que viera mucho: los campos estaban grises bajo el cielo color gris marengo, y apenas distinguió luces muy lejos, en la distancia. Pensó que debía de ser Watford o Rickmansworth.

Se oyó un ruido procedente de la cama.

Hodson estaba viendo la MTV. En un televisor sujeto en alto en la esquina de la habitación, una estrella del rap iba enseñándoles su casa a las cámaras. Tenía una mesa de billar con tapete dorado y una pantalla de plasma de más de tres metros de ancho.

Rodeó la cama, cogió el mando a distancia que estaba en la mesita y apagó el televisor.

No fue precisamente reconocimiento lo que vio en la mirada de Hodson, eso no, pero desde luego había curiosidad. Medicado hasta las cejas como estaba, le fue difícil entender exactamente lo que dijo. «¿Qué?» o «¿Quién?», quizá. Desde luego, una pregunta.

Levantó la bolsa de plástico que llevaba; la posó con suavidad en el filo de la cama y empezó a rebuscar dentro.

—Allá vas —dijo.

Al enterarse de lo ocurrido tuvo miedo de que el accidente fuera a hacer la tarea por él. Entonces escribió una de sus cartas contándole a ella lo furioso y frustrado que estaba. Pero cuando comenzó a verse claro que la situación mejoraba, que el estado de Hodson no ponía en peligro su vida, empezó a pensar que a lo mejor aquello le hacía un inmenso favor. Ahora, al ver cómo había quedado Ricky Hodson, supo que había acertado.

Había cables por todas partes y máquinas a ambos lados de la cama, con bolsas

colgando. Hodson tenía vendajes en los dos brazos, donde se había despellejado la piel, y un collarín en el cuello. Por lo visto se había perforado un pulmón, además de hacerse pedazos la cadera y la pelvis, y al parecer una pierna estaba tan destrozada que había tenido suerte de conservarla.

—Santo Dios, Ricky, qué desastre.

Ahora los ojos de Hodson se movían rápidos de acá para allá. Un rayo de pánico atravesaba la niebla de la sedación y le permitía balbucear unas cuantas palabras mal articuladas y roncadas.

—Te has equivocado de habitación, colega...

Sacó un racimo de uvas de aspecto lamentable y lo alzó para examinarlo. Luego volvió a la bolsa y sacó un libro de bolsillo. Puso las dos cosas sobre la mesa y después alargó el brazo para frotar la intacta cara de Hodson con el dorso de la mano. La barba incipiente rascaba.

—Por lo menos llevabas puesto el casco —dijo.

Se sacó el trapo del bolsillo y lo metió rápidamente en la boca de Hodson, al tiempo que le empujaba fuerte la cabeza hasta hundirla en la almohada. Se estremeció cuando se le engancharon los dedos en los dientes, antes de coger la bolsa y pasarla por encima de la cabeza de Hodson. Luego recogió el plástico, se envolvió las asas en los dedos y apretó, tensando las manos bajo la mandíbula para precintar bien la bolsa.

El cabecero de metal traqueteó, aunque no mucho tiempo.

Se quedó mirando mientras el plástico fino y chungo se hundía, mientras se pegaba, arrugándose, a la nariz. Esperó hasta que el movimiento se hizo más lento y luego se volvió hacia la ventana; con las manos aún bien agarradas por encima del collarín, miró las lejanas luces.

Probablemente fuera Watford...

Se volvió de nuevo y se inclinó, mientras la bolsa golpeaba con suavidad una última vez la cara de Ricky Hodson.

—El hielo negro es un cabrón, ¿eh?

Thorne había estado dejándole mensajes a Louise desde poco después de mediodía, pero ella no le devolvió la llamada hasta que él iba ya camino de casa.

Él le dijo que había tenido un día «interesante». Dijo que se lo contaría con pelos y señales más tarde si quería, y que con mucho gusto iría a su casa. Louise le confirmó que no trabajaba hasta tardísimo, pero que de verdad tenía que acostarse temprano, si le daba igual. Dijo que lo llamaría si cambiaba de opinión; si se veía incapaz del todo de soportar la noche sin él. Thorne le dijo que estaría esperando la llamada.

El Bengal Lancer estaba a punto de cerrar, pero, como cliente privilegiado, el encargado no puso pegas para que Thorne se sentara en la barra con un par de camareros y se tomara un plato de bhajis de cebolla y cordero tikka, mientras las limpiadoras seguían trabajando a su alrededor. Le sentó muy bien. Al entrar todavía

estaba cabreado con Louise, pero gracias a dos pintas de Kingfisher y unos cuantos chistes subidos de tono se encontraba de mucho mejor humor cuando llegó a su casa, a punto de que dieran las diez y media.

Le dio de comer a Elvis, puso a lavar unas cosas y pilló el final de «Wednesday Night Football» en Sky Channel. Estaba a punto de entrar en Poker-pro cuando se dio cuenta de que tenía correo electrónico. Estaba claro que Hendricks no había tenido un día de lo más ajetreado, y se lo había pasado casi entero pensando nombres para el nuevo drama del «forense gay». En su correo sugería «Maricopsia» e «Ideal de la muerte en la morgue» antes de decidir que tal vez lo comercializaran mejor en formato de programa de entrevistas, en un decorado puesto al estilo de un depósito de cadáveres y con el título provisional de «En la mesa de autopsias con Phil el perversidillo».

Thorne decidió que, al menos durante un rato, aquello era más divertido que el juego. Se sentó a pensar y se puso a garabatear notas en un papel que reservaba para valorar a los jugadores de póquer rivales. Luego le mandó un correo a Hendricks proponiendo «¡Tiosos!» y «El equipo autopsia». Aunque no se le ocurrió nada que le gustara más que: «¿Eso es *rigor mortis*, o es que te alegras de verme?».

Mientras esperaba a ver si Hendricks respondía con algo, se acordó del teléfono. A la hora de comer le habían enviado de Newlands Park su antiguo móvil que ahora estaba sobre la mesa de la entrada, precintado dentro de un sobre acolchado.

Fue a la cocina a por unas tijeras y abrió el paquete sin perder de vista una película potencialmente guarra del Channel Five y sin dejar de devanarse los sesos buscando más títulos de comedia. Mientras trabajaba decidió que aquello sí que eran multitareas masculinas al más alto nivel... Y, además, que estaba claro que el estrecho y cuadrículado fulano de Newlands Park intentaba devolvérsela: había envuelto el teléfono en varias capas de impenetrable embalaje de plástico.

Tardó casi diez minutos en sacar el Nokia. Luego diez más en recuperar la batería y el SIM, cada uno de ellos momificado por separado. Para cuando por fin lo montó todo, ya había terminado la película y él había agotado todos los tacos que conocía.

Encendió el teléfono y observó cómo aparecían los indicadores de cobertura y de batería. Miró la pantalla durante diez segundos..., quince; luego lo dejó a un lado y volvió al ordenador.

En el preciso instante en que se sentaba, sonó el tono, y el teléfono empezó a vibrar en la mesa. Las llamadas se desviaban a su nuevo móvil, pero los mensajes de texto y los multimedia no.

Tenía un mensaje esperando.

## Seis

Media mañana del jueves y, por segunda vez aquella semana, Brigstocke tenía la vista clavada en el teléfono móvil de Tom Thorne. Dio unos golpecitos en la pantalla.

—¿Eso del lado de la mano derecha es una especie de alambre?

Thorne rodeó la mesa, se inclinó y miró por encima del hombro de Brigstocke. Miró fijamente la fotografía que había llegado la noche antes. Esta vez no había sangre, no había señales de violencia. Para un ojo poco avezado, el hombre de la pantalla incluso parecía dormido; una idea que reafirmaba el que su cabeza descansara en una almohada blanca. Pero Thorne no era un ojo poco avezado. Miró con mucha atención la leve línea ondulada que bajaba serpenteando por un borde de la foto y casi tocaba la cara del muerto en la parte inferior de la pantalla.

—Es transparente —dijo—. Como un tubo o un cable... Brigstocke miró con atención y luego meneó la cabeza, derrotado.

—Vamos a ver que hacen en Newlands Park.

Holland se asomó por el cristal y abrió la puerta a la señal de Thorne. Comunicó que al fin los de T-Mobile habían respondido con detalles sobre el primer mensaje: la llamada se había hecho a través de una antena situada encima de un bloque de oficinas de Acton.

En la central operativa y más allá el grupo trabajaba a tope. Desde hacía unas horas, cuando Thorne recibió la segunda foto, la investigación había ascendido considerablemente de categoría. Se había trasladado a policías de otros casos, incluidos el asesinato de Sedat y varios que llevaban otros grupos, y ya habían averiguado que el último mensaje se había enviado desde otro móvil de prepago, esta vez de la operadora Orange. Durante la noche se había presentado una solicitud de información de repetidores, y además se daban pasos para localizar dónde se había comprado el teléfono. Si identificaban el minorista, y según fuese su movimiento medio de mercancías, tal vez tuvieran que verse las secuencias de la cámara de seguridad de un mes o más. Con ese procedimiento sacaban pruebas útiles por si alguna vez llevaban a un delincuente a la sala de un tribunal, pero era sumamente improbable que sirviera para atraparlos. Como muchas más cosas que el grupo se afanaba por desentrañar, era como juntar piezas de un rompecabezas sin tener ni idea de la pinta que debía tener la imagen terminada.

—¿Cuándo nos da Orange lo de la antena?

Holland parecía satisfecho consigo mismo.

—He mentido y les he dicho que T-Mobile se había esmerado en hacer uso de todos los recursos disponibles en atención a nosotros —dijo—. Confío en que un poco de sana competición a lo mejor nos beneficie.

Thorne y Holland salieron juntos, y al pasar por delante de la mesa de Andy Stone, el agente soltó el teléfono y los abordó.

—Bolsa de basura no puede vernos esta mañana.

—Más vale que hables inglés —dijo Thorne.

—Martin Cowans —Stone levantó un listado impreso, con varios arrestos detallados bajo una foto de amenazador atractivo—. El perro máximo de los Black Dogs, aunque por algún motivo prefiere que lo conozcan como Bolsa de basura. Me dijo usted que lo llamara para comunicarle que queríamos charlar con él.

—¿Y qué es lo que tiene tan ocupado a Bolsa de basura esta mañana? —preguntó Holland.

—Un colega suyo ha muerto inesperadamente, o eso ha dicho. Tiene cosas que arreglar.

Thorne miró a Stone.

—A Tucker le hacen el entierro de Gran Motero: ¿no? —preguntó Holland—. Un ataúd a lomos de una Harley... Música de Motörhead mientras el féretro desaparece entre las cortinas...

—Esa es la cosa —dijo Stone—. Yo también creí que hablaba de Tucker..., pero no. Otro colega distinto murió anoche en el hospital. Dice que por lo visto tiene que ir allí, algo...

—Vuelve a llamarlo —lo interrumpió Thorne, que ya se daba la vuelta—. Averigua en qué hospital está y manda allí una unidad de la policía científica a la carrera.

Siguió gritando órdenes mientras salía con paso resuelto.

—Llama a Phil Hendricks y dile que vaya. Asegúrate de que el hospital sabe que vamos, y luego dile a Cowans que se quede justo donde está. Después de que le hayamos presentado nuestros respetos a su amigo, nos reuniremos a charlar todos...

Sin dejar de relacionar cosas mientras andaba, Thorne contuvo el deseo de hacer corriendo el camino de vuelta hasta el despacho de Brigstocke.

Una muerte en el hospital, o más bien cierta clase de muerte, no aparecería en el boletín diario. Esta vez el responsable no había esperado para comunicarle lo que había hecho.

Abrió la puerta y, con paso resuelto, se dirigió derecho a la mesa de Brigstocke. Con un dedo dio en la pantalla del teléfono y luego lo bajó siguiendo la misteriosa línea de la fotografía.

—Es el tubo del gotero de un hospital.

La mayor parte de la heroína que entra en el Reino Unido seguía controlándola la mafia turca radicada en la zona de Green Lanes y alrededores, pero desde hacía unos cuantos años las bandas asiáticas, muchas de las cuales operaban desde el seno de la comunidad sij de Southall, cuestionaban su posición. Si, como había sugerido Bannard, los Black Dogs estaban ampliando su radio de acción hasta abarcar el contrabando de heroína, la decisión de su jefe de vivir junto a Southall Broadway resultaba entre provocativa y absolutamente estúpida.

Estaba claro que Martin Cowans veía las cosas de muy distinto modo.

—Viviré donde coño quiera —dijo.

La forma en que los labios de Cowans se torcían al hablar indicó a Thorne todo lo que necesitaba saber sobre las ideas raciales de aquel hombre.

No fue lo que se dice una revelación.

Tampoco lo fue el que Cowans extendiera su preciada libertad de elección a los que recibía en su hogar, y que en su lista de invitados no se contara ningún policía. En vez de eso, el presidente de los Black Dogs había accedido a que se vieran en el cuartel general del club, en Rayner's Lane, a unos cuantos kilómetros al norte de donde vivía. El «local social del club» consistía en dos casas normales y corrientes del final de una hilera de casas adosadas situada en una tranquila bocacalle, que parecían haber convertido en una sola sin asesoramiento profesional en materia de construcción. Una mitad de la planta baja estaba abarrotada de colchones y piezas de motocicleta. La otra albergaba una cocina diminuta, una sala de estar y una zona de bar construida al efecto, con sus correspondientes mesa de billar, tablero de dardos y grifos de cerveza conectados a barriles metálicos.

—Bonito —dijo Thorne, cuando se lo enseñaron a él y a Holland.

Aunque el interior estaba equipado de forma poco convencional, la parte exterior del edificio daba menos pistas, aparte de las motos puestas en fila en lo que quedaba del jardín. Sin embargo había bastantes indicios: las puertas reforzadas de acero, las ventanas tapadas, las cámaras de seguridad puestas en alto en la fachada de guijarros y en el costado...

—¿Qué opinan sus vecinos de este sitio? —preguntó Holland.

Cowans sacudió la ceniza sobre una moqueta gris llena de marcas.

—Pregúntele a cualquiera de ellos. Les dirán que no damos ningún problema.

—Apuesto a que eso dicen —dijo Thorne.

Estaban en la sala de estar: Holland y Thorne, sentados en unas estropeadas sillas de comedor que parecían salidas de la sala de espera de un médico; Cowans y dos amigos, despatarrados por un surtido de sillones y sofás de pana, terciopelo o vinilo rasgado y sucio.

La habitación apestaba a cerveza rancia y a aceite de motor.

—Oigan, no sé si alguien ha pensado en los peces tropicales de Ray Tucker —dijo Holland—. En lo que va a ser de ellos, quiero decir. Es evidente que tal vez se los haya dejado a alguien, y además solo es una sugerencia, pero el acuario quedaría precioso en esa pared...

Los tres moteros estaban vestidos como era de esperar; el uniforme era obligatorio en el local del club. Thorne sabía que los parches que llevaban en la espalda de sus cazadoras de cuero o tejanas, los colores del club, eran tremendamente importantes para ellos. Tenía entendido que no había que faltarles al respeto, y que si un motero llevaba parches a los que no tenía derecho, se le castigaba con severidad. Había leído de miembros de bandas a quienes bajaban a rastras de las motos y les cortaban los emblemas con un cúter, sin que nadie se preocupara de quitarles la

cazadora primero.

Cowans, que solo en parte respondía a su apodo, rayaba en los cincuenta años. Era delgado como un palillo, pero con panza; llevaba el largo pelo, que iba blanqueando, atado detrás, mientras que su tupida barba todavía no acababa de ponerse del mismo color. Sus colegas más jóvenes se habían presentado muy cortésmente como Bocas y Bob el feo. Bocas era fornido, con una barba que tendía más bien a una incipiente pelusa, mientras que Bob tenía la cabeza rapada y lucía un tupido bigote. Thorne sabía que hombres de aspecto parecido al de Bob pasaban el rato en algunos de las discotecas que frecuentaba Phil Hendricks, pero decidió no comentarlo.

Thorne quizá hubiera encontrado casi cómicas muchas cosas de allí si no supiera exactamente de lo que aquellos hombres eran capaces. Si no estuviera preguntándose cuál de ellos tenía puñales tatuados en algún trozo secreto de pálida carne. Asintió con la cabeza en dirección a Bocas y a Bob el feo.

—¿Y entonces qué son ustedes dos? ¿Capitanes de ruta? ¿Ujieres?

Ellos no dijeron nada.

Thorne se volvió hacia Cowans.

—Y Raymond Tucker era vicepresidente, ¿no?

—No pienso hablar con usted sobre los miembros de este club —dijo Cowans—. Pero me alegra que haya hecho los deberes.

—Ah, sí —Thorne se sacó un papel del bolsillo y lo blandió con orgullo—. También tengo impreso su reglamento. Bonita página web, por cierto.

—La música es un poco como el culo —dijo Holland.

Thorne bajó la mirada a la lista, dispuesta en espectacular letra gótica: las reglas de club y las correspondientes multas por infracción; el precio de los parches y las directrices de conducta en general.

—Cinco libras al mes de cuota —dijo—. Es francamente excesivo.

—Se consigue mucho por ese dinero —dijo Cowans.

—¿Cuántos son ustedes? ¿Veinticinco? ¿Treinta? Ciento cincuenta libras por semana no paga todo esto —Thorne miró a su alrededor—. Apuesto a que el local no está hipotecado, ¿verdad?

—Tendría que hablar con el contable del club.

Thorne asintió, como si agradeciera la sugerencia.

—Entonces, ¿qué me dice de Ricky Hodson? ¿Ocupaba un puesto destacado en el club?

—Hoddo fue miembro de este club quince años. Ya está.

—Tucker muerto, ahora Hodson... Deben de estar preguntándose qué pasa.

Cowans y sus colegas no parecían darle demasiadas vueltas a lo de preguntarse cosas.

—Lo han asesinado. Eso lo han asimilado ustedes, ¿verdad? Da igual lo que haya dicho el hospital, eso se lo aseguro. No tenía marcas..., bueno, nada que no se hiciera

al caerse de la moto, de modo que me parece que fue por asfixia, pero ahora mismo, mientras hablamos, va camino del depósito de cadáveres, así que lo sabremos bastante pronto.

Cowans meneó la cabeza y sonrió como si admirara el esfuerzo que realizaba Thorne. Eran palabras que ya había dicho muchas veces, pero la voz no sonó tan relajada como él pretendía.

—No hablaré de los miembros de este club. No hablaré sobre ninguna causa pendiente ni abierta, ni haré comentarios acerca de ninguna insinuación de actividad penal. No haré una declaración...

Thorne entornó los ojos y miró el papel con expresión de fingido desconcierto.

—En las reglas no he visto nada sobre no hablar con la policía.

Ahora la sonrisa de Cowans fue menos forzada.

—Claro. Porque no somos subnormales y no queremos que nos empapelen por conspiración.

Thorne miró a Bocas y a Bob el feo. Ninguno de los dos parecía demasiado listo, pero sabía muy bien que en cualquier banda de crimen organizado, como en cualquier unidad policial, por lo general bastaba con tener una sola persona que no fuera imbécil.

—De modo que entonces es una regla extraoficial, ¿verdad? —preguntó Holland.

Cowans lo miró muy serio. Se rascó la entrepierna.

—Es más bien una filosofía.

—Bueno, pues parece un poco inútil —dijo Thorne—. Que hayamos venido hasta aquí a charlar, me refiero, si no van a hablar con nosotros.

—Nadie los ha invitado —intervino Bocas con tono aflautado.

—Aunque a lo mejor es buena idea que no hable usted en concreto —dijo Holland.

Dio la impresión de que a Cowans le parecía graciosa su reprimenda.

—Miren, estoy absolutamente encantado de charlar. Es que no pienso decir nada —se volvió a Bob el feo—. Ve a por el puto té, ¿quieres?

Bob se levantó mientras por el pecho le caía la ceniza del pitillo liado a mano que tenía metido bajo el bigote desde que se sentaron.

—Muy bonita la sección de caídos de la página web, por cierto —dijo Thorne—. Hay homenajes conmovedores.

Si a Cowans lo mosqueó el sarcasmo, no se le notó.

—Esto es una familia, y los miembros son miembros, aunque se hayan ido. Los Dogs no olvidan a nadie.

—Muchos se han ido con los años —dijo Holland—. Digo yo que todos no se caerían de las motos...

Cowans meneó la cabeza.

—Como he dicho, encantado de charlar...

—¿Puede hablarnos entonces de la historia del club?

—Todo está en la página web.

—¿Cuánto hace que es presidente del club?

—Seis años.

—Exacto —Holland aprovechó la ocasión para mostrar que él también había hecho algunos deberes—. Reemplazó a Simon Tipper.

—Tips...

—Lo que sea...

En aquel momento Bob el feo abrió la puerta de una patada y entró llevando tres tazones de té. Una mujer iba detrás, con otros tres tazones y un paquete de galletas. Tenía unos cuarenta años y era pálida, con el pelo teñido de rubio platino y un pelado muy corto que no le favorecía nada. Les pasó sendos tazones a Thorne y a Holland, y luego se llevó el suyo al sofá y se puso en el brazo, junto a Cowans. Thorne vio que llevaba colores un poco distintos a los otros: un parche de «propiedad» que se daba a las «parientas» de miembros del club lo bastante afortunadas como para permitirse aquel honor.

—La señora de Cubo de basura, ¿verdad? —preguntó Thorne.

La mujer tiró del paquete de galletas con los dientes; sin alzar la vista, le hizo a Thorne un corte de mangas con el dedo.

—Bonita la foto de Tips en la sección de caídos —dijo Thorne—. ¿Qué le ocurrió?

Cowans le quitó unas cuantas galletas a la mujer.

—Bueno, es un asunto de dominio público, ¿no? Un ladrón lo apuñaló mientras robaba en casa de Tips. Ustedes lo arreglaron todo bastante rápido. Al cabrón lo encerraron. Ya está.

—¿Y a los que no los arreglaron? Los que no murieron en sus motos ni los mataron en trágicas circunstancias mientras molestaban a unos ladrones. A esos los arreglan ustedes mismos, ¿no?

Cowans metió las galletas en el té y bebió.

—No seas así —dijo Holland—. Mira lo agradable que se está aquí..., con una taza de té y una charla...

—Vamos, supongo que no tienen un «armero» porque sí —dijo Thorne—. Sé que las cuentas tienen que saldarse.

Holland empezó a aprovechar las entradas que le daba Thorne.

—Tucker y Hodson. Eso hace dos para empezar.

—Claro que es muy posible que quien los mató estuviera saldando cuentas propias.

—Y, desde luego, ustedes no tienen ni idea de quién podría ser.

—Aunque no habrá demasiados candidatos, digo yo.

—¿Otra banda de moteros? —Holland dirigió las preguntas a Thorne—. ¿Algún «negocio» del barrio al que no le gusta la competencia?

—Venga, Bolsa de basura —dijo Thorne—. ¿Quién va a pagar por Rata y por

Hoddo?

Thorne solo pudo suponer que Cowans abría la boca para negarse a responder a sus preguntas, porque su parienta se le adelantó.

—Algún hijo de puta pagará por eso, antes o después —parecía que estaba pasándose bien—. Tenemos buena memoria y...

Con gesto inexpresivo, Cowans alargó la mano y agarró la muñeca de su novia. Ella aspiró entre dientes y, mientras le devolvía la mirada a Thorne, este la vio esforzarse por no mostrar ni rastro de dolor o de cólera.

No hubo demasiada charla después de aquello.

Ya en la puerta, Thorne se volvió como si hubiera olvidado algo y con un movimiento brusco del dedo señaló las reglas de los Black Dogs.

—Esta es rara —dijo—. «Los miembros que se descubra que se inyectan drogas serán sometidos al castigo más riguroso y serán expulsados del club».

Miró a Cowans y pensó en lo que le había contado Bannard.

—Pero si ahora mismo los que más posibilidades tienen de estar hasta las narices de ustedes son otras bandas metidas en el contrabando de heroína, me preguntaba: ¿eso también es una filosofía? ¿O solo que son ustedes irónicos?

Arrugó el papel y lo tiró hacia los moteros. Bocas soltó una palabrota y lo apartó de un manotazo; Cowans se limitó a sonreír mientras metía los sucios dedos en el té para sacar unos trozos de galleta.

—Pensaba que no tardaríamos mucho en volver a hablar —dijo Bannard.

Thorne se volvió desde el teléfono e hizo una mueca a Holland; una mueca sufrida y desdeñosa.

—¿Y por qué?

—Bueno, ya hay dos moteros muertos. Eso cambia un poco las cosas.

—Tengo que aprovecharme de sus conocimientos sobre los Black Dogs —dijo Thorne.

—El único motivo por el que usted llamaría.

—¿Está de acuerdo?

—¿Por qué no iba a estarlo? No intentamos meternos en el terreno de nadie.

—Sí, eso ya lo dijo.

—Con mucho gusto nosotros los dejamos que se las apañen con este caso.

A pesar del absurdo lenguaje corporativo y el acento de los condados del suroeste de Inglaterra, el «nosotros» aún conseguía parecer levemente amenazador.

—Pero siguen vigilando el asunto.

—Joder, sí —Bannard soltó una risa entre toses—. Es evidente que está empezando algo muy importante, y seríamos gilipollas si no nos interesara mucho.

—Claro.

—Pero también sería bastante estúpido pasar por encima de ustedes, cuando usted tiene semejante..., conexión con el caso, ¿no cree?

Thorne murmuró un «sí», pensando: «¿Me lo dirás si averiguas lo que es?».

—Así que supongo que ha ido a ver a Bolsa de basura y no ha pillado nada de nada.

—Té y galletas.

—Debe de haberle caído bien.

Bannard prometió enviarle un expediente sobre los Black Dogs. Dijo que le daría una idea de su historia y reciente organización mucho mejor que la de cualquier página web; que esa información a lo mejor dirigía a Thorne y a su grupo hacia el que iba cargándose alegremente a miembros de alto rango del club.

Thorne se mostró tan agradecido como la ocasión requería, e igual de cabreado por tener que estarlo. Luego preguntó hasta dónde se remontaba el expediente en el tiempo. Empezaba a pensar si las actividades del club en los últimos años se relacionarían con un cambio de jerarquía y, además, qué sabría Bannard sobre la muerte del antiguo jefe de los Black Dogs.

—Probablemente no más que usted —dijo Bannard—. El asesinato de Tipper ocurrió antes de que yo entrara aquí. Tenemos todos los detalles archivados.

—Tal vez sea interesante echarle un vistazo.

—¿Anda usted por la calle?

Thorne dijo que sí. No se molestó en mencionar que él y Holland estaban en un coche a cincuenta metros del local social del club de los Black Dogs, pero Bannard era la clase de poli que lo volvía tan paranoico como para pensar que no tenía que decírselo.

—Buscaré el nombre del mando que se encargó de la investigación y lo llamaré a usted de nuevo —dijo Bannard—. Si de verdad cree que merece la pena, es probable que le convenga más hablar con él.

El sistema de radiotransmisión, implantado en toda la Policía Metropolitana durante los dos años anteriores, les amargaba la vida a muchos polis; más en concreto el GPS incorporado, que permitía a los de la sala de control determinar la posición de cualquier policía, si querían. Sin embargo, había veces en que uno se daba cuenta de lo que valía de verdad aquel transmisor combinado de teléfono, radio y datos. Cuando al cabo de diez minutos Bannard cumplió y volvió a llamar con un nombre, Thorne se puso en contacto directo al instante.

La comisaria Sharon Lilley trabajaba en una unidad antiterrorista con base en la comisaría de Paddington Green. En tono bastante simpático, le dijo a Thorne que el resto del día estaba muy jodido pero que, si le apetecía, sería bienvenido a una importante sesión interrogatoria después del trabajo.

Thorne había descifrado códigos más difíciles. Le preguntó qué estaría bebiendo.

## Siete

Thorne había visto buena parte de los lugares de interés más raros de la capital; la mayoría, como era de esperar, situados en el extremo macabro de la gama. Pero un domingo por la mañana, hacía un par de meses, había tropezado con lo que debía de estar entre los espectáculos más extravagantes que brindaba la ciudad.

Ahora, mientras pasaba deprisa por delante de la iglesia de St. John para reunirse con Sharon Lilley, fue el olor lo que recordó más que ninguna otra cosa. Si las moquetas nuevas lo devolvían a la infancia, quizá estaba condenado a relacionar siempre las iglesias con el tufo a cagajones frescos de caballo.

La última vez que había visto aquel sitio, con sus inmensos y recargados ventanales brillando en la fachada gótica, había más de un centenar de caballos reunidos en la explanada delantera: caballos percherones y ponies de Shetland; jamelgos y purasangres que tiraban de carros, coches y *charrettes*. Hombres, mujeres y niños con los atavíos ecuestres más estrambóticos que uno pudiera imaginar, desfilaban a caballo por delante de un clérigo absolutamente encantado. El sacerdote, que, para no ser menos, también estaba sentado a horcajadas, tan tranquilo, sobre una montura, primero averiguaba algún detalle sobre los animales de labios de sus dueños, y luego pasaba a bendecirlos a todos.

—¿Cómo se llama? ¿Squirrel? Que Dios esté contigo, Squirrel...

Thorne y Louise se quedaron mirando con alegre asombro. Tras preguntar a otro espectador, se enteraron de que aquel acontecimiento se llamaba «Domingo de los jinetes» y tenía lugar todos los años. Disfrutaron de los bocadillos de panceta y del café que se ofrecía, y después escucharon a una pequeña orquesta de *jazz* que ponía la banda sonora. Luego se alejaron paseando y convinieron en que, fuera cual fuese la oscuridad que ocultaba Londres, o que la asolaba, una ciudad donde, al dar la vuelta a una esquina, uno veía a un cura ensotado a caballo seguía siendo un lugar bastante bueno para vivir.

El *pub* que había sugerido Sharon Lilley era más corriente y moliente. A un tiro de piedra de la iglesia de St. John, en el lado norte de Hyde Park, el Duke of Kendal era un local pequeño, lo bastante animado a las seis y media de un jueves para que más o menos una docena de clientes estuvieran sentados en las mesas de fuera, con abrigos y bufandas, encorvados sobre sus bebidas.

Dentro había ruido; la charla casi ahogaba (aunque no del todo) un antiguo *single* de Meat Loaf. Mientras Thorne caminaba hacia una mujer que le pareció que tal vez fuese Sharon Lilley, pasó por delante de una pizarra con un menú *thai* de aspecto decente y decidió que, si la conversación se prolongaba un rato, a lo mejor pedía algo después. La mujer lo vio acercarse, levantó una copa de vino casi vacía y saludó con la cabeza. Cuando Thorne se abrió paso a empujones hasta la barra, se horrorizó al ver que ya estaba adornada con espumillón y acebo de plástico.

—¿Entonces este no es un bar de la pasma? —dijo Thorne, al tiempo que le

pasaba la copa a Lilley.

—¿Qué lo ha delatado?

—Ah, no sé. El hecho de que haya ambiente. La gente pasándose lo bien... Ese tipo de cosas.

Lilley sonrió y entrechocó su copa con la de Thorne.

—Comparado con otros, el local es casi perfecto —dijo—. Está solo a cinco minutos de la comisaría, justo lo bastante lejos para desanimar a los auténticos borrachuzos. A esos a los que no les sale de los huevos caminar más de veinte metros para tomar una copa.

El acento era puro Essex, pero Lilley quedaba muy lejos del estereotipo cómico: era perspicaz y divertida, y el cinismo no llegaba a resultar desagradable. Llevaba el oscuro pelo bien peinado hacia atrás, con lo que resaltaba su cara hinchada; pero si bien era un poco fornida, su expresión indicaba que lo cierto es que le importaba un bledo. Lo verdaderamente clave era que no tendría más de treinta y cinco años, y eso hizo que Thorne dedujera algo más importante. Haber dirigido un grupo de homicidios con menos de treinta años significaba que se le daba bien lo suyo o que se le daba bien seguir las reglas. O, mejor aún: las dos cosas.

—Por entonces yo todavía era inspectora —dijo ella—. Pero a mi comisario no le importó nada dar un paso atrás y dejarme llevar la investigación Tipper.

Thorne alzó las cejas. No era inaudito, aunque sí raro, que fuera un inspector el encargado de investigar un caso muy importante de asesinato.

—Le tenía el ojo echado a subir a inspectora jefe —Lilley sonrió al recordar—. Es importante ver cómo te manejas, ¿verdad? Probarte los zapatos para ver si te quedan bien.

—A mí nunca me han gustado esos zapatos —dijo Thorne.

Hablaron un rato sobre el trabajo actual de ella; sobre cómo la unidad antiterrorista parecía bastante chollo cuando ingresó, hacía unos cuantos años. Había habido cierta reducción al disminuir la actividad del IRA fuera de Irlanda del Norte, pero, por supuesto, todo cambió el once de septiembre; y la tendencia se incrementó más todavía después de los atentados con bomba que tuvieron lugar en Londres en julio de 2005.

Thorne le dijo cuánto lo aliviaba que no dijera «9/11» o «7/7»; cómo detestaba la taquigrafía numérica que se colaba en tantas conversaciones. Por fortuna, Lilley demostró ser un alma gemela. Dijo que todo el que dijera «24/7» se merecía una bofetada.

—Igual que los gilipollas que hablan de «ventanas» en sus agendas o piden bebidas preguntando si les «traen» una cerveza.

Esta vez fue ella a la barra. Y preguntó si le ponían otra copa de vino y una pinta de Guinness...

—Simon Tipper creó los Black Dogs a principios de los noventa —dijo después—. Fue presidente hasta que un tipo llamado Marcus Brooks lo cosió a puñaladas en

su sala de estar. Julio de 2000.

Dio un sorbo a su copa, recordando.

—Aquello estaba hecho un desastre: sangre, periódicos y mierda por todas partes. Brooks estaba desvalijando bien la casa cuando Tipper volvió y lo pilló.

—¿Esa es la historia?

—Bueno, no era la historia de Brooks, pero creo que fue así como ocurrió.

—¿Cómo lo atraparon?

—Lo traicionó su maldito exceso de tranquilidad. Destroza la casa, acuchilla a Tipper por añadidura y luego se sienta a tomarse un trago. Conseguimos un buen juego de huellas dactilares de un vaso que estaba detrás del sofá, y además ya teníamos fichado a Brooks por toda clase de cosas.

Thorne se quedó completamente inmóvil, con el vaso a medio llevar a la boca. El relato de los hechos que hacía Lilley le sonaba, y de repente se vio pensando en algo que había dicho Hendricks:

*«Le rompe la cabeza a Tucker; luego, mientras se queda allí cubierto de sangre..., saca tranquilamente el móvil y empieza a tomar fotos. Frío y eso, el fulano».*

Thorne tomó un trago.

—Así que, entonces, todo fue muy fácil para usted.

—Bueno, como le digo, no es lo que Brooks dijo que había pasado. Según él, le habían «dicho» que robara allí, y cuando llegó, alguien había hecho el trabajo por él. Dijo que Tipper ya estaba muerto cuando él entró.

—¿Que le habían dicho que robara allí? ¿Quién?

Lilley mostró una amplia sonrisa, como si fuera algo que hacía mucho tiempo que la mantenía entretenida a intervalos regulares.

—Brooks siempre afirmó que dos polis le prepararon un montaje. Nos dijo que amenazaron con encerrarlos a él y a su novia si no les hacía un favor.

Thorne había oído historias parecidas un centenar de veces.

—Claro, pero no le dijo quiénes eran.

—Ah, sí que me lo dijo. No dejaba de decírnoslo. Nos dio sus nombres, detalles de las reuniones, todo.

Thorne esperó.

—Bueno, eran gilipolles, claro. Lo investigamos y, en pocas palabras, el inspector Jennings y el agente Squire no existían. No en la Met, al menos. Sí que encontramos a un poli llamado Jennings, pero estaba repartiendo multas por estacionamiento indebido en el norte de Yorkshire o por allí...

Estaban sentados muy juntos en el costado de una mesa pequeña, en una esquina cerca de la máquina de tabaco. Thorne miró a una atractiva rubia que se esforzaba en buscar las monedas apropiadas sin dejar de parlotear por el móvil. Lo atravesó con la mirada, y él volvió a mirar su pinta de cerveza.

—¿Sirve para algo esta historia? —preguntó Lilley.

Thorne le contó lo de los asesinatos de Raymond Tucker y de Ricky Hodson. Como no vio motivo para no hacerlo, le dijo que le habían enviado fotos de los dos muertos. Contestó la pregunta de Lilley sin esperar a que se la hiciera.

—No, no tengo ni la más remota y puñetera idea de por qué —dijo.

La rubia seguía al teléfono. Ahora intentaba sacar un cigarrillo del paquete con los dientes.

—Hábleme de Brooks —dijo Thorne—. Ha dicho que sus huellas estaban fichadas.

—Marcus había sido un mal chico, no hay vuelta de hoja. Era el típico gamberro del sur de Londres: la clase de chaval que hoy día estaría harto de pasar por el Tribunal de Menores; sabe lo que digo, ¿no? Pasa un par de años en el ejército, paga para salir antes de tiempo y acaba haciendo cosillas sueltas para uno o dos de los «negocios» locales más desagradables. Repartos, algún trabajo de seguridad y eso. Nada demasiado malo hasta donde sabemos, pero era de utilidad, ¿sabes?

—¿Un hombre duro?

—Si tenía que serlo, sin duda. Entonces, más o menos en 1995 o 96, conoce a una chica, tiene un crío y cambia de carrera profesional. No quiero decir que se haga contable ni neuro-cirujano ni nada, pero se aleja de la parte organizada de las cosas..., de todo lo que vaya a meterlo en graves problemas. Y entonces él y esa chica empiezan a trabajar por su cuenta. Un chanchullo con robo en domicilios, que explotaban juntos. Es taba haciendo eso, manteniéndose en segundo plano, hasta que apareció en casa de Simon Tipper y se le fue la olla.

—¿Se encontró el cuchillo?

—No, pero teníamos las huellas del vaso, de modo que no tuvimos que buscarlo.

—Ha dicho que Brooks nunca se metía en nada demasiado malo. Se limitaba a trabajar en el margen de la ley, ¿no?

Lilley asintió con un canturreo.

—Matar a alguien a puñaladas no parece que sea algo demasiado típico de él.

Ella admitió la idea con una mirada y luego la descartó con otra.

—La gente como Brooks siempre acaba cagándola. Quizá se les va la mano cuando en teoría solo tienen que amenazar a alguien. Un trabajo rutinario sale mal, y les entra el pánico; algo así. Yo no lo habría catalogado como alguien que se descontrolaba tan fácilmente, pero estas cosas ocurren todo el rato, ¿verdad?

Cerró los ojos mientras bebía, luego los abrió mucho y se inclinó hacia él.

—Venga, ¿va a decirme que todavía lo sorprende algo a estas alturas?

Thorne miró los dedos de Lilley rodeando el pie de la copa. Reparó en que tenía las uñas comidas casi del todo.

—¿A cuánto lo condenaron?

—Bueno, ahí fue donde el señor Brooks sí que me sorprendió. Cuando dejó de dar la tabarra con lo de esos falsos polis que le habían cargado el muerto, le ofrecieron la oportunidad de que proporcionara información de verdad. Seguro que

sabía historias sobre toda clase de personajes y, si les hubiera dado algo a los de la Unidad de Crimen Organizado, a lo mejor habríamos hecho que el asesinato de Tipper se pareciera un poco más a defensa propia. Rebajar la acusación a homicidio involuntario y eso. Pero no estuvo por la labor.

Thorne comprendió la lógica de negarse a dar el chivatazo.

—A lo mejor te echan unos cuantos años más, pero si has mantenido la boca cerrada no tienes que estar mirando a tu espalda cada minuto que estés en chirona.

—Eso imagino —dijo Lilley—. Al final lo encerraron por once años. Cumplió seis.

—¿Pero ha salido?

—Lo soltaron hace cinco meses.

Durante un segundo Thorne sintió deseos de alargar la mano para rascarse el hormigueo de emoción que le correteaba por debajo del cuello de la camisa. Se alegró de haber interpretado correctamente a Lilley... Y también lo impresionaba que aquella mujer siguiera tan de cerca a alguien a quien había metido en la cárcel hacía tantos años. Así se lo dijo.

Ella se rio.

—Oiga, no digo que no haya uno o dos a los que vigilo de cerca. Y además me encanta que piense que soy tan..., diligente, o lo que sea. Pero no tendría ni puñetera idea de cuándo salía Marcus Brooks de la cárcel si no llegan a preguntarme por él este año.

—¿Quién?

—La Sección de Investigación Criminal de Bethnal Green se puso en contacto conmigo en junio, cuando un conductor que se dio a la fuga mató a la novia y al crío de Brooks.

—¡Dios!

—Sí, horrible...

—Espere —Thorne alzó un dedo e hizo cálculos—. Eso era justo por la época en que salió Brooks, digo yo.

—Quince días antes. Un par de chicos de la zona fueron a verlo a chirona, a comunicarle el mensaje de muerte. No debió de ser fácil.

—¿El conductor se dio a la fuga?

—El coche se saltó el semáforo y los arrolló en un paso de cebra. En la puñetera puerta de su casa, más o menos.

—¿Cogieron al conductor? —preguntó Thorne.

—Encontraron el coche, quemado.

—¿Ninguna posibilidad de que fuera premeditado?

—Habrían robado el coche para darse una vuelta —dijo Lilley; se lo quedó mirando fijamente, como si intentara averiguar qué estaba pensando—. Irían pedos...

Probablemente estuviera en lo cierto, pero Thorne recordaba a la parienta de Bolsa de basura, la expresión de su cara, un par de horas antes.

«Tenemos buena memoria».

—Aunque fuese un accidente, tal vez Brooks creyó que era otra cosa —Thorne hablaba en voz baja y rápido—. ¿Y si decidió que los Black Dogs habían matado a su novia y a su crío en venganza por lo de Tipper?

—¿Al cabo de seis años?

—El mejor momento, ¿no? Justo cuando Brooks está a punto de que lo suelten, cuando cree que va a recuperar su vida.

—Así que sale de la cárcel y empieza a nivelar las cosas.

—Tucker, luego Hodson...

Lilley frunció el ceño y vació su copa.

—No sé —dijo—. Es una idea...

Parecía que habían subido la música. Hacía mucho que Meat Loaf había cedido ante Coldplay, o un imitador igual de deprimente. Thorne escuchó y dejó que las cosas se asentaran. Sabía muy bien lo que el dolor y la ira llevaban a alguien a hacer pero, con todo, se preguntó si no estaría buscando algo con demasiado afán. «Ideas de pulpo en un garaje», lo había llamado Jesmond en cierta ocasión.

Después de hablar unos minutos más, Thorne dijo que debía marcharse. Alargó la mano para coger la cazadora, pero Lilley dijo que iba a quedarse un rato. Cuando Thorne se ofreció a llevarle otra copa en señal de agradecimiento, ella, con un gesto, le dijo que se marchara. La vio alargar la mano para coger el monedero y se preguntó si tendría a alguien en casa junto a quien volver; si habría forma de preguntarle si le apetecía comer algo sin que pareciera una insinuación.

Lilley salió con dificultad de detrás de la mesa.

—Sin embargo, ¿sabe qué? —dijo—, pues que fueran o no los Black Dogs quienes mataron a la novia de Marcus Brooks, eso no va a cambiar nada la cosa.

Se alisó la falda.

—Si entonces no buscaban venganza, desde luego ahora lo harán.

Eran más de las nueve y media, y Thorne estaba muerto de hambre, para cuando llegó a casa de Louise en Pimlico. Ella entró en la cocina y descongeló pan para hacer un bocadillo.

—Debiste comer algo en el bar con esa comisaria —dijo—. ¿Cómo se llama, por cierto?

—Sharon.

Louise metió la cabeza tras la puerta de la cocina.

—¿Celosa? —preguntó Thorne.

—¿Quieres este puñetero bocadillo o no?

Thorne comió mientras Louise lo ponía al corriente de cómo le había ido el día. Su distribuidor de droga secuestrado seguía negándose a reconocer que lo hubiera secuestrado alguien. Le dijo a Thorne que envidiaba su trabajo: por lo menos las víctimas de un asesinato no fingían que no estaban muertas. Thorne le dijo que debía

dar gracias por librarse del papeleo.

Entonces habló de su entrevista.

Le contó todo lo de los Black Dogs y le preguntó qué pensaba sobre el momento justo del accidente que había matado a la familia de Marcus Brooks. Luego intentó, en vano, convencerla de que Sharon Lilley era una rubia de atractivas piernas que se había quedado prendada al instante de él.

El sonido de fuegos artificiales que estallaban en las calles cercanas interrumpió varias veces la conversación. Esa era otra de las manías favoritas de Thorne: el que ahora daba la impresión de que la noche de los fuegos artificiales duraba desde Halloween hasta mediados de noviembre. El ruido parecía molestarlo un poco más cada año, y mientras daba respingos en la sala de su novia, no le gustó pensar en Elvis, muerta de canguelo allá en su casa.

Y, además, era otro olor que detestaba.

Había dejado el coche en el Peel Centre, y durante el trayecto desde el metro hasta el piso de Louise el aire estaba cargado de aquel olor: el olor acre y sulfúrico de la pólvora. El mismo olor penetrante que hacía dos décadas se le había agarrado en el fondo de la garganta una mañana, cuando él y otro agente entraron en una gran cocina bien iluminada y vieron sus primeras víctimas de asesinato: la esposa y su madre. El arma seguía junto al hombre que las había matado a las dos antes de volverla contra sí mismo.

«Remember, remember, the fifth of November»...

A Thorne la noche de las hogueras siempre le olía a sangre y a escopetas. Y le sabía, además, a aquello que empezó a subirle por la garganta a un joven agente de policía.

Vieron las noticias locales a las diez. Daban una nueva información sobre la búsqueda del asesino de Deniz Sedat: un dirigente de la comunidad turca decía lo decepcionante que resultaba que no se hiciera ningún avance, a pesar del descubrimiento del arma homicida. No se hizo mención de los asesinatos de Raymond Tucker o Ricky Hodson.

—¿Cuántos años tenía el crío? —preguntó Louise más tarde.

—Diez —dijo Thorne—. Un niño de diez años.

Estaban juntos en el sofá. Louise, que bebía despacio una taza de té, subió los pies metidos en calcetines debajo de ella.

—Tú estarías destrozado —dijo.

Thorne apartó su atención del televisor.

—¿Cómo?

—Al recibir ese tipo de noticia. Entonces.

—O en cualquier momento...

—Aunque lo que dijiste antes, ¿sabes?, lo del momento en que él iba a recuperar su vida... —Cambió de postura y deslizó un pie bajo la pierna de Thorne—. Hiciera lo que hiciese ese tío en el pasado, es ridículo que ocurra algo así. Llevas meses

pensando solo en salir, ¿no? En volver junto a tu novia y a tu chaval. A lo mejor lo único que te ayuda a pasar la condena es que tienes la ilusión puesta en eso.

—En cuyo caso, el que te lo quiten parece un motivo bastante bueno.

—Un motivo cojonudo.

Thorne no estaba seguro de que el entusiasmo de Louise por su teoría fuese del todo subjetivo, pero su apoyo era agradable.

—Los dos sabemos que algunos son sinvergüenzas —dijo ella—. De esos que solo esperan salir para volver a hacer lo que hacían antes. Pero algunos solo quieren cumplir la condena y volver junto a sus familias. Hay muchos que solo quieren quedarse tranquilos y..., no meterse en líos.

—¿Muchos?

—Bueno, vale: algunos.

Las palabras de Louise significaban tanto más porque Thorne sabía que no era una defensora de pleitos perdidos. Prefería conceder el beneficio de la duda, pero si la traicionaban, la segunda vez era dura como una roca. Entonces empezó a pensar de verdad que tal vez Marcus Brooks fuese la clase de prisionero a que ella se refería: una persona en quien un mensaje de muerte, sobre todo transmitido en el lugar donde se lo dieron, causaría estragos inimaginables.

—Seis años de una condena de once... —dijo—. No se ha metido en muchos líos dentro.

—Eso dice mucho, porque, ¿qué era, una Categoría B? Eso es una cárcel de alta seguridad, con compañías de cuidado.

—Las juntas de libertad condicional estudian los prisioneros que salen, ¿verdad?

—Desde luego. Al ministro «Brownie» le gustan las unidades familiares sólidas...

—Dios, si tenemos razón en esto...

—¿Cómo que «tenemos»? —dijo Louise—. Yo solo te doy la razón con la esperanza de conseguir un revolcón después.

La sonrisa de Thorne no tardó en desaparecer cuando empezó a pensar en lo que sería el caso de venganza más frío que había encontrado jamás.

—Bueno, pues si yo tengo razón en esto, y los Black Dogs querían que Brooks sufriera por haber matado a su antiguo presidente, desde luego supieron escoger la ocasión. Esperaron exactamente hasta el momento oportuno, cuando de verdad le jodían la vida.

—O el momento equivocado —dijo Louise—. Y el tío equivocado. Porque ahora se lo devolverá en cantidades industriales, ¿verdad?

Se levantó y llevó los platos y tazones a la cocina; mientras los metía en el lavavajillas se dirigió a Thorne, gritando por encima del ruido.

—Aunque sea Brooks —dijo—, todavía no sabemos de qué va todo este asunto de las fotografías. Por qué te las manda a ti, quiero decir...

Pero antes de que acabase de hablar siquiera, de repente Thorne tuvo la sensación

de que a lo mejor lo sabía; sintió que una espantosa posibilidad se abalanzaba hacia él. ¿Qué había dicho antes Louise?: «*Eso es una cárcel de alta seguridad, con compañías de cuidado...*».

Se puso de pie, cogió el teléfono y marcó el número que Sharon Lilley le había dado cuando salía del bar.

Cuando al fin Lilley descolgó, oyó la música de fondo y la charla de sus compañeros de copas. No le sorprendió demasiado que aún estuviera donde la había dejado.

—Soy Tom Thorne. Oiga, perdone por llamar tan tarde.

—Ha tenido suerte en encontrarme —dijo ella despacio—. Estaba a punto de marcharme a casa.

—Solo una pregunta rápida.

Algo empezó a saltar en el estómago de Thorne. Inspiró fuerte y preguntó de qué cárcel habían soltado a Marcus Brooks.

Recibió la respuesta que no quería oír.

Y entonces Thorne lo supo.

*Nena:*

*Me parece que no me extenderé porque estoy molidísimo, y aunque sé que no dormiré mucho, tendré que levantarme y salir. Cuando despierto necesito caminar, no parar de moverme. Es que si me quedo ahí tumbado, se me meten en la cabeza cosas en las que no quiero pensar demasiado tiempo, y me da miedo que vayan a quedarse pegadas, y no lo soporto.*

*En realidad, el caminar es genial. Creerás que parece una tontería o que te tomo el pelo, por lo mucho que antes lo odiaba. Ni siquiera conseguías que fuera andando a la parada del autobús, ¿te acuerdas? Es raro, pero después me quedo menos cansado, no más. No sé explicarlo. Me espabila, ¿sabes? Como el ejercicio cuando estaba dentro. Sencillamente, ando kilómetros todas las noches, no importa adónde, y cuando vuelvo aquí las cosas están un poco más claras. No es que me olvide de lo que voy a hacer ni nada, pero me ayuda a centrarme.*

*Me recuerda por qué hago esto. Por qué en realidad no me importa nada que no sea hacerlo.*

*Anoche, después de que puse en su sitio a Hodson, caminé hacia las luces que veía por la ventana. Crucé campos y una autopista. Sé que no eran más que casas y coches y eso, así que no pienses que se me está yendo la chaveta del todo, pero mientras andaba en la oscuridad, metido hasta las rodillas en barro y mierda y sabe Dios qué, me sentí como si me acercara más a ti y a Robbie. Como si los dos estuvierais esperando en las luces, en algún sitio.*

*Al final tuve que dejar de correr.*

*Como te decía, se me va la chaveta. ¡Si hasta sonrío un poco porque te he oído mearte de risa mientras lo escribía!*

*Dale un beso de mi parte, ¿quieres?*

*Te mando besos y toda clase de cosas más también, CLARO QUE SÍ. Volveré a escribir pronto, mañana quizá, pero ahora tengo que intentar echarme a dormir por lo menos. Estoy muy cansado, joder.*

*Que descanses, ángel.*

X

## Ocho

La última vez que Thorne había visto a Stuart Nicklin, este estaba al otro lado de una atestada sala de vistas del Old Bailey, y él hablaba desde el estrado de los testigos, en su juicio. Pero la última vez que había estado tan cerca, Thorne estaba gritando y salpicado de sangre. El patio de recreo de un colegio de Harrow; un hombre muerto a los pies de Thorne, y una mujer, una policía, muñéndose a unos cuantos metros de distancia sin que él pudiera hacer nada. «Felicidades por estar vivo», le había dicho Nicklin, sonriendo. «Aunque estar vivo es la parte fácil, ¿verdad? Lo que es difícil es sentirse vivo».

Thorne reaccionó entonces: empezó a repartir patadas a diestro y siniestro, y vio a Stuart Nicklin escupir restos de dientes y largas cuerdas de sangre mientras por fin lo detenían y se lo llevaban.

Con una sonrisa cada vez mayor.

Aquel invierno fue templado..., y también terrible. Nicklin mató al menos a cuatro personas: tres muchachas y un anciano, y fue responsable directo de otras tantas muertes. Una de ellas la de un hombre llamado Martin Palmer, que a su vez había matado a dos mujeres a petición suya. Llevó a cabo esos asesinatos sencillamente porque era una persona fácil de manipular y, además, porque le daba demasiado pánico su torturador como para negarse a hacerlo.

Nicklin había aprendido pronto que el miedo es el arma más poderosa de todas. Lo manejaba con tanta destreza como un carnicero usaba un cuchillo, y con una potencia tan mortal como la del tirador de la policía que por fin había abatido a Palmer en aquel patio de colegio, cinco años antes.

Fueron poco menos de dos horas en tren hasta Evesham, y luego un trayecto de quince minutos en taxi desde la estación hasta la cárcel. Thorne no había comido nada en todo el camino, y ahora, mientras miraba la amplia y rejuvenecida sonrisa de Nicklin, estuvo encantado de atribuir la sensación de su estómago al hambre.

—Me parece que yo debería estar sentado en una silla giratoria —dijo Nicklin—. Acariciando un gato blanco o algo así.

—Tendremos que conformarnos con esta.

—Lo esperaba antes, si le soy sincero.

—Hace solo cuatro días que recibí la foto.

—Ah, entonces retiro lo dicho. Lo siento.

—Seguro.

Nicklin asintió con la cabeza, satisfecho consigo mismo.

—Le dije a Marcus que usted era el hombre adecuado para el trabajo...

El centro penitencial de Long Lartin, en Worcestershire, albergaba a unos seiscientos de los prisioneros adultos más peligrosos del país. Desde luego Stuart Nicklin encajaba dentro de aquella categoría. Thorne no olvidaría jamás la cara de un niño llamado Charlie Garner. Un niño obligado a mirar mientras estrangulaban a su

madre; obligado a pasar dos días solo con su cadáver, muriéndose de hambre, sucio y dando alaridos.

Thorne miró a Nicklin, sentado frente a él al otro lado de una brillante y desvencijada mesa. Llevaba tejanos y zapatillas de deporte. Un peto azul oscuro sobre una sudadera gris clara.

Decididamente, no era un monstruo.

Por mucho que los lectores del *Daily Mail* y otros de ideología parecida optaran por etiquetar así a gente como Stuart Nicklin; por mucho que esa palabra pareciera la única apropiada para definir lo que había hecho, a Thorne le costaba trabajo creer que semejantes delincuentes fueran «malvados» por naturaleza. Esa definición daba a entender que los demás eran, por naturaleza, «buenos», un concepto que Thorne encontraba igual de difícil de entender. Y además introducía una connotación religiosa que lo hacía sentirse tremendamente incómodo.

Nicklin era un hombre, no un monstruo...

—¿Ha almorzado usted? —preguntó Nicklin.

Thorne meneó la cabeza.

—Muy bueno hoy —se dio unas palmaditas en la tripa—. Estoy poniendo un montón de kilos, desde luego, pero no soy de esas personas que hacen ejercicio todo el día, ¿verdad?

Un hombre a quien Thorne le encantaría ver morir en la cárcel.

La noche antes, en el bar, Lilley habló de que había un par de delincuentes que había encerrado a los que siempre vigilaba de cerca; seguía su marcha a través del sistema. A Thorne le ocurría lo mismo, y Nicklin ocupaba el primer lugar de aquella, por suerte, corta lista.

—¿Por qué me envía las fotografías?

Nicklin fingió quedarse desconcertado.

—Me cago en la mar. No quiere desperdiciar el tiempo, ¿no?

Su voz era más baja que lo que Thorne recordaba, y también más basta; supuso que, como muchos prisioneros, Nicklin fumaba mucho.

—¿Es que tiene que cumplir una promesa luego?

—No es usted tan fascinante como cree —dijo Thorne—. Y yo me aburro con mucha facilidad. ¿Por qué recibo las fotografías?

Nicklin se llevó una mano a la cara y se rozó con delicadeza el lado de la nariz unos segundos.

—Eso ha sido un favor hacia mí —dijo.

Thorne se esforzó mucho por no dejar traslucir nada.

—¿Por qué le debe favores Marcus Brooks?

—Calculo que podría decirse que lo tomé bajo mi protección.

—Apuesto a que sí.

—Le enseñé cómo funcionaban las cosas cuando llegó aquí.

Thorne ya lo había comprobado, y, como muchos prisioneros, Brooks había

tenido varios traslados. Llegó a Long Lartin hacia finales del año anterior, pero antes había pasado parte de la condena en Wandsworth y Birmingham.

—¿Y no le enseñó nada más?

—No valía la pena. Vi que a Marcus no le interesaba nada de eso.

—Y, probablemente, eso lo hacía más emocionante, ¿verdad?

—¿De dónde saca ahora estas historias? —preguntó Nicklin. Hacía cinco años, cuando lo detuvieron, Nicklin llevaba varios años casado, pero había vivido diversas vidas con nombres falsos y en una de ellas fue chaperero en el West End. Thorne no tenía ni idea de si Nicklin tenía algún tipo de sexualidad convencional; solo sabía que se tiraría a cualquiera, de la forma que hiciera falta, para adquirir poder sobre ellos.

—Éramos íntimos —dijo Nicklin—. Amigos.

—Todo esto es muy conmovedor...

—Yo estaba a tiro para repartir algún que otro consejo cuando él entró aquí, y de vez en cuando me hacía algún favor. Siempre hay alguien que quiere meterse con el chalado del lugar, ¿sabe? Marcus me ayudó una o dos veces.

—Creía que sabía usted cuidar de sí mismo —dijo Thorne—. Me he enterado de lo de aquel pobre desgraciado de Belmarsh.

Thorne había recibido un informe completo dos años antes, cuando Nicklin dejó a un compañero de cárcel clínicamente muerto después de clavarle, de forma tranquila pero enérgica, una cuchara previamente afilada en la oreja.

Nicklin sonrió satisfecho.

—Me conmueve que haya estado interesándose.

—Bueno —dijo Thorne—, es que me preocupo. Todos lo hacemos. Yo y las familias de los hombres y mujeres que usted mató. Los abuelos de Charlie Garner. Nos gusta asegurarnos por partida doble de que sigue donde creemos que está. Que no le ha dado por ponerse creativo con las sábanas de la cama o con un bote de analgésicos pasados de contrabando.

La expresión de Nicklin se mantuvo inmutable.

—De verdad, estoy conmovido. Y además, ¿sabe?, está bien que nos hayamos vigilado mutuamente los dos.

Thorne sintió que le subían los colores.

—¿Cómo?

Nicklin le quitó importancia a la pregunta con un gesto de la mano, como si prefiriera demorar un poco más aquel tira y afloja tan prosaico.

—No ha cambiado usted mucho, me parece que no —señaló la recta cicatriz que recorría el mentón de Thorne—. Esa es nueva. Y tiene muchas más canas en el pelo... Aunque le quedan muy bien.

Thorne no podía decir lo mismo. No sabía si la calvicie era por elección de Nicklin, pero la cabeza arrugada y llena de hoyos no hacía sino destacar un aumento de peso muchísimo mayor de lo que cabía esperar de una prolongada dieta carcelaria. Aunque los dientes tenían mejor aspecto, el resto de las facciones se sumían en la

amarilla carne de su cara. Una erupción de diminutas espinillas se arracimaba justo dentro de un orificio nasal, y había piel seca en la línea de los labios. Pero la mirada seguía siendo cálida y seductora.

—¿A qué se refería —preguntó Thorne— cuando dijo que Brooks estaba haciéndole un favor?

La zona de visitas judiciales era poco más que un ancho pasillo del que salían una serie de cabinas de entrevista. Cada una tenía una gruesa pared de plexiglás en la parte delantera para que el prisionero permaneciera «a la vista pero fuera del alcance del oído» de los funcionarios que patrullaban, y las cámaras de seguridad estaban orientadas de modo que no se viera ningún documento. A uno y otro lado, los reclusos se entrevistaban con los abogados o los asistentes sociales encargados de supervisar la libertad condicional, y las voces amortiguadas, exaltadas la mitad de las veces, se filtraban por los endeble tabiques que separaban una cabina de la siguiente. Antes de hablar, durante unos segundos Nicklin había echado una mirada alrededor como si fuese la primera vez que estaba allí. Como si de pronto se asombrara de las sucias marcas de dedos sobre el vidrio, de la insulsez de las paredes color amarillo pálido y de los tableros de DM.

—¿Así que sabe lo de su novia y el crío? —dijo—. ¿El motivo por el que está ocurriendo esto?

Thorne asintió.

—Vale, bueno; entonces ya imagina lo enardecido que estaba. Y, además, quince días antes de la fecha de salida. Pasó por toda la puñetera chorrada esa, la gama de gilipolleces por la que en teoría se pasa al perder a alguien: culpabilidad, negación, rabia, aceptación y lo demás. Solo que pasó por ellas rápido y no terminó de llegar a la parte calentita del final. Marcus solo se quedó con la rabia, y le sentó de maravilla. Gracias a eso consiguió afrontar lo ocurrido y tomar decisiones. Fue como si la rabia lo reconfigurase.

—¿Por qué estaba tan seguro de que los responsables eran los Black Dogs?

—Alguien de aquí dentro corrió la voz. No sé quién, pero esos cabronazos se aseguraron de que recibiera el recado —Nicklin abrió mucho los ojos—. Querían que sufriese, y sufrió. Todavía sufre, eso lo sé... Pero ahora ellos también. Antes de que lo soltaran no hablaba más que de cuánto iba a hacerlos sufrir. Hablábamos mucho de eso.

—Con eso debió usted de disfrutar un escándalo —dijo Thorne—. Otra persona a quien enviar allá fuera y animar a matar.

—Yo no hice nada, lo juro. Marcus no necesitaba ánimos. Yo solo hice alguna que otra..., indicación.

—¿Lo de las fotografías?

—Le pregunté si le importaba mandarle a usted esos mensajes.

Thorne se inclinó hacia delante, pero Nicklin no retrocedió ni un centímetro para apartarse de él.

—¿De dónde sacó usted mi número?

Nicklin infló las mejillas.

—Para ser alguien que está claro que tiene cerebro, a veces es usted corto con ganas. Y además, descuidado.

La mente de Thorne repasó a toda prisa situaciones hipotéticas. Sabía que a Nicklin se le daban bien los ordenadores, y debía de tener libre acceso a ellos allí dentro. ¿Habría estado pirateando archivos telefónicos? Si los conseguía...

—Tres cosas —Nicklin alzó los dedos de uno en uno—. Compare precios para el suministro de servicios básicos. Intente mantener un poco bajo control ese descuberto. Y deje de comer tanta comida preparada, o le juro que acabará tan gordinflón como yo.

Thorne tardó unos segundos en cogerlo; luego estuvo a punto de echarse a reír, a pesar de las espantosas posibilidades.

—¿Ha mandado a alguien a que registre mi cubo de basura?

—Un amigo mío que vive por sus pagos se asoma por allí de vez en cuando para rebuscar por mí. Lleva haciéndolo bastante tiempo —se calló un momento y sonrió con ironía—. Me parece que ya lo conozco muy bien, y no me refiero solo a la marca de limpiavajillas que usa.

—¿Y cree que no voy a hacer nada?

—Creo que a lo mejor se compra una trituradora de papel —dijo Nicklin—. Pero si se refiere a hacerme algo a mí, no estoy seguro de que eso cambie una barbaridad mi condena.

Thorne sabía que tenía razón. Nicklin había agredido al recluso de Belmarsh sabiendo de sobra que toda prórroga de su condena sería meramente cosmética. Era eso lo que convertía a los condenados a cadena perpetua, a los auténticos condenados a cadena perpetua, en prisioneros tan peligrosos.

—¿Por qué esperar hasta ahora? —preguntó Thorne.

—No tenía manera de utilizar la información. Ninguna que me contentara, al menos. Sí que pensé en divertirme un poco con sus tarjetas de crédito, pero en serio, ¿qué voy a hacer? ¿Llamarlo en mitad de la noche y respirarle por el teléfono? Esto es mucho más interesante; tiene muchas más posibilidades, y aquí dentro lo necesito. Es que las clases de teatro no son lo mío, ¿sabe?

—No entiendo por qué Brooks accede a enviarle a un poli fotos de la gente que mata. Un poco arriesgado, diría yo.

—Ya se lo he dicho: está haciéndome un favor y, en realidad, no hay mucho riesgo.

—¿Eso cree? Si no fuera por las fotos, ni siquiera sabríamos quién es. Y cada lugar del crimen nos acerca más a él.

Nicklin se encogió de hombros.

—La mayoría de las víctimas de asesinato aparecen con el tiempo. Salen a la superficie, o un perro empieza a escarbar, o algún vecino narizotas los descubre

husmeando... ¿Y desde cuándo tener un anticipo en exclusiva los ha ayudado a ustedes a atrapar a nadie?

Era un argumento bastante razonable.

—Y yo pensando que todo esto era por pura amabilidad...

—Joder, no. Solo quiero que se sienta frustrado —mientras proseguía, Nicklin fue animándose más; buscó los ojos de Thorne con la mirada—. Quiero que se meta en esto porque sé lo mucho que usted se interesa. Probablemente se interese un poco menos por moteros muertos que por ancianitas, pero se interesa lo suficiente para verse enredado. Esa idea me gusta. Sencillamente, me apetecía pasearme por aquí, pensando en cómo usted perdía poco a poco la chaveta mientras los cuerpos seguían amontonándose en la tabla de cortar de su compinche maricón.

Thorne no se había molestado en quitarse la cazadora. Se arrellanó en la silla y obligó a sus manos a meterse en los bolsillos; una vez fuera de la vista, dejó que se cerraran en puños.

—¿Cuál es el plan de su amigo?

—Ni idea.

—¿Cuánto tiempo va a continuar con esto?

—Hasta que le parezca que ya han pagado lo suficiente, pienso yo. O hasta que se harte. Lo que pase primero.

—¿Puede ponerse en contacto con él?

—No.

Imperturbable, Nicklin miró a Thorne. Lo dijo otra vez.

—No lo creo —dijo Thorne.

Nicklin pareció quedarse un poco decepcionado.

—Oiga, la verdad es que no tiene sentido mentir cuando se está aquí dentro. Es como poner en orden las cosas o interesarse por el aspecto que uno tiene. Incluso es un alivio no tener que preocuparse.

—Si Brooks decide ponerse en contacto...

—No lo hará —dijo Nicklin—. Él sigue adelante.

Suspiró y asintió con la cabeza al ver que Thorne estaba a punto de insistir.

—Pero si lo hace, me encargaré de darle recuerdos suyos.

Thorne echó atrás la silla.

—A lo mejor tiene suerte —Nicklin se rascó perezosamente el cuello, con los dedos encogidos sobre la pelusa—. Quizá tenga la oportunidad de hacerlo usted mismo.

Al ver que Thorne se había levantado, un funcionario fue hacia la puerta. Nicklin se puso de pie también, se dio la vuelta y se apoyó en la mesa.

—No es lo mismo para mí que para Marcus —dijo—. Yo a usted no lo odio, en absoluto; y además me importa un carajo la venganza. Eso sí lo sabe usted, ¿verdad?

Thorne siguió caminando.

—Me da igual.

Era evidente que a Nicklin esto le parecía divertidísimo.

—Claro que sí —dijo.

Brooks levantó el móvil, comprobó la pantallita y apretó el botón de filmar. No dejaba de maravillarle lo mucho que la tecnología había progresado en el tiempo que había estado en chirona. Por lo que recordaba, allá cuando entró apenas empezaban a usarse los teléfonos para hacer algo que no fuera llamar. Pero, Dios, al cabo de seis años apenas creía la cantidad de cosas que se hacían ahora, y hasta dónde esos chismes llegaban a dominar la vida de la gente.

Festejos. Accidentes. Desastres.

Por lo visto el motivo daba igual: los clientes alargaban la mano para coger los Nokia, Motorola y Samsung, y lo más probable es que, antes de llamar a los seres queridos, usaran la cámara. Lugar equivocado, momento oportuno; lugar oportuno..., lo que fuera. Divertido o absolutamente repugnante. Todo captado, guardado en una bandeja de entrada y vendido a Sky Channel, o al *Sun* o a cualquier otro que apoquinara la pasta y estuviera desesperado por compartir con el mundo imágenes tomadas en el lugar de los hechos. ¿Dónde más se obtendrían fotos de pobres desgraciados abriéndose camino con precaución por vagones de metro llenos de humo, o tambaleándose, ennegrecidos y sangrando como cerdos, mientras salían de los restos de un autobús?

No cabía duda: era práctico de verdad.

Veía esas cosas en la televisión cuando estaba en Long Lartin; las comentaba con Nicklin. En los tiempos muertos en la galería; mientras arreglaban el mundo en su celda o en la de Nicklin. Hablaban de todas esas cosas, de cualquier cosa que estuviera en primera plana, hasta que llegó la noticia sobre Angela y Robbie y tuvo cosas más importantes de que preocuparse.

El hombre estaba moviéndose, así que se movió con él. Despacio, al otro lado de la calle. Manteniendo el sujeto en pantalla, quedándose un poquito detrás para tener tiempo de bajar el teléfono si el hombre se daba la vuelta.

Hacía uno o dos años se habían dicho muchas tonterías sobre la moda del *happy slapping*: chavales que filmaban las reacciones de los extraños cuando los atacaban y luego se pasaban la secuencia de uno a otro, como si intercambiaran estampitas de fútbol. A Nicklin le pareció divertido, y se exaltó mucho cuando los periódicos montaron tanto lío con aquello. Preguntaba de qué cojones se sorprendía nadie. Es decir, las cosas no se desinventan, ¿verdad? Todo el mundo usaba los teléfonos del mismo modo raro, decía: la pasma, los pervertidos y de todo. Así que, ¿por qué no los colegiales, que todavía no habían decidido el camino que iban a seguir?

Brooks pensó en lo que estaba haciendo. ¿No era solo una versión más exagerada de *happy slapping*? Se preguntó si no sería de allí de donde Nicklin había sacado la idea.

Una muchacha negra que se acercaba hacia él redujo la marcha y se volvió para

ver adónde dirigía el teléfono. Miró al otro lado de la calle, luego lo miró a él otra vez y siguió caminando, sin ver mucho por lo que emocionarse.

Brooks le sonrió y después continuó grabando, usando el pulgar para enfocar con el *zoom* todo lo posible.

Ya estaba él bastante emocionado por los dos.

Thorne se compró el almuerzo en la estación y se lo comió mientras esperaba el tren que volvía a Paddington. *Pizza* a medio cocer y café pésimo. Sustituir un mal sabor por otro. Pensó en Stuart Nicklin mientras comía; el prisionero seguía riéndose cuando el vigilante le puso una mano en la base de la espalda para guiarlo al salir de la sala.

Brigstocke llamó antes de que el tren saliera de la estación.

—¿Dónde has estado?

—En Long Lartin.

—¿Quién diablos está en Long Lartin? Da lo mismo...

—Tengo mucho que contarte.

—Tendrá que esperar —dijo Brigstocke—. Tenemos una huella que bien pudiera encajar con una del lugar del crimen de Tucker.

—Te escucho.

—Al tipo lo procesaron por asesinato hace seis años.

El tren no iba muy lleno. Solo había tres personas más en todo el vagón. Enfrente y justo delante de Thorne, un hombre estaba despatarrado, ocupando dos asientos y con los pies en alto; la cabeza se le caía despacio sobre el pecho antes de subir otra vez, de una sacudida y con un gruñido, para caer de nuevo al cabo de quince segundos. Vida o alcohol. Thorne no sabía muy bien cuál, pero estaba claro que aquel hombre había tomado demasiado de una cosa o de la otra.

—Estoy detrás de los resultados de la habitación de Hodson en el hospital —dijo Brigstocke—. Estaría bien obtener una identificación segura en ambos sitios, pero me parece que a lo mejor tenemos a nuestro hombre...

—Marcus Brooks —dijo Thorne; esperó unos instantes, disfrutando al oír el asombro del comisario en las interferencias de la línea—. Venga, dime que soy el mejor.

—¿Pero a quién diablos estabas viendo en Long Lartin? —Hubo un breve silencio, luego Brigstocke recordó—. Ah...

—Por eso recibo los mensajes.

—Vamos a oírlo.

Así que Thorne le contó lo que Nicklin le había contado a él: por qué Marcus Brooks hacía aquella carnicería; su relación con el recluso más tristemente famoso de la cárcel, y por qué las fotos de sus víctimas habían acabado en la bandeja de entrada de Thorne.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Brigstocke cuando Thorne terminó.

—¿Cómo?

—Nicklin. Las cosas que dice que sabe, las cosas personales.

—No sé qué quieres decir con «sentir» —dijo Thorne, esquivando la pregunta. Eliminándola.

Le dijo a Brigstocke que estaría de vuelta en Becke House no más tarde de las cinco, más o menos; que entonces lo repasarían con más detalle y decidirían qué pasos dar durante los próximos días. Brigstocke le dijo a Thorne que lo vería después. Dijo:

—Sabes exactamente qué quería decir con lo de «sentir».

Cuando el tren empezó a moverse, Thorne se dio cuenta de que no iba sentado en el sentido de la marcha. Al sentarse estaba distraído, no prestó atención, y aunque tampoco era una manía, siempre miraba hacia delante, si le daban a escoger.

Se levantó y se cambió de asiento.

En una excursión a Brighton Louise le preguntó por qué, y le dijo que sentarse al revés lo mareaba un poco. No estaba muy dispuesto a reconocer que, en realidad, lo desconcertaba. La verdad es que no tenía sentido, lo sabía. Incluso ahora, después de cambiarse, la única vista que tenía eran los servicios que estaban al final del vagón. Pero se dijo que de todos modos no era algo literal sino una estupidez, aunque bastante sencilla.

Le gustaba más sentarse así, mirando hacia delante. Le parecía que de ese modo veía lo que se avecinaba.

## Nueve

Thorne lo percibió a los pocos segundos de entrar por la puerta: el cambio de ambiente de la central operativa. Antes de tener ocasión de preguntar qué había pasado, vio que aún estaba pasando, mientras pasaban por delante camino del ascensor, el hombre y la mujer que caminaban por el pasillo que rodeaba la central operativa respondieron a su pregunta con una mirada al echar un vistazo a Thorne y al resto del grupo. Un momento de algo parecido al desafío antes de apartar, sin prisas, los ojos de los de él.

Eran de esos polis que se habían acostumbrado tanto a la reacción que provocaba su presencia, que la mayoría decidía tomar represalias antes. De esos a los que, con independencia de cuál fuese su apodo, ya les daba igual que alguien los oyera llegar.

«Tacones de goma»...

Ya fuera por la ampliación de la Ley de Pruebas Criminales y Policiales, por la investigación del caso Stephen Lawrence o por algo más insidioso, la Jefatura de Régimen Profesional se había convertido en una sección de la Policía Metropolitana de Londres tan compleja y sobrecargada de trabajo como cualquier otra. Tenía Unidades de Asuntos Internos con base en las cuatro zonas de la Met, y cada una de ellas se encargaba de toda clase de acusaciones o denuncias sencillas contra policías, empezando por la simple ineptitud. Otras unidades de la JRP, incluidos una Sección de Anticorrupción y un Grupo de Inteligencia, se ocupaban de investigaciones más especializadas y entraban en juego cuando había por medio acusaciones de asesinato u otros delitos más importantes.

Thorne se había puesto a malas con los de la JRP las veces suficientes como para preguntarse si no merecería alguna clase de tarjeta de fidelidad, y hacía mucho que había tomado su decisión. Los había buenos y malos, desde luego que sí, pero a todos había que sacarles el palo del culo. Por lo general todo aquello del «tomarse el pelo» no valía con los rectos hombres y mujeres de la JRP.

Samir Karim apareció junto al hombro de Thorne. Juntos, fueron hasta la puerta y se quedaron allí, mirando cómo los dos agentes del JRP entraban en el ascensor.

—¿Qué pasa? —preguntó Thorne.

—Alguien está jodido.

—¿Quién?

Karim se encogió de hombros y le dio un empujoncito.

—Bueno, si no lo sabe usted...

Thorne se volvió y vio a Brigstocke salir con paso airado de su despacho; por segunda vez en otros tantos minutos la expresión de la cara de un colega respondió su pregunta. Sin decirse nada, él y Karim se apartaron el uno del otro cuando Brigstocke entró. Thorne miró al comisario, que cruzó hasta el frigorífico, detrás de la mesa de Karim, y de paso conectó el hervidor del agua. Entonces fue a reunirse con Karim delante de la pizarra y echó una ojeada hacia donde habían visto por última vez a la

pareja de la JRP.

Habló sin subir la voz.

—¿De dónde eran?

—De la zona, por la pinta —dijo Karim.

Thorne asintió. Los cuatro grupos del noroeste tenían su base a cinco minutos a pie, en la comisaría de Colindale.

—Trabajan hasta tarde, ¿no?

Karim sonrió con gesto de satisfacción.

—Es que es un trabajo muy importante, Tom.

—Probablemente no sea más que una estupidez.

Era más que probable. Una denuncia reciente se había referido a un policía que detuvo a un hombre dos veces, cada una de ellas confundiéndolo con un hermano mayor al que ya habían enviado a la cárcel seis meses antes. Y Thorne conocía a un sargento de otra brigada de homicidios a quien interrogaron los de la JRP después de que una unidad armada detuviera a un hombre..., cuyo único delito había sido acostarse con la novia del sargento en cuestión.

—Sí, probablemente —dijo Karim—. Llamaré a un par de colegas de Colindale y veré lo que averiguo.

Con aire despreocupado, Thorne se acercó a Brigstocke que, impaciente, ponía la mano en el hervidor cada pocos segundos.

—Noticia de órdago sobre esas huellas —dijo Thorne—. Parece que lo tenemos por dos lados a la vez.

Brigstocke se agachó para coger leche del frigorífico. Echó un poquito en un tazón.

—Y perdona por robarte tu momento de gloria cuando llamaste, pero no pude resistirme.

—No importa —dijo Brigstocke.

—Me parece que necesitaba un poco de diversión. Después de una mañana con Stuart Nicklin, ya sabes...

Brigstocke asintió mientras vertía el agua caliente. Luego se apartó y con una cucharilla empezó a machacar la bolsita del té contra el lado del tazón.

—¿Estás bien, Russell?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Estoy por aquí, si te apetece tomarte una pinta luego, charlar o lo que sea.

—No estoy seguro de saber a qué te refieres.

—Debe de ser contagioso —dijo Thorne sonriendo—. ¿No salí yo más o menos con la misma gilipollez en el tren?

Brigstocke echó un vistazo a su alrededor; su mirada fue más allá de Thorne y se cruzó con las de varios otros, que se apresuraron a volver otra vez hacia los escritorios. Miradas que se perdían en nada o bajaban hasta los zapatos. Aunque lo intentó, no consiguió más que esbozar la débil sonrisa que se pone al visitar a un

enfermo.

—Creo que me tomaré un té en la cantina —dijo.

Thorne lo vio marcharse y oyó subir el volumen de la conversación en cuanto Brigstocke salió de la habitación. Los polis rara vez andaban escasos de opiniones y, además, cotilleaban casi tanto como se tomaban el pelo.

Cogió el té que Brigstocke había dejado sin probar y se lo llevó a su despacho. Yvonne Kitson estaba ocupada tratando de escribir demasiado deprisa en el ordenador; soltando tacos y dándole con un movimiento brusco a la tecla de borrado cada vez que cometía un error.

—¿Se han ido nuestras visitas? —preguntó.

Thorne asintió y sopló en el té.

—¿No se han parado aquí, entonces?

Kitson alzó la vista.

—Yo estoy limpia como una patena, colega —dijo.

—Por descontado.

—Estaba el gilipollas ese de Antivicio al que le di un puñetazo en las pelotas cuando me cogió el culo en la fiesta de cumpleaños de Andy Stone, pero no creo que se lo haya contado a nadie...

Thorne se rio y, mientras miraba a Kitson al otro lado de la mesa, inclinada con el ceño fruncido sobre el teclado, decidió que estaba bastante guapa. Un par de años antes, su vida, tanto privada como profesional, había estado a punto de desmoronarse después de mantener una aventura amorosa con un mando. Hoy, aunque el Cuerpo seguía importándole, ella parecía preocuparse mucho menos por la carrera y, según el criterio de Thorne, eso le sentaba bien. Había cambiado las líneas severas de los trajes de chaqueta de marca por modelos un poco más suaves. Su corte de pelo desfilado estilo paje había perdido definición, y la cara que enmarcaba pertenecía a alguien que sabía que no necesitaba esforzarse tanto.

Nunca había habido un indicio de nada entre él e Yvonne Kitson, aunque, entre punzadas de culpabilidad, Thorne había albergado uno o dos pensamientos impuros cuando la ocasión lo exigía. Desde luego, nunca se lo diría a Louise. Ni a nadie de los que trabajaban con él, en realidad.

—Me han contado que te has divertido con Stuart Nicklin esta mañana —dijo Kitson de pronto.

—«Divertirse» probablemente sea una palabra demasiado fuerte.

—Sin embargo ha servido. La verdad es que las cosas empiezan a moverse en el caso —con la cabeza señaló la mesa de él—. Tenemos los detalles del repetidor del segundo mensaje, y el informe de la autopsia llegó mientras estabas fuera. Los dos en tu bandeja de entrada.

—Ah.

Thorne alargó la mano para coger las carpetas.

—No pareces demasiado contento.

—Estoy eufórico, ya me conoces —empezó a volver páginas—. Aunque siempre me parece un poco raro cuando un asesino no pone muchísimo empeño en que no lo atrapen, ¿sabes?

—No me importaría tener unos cuantos más así —dijo Kitson.

Thorne vio que la segunda llamada se había realizado a través de una antena situada a menos de un kilómetro del hospital Abbey. Casi seguro que Brooks envió el mensaje en cuanto tomó la foto: unos minutos después de matar a Ricky Hodson. Hojeó el informe de la autopsia y no le sorprendió ver que Hodson había muerto por asfixia. Después de todo, encontraron el arma homicida junto a la cama: el interior de la bolsa de plástico aún estaba húmedo del caliente aliento y la saliva de la víctima. Armado como estaba ya con la hora exacta de la muerte, a Thorne le apetecía mucho ver el cálculo del forense. Pasó deprisa las páginas hasta llegar a él y decidió que disfrutaría enormemente diciéndole a Phil Hendricks que se había equivocado en media hora.

—¿Dónde estamos respecto a Sedat?

—Volviéndome tarumba, para serte sincera —dijo Kitson—. Primero dan prioridad a tu caso, así que el mío lo dejan para más tarde. Y luego, en cuanto ese concejal turco o quienquiera que sea empieza a quejarse en las noticias locales, esperan que me ponga a saltar. No sé ni dónde tengo la puñetera cabeza.

—Como un pedo en un colador —dijo Thorne—. Es lo que decía mi viejo.

Kitson soltó una risilla.

—Acabará arreglándose, Yvonne.

—Bueno, sí que hemos tenido una llamada —ella se levantó y rodeó su mesa mientras jugueteaba con un hilo suelto de la manga de la chaqueta—. Una mujer llamó a la central operativa. No paraba de dar la tabarra con que conocía al que había matado a Deniz, como si de verdad lo conociera. Al final se puso histérica y colgó. Asustada o disgustada, no estoy segura. Las dos cosas, a lo mejor.

—¿Crees que hablaba en serio?

—No sé. Sí, creo que sí.

—A lo mejor vuelve a llamar.

—A lo mejor me quitan de en medio del caso otra vez si tu tipo decide liquidar a más moteros...

La cara de Karim apareció en el cristal de la puerta, y, con un gesto, Thorne le indicó que entrara.

—Ningún detalle —dijo—. Lo único que sé es que son Normas Nueve.

—¿Más de una? —dijo Thorne.

Karim asintió despacio.

Un aviso de Norma Nueve era el papel inicial que se le entregaba a todo policía sometido a una investigación. Explicaba a grandes rasgos los detalles de la acusación y suponía un aviso al sujeto de que se estaba reuniendo papeleo y de que él, o ella, tenía derecho a replicar. Para aquel a quien se le daba, una Norma Nueve indicaba el

comienzo del proceso, fuese o no banal la queja que hubiera contra ellos.

Era el primer tufillo de la mierda en la que estaban metidos.

—¿Quién más? —preguntó Kitson.

Karim miró en dirección a Thorne.

—Bueno, por lo común es él, así que ni puñetera idea...

Thorne se sobresaltó un poco al oír el ruido: era el tono de mensaje del teléfono sonando dentro de su cazadora. Alargó la mano para cogerlo y dejó que Kitson y Karim se apartaran para proseguir su conversación.

La pantalla de mensajes estaba en blanco, como de costumbre.

Se desplazó hacia abajo para ver lo que llevaba adjunto.

Al cabo de unos instantes se dio cuenta de que Kitson y Karim no decían nada; estaban mirándolo, inmóviles, mientras él clavaba la vista en el movimiento de la pantalla. Tan pronto como acabó, alzó la vista y respondió a su tácita pregunta con una leve inclinación de cabeza antes de apartarse bruscamente de la mesa.

De salir por la puerta...

La cantina estaba en la misma planta del edificio, en el lado contrario al de las oficinas. Thorne la olió a los treinta segundos, y un minuto después se abalanzaba sobre la mesa de Russell Brigstocke.

Aunque Brigstocke no parecía nada encantado de verlo, una ojeada a lo que Thorne llevaba en la mano y a la expresión de su cara mientras cruzaba con paso resuelto el linóleo, hizo que su actitud cambiara al instante.

—Joder...

Thorne se dejó caer en una silla junto a él, le deslizó el teléfono por encima de la mesa y pulsó la tecla.

—Este está vivo —dijo—. Por lo menos, lo estaba.

Brigstocke vio la secuencia de quince segundos casi sin respirar. Cuando acabó, dijo:

—Ponlo de nuevo.

Y después de verlo por segunda vez:

—Es otro al que no tendremos que mandar a Newlands Park.

Thorne tardó un segundo en hablar.

—No te sigo.

—A este lo conozco —dijo Brigstocke—. Porque he trabajado con él.

Alargó una mano para coger el té y con la otra volvió a empujar el teléfono por la mesa; de repente parecía pálido y cansado.

—Es un poli.

## Diez

El inspector Paul Skinner bajó la vista hasta la pantalla y se mordió despacio el labio superior mientras se veía a sí mismo: caminando por la calle; parándose un momento para mirar un escaparate; volviéndose en un punto y mirando directamente a la cámara. Al acabar la breve secuencia de vídeo, congelada en un borroso plano de sí mismo y de una transeúnte, Skinner chasqueó la lengua en los dientes y le devolvió el teléfono a Thorne.

—Sí que es raro, coño.

Skinner, Thorne y Holland se encontraban en la cocina, grande y algo oscura, de una casa pareada victoriana de Stoke Newington. Una zona bastante animada: Clissold Park en la misma puerta y un bullicioso mercadillo en Church Street los fines de semana. En tiempos, esta parte del norte de Londres había gozado de muchas simpatías entre disidentes y radicales, y conservaba un aire multiétnico y bohemio, en el pueblo por lo menos; un lugar relajado, tranquilo. Pero la casa de Skinner solo estaba a unas cuantas calles de donde, en 1967, Reggie Kray asesinó a *Jack Sombrero* McVitie ensartándolo repetidas veces con un trinchante. Y no estaba precisamente a un millón de kilómetros de donde, casi cuarenta años después, alguien le había hecho más o menos lo mismo a Deniz Sedat.

La esposa de Skinner asomó la cabeza por la puerta; volvió a preguntar si a Thorne o a Holland les apetecía algo de beber. Skinner dijo que no en su nombre y volvió a sentarse ante una anaranjada mesa de pino.

Señaló el teléfono móvil de Thorne.

—Eso fue ayer.

—¿Cuándo? —dijo Holland.

—Salí un momento a tomarme un bocadillo, igual que siempre. Las doce y media, la una menos cuarto, algo así —volvió a señalar—. Eso está a un centenar de metros de mi comisaría...

Skinner tenía su base en la comisaría de Albany Street, en Camden, en una Unidad de Protección Pública de Distrito. Un buen chollo, la clase de trabajo que la mayoría de los polis mataba por coger cuando se acercaban a los treinta años de servicio. Más o menos, todo el estrés que requería la tarea era comprobar que el esporádico delincuente sexual estuviese donde debería estar. Reuniones y mucho estar sentado; todo el té y las galletas que se quisiera, y ni la menor probabilidad de que nada perturbara los fines de semana. Mucho tiempo libre para trabajar en el jardín o jugar al golf... O para ver cuánta cerveza era uno capaz de trasegar, que parecía ser el modo en que Paul Skinner prefería pasar las mañanas del sábado.

Sobre la mesa, delante de él, tenía abiertas una lata de cerveza y las páginas de deportes del *Daily Star*. Como sabía de antemano que Tom y Holland irían a verlo, estaba claro que a Paul Skinner no lo preocupaba demasiado qué impresión daba.

Tenía unos cincuenta y tantos años. Una camisa blanca sin corbata colgaba de un

cuerpo levemente, aunque todavía, musculado. El pelo rubio pajizo iba clareando, aunque más o menos cumplía su función, y los ojos brillaban tras unas gafas con montura de acero.

—¿Así que Marcus Brooks sigue sin sonarle? —preguntó Thorne.

Skinner tenía la costumbre de lamerse los labios todo el rato, como si estuvieran secos y cortados, o como si contemplara la posibilidad de darle un mordisco a alguien. Volvió a lamérselos otra vez antes de tomar un rápido trago de cerveza.

—Ni siquiera un poco —dijo. El acento era puro sur de Londres; la voz, lo bastante áspera como para no desentonar con él—. Y tengo buena memoria para los nombres, de modo que...

—¿Y qué me dice de los Black Dogs?

—Moterros, ¿verdad?

Thorne asintió con la cabeza.

—Unos cabronazos desagradables, según me han contado.

—¿Nunca ha tenido tratos con ellos?

—Sé de gente que sí —Skinner miró de Thorne a Holland—. Este tío Brooks. Uno de ellos, ¿no?

Thorne le explicó el papel que en tiempos había desempeñado Marcus Brooks en la historia del club motociclista Black Dogs. Su temporada en la cárcel y las muertes aún sin resolver de su familia. El papel que desempeñaba ahora.

—Santo Dios... Nunca se sabe cómo va a reaccionar la gente, ¿verdad? Ocurre algo así y los desquicia.

—Exacto —Holland se apartó de la encimera y se apoyó en la pared de enfrente—. Y ahora le hace fotos a usted.

Skinner se lamió los labios y bajó la vista para mirar por el agujero de la lata de cerveza.

—Tenemos que averiguar por qué —dijo Thorne.

—Como le he dicho, el nombre no me dice un carajo, pero creo que recuerdo el caso primitivo, en realidad.

—Julio de 2000...

—Sí, un ladrón que se carga a un tío, me resulta familiar. Creo que precisamente yo empezaba en la Brigada Móvil por entonces, pero tenía unos cuantos colegas en Crimen Organizado, ¿saben? No fue mucho después de que me trasladara desde el antiguo GOSIZ Este, que es de donde conozco a vuestro jefe.

Se volvió para mirar a Holland y, como si hablara con un novato en prácticas, le explicó:

—GOSIZ: Grupo Operativo de Sucesos Importantes de Zona. «Homicidios Este», ahora.

Holland vio que Tom sonreía de satisfacción y tuvo que desviar la vista.

—Gracias...

—Le cambian los nombres a todo, coño —dijo Skinner—. Cada diez minutos.

—¿No tiene ninguna relación con los policías que investigaron el asesinato de Tipper? —preguntó Thorne.

—No que se me ocurra.

—¿No conoce a Sharon Lilley?

Skinner meneó la cabeza; vació la lata.

—Pero no me sorprende que Russell Brigstoke haya llegado a comisario. Era un buen tipo.

—Aún lo es —dijo Thorne.

—Sabe lamer los culos que haga falta, eso sí. Conoce las reglas.

Normalmente Thorne se habría mostrado de acuerdo, pero recordó la cara de Brigstocke el día antes, después de su entrevista con la JRP.

—Oiga, a lo mejor usted no conoce a Marcus Brooks —dijo—, o al menos no sabe de qué lo conoce...

—Yo no lo conozco.

Thorne levantó las manos y dijo: «Vale, lo que sea»; tenía muchas ganas de avanzar. Le habían explicado lo de los mensajes con foto cuando llamaron por teléfono la noche antes y lo habían repasado otra vez al llegar, pero Skinner no parecía comprender lo serio de la situación. Era como si le hubieran enseñado una secuencia de otra persona.

—Lo malo es que él parece conocerlo a usted.

—Y eso no es bueno para la salud —añadió Holland—. Desde luego, las personas cuyas fotos nos han enviado habían tenido mejor aspecto.

Skinner se quedó pensando.

—De todos modos, ¿por qué le envía Brooks estos mensajes?

—Estaba en la cárcel con uno a quien encerré —dijo Thorne—. Uno que creyó que a lo mejor era divertido implicarme.

—Bueno, quizá es esa la relación que hay conmigo.

—¿Cómo dice?

—Así, a través de un tercero.

—Es posible.

—Quizá yo encerré a un amigo suyo alguna vez. Alguien de su familia.

—Quizá.

Thorne creyó que era poco probable... Y sabía que Skinner también creía que era poco probable. Aunque fuera una posibilidad remota, decidió probar suerte.

—Calculo que los nombres de Jennings y Squire no le dicen nada, ¿verdad? Unos polis.

Skinner se quedó mirándolo con expresión vaga.

—Conozco a muchos polis —se encogió de hombros—. Cuando trabajaba en Kensington tuve un patrón de arresto llamado Jenner...

—Da igual —dijo Thorne—. Comprobaremos eso de la tercera persona, pero mientras tanto, si se le ocurre algo...

Skinner asintió, al tiempo que se levantaba y rodeaba a Holland para ir al frigorífico.

—Por supuesto, pondremos vigilancia en la casa y obtendremos el visto bueno de su comisario para que le dé un permiso.

Skinner cerró la puerta del frigorífico. Tenía otra cerveza en la mano.

—Y un huevo —dijo—. Yo sé tener cuidado solo y desde luego no necesito ningún permiso. Me parece que estoy bastante a salvo en el trabajo, ¿no cree?

—Brooks mató a su segunda víctima en un hospital lleno de gente —dijo Holland.

—Sí, bueno, pero en una comisaría no va a entrar, ¿no? Por muy hecho una mierda que esté.

Thorne no vio sentido en discutir. Lo que tuviera que hacerse, se haría. Se movió para dejar que Skinner volviera a su silla y echó una mirada a Holland.

—Más vale que dejemos de estorbarle —dijo.

Aquello pareció agradar a Skinner. Empezó a hojear rápidamente las últimas páginas del periódico.

—¿De qué sois, del Arsenal?

—Del Spurs —dijo Thorne—. ¿Y usted?

—Millwall, por desgracia. Esta tarde estaré allí, viendo cómo nos la meten.

—Pero eso fortalece el carácter —dijo Holland—. ¿Verdad?

—Dios —Skinner hizo saltar la arandela de la lata y sorbió espuma de alrededor del borde—. ¿Cuánto carácter de los cojones necesita un hombre?

Mientras se marchaban, Skinner no les quitó ojo de encima; su mujer, más metida en el recibidor, también echó un vistazo algo nervioso por detrás de él. Thorne y Holland se volvieron en el umbral, y en ese instante un hombre corpulento cruzó a toda mecha el jardín y estuvo a punto de tumbarlos.

Holland levantó una mano.

—Despacio, amigo.

El hombre se detuvo pero no cedió: esperó a que Holland se apartase y lo dejara pasar.

A Thorne le olió a Cuerpo nada más llegar.

Skinner bajó al sendero e hizo las presentaciones. Richard Rawlings era un antiguo compañero, dijo. Un compañero de masoquismo que iba a ir con él al New Den a ver cómo el Millwall se cargaba aquel hermoso deporte.

—Qué bien —dijo Thorne—. Y da la casualidad de que, cuatro horas antes de que empiece el partido, pasa un momento por aquí, ¿verdad?

—No creo que eso sea asunto suyo —dijo Rawlings.

Skinner le sonrió a Thorne y se encogió de hombros.

—Ya sabe cómo es la cosa —dijo—. Siempre viene bien tener un poco de apoyo moral cuando llaman un par de chicos como ustedes y uno no está seguro de lo que

pasa.

Thorne le devolvió la sonrisa.

—¿De qué no está usted seguro exactamente? —Al no obtener respuesta de Skinner, desvió su atención al nuevo—. Tendría que haber llegado hace media hora. Me temo que ya nos íbamos. Estoy seguro de que su amigo lo pondrá al corriente.

Rawlings dejó ver una amplia sonrisa y se metió un cigarrillo en la boca. Tenía la cabeza grande y el cutis estropeado. Una tripa bien cuidada colgaba por encima de la cintura de los pantalones de su chándal gris. Sin demasiadas cortesías, paso por delante de Thorne y de Holland; señaló con un pulgar hacia la calle principal mientras con el otro le daba a un encendedor.

—El tráfico está jodido por todo Green Lanes —dijo; saludó con la cabeza a Skinner—. Perdona, colega...

Al tiempo que se marchaban, Thorne reparó en cómo Rawlings entraba sin prisas en la casa y era cordialmente recibido por la esposa de Skinner. Y también sintió la mirada de Skinner en la espalda mientras Holland abría la verja y los dos salían a la calle.

Holland había recogido a Thorne a primera hora. Comieron unos bocadillos de panceta en el camino desde Kentish Town y buscaron un sitio para aparcar en la calle junto a la de Skinner. Ahora, mientras caminaban de vuelta al coche, el viento fue arreciando. Las hojas recién caídas cruzaban saltando por la acera, y en las cunetas y contra las paredes se amontonaban las más viejas, convertidas ya en un resbaladizo mantillo color de barro.

—¿Qué te ha parecido Skinner? —preguntó Holland.

—Teniendo en cuenta lo que le hemos dicho, creo que ha disimulado muy bien que estaba acojonado.

—A lo mejor no lo estaba.

—Pues entonces es un puñetero imbécil.

—¿Y qué me dices de su amigo?

—Como dijo él: «apoyo moral».

—No jodas —Holland se echó a un lado para dejar que una mujer con un cochecito de niño pasara entre ellos—. Hemos ido a decirle que se cuide. Quizá le hayamos salvado la vida al gilipollas. ¿Para qué necesita apoyo?

Thorne tuvo que reconocer que era una pregunta razonable. Skinner no le había parecido la clase de persona que necesitaba que lo cogieran de la mano. En cuanto a Rawlings, había estado quisquilloso, de acuerdo, pero lo cierto era que no había que ser JRP para meterles miedo a otros policías. O para mosquearlos. Fuera cual fuera la situación, a la pasma nunca les hacía gracia ser el blanco.

Cuando se acercaban a un Astra rojo aún flamante, Holland sacó las llaves del coche.

—No le ha caído muy bien lo de la protección, ¿verdad?

—Arréglalo con Brigstocke cuando vuelvas —dijo Thorne—. Skinner a lo mejor

tiene un poco de razón en lo de que está seguro en el trabajo, pero deberíamos poner a alguien en la casa esta noche y durante el fin de semana.

—¿Y adónde vas tú?

Thorne dio la vuelta hasta la portezuela del copiloto y, con gesto teatral, frotó una mancha en el techo del coche.

—Más jaleo, colega. ¿Me dejas en Paddington?

—¿Eh?

—Está en el camino de vuelta más o menos, ¿no?

—Hombre, pues no.

—Gracias, Dave.

No había tardado tanto en encontrarlos.

Cuando le tendieron la trampa, dijeron lo suficiente para que Brooks averiguara que tenían su base en el noroeste de Londres, así que tuvo un dato para empezar. Incluso después de todos aquellos años fuera del negocio, aún tenía suficientes contactos con «empresas» de alto nivel como para conseguir una buena lista de *pubs* de la pasma de aquella zona: Camden, Golders Green, Edgware, Muswell Hill...

Había bebido mucho. Había charlado con dueños y camareros; con parroquianos que tenían sus propias jarras detrás de la barra y placas de identificación en los bolsillos de las chaquetas. Había huroneado y hecho preguntas; se había apoyado en las barras para mirar en detalle las fotos de los clientes, puestas entre los dispensadores de licor y los cacahuets tostados.

Las caras impresas en su memoria serían un poco mayores ya, eso lo sabía, así que intentó actualizar las descripciones. Aunque le dieron unos cuantos nombres, ninguno se mencionó más de una vez. Empezó a contarle a la gente que su padre había sido patrón de arresto en varias comisarías distintas: Kentish Town, Swiss Cottage, Holborn... A decirles que el cáncer iba dominando al pobre diablo, y que había pensado, ya saben, que sería buena idea reunir a todos los compinches del viejo mientras aún tuviera posibilidad.

Les encantaba todo aquello, gilipollas sentimentales; se les saltaban las lágrimas encima de las claras de cerveza y le soltaban ideas. Varios se ofrecieron a ayudar, a ponerse manos a la obra y tal vez a reunir unas cuantas libras. Entonces alguien sugirió *The Job*; le dijo que a lo mejor era un buen modo de localizar a los viejos colegas de su padre y que, además, el periódico estaba archivado en Internet...

Después de eso solo tardó dos días. Una hora tras otra estudiando con detenimiento páginas de Internet, hasta que por fin vio una cara que reconocía; una cara que no olvidaría jamás. Posando como un soplagaitas en la puerta de una comisaría, con unos detectives franceses que habían llegado de París en un plan de intercambio. Tampoco olvidaría nunca aquel titular: «EL GENDARME DE LA LEY».

Ya tenía un nombre, uno de verdad, y a partir de entonces fue pan comido. Llamó

por teléfono a las comisarías. Preguntó por él dando el nombre hasta que tuvo éxito. Luego solo tuvo que observar y esperar; estaba bastante seguro de que si vigilaba a uno, el otro cabrón aparecería antes o después.

«Jennings» y «Squire».

El día en que todo empezó a salir bien escribió a Angela. Entonces sí que pareció algo serio; pareció que de verdad iba a llevarlo a cabo. Una cosa era estar sentado en su celda, deseando hacerlo, montando planes... Pero entonces, al verlos de verdad, a aquellos hijos de puta, responsables de todo, supo que tendría que hacer justo lo que había estado imaginando. Así que escribió y le explicó lo que tenía pensado.

Y además le pidió su aprobación.

Ahora tenía que seguir adelante. Estos eran los que importaban. Los moteros se lo tenían merecido, sin duda, pero otros también compartían la culpa. No: más bien la asumían casi toda. Los que le habían quitado Angela y Robbie, para empezar; los que lo metieron en chirona.

Con paso rápido, bajó los escalones de la estación de metro de Hammersmith. Media hora en la línea de Piccadilly hasta Finsbury Park; desde allí tuvo que caminar después. Ya había inspeccionado el sitio y se había buscado un modo de entrar.

Bajó en la escalera mecánica, preguntándose qué le parecería todo aquello al inspector Tom Thorne; preguntándose por qué se molestaba siquiera en hacer lo que le había pedido Nicklin.

Aquella historia de los teléfonos y las fotografías.

Porque dijo que lo haría, y no había más que hablar. No creía en demasiadas cosas, pero no dar el chivatazo y pagar las deudas lo hacían a uno fiable, y la gente siempre había contado con él. Nicklin era un cabrón retorcido, sin duda, no la clase de persona con la que normalmente se relacionaría. Pero en la cárcel las cosas cambiaban. Cuando se estaba en chirona, uno tendía a hacer borrón y cuenta nueva. Los favores importaban. Los pequeños favores se acumulaban, las pequeñas cosas, y además el tipo se había comportado bien con él, así que le pareció bastante sencillo corresponder con aquel favor. A Nicklin se le daba bien hacer que la gente le hiciera favores, que hiciera lo que él quería. Algunos de los guardias incluso.

Aparte de eso, a Brooks le daba bastante igual; desde luego le daba bastante igual la gente como Thorne. Los de la pasma no eran sus preferidos, ni siquiera antes de que ocurriera nada de aquello, y además ahora sabía que la compasión era algo que no volvería a sentir.

Hurgó en el bolsillo buscando dinero suelto para comprar un periódico; pensando en devolver lo que se debía. Y en cómo no se debe fallar a las personas que contaban contigo, incluso cuando ya no están.

## Once

—Le queda bien sentarse ahí —dijo Nicklin—. Parece..., cómodo.

—¿Y eso quiere decir...?

—Hace cinco años. Le habría gustado sentarse donde estaba el juez, ¿verdad? Encerrarme...

Estaban en la Sala de Arbitrios del Módulo de Aislamiento de Long Lartin. Los sábados no había visitas judiciales, y por lo general habrían rechazado una petición de visita hecha con tan poca antelación. Pero Thorne explicó la situación a todos los que hizo falta; le dio ceba de forma descarada al delegado de la cárcel encargado del enlace con la policía, y por fin se las arregló para agenciarse una entrevista con Stuart Nicklin, aunque en un entorno algo fuera de lo normal.

Básicamente, la sala era un tribunal en miniatura.

Aquí se resolvían los asuntos disciplinarios internos de la cárcel y se imponían los castigos cuando era preciso. La sala tenía el techo alto y no tenía ventanas. Muebles oscuros sobre una gruesa moqueta azul; un dibujo dorado que serpenteaba siguiendo el perímetro de la habitación, bajo las paredes revestidas con paneles de madera. Thorne estaba sentado en el centro de una mesa en forma de «T» donde presidía el director o, con más frecuencia, su segundo. Había una jarra metálica y vasos en una bandeja. Había hileras de cuadernos y lápices.

—Yo creo que el juez lo hizo francamente bien —dijo Thorne.

A una distancia de tres metros y medio, Nicklin clavó la mirada en él desde la punta de la «T».

—Pero ¿cuántas veces no la cagan? ¿Cuántas veces todo el trabajo duro que hacen ustedes no sirve de nada? La verdad es que debe doler ver librarse a gente como yo porque alguien realiza mal el procedimiento. Ver a un equipo de abogados con sueldos demasiado altos sosteniendo que su cliente está incapacitado mentalmente para ser procesado, cuando usted sabe que están tan cuerdos como usted...

—Yo no iría tan lejos —dijo Thorne—. Desde luego, no en su caso. Y, aparte de eso, usted no salió impune.

—Aunque no se puede censurar a un tipo por intentarlo, ¿verdad?

Nicklin tenía razón, desde luego. Sí que dolía una barbaridad las veces en que meses, años tal vez, de curro muy duro quedaban en agua de borrajas ante la ineptitud; o cuando la misma ley resultaba ser más tonta que cabrona. Cinco años antes, lo que Thorne había temido más era que la cuestión de la capacidad mental anulara a todas las demás. Que Nicklin se librara de una condena y pasara el resto de su vida como paciente en lugar de como prisionero.

Entre otras muchas cosas, Nicklin era un timador: un individuo sumamente persuasivo, cuya influencia había hecho que otros mataran sin más razón que para agradarle. Por fortuna, el jurado caló la farsa del «está loco, no es malo». O, si no,

decidió que matar porque te lo dicen las voces de tu cabeza no te hace más digno de una mullida almohada y unas zapatillas de papel que a cualquier otro. No te hace mejor que al asesino que mata por codicia o por odio racial, o porque alguien mira a su novia.

—¿Por qué Marcus Brooks quiere matar a un policía?

Esa era la pregunta que Thorne había ido allí a hacer.

—¿Y por qué no?

Thorne se sirvió un vaso de agua.

—Huy, vale —dijo Nicklin—. Perdón.

Se enderezó en la silla mientras fingía una expresión sombría.

—Ya nos ponemos todos muy serios, ¿eh? ¿Pero puedo preguntar por qué la vida de un policía es más importante que otra cualquiera? ¿La de una ancianita, o la de un niño...? ¿O la mía?

—Está diciendo ridicleces.

—Pero tengo razón, ¿verdad? Apuesto a que las cosas han metido la directa de verdad, ahora que se trata de un poli. Apuesto a que están que no paran.

—¿Le dijo usted a Brooks que lo hiciera?

—Yo nunca le digo a nadie que haga nada.

—Claro que no...

—Yo hablo con la gente, nada más —Nicklin alzó la vista al techo—. Los invito a sopesar sus posibilidades.

—Por supuesto —dijo Thorne—. Hasta que empiezan a creer que las ideas que usted les mete en la cabeza son suyas.

Recordaba que, en una ocasión, un subcomisario jefe le había dicho que eso era lo esencial, el secreto del buen liderazgo. Thorne sabía que al hombre que estaba sentado frente a él no le faltaban ideas. Una turbia maraña de ideas, afiladas y geniales.

Inspiró hondo y parpadeó para apartar la cara de Charlie Garner.

—Dígame por qué iba yo a ayudarlo a usted —Nicklin arañó la superficie de la mesa—. Por qué iba a decirle algo que no sea hasta dónde puede meterse sus preguntas por el culo.

—Porque esto es lo que ha querido desde el principio, ¿verdad? Implicarme tanto que acabara viniendo aquí en busca de ayuda. Bueno, pues ya estoy implicado.

Nicklin sonrió.

—Dos veces en dos días.

—Comprendo lo de los moteros...

—Amigo suyo, ¿no?, este policía.

—No.

—Me alivia oírlo. No quisiera que anduviera usted con demasiadas manzanas podridas.

—¿Está diciendo que es corrupto?

—Mire, Marcus no es un ciudadano modelo que digamos —dijo Nicklin—. Casi ninguna persona decente querría tenerlo de vecino, ¿sabe? Pero no mató a nadie.

Sonrió abiertamente.

—Aunque está compensándolo ahora, desde luego.

—Vamos, ¿cuántas personas de aquí afirman que son inocentes?

—Muchas. Pero no durante seis años, y además no se lo dicen unos a otros — Nicklin se inclinó hacia delante; su cabeza solo estaba unos centímetros por encima de la mesa—. Se llega a conocer a fondo a la gente aquí dentro. Se sabe cuándo apartar la mirada de alguien y cuándo hacerle a alguien una confidencia. Al cabo de un tiempo se puede decir quién ha cagado solo por el olor que flota en el corredor. Y, como le he dicho, al final los listos se dan cuenta de que no tiene sentido mentir.

Thorne tomó un sorbo de agua; estaba tibia y tenía un sabor metálico, viejo.

—Comprobaron todo esto cuando lo detuvieron: la historia de que le habían hecho un montaje.

—No buscaron lo suficiente —dijo Nicklin—. Y, además, nadie lo creyó. Pero aunque lo hubieran creído, habrían supuesto que los dos «policías» eran falsos: miembros de una banda rival o algo así.

A pesar de la gruesa moqueta y de los paneles, había un levísimo eco; el bajo resuello de la voz de Nicklin subía desde la brillante superficie de la mesa hacia la ornamentada moldura y el rosetón del techo.

—Nadie lo tomó tan en serio como para llegar a la conclusión más evidente.

Thorne no necesitó que se lo explicaran: nadie interpretaba el papel de un poli corrupto como un poli corrupto.

Nicklin comprendió que Thorne lo comprendía.

—No es que sea el más diabólico de los planes, ¿verdad? Se limitaron a dar nombres falsos. No sé si tenían placas de identificación falsas, o si Marcus se molestó siquiera en pedírselas. En realidad ya no importa, ¿no?

—Está empezando a importarle a bastante gente —dijo Thorne.

Si Nicklin estaba en lo cierto, quedaba claro que Marcus Brooks no solo hacía responsables de la muerte de su familia a los Black Dogs. También culpaba a la gente que lo había mandado a la cárcel; aquellos cuyos actos garantizaron que su novia y su hijo se convirtieran en objetivos algún día. Y que él no estuviera allí para velar por ellos cuando eso ocurriese.

Thorne entendió por qué Brooks pensaba que aquellos hombres tenían que morir.

—Imagino que no sabrá los nombres de esos dos hombres; los de verdad, quiero decir.

Nicklin meneó la cabeza.

—Marcus no sabía sus nombres auténticos hace seis meses. Aunque me parece que ya lo sabe.

Jennings y Squire... Thorne se preguntó cuál era Skinner.

—«Quiere matar» —dijo Nicklin de pronto—. Usted ha dicho que «quiere matar

a un policía». Así que deduzco que Marcus todavía no ha tenido tiempo de hacerlo.

—Bueno, ya sabe: como nos dio un aviso previo, se nos ocurrió que podríamos intentar hacer algo.

—Yo no me molestaría.

—¿Quién diablos es usted para ponerse a pontificar sobre quien merece vivir y morir?

—No he querido decir eso —dijo Nicklin—. Pero ya que lo saca a relucir, venga: no me dirá que se preocupa igual por un poli corrupto que por uno amable, aburrido y honrado, ¿verdad?

Thorne no dijo nada.

—Yo no me molestaría..., porque, a menos que encierre a ese hijo de puta sano y salvo en una de sus propias celdas, Marcus va a matarlo.

—Gracias. Lo tendremos en cuenta.

Con independencia de lo que mostrase la cara de Thorne, ya fuera un visible esfuerzo por controlar su cólera o un evidente sarcasmo, Nicklin parecía disfrutar de cada reacción que provocaba.

—No pretendo decir que sea una especie de arma letal ni nada de eso. No es un puto ninja...

—Es un alivio.

—Pero no se rendirá. La cosa es muy sencilla, y tendrán ustedes muchísimos problemas si no lo comprenden.

Thorne empezaba a comprenderlo ya, pero dejó que Nicklin siguiera. Miró más allá de él y clavó la vista en los grabados de la blanca pared de enfrente. Desteñidos paisajes y escenas de caza.

—En los últimos años he visto «fiebre de la puerta» de todas clases —dijo Nicklin—. Tipos a los que se les va la chaveta y empiezan a perder los papeles cuando la mágica fecha de puesta en libertad aparece por primera vez en el calendario que tienen con la foto de una tía buena. Que se desmadran. Algunos que hacen alguna tontería y la pifian en el último minuto. Pero Marcus solo parecía..., parecía más ligero, ¿sabe? Como si se quitara un abrigo empapado, lleno de mierda, para salir corriendo de aquí incluso un poquito más rápido. Entonces llegaron esos polis con la mejor cara de malas noticias puestas, y fue como si algo se abriera dentro de él. Como si dejara salir la mala sangre. Todo lo que llevaba seis años esperando con ilusión había desaparecido, y se veía el veneno extenderse.

Nicklin gesticulaba al hablar, abriendo sus dedos de cera.

—Se le notaba en la cara, en la forma de hablar, de hilvanar una frase..., en todo. Cuando por fin salió de aquí, se marchó igual de rápido, pero algo muy oscuro se agitaba dentro de su cabeza.

—Algo que usted removi6.

—Yo lo guie, más bien —dijo Nicklin—. Y, adem6s, creo que usted entiende c6mo debe de ser eso. S6 que si alguien se lo hiciera a usted, si le quitara a alguien a

quien usted quisiera, querría hacerle daño. Más, probablemente...

Thorne alzó la mirada. Nicklin tenía los ojos clavados en él; en ellos había algo intenso, incluso festivo, y Thorne tuvo que preguntarse si todo aquello era algo más que un mero diagnóstico de carácter gratis. ¿De verdad sabía Nicklin aquellas cosas? ¿Sobre lo ocurrido al padre de Thorne?

O lo que tal vez le hubiera ocurrido...

Una o dos veces durante aquella conversación, sin la presencia de ningún funcionario de prisiones y sabiendo lo que Stuart Nicklin era capaz de hacer, al mirar al hombre que estaba al otro lado de la mesa Thorne se había preguntado si debía preocuparle su seguridad. Ahora, a medida que sentía cómo su propio depósito de mala sangre empezaba a soltarle frías gotas en las venas, supo que era Nicklin quien debía tener miedo.

—Su amigo —dijo entonces—. El que registra mi basura siempre que le apetece. Dígale que se ha terminado, ¿vale?

Nicklin le sostuvo la mirada.

—Dígame que si veo solo una rata curioseando mis cubos de basura, voy a suponer que es él disfrazado. Que voy a encontrarlo y a joderlo. Asegúrese de que le llega este mensaje.

Nicklin esbozó un saludo militar.

Thorne lo señaló con el dedo.

—Y en cuanto a usted, tiene que olvidar un poco. Lo que sepa..., números, fechas, nombres. Cualquier cosa sobre mí o sobre cualquiera próximo a mí, olvídalo.

Nicklin meneó la cabeza.

—Da la casualidad de que ya casi he olvidado la dirección de su novia. El número, quiero decir. Pero estoy seguro de que el nombre de la calle desaparecerá también, con el tiempo... —se dio con un dedo en la sien—. Quizá se me esté yendo la cabeza, igual que a su viejo. Y además me cuesta cierto trabajo acordarme de las dos últimas cifras del número de teléfono de la tía Eileen, así que no creo que deba preocuparse.

Thorne sintió que la oscura sangre empezaba a correr con fuerza, zumbando bajo la piel.

—Tiene que olvidarlo todo —dijo.

—Qué pena, hombre...

—De verdad, hágalo. Porque aunque pase el resto de su vida a la sombra, y crea o no que maldito lo que tiene que perder, no sería inteligente intentar utilizar nada de eso.

Nicklin soltó una risilla, pero de pronto pareció cansado.

—Bueno, usted cumplió su palabra en aquel patio de recreo —dejó ver una amplia sonrisa que le mostró a Thorne sus dientes postizos—. Su amenaza, debería decir. Pero aquellas eran circunstancias extraordinarias, ¿verdad? No estoy seguro de que estuviera a la altura esta vez.

Thorne se echó hacia atrás y cruzó los brazos.

—Míreme bien y recuérdeme sentado en esta silla.

Pero Nicklin ya estaba poniendo los brazos sobre el tablero de la mesa. Se inclinó despacio y volvió la cabeza para apoyar la cara sobre ellos. Desde donde Thorne estaba sentado, vio unas cuantas manchitas irregulares y oscuras en el rosa pálido de la cabeza calva de Nicklin. Manchas o lesiones casi moradas, como de vino, en el cuero cabelludo.

Paul Skinner se apoyó en la encimera para recobrar el equilibrio e intentó que la lata dejara de tintinear contra los vasos mientras vertía la cerveza. Se detuvo e inspiró hondo; contuvo las ganas de vomitar.

No dejaba de decirse que el sudor era consecuencia de la actividad frenética que había llevado todo el día, pero a cada minuto parecía menos convincente. Y no es que no hubiera estado dando vueltas como una mosca verde. Tardó casi dos horas en convencer a su mujer de lo buena idea que sería llevarse a los niños a casa de su madre a pasar el fin de semana. Después los ayudó a recoger las cosas, cargó el coche y les dijo adiós con la mano. Cuando se marcharon, siguió correteando alocadamente; sin propósito, lo sabía, pero no podía detenerse. Se negaba a sentarse sin más a esperar lo que viniera.

El hormigueo del sudor empezó en cuanto aquellos dos gilipollas de la Brigada de homicidios cruzaron el umbral, y desde entonces estaba sudando a chorros, con un sudor denso y pegajoso. No era el mismo sudor de un día de calor, o el de después de pelotear en el jardín con los críos. Mil veces había olido el miedo en mucha gente, pero su propio sudor era más intenso y más rancio, peor que todo lo que le había llegado de una celda o del otro lado de una mesa de sala de interrogatorios.

El hedor de su propio miedo le daba arcadas.

Echó las dos latas vacías en el cubo de la basura y se dijo que las cosas iban a solucionarse. En cuanto Annie y los críos se quitaron de en medio, hizo la llamada, y eso lo tranquilizó un poco. Le dijeron que se relajara, que intentara no dejarse llevar por el pánico; que no había nada de que inquietarse. Ya se habían visto en aquel apuro, ¿no? No, de aquella clase no, intentó decir él; y, además, no eres tú el que sale en esa puta secuencia de vídeo, ¿verdad? Pero al final, después de discutir un poco, recuperó la confianza como esperaba.

Con los años había habido problemas, desde luego. Ese era el peligro cuando se iba por donde habían elegido ir, y él lo sabía. Un par de colegas se habían entrometido una o dos veces. Los «tacones de goma» también habían husmeado de vez en cuando, aunque en vano. Y en cuanto a los que estaban al otro lado, siempre había uno o dos sinvergüenzas que intentaban tenerlo todo: te pasaban dinero con mucho gusto para tenerte en posición reglamentaria, pero luego se hacían los listos y te apretaban las tuercas en cuanto creían que se habían adueñado de ti; cuando creían que tenían suficiente para encerrarte.

Gilipollas como Simon Tipper. Black Dog máximo e hijo de puta imbécil, codicioso y muerto. Por ahí había entrado Marcus Brooks en todo aquello...

Skinner volvió a llevar las cervezas a la sala y soltó un taco al tropezar y golpearse la cabeza con el filo de la puerta. Se levantó sobre una rodilla, quejándose y resoplando; se frotó la cabeza y frotó también la cerveza derramada que iba empapándole la pernera del pantalón. Entonces alzó la vista hacia la figura conocida que estaba de pie, por encima de él; se vio la sangre en la mano, que parecía pintada, que goteaba en la moqueta, y se dio cuenta de que no había tropezado ni mucho menos.

Que no se había dado en la cabeza.

De repente la habitación se puso caliente y luminosa; la blancura gritaba dentro de su cráneo, y la lengua le pesaba en la boca cuando intentó hablar.

—¿De verdad tenemos que hacer esto?

Y, mientras respiraba jadeando, el olor se volvió más intenso aún: el tufo acre a orina, la bofetada a cobre de su propia sangre.

—Sí, la verdad es que sí.

Pero las palabras no llegaron a los oídos de Skinner. Se perdieron en el gruñido de esfuerzo que alguien dio al bajar el martillo por segunda vez.

Cuando solo quedaban cuatro en un torneo sin límite de apuestas, en el que jugaba como la «señora mayor», Thorne vio una subida de diez dólares con un rey y una reina del mismo palo y se puso cómodo para ver qué le parecía a Navaja del Uno. Miró la silla que, como siempre, ocupaba el inmenso calvo de la camisa hawaiana; masticando el puro y listo para cualquier cosa. Thorne no pudo evitar que le recordara a Nicklin. La figura parecía igual de creída..., y resultaba igual de difícil entenderla. La diferencia fundamental era que el dibujo daba la impresión de estar muchísimo más sano.

Navaja del Uno hizo honor a su nombre, y al ver que perdía las tres cartas comunitarias, Thorne salió de la mano aprovechando el buen momento.

Cuando su tren llegó a Paddington ya no tenía sentido volver al despacho, así que había puesto a Brigstocke al corriente por teléfono. Desde entonces trataba de convencerse de que había interpretado mal el estado de ánimo del comisario, nada más, aunque era imposible dudar de lo extraño de la reacción de su jefe cuando Thorne sugirió que Marcus Brooks tenía como objetivo a un par de policías venales, y que Skinner era uno de ellos. Advirtió el hastío en el largo silencio previo a las palabras de Brigstocke.

—Esto se funda en lo que te ha dicho un asesino en serie convicto y confeso, ¿verdad?

—No tiene motivos para tratar de engañarme.

—No necesita un motivo.

—La cosa tiene mucha lógica —dijo Thorne.

Otro breve silencio. Luego:

—Hablamos de eso mañana.

Prácticamente, le había dicho a Thorne que lo consultara con la almohada. Que Skinner estaba arropado en la cama, sano y salvo, con policías vigilando su casa. Le dijo que, de todos modos, aquella noche no harían nada útil, y que, aunque las acusaciones que dejaban caer chicos fiables como Stuart Nicklin fueran ciertas, no afectaban mucho a la hora de intentar impedir que lo asesinaran, si a Thorne le daba igual.

Thorne lo dejó estar. Sabía muy bien que Brigstocke tenía muchas cosas en la cabeza; sabía aún mejor que no tendría sentido preguntarle si quería compartir algo de aquello.

Se retiró con una pareja baja cuando Navaja del Uno apostó todas sus fichas y El Gran Hábil, que jugaba como el tipo negro y molón del chaleco vistoso, lo igualó.

Thorne ya no recordaba cuántas veces la opinión de Brigstocke lo había convencido; las veces en que su decisión había acabado dando en el clavo. Pero esta vez la falta de entusiasmo del comisario no hizo nada por reducir su convicción de que Nicklin, y por extensión el propio Brooks, decía la verdad...

A la mesa, Hábil enseñó una pareja de dieces; aunque hubiera encontrado un tercero, lo echó de la partida el color bajo de Navaja. Thorne vio aparecer un mensaje en el cuadro de diálogo de la página: «¡Hasta luego, tizón!».

Thorne no supo si la indignación brotó a pesar de lo absurdo que resultaba que le lanzaran un insulto racial a un dibujo, o precisamente por eso. En cualquier caso, decidió que iba a eliminar de la partida a Navaja del Uno aunque tardara toda la noche.

Los dos se retiraron pronto de las tres manos siguientes. Luego, con un buen bote ya acumulado y dos cartas aún por salir, Thorne se encontró con ocho-nueve en la mano y con diez-jota-reina en la mesa. Probablemente debería haber ido despacio, pero no pudo resistir hacer una apuesta grande y escribir un mensaje para acompañarla: «Venga, racista de los cojones»...

Navaja del Uno picó el anzuelo y apostó todas las fichas. Thorne lo vio al instante. Cuando se descubrieron las cartas, Thorne vio el as-rey que daba a su adversario la escalera más alta, y con las dos últimas cartas que ya no le servían, salió del torneo en tercera posición.

Más tarde, cuando se preparaba para acostarse, se dio cuenta de que había sido un imbécil. Sabía de sobra que los jugadores se provocaban a propósito con la esperanza de que alguien de la mesa a lo mejor empezara a apostar de forma temeraria; de que a lo mejor «perdiera el norte», como se decía el lenguaje del póquer.

Cincuenta dólares menos aquella noche era una lección cara de aprender, pero a Thorne no le importó mucho. Había disfrutado cada minuto y aún estaba como una moto al cabo de una hora, completamente despierto.

Disfrutaba del juego de cualquier modo, pero tener a alguien con quien ir después

lo hacía mejor aún.

*Nena:*

*No sé hasta dónde he caminado esta noche y además no creo que importe. Pero te juro que no sé cómo sigo poniendo un pie delante del otro, porque parece que tengo la cabeza llena de algodón sucio. Sé que dije que estaba disfrutándolo, y es mejor que pudrirse en el piso, pero esta noche no pienso en nada que no sea dormir. Cuántas ganas tengo, y cuánto miedo me da. Saber que cuando consigo dormirme no durará mucho, que dentro de un par de horas volveré a estar levantado, sintiéndome una mierda.*

*Creo que a lo mejor hay sueños que no recuerdo. Peores que los normales, me refiero. Tan horrorosos que algo, algún instinto o algo, me saca de ellos de un empujón y me despierta antes de que ocurra nada malo de verdad. Aunque sabe Dios cómo serían. Los que recuerdo son bastante chungos. Historias sobre ti y Robbie, sobre lo que ocurrió. O peor, cuando no pasa nada en absoluto y todo está bien, justo como estaba. Pero entonces me acuerdo, en el sueño me acuerdo, y al despertar es como si acabara de enterarme, ¿sabes? Como si estuviera otra vez en Long Lartin, volviendo a escuchar a esos polis, cada palabra dándome una paliza de muerte.*

*Hablando de eso...*

*Uno de ellos está muerto. Uno de los dos de antes, me refiero, cuando me enchironaron. Pero ahora hay otras historias en marcha, otras personas metidas. Están pasando cosas que no tienen un huevo que ver conmigo, y la verdad es que me parece que ya no controlo esto. No te preocupes, los detalles no importan. De todos modos a ti nunca te gustaron demasiado los aspectos prácticos de las cosas, ¡a menos que hubiera en juego un bolso o unos zapatos!*

*Pero no voy a parar. Solo quería decírtelo. Por muy jodidas o raras que se pongan las cosas, voy a terminarlo. Y sí, sí que me acuerdo de las estanterías que no llegué a montar, y del cuarto de baño que se pasó más de medio año a medio alicatar, así que sé de sobra que estarás riéndote mucho con lo de que yo vaya a terminar nada.*

*Está bien, me da lo mismo. Mientras te vea reír...*

*Bueno, ya es hora de intentar dormir otra vez. Repasaré el armario lleno de pastillas que tengo y veré si hay alguna que no haya probado. A lo mejor debería mezclar un puñetero cóctel. Dale al chico un achuchón de mi parte. Y cosas de todas clases para ti, nena.*

*Marcus XX*

## Doce

Camden Market era uno de los alicientes turísticos más importantes de la capital, y el cuarto minorista del país, según algunas fuentes; hasta cien mil personas invadían el lugar los fines de semana. Mientras subía despacio desde la estación de Mornigton Crescent hacia Camden Lock, Thorne decidió que, sin duda, el doble de ese número de personas habían entorpecido su avance o lo habían empujado ya.

Bueno, solo quedaban cuarenta y dos días de compras hasta que llegara la Navidad.

Con el ceño fruncido, avanzó en zigzag por entre la turba, abriéndose paso con el hombro.

—Os dije que esto era un disparate.

—Calla, abuelo...

Louise había sugerido la excursión uno o dos días antes, diciendo que hacía años que no iba. Entonces Hendricks se enteró de la idea y se apresuró a convertirla en una excursión. Los tres quedaron para desayunar en una cafetería cerca de la estación del metro, y se habló de ir andando hasta Primrose Hill después, o bien, de tirar la casa por la ventana en Marine Ices cuando acabaran de comprar.

Como mínimo, debería de servir de distracción.

Al menos durante un rato, tener que abrirse paso a empujones a través de un mar de cuero negro y multicolores extensiones de pelo evitaría que Thorne pensara en Marcus Brooks. Preguntarse por qué iba tanta gente, dada la enorme cantidad de cerámica estrafalaria y chorradas falsamente antiguas que se vendía; quejarse de que limpiar cada semana después del mercado sería el cuento de nunca acabar; refunfuñar, sudar a pesar de la llovizna, sentirse demasiado viejo para acercarse allí siquiera... Todo eso, durante una o dos horas por lo menos, tendría que distraerlo de los moteros muertos y los polis corruptos.

Sin embargo, al cabo de media hora, Thorne sugirió que se separaran; así les echaría una ojeada a los compactos de segunda mano de los Stables y buscaría un par de álbumes de Cash que solo tenía en vinilo. En realidad era porque, solo, podría concentrarse más fácilmente en el caso: en Brooks y en la campaña de venganza que Nicklin había atizado y descrito con tanto deleite; en Skinner y su socio; en la lenta y horrible cadena de acontecimientos que estos habían iniciado hacía seis años.

Pensaría en una mujer y su hijo, cuya vida habían segado en un paso de cebrá. Y pensaría en hombres que vivían según unas normas y creían que las deudas había que saldarlas.

Pensaría en cómo se recogía el torbellino que se había sembrado...

Cuando localizó a Louise y a Hendricks, estaban bebiendo café en una atestada acera; se limitó a comunicarles que había decidido volver al trabajo, aunque tenía el día libre y lo suplía un inspector de otro grupo.

A Louise no le hizo gracia, y comentó que el caso no iba a romperse en pedazos

sin él. Él le dijo que ella haría lo mismo si tuviera que hacerlo.

—Sí, claro, si tuviera —dijo ella.

Hendricks levantó las manos.

—¡Ay, ay! Riña familiar...

Louise le lanzó una mirada; no estaba de humor para dejarlo pasar.

—Vosotros dos podéis quedaros —dijo Thorne.

—¿Ah, sí? Muchas gracias.

—No tengo tiempo para estas cosas.

—No, más vale que te des prisa —dijo Louise—. Estarán todos esperando, preguntándose qué hacer hasta que llegues.

Thorne miró a Hendricks buscando respaldo; una elevación de cejas tipo «puñeteras mujeres», que a lo mejor calmara la situación..., pero su amigo tenía la vista bien clavada en la taza de café. Thorne volvió a mirar a Louise.

—Dijimos que no íbamos a hacer esto.

—Eso fue cuando pensé que eras «trabajador» nada más —dijo Louise—. Que el trabajo solo te gustaba.

Se llevó una mano al pecho.

—Mira que a mí me gusta el trabajo, pero no estoy chiflada por él...

Mientras retrocedía todo lo rápido que podía hacia la estación de metro, Thorne insultó a más de una persona por no quitarse de en medio lo bastante deprisa. Lo enfurecía que lo definieran como «chiflado». Siguió caminando, meneando la cabeza y murmurando para sí, y además echando pestes de todo el que se atrevía a compartir la acera con él.

Mientras hacía cola en el control de billetes, un individuo con sobrepeso, de pelo rubio muy bien peinado, lo abordó con una cordial sonrisa.

—¿Quiere vivir para siempre?

—No suena mal —dijo Thorne.

El hombre le tendió un folleto con gesto brusco.

—Tiene que dejar que Jesús entre en su vida.

—Siempre hay una puta trampa por algún lado —dijo Thorne.

Mientras observaba a Thorne desaparecer entre la multitud, Louise sintió que una punzada de culpabilidad atravesaba su enfado. Recordó que, en realidad, el caso lo había encontrado a él, y que era probable que, a veces, ella estuviera igual de lanzada; pero enseguida la culpabilidad se enfrió hasta convertirse en rencor por haber perdido los estribos. Porque él la hiciera sentirse culpable.

Llevaba irritada todo el día, desde que Thorne declaró que serían tres en aquella salida juntos. Quería a Hendricks un montón, ¿cómo iba a ser de otro modo? Pero esperaba que ella y Thorne disfrutaran de un domingo sin compañía. Los días libres en que coincidían ambos eran pocos y distanciados, y contaba con los dedos de una mano las veces que habían pasado uno solos. Esperaba que se relajarían unas horas;

que a lo mejor tendrían ocasión de hablar de unas cuantas cosas.

Había tantas cosas de las que no habían hablado nunca...

Se volvió hacia Hendricks e hizo una mueca.

—Gilipollas...

Hendricks bajó la cabeza y luego alzó la mirada hacia ella, pestañeando con ojos de carnero. Tenía la voz perfectamente pillada: pija y melancólica, la princesa Diana con *piercings*.

—El caso es que..., éramos tres en aquella relación, y, ya sabes..., había demasiada gente. Yo, él y la Policía Metropolitana de Londres...

Louise sonrió, solo un poco.

—No es el trabajo.

Hendricks se encogió de hombros, como si no fuera asunto suyo. Se terminaron el café.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Louise quería irse a su casa. Quería pasar algo de tiempo sola para que se aireara su rencor. Para que prosperara o se consumiera. Quería enfundarse unos pantalones de chándal y trastear el resto del día en su piso calentito y agradable, hasta saber si debía seguir aferrándose a esta relación o pensar en cortar por lo sano.

—¿Lou?

Ella alargó la mano para coger el bolso.

—Me parece que debemos seguir comprando. Comprar unas cuantas cosas que no necesitamos. Luego deberíamos permitirnos el lujo de unos buenos helados, bien grandes.

La caza de Marcus Brooks estaba en marcha...

La correspondencia de las huellas dactilares procedentes de los dos lugares del crimen había respaldado la información de Nicklin, y ahora el grupo y todos los medios a su disposición se concentraban en la misma línea. La información del repetidor relativa al vídeo de Skinner señalaba que la llamada se había hecho desde un antena próxima a Shepherd's Bush Green.

—No está a más de kilómetro y medio al este de Acton, desde donde se envió el primer mensaje —dijo Karim—. Sabemos que el mensaje de Hodson se mandó enseguida, desde el hospital, pero quizá estos otros dos procedan de algún lugar cerca de su casa...

—Quizá...

—Necesitamos unas cuantas llamadas más, eso es todo.

Karim le pasó la sección ampliada del plano, con las antenas de telefonía móvil pertinentes marcadas en rojo. A estas alturas la zona con la que tal vez Marcus Brooks tuviera, o no, relación solo eran dos puntos en el mapa. No mucho para empezar.

Desde que Thorne entró por la puerta, por encima de su mesa no había parado de

pasar papel: listados, declaraciones, gráficas; documentos de autorización, memorándums y mapas. Fajo tras fajo, construían una exhaustiva imagen de dónde no estaba Marcus Brooks. De lo que había hecho en los pocos meses transcurridos antes de que empezara a matar. Detalles de la última dirección conocida: la casa que compartía con Angela Georgiou y el hijo de ambos, Robert, ahora vacía y cerrada con llave. Un inventario de la empresa que almacenaba todo el mobiliario desde hacía tres meses; el alquiler de un año pagado por adelantado y en metálico. Declaraciones del asistente social que supervisaba la condicional de Brooks y de los servicios sociales de la zona, confirmando que se había presentado cada semana como debía; había sellado el paro, buscado trabajo y solicitado el subsidio de vivienda hasta hacía tres meses, cuando se escabulló del sistema. Declaraciones de sus padres, que ahora vivían en Gales, corroborando que el contacto telefónico se detuvo más o menos en esa fecha. Partes de los archivos y registros acostumbrados: tarjetas de crédito y de compra, Tráfico, el censo electoral, la Seguridad Social...

—Meterá la pata —dijo Thorne.

La inclinación de cabeza de Karim fue esperanzada, como mucho.

—Aunque hasta ahora ha sido bastante hábil, con todo el asunto del teléfono, me refiero. Creo que ha aprendido bastante sobre cómo pasar desapercibido, ¿sabe?

Thorne estaba llegando a la misma conclusión. Eran cosas que un delincuente de carrera como Brooks empezaba a aprender desde temprana edad, y la cárcel era el mejor máster que existía.

Seguro que habría aprendido mucho de personas como Stuart Nicklin.

—Pero tiene que estar viviendo de algo.

—Dinero en metálico —dijo Karim.

—¿De dónde lo saca?

Thorne revolvió con gesto impaciente los montones de papeles buscando los extractos bancarios y de las tarjetas de crédito de Brooks; ninguno de ellos revelaba mucho en cuanto a fondos.

—Bueno, a lo mejor tenía algo guardado, pero supongamos que no, que ha tenido que conseguirlo.

Karim deslizó sobre la mesa una carpeta de plástico que contenía un compacto. Thorne miró la etiqueta impresa, sacó el disco y lo metió en el ordenador mientras Karim proseguía.

—Los de G&O nos han pasado algunos nombres. Hemos traído a un soplón de una de las «empresas» con las que Brooks hacía trabajos de chófer a mediados de los noventa, para entrevistarle.

La imagen apareció en la pantalla: una secuencia en blanco y negro, con indicación de fecha y hora, procedente de la cámara fija de una típica sala de interrogatorios. Karim señaló al hombre que estaba sentado a una mesa, frente a él y a Andy Stone.

—Este tío lleva años pasándole cosillas al nuevo colega de usted, Bannard.

—Parece encantador —dijo Thorne—. ¿Dónde es esto?

Karim señaló con un pulgar hacia la ventana.

—En Colindale. Yo y Andy hemos charlado con él a primera hora de la mañana —se inclinó y movió el ratón para hacer avanzar la secuencia hasta que llegó a la parte de la entrevista que buscaba—. Vamos allá...

Thorne subió el volumen. El interrogado, un viejo canijo con una jeta curtida y ojos como cuentas negras, tenía mucho que explicar. Escupía las palabras en voz aflautada, con un toque de Glasgow; apoyada en el humo que subía de un cigarrillo.

—Mucha gente está en deuda con Brooks, ¿saben? No es un secreto que podía haber hecho un trato cuando lo empapelaron por aquel asesinato. Que le ofrecieron uno o dos años de rebaja de condena a cambio de unas palabritas, y él les dijo dónde podían metérsela.

Stone no había podido resistirse.

—¿No como usted, quiere decir?

El hombre hizo caso omiso de la pulla.

—A esta gente acudiría sin problema en busca de dinero cuando salió. Gente que recordaba que mantuvo cerrada la boca cuando no tenía por qué. Le echarían una mano con muchísimo gusto —el hombre dio una buena calada al cigarrillo; luego, plenamente consciente de dónde estaba la cámara, alzó la mirada y soltó el humo sonriendo—. Ahora estarán haciendo cola para hacerle un favor. En vista de algunos de los cabrones que está quitando de en medio...

—No creo que Brooks necesite ir al banco —dijo Karim, al tiempo que paraba la reproducción.

Brigstocke entró sin llamar, y Karim entendió rápidamente el mensaje de que se dedicara a otra cosa.

—Gracias, Sam —dijo Thorne mientras se cerraba la puerta.

Brigstocke se apoyó en la mesa de Kitson.

—¿Qué tal te va?

Thorne ordenó los papeles de su mesa.

—Bueno, por lo visto Brooks se portó como un santo mientras estaba preparando todo esto y luego desapareció sin más. No está poniéndonos fáciles las cosas..., Bueno, aparte de ayudarnos a identificar a sus víctimas, desde luego. O a sus víctimas potenciales. Pero, ya sabes, lo conseguiremos...

Brigstocke asintió.

—¿Por qué de repente «potenciales»? ¿Por qué crees que ha empezado a enviar vídeos? ¿Quiero decir, a mandarnos imágenes antes de matarlos?

—Probablemente un psiquiatra diría que quiere que lo detengamos.

—¿Qué dices?

—Creo que solo está jodiéndonos.

Brigstocke asintió, como si se lo pensara.

—Ah, por cierto: en realidad solo preguntaba cómo estabas.

—¿Cómo dices?

—Al preguntar cómo te iba. Uno puede hablar de algo que no sea el trabajo durante cinco minutos.

Thorne se rio.

—¿Has estado hablando con Louise?

Brigstocke no lo entendió pero sonrió de todas formas, y Thorne vio que su humor había mejorado por fin desde que los de la JRP pasaran por allí. Pero seguía sin haber ninguna invitación a que correspondiera preguntando cómo le iba a Brigstocke... Ni a informarse sobre la naturaleza de la Norma Nueve que le habían entregado.

Hacía años que Thorne conocía a Russell Brigstocke. Conocía a su mujer y a los críos, había comido en su casa... De repente eso no parecía contar gran cosa.

—Bueno —Brigstocke arrastró una silla para acercarla—. Este asunto de Skinner. Estas acusaciones...

Thorne esperó.

—Solo creo que debemos tener cuidado. Un testimonio carcelario no es precisamente fiable...

—Lo sé.

—Recuerda con qué chiflado estamos tratando ahora.

—Raro sería que lo olvidara —dijo Thorne—. Pero todo lo que me dijo Nicklin tiene lógica. Tal vez resulte no ser nada, pero desde luego Marcus Brooks piensa que hace seis años Skinner y otro más le tendieron una trampa para que lo acusaran de asesinato. Está tan seguro que quiere que mueran por ello, así que, aunque se equivoque, ha de valer la pena investigarlo.

Brigstocke se quitó las gafas, se sacó de un tirón un pico de la camisa y limpió con él los cristales.

—Yo conozco a Paul Skinner, Tom.

Thorne parpadeó. Se quedó mirando cómo Brigstocke se remetía la camisa y volvía a ponerse las gafas, y se preguntó qué quería decir.

«¿Lo conozco lo suficiente para saber con certeza que no es corrupto?».

«¿Lo conozco, y ahora mismo me sentiría violentísimo si es que resultara ser corrupto?».

«Lo conozco, así que hazme un favor y deja el asunto ya...».

Thorne decidió que era un momento tan bueno como otro cualquiera para agarrar el toro por los cuernos.

—¿Tiene esto algo que ver con que la JRP viniera a verte el viernes?

Tal vez fuese porque Brigstocke acababa de limpiarse los cristales, pero los ojos parecieron iluminársele tras ellos. Se sentó más derecho. Su voz era grave y amenazadora.

—¿Por qué cojones iba a tener que ver?

—Russell...

—Y además, ¿por qué piensas ni un momento que tendría que ver?

Thorne solo pudo fingir e intentar limitar los daños. Dijo que era una pregunta absolutamente inocente, que le preocupaba el malhumor de Brigstocke y que, en realidad, no había nada más. Que allí estaba si Brigstocke quería hablar de algo, de cualquier cosa...

—Más vale que vayas por donde quieras en este asunto —dijo Brigstocke por fin—. Eres tú quien recibe estos mensajes. Te han metido en esto, y supongo que estás dándole al caso cierto..., impulso. En lo que se refiere a Skinner...

Dejó la frase sin terminar; bajó la cabeza y sus dedos jugaron con algo que tal vez fuera un hilo suelto de la pernera de los pantalones.

Pasado aquello, durante unos minutos demostraron que Brigstocke tenía razón y hablaron de algo que no fuera el caso; la incomodidad se disipó un poco con las primeras risas. Una historia sobre un excolega de ambos; críos; un episodio reciente de *The Hill*... Thorne sacó el ejemplar de *The Job* que había escondido y compartieron una broma a expensas de Holland y su trofeo de tenis de mesa.

La cosa terminó más o menos todo lo bien que Thorne esperaba. Pero cuando Brigstocke se marchaba ya, Thorne lo detuvo en la puerta.

—Sigo sin estar seguro de lo que quieres decirme, Russell.

La expresión de Brigstocke parecía tan resignada como cualquier otra cosa.

—¿Y cuándo diablos ha cambiado una puñetera coma el que yo te diga algo?

Como no quería pasar demasiado tiempo pensando en aquello (preocupándose por la amistad y los favores, y también por el pegajoso olor a naves ardiendo), cuando Brigstocke se fue, Thorne solo esperó un par de minutos antes de llamar a la comisaría de Albany Street.

Adoptó su voz más eficaz e intentó no reírse mientras pedía que lo pusieran con Recursos Humanos. Charló uno o dos minutos con el funcionario administrativo civil. Dio su nombre y los detalles de placa de identificación, un número de fax y una dirección de correo electrónico, y luego pidió el archivo del inspector Paul Skinner que constaba en el Sistema de Gestión de Información Personal. Hizo una visita a la cantina mientras el administrativo conseguía acceso al expediente del SGIP. Antes de que se terminara el café, la información que había solicitado estaba saliendo del fax de la central operativa.

Thorne echó una ojeada a las páginas.

Tres hojas detallando todos los destinos que había tenido Paul Skinner en casi treinta años como policía; fechas y lugares; intervenciones en acciones importantes; asistencia a cursos y títulos obtenidos. Al hablar con Thorne la mañana anterior, la memoria de Skinner no le había fallado: en el año 2000, cuando arrestaron por asesinato a Marcus Brooks, era sargento de la brigada móvil. Antes había trabajado en diversas unidades de distrito, así como en la Brigada de Homicidios Este del GOSIZ, y después sirvió en una Unidad de Robo de Vehículos, además de formar

parte durante otros tres años de un grupo dependiente de la Brigada de Estupefacientes, centrado en el tráfico europeo.

No había ninguna suspensión, y además Skinner nunca había sido objeto de ninguna queja. Por el contrario, había recibido dos menciones, incluida una por valor durante la detención de una «empresa» muy conocida dedicada al atraco a mano armada.

A Thorne le interesó que Skinner hubiera aprobado dos veces lo que la JRP llamaba «pruebas de honradez». Estas oscilaban entre lo ridículamente sencillo (dejar una tentadora cantidad de dinero en metálico o de drogas en un vehículo abandonado), hasta planes más complicados que implicaban a docenas de policías durante un período de meses. A menos que el sujeto suspendiera, la mayor parte del tiempo ni siquiera sabían que los examinaban. Aunque la Sección de Anticorrupción intentaba ser lo más imaginativa posible, la creencia popular era que un poli corrupto que conseguía librarse durante un tiempo, reconocía una prueba de integridad a un kilómetro de distancia.

Por lo que Thorne sabía, a él nunca lo habían examinado; y, si alguna vez se diera esa circunstancia, no sabría decir con seguridad si aprobaría. Con una pinta de cerveza o dos dentro, le contaba a todo el que quisiera oír que se equivocaban en el objetivo de la prueba: no se trataba de embolsarse unas cuantas libras si se presentaba la ocasión; era cuestión de líneas, y siempre había sido así. De dónde uno trazaba la suya, comparado con dónde trazaban la suya los cabrones tras los que uno iba. Era cuestión de si esas líneas se acercaban hasta juntarse a medida que la experiencia lo minaba a uno. Y de si uno la cruzaba por un buen motivo, con los ojos abiertos, o se dejaba llevar hasta el lado equivocado sin saberlo siquiera.

Una vez más, se leyó entero el informe, y su frustración creció con cada página. A Brooks lo habían engañado dos policías, de modo que para que esta información sirviera de algo, Thorne tendría que contrastarla con un informe del SGIP sobre otra persona. Le parecía muy probable que Skinner hubiera trabajado en algún momento con Richard Rawlings, y, en realidad, sabía que había trabajado con Russell Brigstoke. Pero en este instante, todo aquello era información inútil. Durante una carrera tan larga y variada, Skinner habría trabajado en estrecha colaboración con centenares de policías y, aunque Thorne llegara a conseguir algunos nombres probables, no tardó en darse cuenta de que no obtendría nada concluyente. El hombre con quien Skinner había engañado a Brooks no tenía por qué ser un colega cercano. Muy bien pudo haber sido alguien que bebiera en el mismo bar. Alguien a quien Skinner conociera en una fiesta. Alguien con quien jugara al tenis de mesa...

Thorne soltó aire en una larga y lenta respiración.

Tenía que suponer que este desconocido, o en realidad los dos, eran peligrosos. Le habían tendido una trampa a Marcus Brooks para acusarlo de asesinato, pero Skinner y su cómplice tal vez hubieran hecho algo bastante peor que eso.

Y es que, después de todo, alguien había matado a Simon Tipper.

Cuanto más tiempo miraba Thorne la información que tenía delante, más inútil se volvía. No sabía desde dónde abordarla, qué necesitaba para facilitar la tarea... Algunos días no se sentía capacitado para enfrentarse al trabajo policial habitual, pero es que ni siquiera podía empezar a pensar como un agente de la JRP... No estaba seguro de si eso debía frustrarlo o aliviarlo.

Cuando Yvonne Kitson entró tranquilamente, Thorne echó a un lado el informe del SGIP.

—Creía que tenías el día libre —dijo ella.

—No podía estar lejos de aquí.

Ella hizo un gesto con la cabeza, como si supiese lo que quería decir.

—Mi media naranja ha reunido a sus compinches para ver el *rugby* en la televisión, y además en este momento los críos son unos cabroncillos. ¿Cuál es tu excusa?

—Louise está trabajando. Ya sabes.

—¿Qué tal va la cosa?

Thorne recordó el diálogo con Brigstocke, hacía más o menos una hora. Salvo por esa conversación y por la petición de los informes de Paul Skinner, Kitson sabía tanto sobre la investigación de Brooks como él mismo... De modo que supuso que no preguntaba por el caso; que su pregunta era más personal.

—Va bien —dijo; se preguntó si Louise seguiría cabreada con él... O tan cabreada—. Va estupendamente.

Kitson dio la impresión de quedar satisfecha.

Thorne vio que revisaba unos papeles que estaban sobre su mesa y empezaba a leer.

—¿Todavía te hacen montar dos caballos con un solo culo?

Ella alzó la vista; de repente tenía cara de pocos amigos.

—Esta es la primera oportunidad que tengo de pensar siquiera en el asesinato de Sedat desde hace días.

—¿Y qué?

—Me parece que debería haberme quedado en casa.

—¿Tu mujer misteriosa no ha vuelto a llamar?

—Hemos conseguido a base de chanchullos cinco minutos en «Crimewatch» el martes por la noche —dijo Kitson—. A ver lo que hacemos para convencerla.

—¿Vas a hacerlo tú misma?

—No han podido pillar a nadie más.

—Bueno, siempre que no haya fútbol y que no repongan «Animal Hospital» o «Watercolour Challenge», lo veré...

Durante una hora más o menos intercambiaron chistes de «Crimewatch», propios y ajenos. Se quejaron del presentador permanentemente bronceado; de su repugnante gemido cuando decía a los espectadores que «descansaran bien» y de cómo les recordaba que las posibilidades que tenían de convertirse en víctimas de un delito

violento eran mínimas. Kitson dijo que le gustaría arrastrar a aquel petulante hijo de puta por la central operativa; o tal vez llevarlo a una autopsia y ver cómo eso le quitaba el color de la cara.

Thorne pensó que un guantazo bien dado lo conseguiría también.

El día fue apagándose deprisa en el exterior; al otro lado del vidrio, la mancha resplandeciente de Hendon y el brillo de los faros de los coches que se alejaban despacio de Brent Cross o se dirigían al norte hacia la M1. Pero Thorne no acababa de reunir energía para irse a casa. Para llamar a Louise y continuar la discusión.

Al acabar la jornada él y Kitson decidieron hacer una cena tempranera; estaban echando a cara o cruz si ir al Royal Oak o al chino más cercano cuando Thorne recibió una llamada de la verja de seguridad de la entrada principal, diciendo que tenía visita.

Brian era un gilipollas cuando estaba de mal café y no dejaría entrar ni a Tony Blair sin ver una identificación, pero había visto pasar bajo su barrera a toda clase de polis, desde cadetes a mandos de distrito, y, por lo general, uno podía fiarse de él para una somera descripción.

—Es de la JRP —dijo Brian.

—Vaya, genial. ¿Estás seguro?

—Veinte libras a que es del «lado oscuro».

Thorne sabía que no debía aceptar la apuesta.

—¿De Colindale, te parece?

—No, no es de la zona. El abrigo era demasiado bueno.

—Es un desperdicio que estés en la verja, Brian.

—Dice que lo esperará a usted en recepción...

—De pronto gozamos de muchas simpatías —dijo Kitson cuando Thorne colgó—. Quizá sean los mismos que estuvieron aquí el otro día con el comisario.

Thorne le dijo que Brian creía que no.

—Sin embargo, sea quien sea tiene mucho interés. Las cinco de un domingo...

—Otro tan pirado por el trabajo como nosotros. () sin nadie que quiera pasar el domingo con él.

Thorne dijo que tardaría lo menos posible. Cogió la cazadora y le dijo a Kitson que eligiera un sitio donde comer para cuando volviese.

Fue por la escalera, y el olor de la moqueta nueva volvió a atacarlo y lo llevó de vuelta a aquel momento desconocido de algún lugar de su niñez.

Aumentando su aprensión.

Cuando tienen que hablar con policías, por muy inofensivo que sea el motivo de la charla, a menudo los ciudadanos normales y corrientes experimentan sentimientos de culpabilidad. Eso era, más o menos, lo que les ocurría a los propios policías cuando hablaban con los representantes de la Jefatura de Régimen Profesional.

Mientras se devanaba los sesos, Thorne se dirigió con paso desganado hacia la

planta baja de Becke House... Preguntándose exactamente qué sería lo que había hecho.

## Trece

Caminaron en la oscuridad, atravesando la plaza de armas y la zona de prácticas de vehículos pesados, y luego pasearon despacio por la pista que rodeaba el estadio de atletismo.

—Esto parecía muchísimo más grande cuando era cadete.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Thorne.

—Salí de aquí hace dieciocho años.

Eso no le indicó exactamente a Thorne la edad que tenía el sargento Adrian Nunn, pero reafirmó su primera impresión de que tendría treinta y muchos años.

—¿Y usted? —preguntó Nunn.

—Muchísimo más...

Cinco minutos antes, en los breves momentos transcurridos entre su llegada a la zona de recepción de Becke House y el apretón de manos, Thorne hizo más o menos la misma valoración de su visitante que su amigo de la verja.

Ninguno de los dos había perdido su habilidad.

La Sección de Anticorrupción solo se encargaba de los delitos más graves relativos a miembros de la Policía Metropolitana, y el que Nunn se presentara a sí mismo como integrante de aquel sobrecogedor colectivo indicaba que este no era un sencillo asunto disciplinario. No estaba allí porque algún imbécil hubiera presentado una dudosa declaración de gastos. Alguien le había cagado a gran escala. Mientras se daban la mano, Thorne solo pudo rezar para que no fuera él.

Con independencia de la causa de su visita, lo cierto es que Nunn parecía sonreír una barbaridad.

—Creí que era mejor esperar aquí abajo —dijo mientras caminaba hacia la puerta: una invitación a que saliera tras él—. La gente tiende a sacar conclusiones precipitadas. Empieza a imaginar toda clase de cosas.

—No sería nada que no hayan imaginado antes —había dicho Thorne.

Mientras lo miraba salir, vio que Brian también llevaba razón en lo del abrigo.

—Sin embargo, todo está muy distinto ahora, ¿verdad?

Estaban de pie junto a una de las farolas naranja del borde de la pista de atletismo.

—Supongo que sí —dijo Thorne.

En el Peel Centre seguía habiendo una escuela de cadetes, aunque hoy día parecía haber menos; los antiguos dormitorios eran ahora los despachos donde trabajaban Thorne y su grupo.

Sin embargo, mientras Nunn proseguía, Thorne comprendió que estaba hablando de cambios más esenciales. No se trataba de la supresión de los requisitos de altura y visión, ni que el período de formación fuera más corto, y tampoco era solo que la nostalgia empañase el juicio. Cualquiera con media neurona veía que la calidad del personal que entraba en la policía había bajado. Quizá es que era preciso aumentar el reclutamiento, poner gente en la calle más rápido. Pero, fuera cual fuese la causa, lo

cierto es que muchos policías en activo tenían la impresión de que, hoy día, cualquier imbécil se convertía en poli.

—Eso es prácticamente irrefutable —dijo Thorne—. En particular, aplicado a algunas personas con las que he trabajado a lo largo de los años.

—Pero cala hacia abajo, ¿verdad?, la bajada del listón.

—Bueno, no va a calar hacia arriba...

—«Policías de Apoyo a la Comunidad» —dijo Nunn—. Un puñetero poli de plástico...

En tono de voz mesurado y sin ningún acento regional, Nunn murmuró algo sobre que los Policías de Apoyo a la Comunidad solo eran polis que no sabían trabajar. Sobre que la política del jefe superior de aumentar su número en la capital tomaba un cariz horripilante.

—Es una bomba de relojería —dijo.

Thorne se apresuró a clasificar a Nunn como el tipo de persona que tenía muchas cosas interesantes que decir. De los que escribían cartas meticulosamente redactadas a *The Job* y a *Metropolitan Life*. De los que comían, bebían y dormían al servicio de la policía. Como había dicho Kitson: «pirado por el trabajo». Sin saber lo que Nunn quería de él, Thorne decidió que serían malas noticias.

Siguieron caminando. Nunn medía más de metro ochenta, varios centímetros más que Thorne, y era fornido. Tenía dientes de película norteamericana y sacaba el máximo provecho a la incipiente caída del pelo con un corte radical, con lo que solo le quedaba una especie de oscura pelusa en el cuero cabelludo. El abrigo, gris y de elegante confección, le llegaba casi a los tobillos y le ondeaba en las piernas a cada larga zancada. Le dijo a Thorne que varios de los que en tiempos fueron cadetes con él ahora trabajaban con la JRP; que era una sección de la Policía Metropolitana de la que muchos querían formar parte.

Thorne sabía que la charla solo era el preludeo de una conversación más delicada, y no tuvo problemas en ir derecho al grano.

—Oiga, estaba a punto de ir a comer —dijo.

—¿Es una invitación? —preguntó Nunn.

—¿Qué es lo que quería?

Nunn se detuvo. Miró por encima del hombro de Thorne el tiempo suficiente para que este se diera la vuelta a ver lo que le parecía tan interesante. En el lado opuesto de la pista, un recluta solitario bajaba la recta como una exhalación. Redujo la velocidad en la marca de cien metros y luego se paró. El aliento se fue hacia detrás, atrapado en el resplandor de las farolas naranja, mientras él descansaba con las manos apoyadas en las rodillas. Solo con mirarlo Thorne se sintió cansado, y metió bien las manos en los bolsillos de su cazadora de cuero.

—¿Qué interés tiene usted en Paul Skinner?

Thorne se volvió otra vez.

—Joder, sí que ha sido rápido.

—Tenemos un indicador en el SGIP. Nos comunica si alguien echa un vistazo.

—¿Dónde tienen su base?

—En Jubilee House, en Putney.

—Vaya; incluso sin tráfico, eso está por lo menos a una hora de distancia, de modo que debió de salir en cuanto apareció su «indicador».

—Antes me acabé el té.

—Debe de ser algo muy importante.

—Los domingos son pesados —dijo Nunn—. No pasa mucho más.

—Igual que aquí.

—Bueno, hábleme de Skinner.

Se miraron. Thorne era el oficial superior, pero eso no significaba nada. Cuando la JRP estaba en juego, todo atisbo de rango se iba al traste. Un mero agente podía interrogar a un mando de distrito de forma tan agresiva como él o ella quisiera; y, a menos que estuviera sumamente seguro de sí mismo y bien relacionado, un mando de distrito prudente respondería a todas sus preguntas.

—Estoy investigando una serie de asesinatos —dijo Thorne—. Mi principal sospechoso ha elegido a Skinner como objetivo.

—¿Cómo se llama su principal sospechoso?

Otra mirada; otro breve silencio.

—Marcus Brooks. Y si está tan interesado en Skinner, creo que probablemente conoce el nombre.

La cara de Nunn no reveló nada.

—¿Así que pensó que el contenido del informe del SGIP de Skinner lo ayudaría en su investigación criminal?

—Sí.

—¿Le ha servido?

—No mucho, para ser sincero —antes de que Nunn tuviera ocasión de preguntar nada más, Thorne se apresuró a continuar—. Mire, supongo que esta es una calle de sentido único. Es decir, que no puedo preguntar por qué se interesan en Skinner.

—Por supuesto que puede usted preguntar.

—Entonces vale. ¿Por qué?

Nunn enseñó casi todos sus dientes de película.

—Paul Skinner es un agente que mi grupo lleva..., controlando algún tiempo.

—¿Meses? ¿Años?

Más dientes.

—Algún tiempo.

—En ese caso, es probable que estén «controlando» al menos a otro agente más con el que Skinner está relacionado, ¿cierto?

Nunn alzó las manos; ahora estaban metiéndose en un territorio «reservado». Thorne siguió adelante.

—Se trata de información que resultaría útil para mi investigación. Este otro

hombre es alguien al que, casi con toda seguridad, mi sospechoso principal le dará un leñazo después.

—No puedo —dijo Nunn.

—¿«No puedo» en el sentido de «no me está permitido», o «no puedo» en el sentido de «no lo sé»?

—«No puedo» en el sentido de «no puedo».

—Así que usted no me dice nada de nada y a lo mejor pone en peligro la vida de otro policía... Mientras tanto yo sigo intentando atrapar a un asesino, sin ayuda ninguna de ustedes, al tiempo que su grupo mantiene un «vivo interés» en mi caso. ¿Es así más o menos?

—Se aproxima bastante.

—Luego intervienen cuando todo ha terminado y cogen los trozos que les convienen.

—Mire, nada de esto es decisión mía. Pero todo se hace por un motivo muy bueno.

—Bueno, pues tienen competencia, amigo. No creo que conozca a Keith Bannard, ¿no? Un comisario de Grave y Organizado...

Antes de que Thorne acabara de hablar, Nunn ya negaba con la cabeza.

—Da igual —dijo Thorne—. Solo es otro que está «interesado» en mi caso. Otro encantado con quedarse cruzado de brazos, mientras yo y todos los demás primos de la Brigada de Homicidios nos rompemos el culo trabajando. Si quiere que le diga la verdad, nunca he trabajado en algo en lo que tanta gente distinta estuviera tan interesadísima. Debe de ser el caso más fascinante de toda mi puñetera carrera...

El teléfono de Thorne sonó, y se apartó para contestarlo. El corredor se había acercado un poco más; ahora trotaba despacio hacia ellos. Trataba de cogerse los pies mientras los levantaba hasta la base de la espalda al correr. Teniendo en cuenta que, casi con toda seguridad, sus compañeros cadetes estaban dando la lata en The Oak, Thorne imaginó que o bien estaba motivadísimo o había hecho muy pocos amigos.

Quien llamaba era Brigstocke.

—Estamos en un aprieto de cien pares de cojones.

—Te escucho.

—Skinner ha muerto.

Thorne sintió que algo saltaba contra sus costillas e, instintivamente, se apartó más de Adrian Nunn.

—¿Pero cómo? ¿Cómo diablos...?

—Ahora mismo sabes tanto como yo.

Thorne se sobresaltó un poco cuando el teléfono de Nunn sonó detrás de él; se volvió y vio que el hombre de la JRP se apartaba para coger su propia llamada.

—No comprendo. Teníamos hombres en casa de Skinner...

—Lo sé. ¿No crees que ya lo sé, joder?

—¿Quién ha encontrado el cuerpo?

Thorne oyó el enfado, la tensión del silencio de Brigstocke. De fondo había voces hablando en alto; ninguna que reconociera. Las palabras resultaban indescifrables a medida que se superponían a gritos unas a otras. Escuchó la respiración entrecortada que le indicó que Brigstocke estaba andando; lo oyó decirle a alguien que esperara.

El corredor pasó trotando por delante, a un par de metros de distancia.

—¿Russell?

—Mira, ve para allá, Tom.

Thorne colgó y se dio la vuelta. Por la expresión del hombre que avanzaba a paso resuelto hacia él, era evidente que habían mantenido más o menos la misma conversación igual.

—Más valdrá que cojamos un solo coche —dijo Nunn.

## Catorce

Siempre le asombraba cómo la muerte atraía público. Aunque desde luego para Thorne suponía menos novedad que para la mayoría, aquella fascinación seguía pareciéndole rara. Y además, en realidad, no es que nadie viera nada. Los hombres de los trajes brillantes como los de la tele no salían de pronto dando una carrerilla y cruzaban con el cadáver. No echaban hacia atrás la sábana e invitaban a todos a que dieran una buena ojeada, o, si no, a que hicieran unas cuantas fotos rápidas para amigos y vecinos.

Y sin embargo, allí estaban.

Mientras los de las calles adyacentes de Stoke Newington preparaban uniformes escolares, planchaban camisas para la mañana siguiente o se limitaban a beber té y deprimirse mientras el domingo perdía gas, unos cuantos afortunados estaban en el exterior, montándose su propia distracción. Thorne se abrió paso a empujones entre ellos, y el grupo de mirones se deshizo solo durante un instante; uno o dos intercambiaron retazos de conjeturas en un susurro a medida que volvían a reunirse; mientras tanto, un cabreado policía de uniforme alzó la cinta para que Thorne pasara por debajo.

—¿No deberían estar en sus casas viendo «Antiques Roadshow»? —preguntó el poli.

Thorne siguió hacia la casa y, a sus espaldas, oyó que un niño preguntaba si era el hombre que había venido a cortar el muerto...

Dentro había una concurrencia igual de nutrida, y también en la parte trasera de la casa. En el interior era como si hubiera por lo menos dos grupos de la Policía Científica cubriendo el lugar; los investigadores pasaban rozándose por el estrecho pasillo que iba entre la cocina y la sala de estar, donde se había encontrado el cuerpo de Paul Skinner. En los primeros minutos Thorne habló con tres fotógrafos y operadores de vídeo distintos y, al acercarse al cuerpo, casi esperó ver a Phil Hendricks enfrentándose con forenses rivales para conseguir una posición destacada.

Hendricks levantó la mirada del dictáfono.

—Cabeza partida, supongo con un martillo, más o menos igual que la primera víctima. Muerto al menos veinticuatro horas. Y tienes que llamar a tu novia.

—¿Sigue la cosa chunga?

Hendricks se inclinó a un lado y señaló a lo que quedaba de la cabeza de Skinner.

—¿A ti qué te parece?

—Me parto de risa —dijo Thorne, impertérrito.

Satisfecho consigo mismo, Hendricks dejó ver una amplia sonrisa.

—Vale, probablemente esté más contenta que nuestro amigo del martillo; claro que, por otra parte, se ha puesto fina de helado. No soy un experto, desde luego, pero ¿no es eso una señal reveladora muy importante?

—La llamaré más tarde, si tengo oportunidad...

Thorne avanzó hacia la parte trasera de la casa y cruzó por unas puertas deslizantes que daban al patio: una pequeña zona enlosada con una mesa redonda, una sombrilla y sillas; un tendedero giratorio; una mugrienta barbacoa con ruedas.

Apenas había sitio para moverse.

El patio estaba hasta los topes con el exceso de población procedente de la escena del crimen y más todavía: los de la ambulancia y el personal del anatómico forense, esperando hasta que se les necesitara; un «examinador de la escena del crimen» o dos recobrando el aliento, o usándolo para fumar un rápido pitillo; una mujer repartiendo té y café, que sacaba de unos termos de tamaño hostelero...

Aunque la mayoría eran del Cuerpo.

Unos cuantos de uniforme, pero casi todos con lo que llevaban puesto cuando llegó la llamada: el traje de los domingos uno o dos; tejanos y chaquetas de rapero; corbata negra el desgraciado al que habían sacado a rastras de una cena benéfica... Esperaban allí, de pie, hablando, murmurando unos con otros en incómodos grupos de dos y tres. Como invitados en una barbacoa poco convencional.

El grupo de Thorne estaba entero allí, desde luego, y vio a varios policías de otros grupos pertenecientes a la misma unidad. También reconoció al sargento Richard Rawlings con un grupo que supuso sería de Albany Street. Nunn estaba con un par de policías a quienes parecía conocer bien. Y no faltaban la plana mayor: Trevord Jesmond era uno de los dos comisarios jefes; estaba haciendo la ronda y hacía todo lo posible por sonreír cuando su mirada se cruzaba con la del mando de distrito.

Thorne no había visto nunca más pasma en un lugar del crimen.

En particular si se incluía al muerto.

Por fin, Thorne se las arregló para agarrar a Russell Brigstoke y conducirlo hacia una esquina del patio. La luz procedente de un par de faroles sujetos a la pared trasera hacía que la cara del comisario pareciera incluso más pálida de lo que estaba antes.

—Skinner te dijo que no quería protección, ¿verdad? —dijo Brigstocke—. Según Holland, insistió en ello.

—No estaba demasiado entusiasmado con la idea, no —dijo Thorne.

Con tantos expertos por allí, no lo sorprendió que ya hubiera empezado el proceso de cubrirse el culo.

—Bueno. Y, bien mirado, incluso pusimos bastante rápido a los policías de protección.

—A mí no tienes que convencerme, Russell —La esposa está poniendo el grito en el cielo y diciendo que deberíamos haber hecho más, pero me parece que hemos hecho todo lo posible.

Un policía de uniforme les llevó té en tazas desechables.

El cuerpo de Skinner lo habían descubierto los mismos hombres colocados en el exterior de la casa, tanto en la parte delantera como en la trasera, para protegerlo. Alarmada al no localizar a su marido por teléfono, Anne Skinner llamó a un colega de Albany Street. Él habló con alguien de Homicidios y, al cabo de unas cuantas

llamadas, los policías de protección estaban echando abajo a patadas la puerta principal.

—Brooks debió de meterse en algún momento entre vuestra visita y cuando se puso el grupo de vigilancia, a media tarde.

—Tal vez estaba vigilando la casa —dijo Thorne.

Brigstocke señaló con la cabeza hacia la zona acordonada que rodeaba la puerta trasera.

—Era bastante fácil entrar —dijo—. Rompió una ventana y se metió dentro.

Dio la impresión de que quisiera escupir algo amargo.

—Uno piensa que un puñetero poli tendría más juicio.

—¿Huellas?

—Muchas, por lo visto.

Se bebieron el té, y Brigstocke puso a Thorne al corriente de otros cuantos detalles desagradables. Al mirar a su alrededor mientras hablaban, más de una vez Thorne sorprendió a Rawlings mirando hacia él; y también, a Nunn señalándosele a un colega antes de volverse a murmurar algo.

Cuando Jesmond llamó a Brigstocke con una ligerísima inclinación de cabeza, este se dirigió hacia la casa despacio, como el que va a la consulta del oncólogo.

Poco después Thorne dio con Hendricks cuando el forense salió a tomar café.

—Tu hombre está en racha —dijo Hendricks—. Esto hace tres cadáveres en una semana. Está pagándome las vacaciones.

Thorne miró hacia la puerta trasera y habló, para sí mismo tanto como para su amigo:

—No han encontrado el arma homicida.

—¿Cómo?

—Esta vez se la ha llevado.

—Entonces está teniendo cuidado.

—Ha dejado huellas en cada lugar del crimen, ha dejado el arma todas las veces... Joder, es un poco tarde para empezar a tener cuidado, ¿no?

—A juzgar por la fuerza que ha empleado en la cabeza de ese desgraciado, no piensa de forma racional, que digamos.

—Es frío. Eso fue lo que dijiste.

Hendricks se encogió de hombros.

—Tal vez debería atenerme a lo que pasa dentro de los muertos.

Thorne soltó una larga y lenta respiración. Miró cómo el aliento subía perezosamente hasta fundirse con la niebla azul-grisácea de humo de cigarrillo que se había formado por encima del patio. Luego observó que había varias tazas vacías tiradas en los estrechos arriates que lo bordeaban; otro motivo de queja para la viuda.

—Probablemente tienes razón —dijo, por fin.

—¿En qué piensas?

—No quieras saberlo.

—Como quieras.

—No estoy seguro ni de si quiero saberlo yo...

Por encima del hombro de Hendricks, Thorne vio que Rawlings pasaba por delante de algunas personas y avanzaba con expresión adusta en dirección a ellos. Volvió a mirar a Hendricks.

—Esto promete ser divertido.

Hendricks vio lo que se avecinaba y se apartó, fascinado de pronto por un cortacésped eléctrico que estaba apoyado en la valla.

—Rawlings...

Al alargar la mano Thorne se preparó para encontrar cierta hostilidad, pero vio que el amigo de Skinner estaba conteniendo las lágrimas tanto como las ganas de darle un puñetazo a alguien.

—No sé decidir —dijo Rawlings—. No sé si preferiría que me dieran diez minutos solo en una sala de interrogatorios con el hijo de puta que ha hecho esto, o quince con el hijo de puta que organizó la puta protección.

—Esa es difícil.

—Está bien, sé que no era decisión de usted —se volvió y clavó la mirada, enfurecido, en la esquina donde Trevord Jesmond y el mando de un distrito estaban enfrascados en la conversación—. Los cabronazos de las estrellas nos dicen a la gente como nosotros lo que tenemos que hacer, ¿verdad?

Thorne no dijo nada.

—Lo conocía desde hace diez años, joder. O más. Solo trabajamos juntos un par de meses, pero hicimos muy buenas migas de verdad, ¿sabe? No sé si fue el fútbol o qué, pero congeniábamos.

—¿Dónde fue eso?

—¿Qué?

—Donde usted y Paul trabajaron juntos.

—Brigada móvil, a finales de los noventa. Precisamente yo cambiaba de destino, y él iba haciéndose un hueco. Joder, parece que haga una vida ya...

Thorne asintió con expresión comprensiva; esperó mientras Rawlings volvía a mirar hacia la casa otra vez, mientras murmuraba «hijos de puta» y le daba una patada a la membrana aislante del suelo. No pudo evitar pensar que Rawlings decía demasiados tacos, y se preguntó si a lo mejor era uno de esos polis igual de desmesurados cuando se trataba de los sentimientos: de mostrarlos en momentos como aquel. La cólera justificada a la muerte de un camarada caído; un estupendo compañero, un buen poli; «dejadme que le eche mano al cabrón...». Todas aquellas chorradas.

Recordó cuando había visto a Rawlings entrar tan tranquilo en casa de Skinner, treinta y seis horas antes, y el cordial recibimiento de la esposa. Entonces, durante un momento o dos, por la malvada y desconfiada cabeza de Thorne pasó que Rawlings y su amigo no solo tenían en común al Millwall FC.

—¿Qué ocurrió ayer por la mañana? —preguntó Thorne—. ¿Después de que los viéramos a ustedes?

—¿Cómo dice?

—¿Se quedó usted mucho tiempo?

Rawlings tardó un segundo, luego sonrió con tristeza.

—Paul no daba pie con bola: estaba hecho un verdadero manojito de nervios, coño. Intentando convencer a Annie para que cogiera a los niños y se largara la casa de su madre. Ella empezó a armar un follón, y Paul gritaba como un descosido, así que pensé que más valía esfumarse. No debí de quedarme más de media hora o cuarenta y cinco minutos después de que ustedes se marcharan. Me dijo que me daría un toque luego, después del partido. Hablábamos del partido por teléfono si no lo veíamos juntos, ¿sabe? Pero no me llamó...

Thorne asintió. Él y su padre hacían lo mismo hasta que el Alzheimer se agravó demasiado. Antes de que las formalidades se fueran al traste, y el viejo empezara a decir casi tantos tacos como Richard Rawlings.

—¿Así que usted sí fue? —preguntó Thorne; Rawlings parpadeó, sin comprender—. ¿Al partido?

Rawlings meneó la cabeza.

—Al final lo escuché por la radio. El maldito Doncaster empató en el puto último minuto...

El público de la parte delantera se había dispersado para cuando sacaron el cuerpo, justo antes de las diez y media. El mando de distrito y los comisarios eran la viva imagen de la solemne indignación, en tanto que Nunn y sus compinches de la JRP ponían la mala cara adecuada aunque sabían bastante más que la mayoría sobre Paul Skinner. Rawlings se quedó con la cabeza gacha y los puños apretados. Un par de los chicos con gorras de béisbol de la Policía Metropolitana se las quitaron al pasar la camilla por delante.

Cuando la furgoneta del anatómico forense se puso en camino, Thorne aprovechó su última oportunidad de hablar con Hendricks, que al instante le preguntó si había hablado ya con Louise. Thorne reconoció que no y se abstuvo de añadir que, probablemente, era mejor para los dos que no hablaran hasta el día siguiente.

—No se debe ir a dormir peleado —dijo Hendricks.

—También podría ella llamarme a mí...

Brigstocke se acercó a ellos a paso vivo por el sendero, y cuando su mirada se encontró con la de Thorne tenía una expresión que indicaba «privado». Thorne pasó el mensaje a Hendricks, que con mucho gusto los dejó solos. Dijo que llamaría a media mañana con los resultados de la autopsia e intentaría proporcionarle al grupo una hora de la muerte más precisa.

—Estaba muerto cuando acabó el partido —dijo Thorne—. Si sirve de algo.

Brigstocke vio cómo Hendricks se apartaba y luego se acercó más a Thorne.

—Han autorizado la escucha en directo.

No era una frase que Thorne hubiera oído con frecuencia, pero sabía lo que significaba: que era una medida grave.

—¿Quién es el sujeto?

Brigstocke clavó la vista en él como si fuera una pregunta idiota, y al cabo de un segundo de hacerla, Thorne se dio cuenta de que sí que lo era.

—Yo. ¿Cierto?

Desde la Ley de Reglamentación de Fuerzas Investigadoras, el proceso de recopilar información había cambiado de forma tan drástica como todo lo demás. La LRFI establecía rigurosas directrices sobre cosas tales como captación ilegal y control de transmisión, con duros castigos para quienes las incumplieran. Thorne sabía muy bien que, cuando se juzgaba necesario (por ejemplo, cuando había «inminente peligro para la vida»), aquellas cosas pasaban. Pero el público en general, y en realidad la mayoría de los policías, seguían sin ser conscientes de la unidad de apoyo técnico encubierta que estaba de guardia en cada sección de la Policía Metropolitana; que instalaba micrófonos ocultos y luego escuchaba. Esa unidad que reunía información absolutamente inadmisibles como prueba, pero que se entregaba a quienes trabajaban en el caso para que la empleasen como creyeran conveniente.

Una unidad, como un puñado de otras más, que existía pero no existía.

Thorne no era un sospechoso, y además había algo clave: daría su consentimiento a semejante «vigilancia molesta». Pero con eso también se comprometía la intimidad de otros, cuyo consentimiento no se solicitaría, y Brigstocke se esforzó al máximo por señalar que, por esa razón, la operación sería sumamente confidencial. Le dijo a Thorne que solo el mencionarla a alguien fuera de la estructura de mando superior tendría como resultado la cárcel.

—¿Estás de acuerdo?

—Sí, supongo.

La idea de la cárcel bastaba para preocupar a cualquiera, pero Thorne sentía la misma preocupación al pensar en que su vida, los detalles de su vida, su normalidad, se convertirían en un aspecto rutinario de la jornada laboral de otra persona. Se estremeció al imaginarse a unos polis sudorosos con auriculares, meándose de risa cuando Louise lo llamaba chiflado.

No era mucho mejor que el que alguien te registrara la basura.

—¿De qué hablamos? —preguntó.

—Los teléfonos de casa y del trabajo, y además el móvil —dijo Brigstocke—. ¿Tienes aún ese prepago?

—Sí, pero acabo de comprármelo, ¿no? No hay forma de que Nicklin le haya dado el número a Brooks.

Brigstocke asintió.

—Bueno, está bien. Al menos tendrás algo de intimidad. Mirarán el correo electrónico también, por supuesto. E interceptarán el correo.

—¿Pero es que no puedo ni abrir mi propio correo, joder?

—Me parece que no.

Thorne abrió más los ojos en un gesto de sarcasmo.

—Prometo que comunicaré todo lo que venga del asesino. Todo lo que no sea una última petición o un menú de pizzería.

—No funciona así, Tom.

Thorne suspiró y meneó la cabeza.

—Vale.

—Tenemos que arreglar esto —dijo Brigstocke; miró hacia el pelotón de policías y más allá, a la casa del que iba camino del anatómico forense—. Las cosas se han puesto muy serias ya, joder...

Más tarde, Thorne reflexionaría sobre la perfecta sincronía de aquel momento, y se preguntaría si acaso Marcus Brooks no habría estado mirándolos. Mirando desde la ventana de una casa próxima.

El tono sonó en el bolsillo de su cazadora justo cuando Brigstocke estaba fuera del alcance del oído. Creyó que el mensaje tal vez fuese de Louise. Al comprobar que no y ver aparecer el número sin identificar, se desplazó deprisa por la pantalla; se preguntó de quién sería la foto que iba a mirar esta vez.

No había ninguna fotografía. Solo un sencillo mensaje de texto:

*Estaba muerto cuando llegué.*

Brooks. Diciéndole a Thorne lo mismo que le había dicho a Sharon Lilley hacía todos aquellos años.

Sin esperar nada, Thorne marcó el número de donde procedía el mensaje. Se puso tenso cuando sonó y estuvo a punto de soltar un grito cuando descolgaron.

—¿Marcus...?

Solo se oyó una levísima respiración y el sonido de tráfico lejano durante unos segundos antes de que se interrumpiera la comunicación. Mientras Thorne volvía a meterse el teléfono en el bolsillo, se volvió a mirar la casa y de pronto comprendió una cosa.

*Estaba muerto cuando llegué.*

Brooks no hablaba del asesinato por el que lo detuvieron en el año 2000. Se refería a aquel. El mensaje hablaba de Skinner.

Más tarde, después de que se realizaran detenciones y se enterraran cadáveres, y después de que la cerveza barata avivara la pena, Thorne sería incapaz de recordar exactamente por qué hizo lo que hizo a continuación.

No fue por nada en concreto...

Estupidez, instinto, cierta tendencia a la autodestrucción..., o porque aquellos cabrones no iban a dejarlo abrir sus propias cartas. Fuera cual fuese el motivo, Thorne observó a Nunn, Rawlings, Brigstocke y los demás, yendo despacio hacia sus coches, y ya no estuvo seguro de confiar en nadie. El poli que, junto con Paul Skinner, engañó a Marcus Brooks para que le achacaran un asesinato que tal vez

cometiera él mismo, había salido impune de mucho durante mucho tiempo. Estaba claro que era muy hábil cuando se trataba de borrar las huellas.

Al menos Thorne tenía que considerar la posibilidad de que aquel hombre estuviera más cerca de lo que pensaba.

Ahora había largas miradas al borde de la calzada; inclinaciones de cabeza intercambiadas entre la tropa. Se hacían promesas y se daban un montón de belicosas palmadas en la espalda. Aquella gente compartía la espantosa pérdida por igual, y los unía la decisión de pillar a quienquiera que hubiese asesinado a uno de los suyos. La muerte de un poli parecía contar mucho, en términos relativos. Al menos en apariencia, daba la impresión de que significaba más que la de un motero, o la de una joven madre y su hijo. ¿De verdad era peor el sufrimiento de la familia de Paul Skinner que el de la familia de Ray Tucker o la de Ricky Hodson? ¿O que la de Marcus Brooks?

Si la muerte de un poli era tan importante, atrapar a un poli que también era un asesino debería tener la misma relevancia, ¿no?

Thorne los miró, enardecidos y animadísimos. Y supo que, allí donde estaba en aquel momento, no era uno de ellos.

Fue entonces cuando tomó la decisión.

Sabía que no tenía mucho tiempo: Brooks bien podría estar tirando la tarjeta SIM en aquel preciso instante. Probablemente ya lo había hecho. Para bien, pensó Thorne. De todos modos era una idea descabellada, joder...

Y, además, no podía usar su móvil de siempre; iban a controlarlo. Y el nuevo, el que era seguro, estaba allá en su piso...

Hendricks estaba subiendo a su viejo y plateado Renault familiar, cuando Thorne casi lo sacó a la acera de un tirón.

—Tienes que prestarme el móvil.

—¿Cómo?

Thorne chasqueó los dedos y contuvo las ganas de meter la mano en los bolsillos de Hendricks para buscarlo.

—Dámelo, Phil...

Se apartó rápido calle arriba, buscando por el menú del teléfono mientras andaba. La mano le tembló un poco mientras tecleaba el texto, luego los once números del número de teléfono sin controlar de su prepago. Entonces se apoyó en un murete e introdujo el número desde el que Brooks lo había llamado.

Pulsó «ENVIAR» y esperó. Miró el dibujo de un sobre cruzando la pantalla y aparecieron las palabras:

*Mensaje enviado.*

Casi sin aliento, Thorne pulsó bruscamente el teclado numérico y una vez más marcó el número.

La línea estaba cortada.

## Segunda parte

### «Mostrar»

Jennings lo había llevado al bar donde Squire ya estaba esperando y luego había ido a por las bebidas. Pensó en ponerse chulo, quizá pedir que le enseñaran las placas de identificación, pero la verdad es que no hacía falta. Conocía a la pasma cuando los veía, y aquellos dos tenían la pinta. Tenían el habla.

Era la hora de almorzar, y no había demasiados clientes más. Se sentaron en torno a una gran mesa de madera junto a los servicios de caballeros; el olor a orines y a desinfectante de retrete salía flotando por el aire cada vez que se abría la puerta. Jennings volvió con cervezas para él y su colega, y con agua para él; les echó un par de bolsas de cacahuets por encima de la mesa, y se pusieron a ello.

—¿Nos mantenemos ocupado, Marcus?

—Ya saben...

—Sí, hombre, claro que lo sabemos. Buen negocio tenéis montado tú y tu mujer.

Y sí que era bueno; en realidad, estaba resultando de maravilla. Él había buscado alguna cosa desde que salió del negocio; trató en vano de mantener varios trabajos corrientes, pero no estaba hecho para la vida «legal». Entonces Angie empezó a trabajar de asistenta y lo hizo muy bien, de modo que se corrió la voz y eso, y consiguió más casas. Casas más grandes, donde la gente estaba mucho mejor de dinero, y además que no parecía preocuparle que la limpiadora tuviera un juego de llaves; que entrara mientras los dueños estaban fuera, tomando largos almuerzos y haciéndose la manicura.

Fue idea de Angie y salió bien desde el primer momento.

Una vez que ya estaba dentro, que le tenían bastante confianza y sabía todas las idas y venidas de la familia, él robaba la casa. Entraba con las llaves, se cargaba una ventana al acabar, o a lo mejor le daba una patada a una puerta trasera o algo así para que pareciera de verdad. Por lo general, Angie se marchaba al cabo de unas semanas y empezaba en una zona nueva, aunque había un par de casas donde él había robado y en las que seguía limpiando. Porque le gustaba la gente y, además, me cago en la mar, el sueldo era tan bueno...

—Muy bien... —dijo Jennings; se lamió los labios—. Facilito y eso. Y, ¿sabes?, siento ser yo el que os lo joda. Pero vaya si lo haré.

Squire se metió un puñado de cacahuets en la gorda boca.

—Tú tienes un trabajito que hacer, y nosotros también.

—Tenemos que ganarnos la vida.

—No estoy seguro de lo guapa que va a estar Angie después de unos meses en Holloway...

—Bastante buena para la mayoría de las fulanas de allí dentro, eso sí.

Él no era idiota. Cuando trabajaba con otros ya se había topado con muchos polis como aquellos dos. De los que te avisan en secreto de una redada y luego llegan y trincan un fajo de billetes de veinte cuando se está repartiendo una recaudación.

—¿De cuánto estamos hablando? —preguntó.

Squire se terminó los cacahuets y se limpió las palmas de las manos en los tejanos.

—No se trata de dinero. Solo necesitamos un favor.

—Una cosa que es lo tuyo —dijo Jennings.

—Sería una auténtica pena si las cosas se os fueran a la mierda ahora. En particular con un crío y eso.

Entonces le explicaron lo del trabajo. Jennings, entusiasmándose y sin dejar de lamerse los putos labios, un hábito nervioso; Squire, apoyado en la mesa, más tranquilo y dando más miedo. Le dijeron dónde estaba la casa y cuándo era probable que el dueño estuviese fuera; que solo querían que entrara y cogiera todos los papeles que encontrase.

Les preguntó de quién era la casa, y ellos le dijeron que no tenía que saberlo. Que solo era un favor. Que la verdad es que no les gustaba preguntar, pero confiaban en que lo hiciera. Le dieron un número de teléfono y le dijeron que se lo pensara, y más o menos eso fue todo.

No tenía mucho que pensar, y al cabo de una semana entraba en una cocina a oscuras, pisando vidrios rotos. Había un olor raro. Grasiento. Desde la parte de atrás no se veía la casa, y le habían asegurado que el que vivía allí no estaba, así que no se preocupó demasiado por si lo veían o si hacía mucho ruido.

Encendió la luz. Miró el motor desmontado sobre la mesa de la cocina...

Entonces oyó voces, y a punto estuvo de salir por donde había entrado cuando la música le indicó que había un televisor encendido por alguna parte. Aquello seguía estando mal: la casa debía estar vacía. Solo había robado una vez en un sitio con gente dentro, y no estaba loco por hacerlo de nuevo. Pero no es que tuviera mucha alternativa.

Ni siquiera entonces, cuando iba con sigilo hacia la parte delantera, hubo forma de saber que algo iba mal. No encontró señales de lucha hasta que no abrió despacio la puerta que daba al salón, donde le habían dicho que estaban todos los papeles.

Fue entonces cuando empezó a entrarle el pánico.

Había sangre, pero por todas partes, joder. El sillón estaba volcado y había porquerías por todos lados, y el tipo que en teoría no tenía que estar allí estaba muerto y bien muerto. Tendido boca abajo delante de «Coronation Street». La parte de atrás de la cabeza toda mojada y sin forma.

No vio ningún papel; supuso que el que se había cargado a aquel tipo se los habría llevado. No vio un vaso vacío en el suelo detrás del sofá. Por otra parte, tampoco es que viera demasiado: estaba mucho más preocupado por largarse de allí.

Recordándolo después, probablemente fue una estupidez por su parte, pero no lo

entendió enseguida. No entendió exactamente lo chungo que era aquello. Intentó llamar al número que le habían dado, pero no localizó a Jennings y Squire. Solo más tarde, cuando ya lo habían trincado y presentaron el vaso con sus huellas, el asunto encajó por fin. Entonces comprendió la gravedad del montaje que le habían hecho.

El vaso donde había bebido agua en el bar...

A Brooks lo sorprendía la cantidad de detalles de aquella noche que recordaba aún: lo que ponían en televisión; el dibujo de la parte de atrás de la cazadora de cuero del muerto; el tejido del sillón y la sangre de una de las ruedecillas... Era raro, porque la idea de venganza se había desvanecido durante los años que había pasado a la sombra. Al principio se había obsesionado con ella, con hacerlos pagar por hacer que pareciera el culpable, pero al final lo dejó estar. Había otras cosas en que pensar. Angela y Rob. Cosas que le hacían sentirse mejor.

Los dos hombres que se habían llevado seis años de su vida, prácticamente habían quedado impunes. Pero entonces los Black Dogs fueron tras su familia. Y ahora la suerte estaba echada.

Jennings y Squire. Uno en el bote y quedaba otro. Pero había más gente con quienes tenía que ajustar cuentas primero, y mientras caminaba de vuelta hacia el piso, recordó el papel y el número que había garabateado; el mensaje que le había enviado el hombre que, en buena lógica, debía intentar atraparlo.

Pensaba bastante en Thorne, y también se había preguntado por qué Nicklin le tendría aquella manía. Era un tipo al que había que tomar en serio, eso fue lo que Nicklin dijo. Tenía que serlo si se las había arreglado para encerrar a Nicklin.

Y ahora el poli que habían decidido que fuera el blanco mandaba sus propios mensajes. Como una invitación.

Agotado, miró el cielo que empezaba a ponerse rosa más allá de Hammersmith Bridge y se preguntó qué diablos tramaba Tom Thorne.

## Quince

—Hay uno al lado de nosotros, iluminado como la puñetera Disneylandia. Un pedazo de trineo sobre el tejado del garaje y un Santa Claus intermitente que sube por una escalera de mano en la parte de fuera de la casa.

—Algunos incluso llevan a los críos. Salen de los coches a mirar esa mierda.

—Deben de pagar una fortuna en facturas de la luz.

—¿Os habéis dado cuenta de que cuantas más chorradas de esas tiene alguien, más cutre es la puñetera casa?

Más o menos mitad de noviembre, y ya la Navidad daba al grupo mucho material para exaltarse. Mucho con lo que apartar la cabeza del trabajo durante un minuto o dos, cuando el trabajo resultaba frustrante.

La cadena de los días, y también de las muertes.

Stone levantó la vista de la mesa, vio a Tom Thorne en la fotocopiadora y le gritó:

—¿Ya les ha dado propina a sus barrenderos este año?

Grandes risas por todas partes.

Unos cuantos años antes, Thorne les había pasado un billete de diez a unos hombres vestidos con tabardos fluorescentes y gorros de lana, que llamaron a su puerta y le desearon «Feliz Navidad de parte de sus barrenderos». Cuando descubrió que en realidad no eran sus barrenderos, ni los de nadie, entró en el trabajo echando pestes, indignado. Le contó el timo a todo el que quiso escucharlo y, además, cómo lo había descubierto, como si hubiera resuelto los asesinatos del mismísimo Jack el Destripador.

—Es que no va uno a pedir una puñetera identificación, ¿no? Y además es que un chaquetón fluorescente de esos se compra en cualquier sitio...

Su irritación no hizo más que aumentar la hilaridad de los colegas.

—Un poco pronto para eso, ¿no? —dijo Thorne, al tiempo que levantaba la tapa de la fotocopiadora y recogía sus papeles.

Karim hizo una mueca.

—No sé. Creo que desde que encienden el alumbrado debería permitirse que empezáramos a tomar el pelo.

Aquella sugerencia recibió la aprobación general, y cuando al cabo de uno o dos minutos Stone empezó a silbar «My Old Man's a Dustman», hubo aplausos dispersos para acompañar las carcajadas. Thorne sonrió, pero no tardó en salir de la central operativa.

Martes por la mañana; treinta y seis horas desde que se habían reunido como grupo, o más bien como fuerza, en el lugar del asesinato de Paul Skinner, y a Thorne le costaba ver demasiado humor en nada. Junto con todos los demás, se había metido de lleno en el trabajo, aunque a la hora de la verdad no le había servido de demasiada distracción. Brooks seguía haciendo muy bien lo de mantenerse oculto, y, hasta que apareciera inesperadamente en algún control de tarjetas de crédito o en una cámara de

seguridad, la mejor opción del grupo seguían siendo los repetidores de telefonía móvil.

Otro mensaje iría bien; restringiría el área de localización de varios kilómetros cuadrados del oeste de Londres a unas cuantas calles en las que centrar los esfuerzos.

Otro mensaje como el que Thorne había decidido guardarse.

Había dado un paso que tal vez abriera un canal de comunicación entre él y un hombre que había matado al menos dos veces. Las repercusiones de aquello iban volviéndose más espantosas a medida que pasaba el tiempo, pero ya era demasiado tarde para hacer nada. No podía dar marcha atrás y reconocer lo hecho. Intentar explicar por qué lo había hecho.

*Había matado al menos dos veces...*

Porque si Brooks no había matado a Skinner, ¿quién había sido? ¿El mismo que mató a Simon Tipper? ¿El mismo policía?

Desde que mandó el texto a Brooks, las consecuencias habían empezado a acumularse en el fondo de su mente. Abriéndose paso a codazos y desplazando las cosas buenas. Jodiendo cualquier instante en que algo empezaba a hacerle ilusión; cualquier encuentro que debería de ser agradable.

Louise había llamado por fin la mañana antes. Temprano, cuando él todavía estaba grogui; cuando, durante unos valiosos segundos, lo ocurrido en casa de Skinner parecía un sueño que se negaba a desvanecerse.

—No eres un chiflado.

—Gracias.

—Aunque parece que estás fatal. ¿Estuviste de copas anoche?

Eso parecía. Salvo que se acordaba exactamente de lo que había estado haciendo.

—Ojalá —dijo.

—¿Nos vemos después?

—¿Te llamo dentro de un momentito?

—Ah, de acuerdo.

—Es que ahora mismo estoy saliendo por la puerta.

Estaba en la cocina, solo con los calzoncillos puestos, esperando a que hirviera el agua del té; sin salir a ningún sitio. Su única idea era que la conversación fuera breve. Difícilmente podía decir: «Están escuchando este teléfono, así que por Dios, no digas nada que me haga avergonzarme. Nada que vaya a meterme en la mierda...».

Decidió que se lo diría más tarde, en persona.

Aunque no es que fuera a decírselo todo.

En realidad la que se había rajado la noche antes fue Louise, cuando a la esposa del gangster albanés la metieron en un coche a la puerta de Waitrose justo antes de que acabara la jornada.

Ahora, en su despacho, Thorne pensó en Louise; en la expresión de su cara cuando clavaba la mirada en él y se desabrochaba el sujetador. Decidió que desde luego era algo que merecía la pena esperar con ilusión. Y que, a menos que Marcus

Brooks decidiera acelerar el juego y matara brutalmente al alcalde, al jefe superior y a las familias de ambos, él iba a verla, y también a aquella mirada, después.

La expresión de la cara de Marcus Brooks era más difícil de interpretar. Por enésima vez, Thorne abrió el expediente que estaba sobre su mesa y bajó la vista hacia el hombre que, cinco meses atrás, había recibido el horrendo mensaje que lo puso todo en marcha; aquel mensaje de muerte. El que salió de la cárcel, hizo sus planes y empezó a mandar sus propios mensajes.

El pelo era oscuro, corto. Los ojos, más oscuros; castaños, según la información impresa debajo de la fotografía. Eso era todo lo que Thorne sabía con certeza. No era solo aquella expresión vacía que lo mismo podía ocultar mero aburrimiento que furor homicida. Ni que la foto tuviera seis años; la cárcel, y lo había visto muy bien con Nicklin, era capaz de cambiar el aspecto de una persona de forma tan drástica como la cirugía.

Sencillamente, Thorne no le cogía el truco a quién era Marcus Brooks, y su foto no le decía nada. El sentido común le indicaba que trataba con alguien que sabía cuidar de sí mismo; que miraba morir a un hombre sin parpadear. Pero a aquel hombre de quien Nicklin le había hablado, el hombre al que Thorne había oído en el silencio de una línea telefónica, también lo había destrozado el dolor. Lo había dejado vacío.

Pensó que la mayoría de los rostros lo revelaban todo. Sin ir más lejos, estaba seguro de que si le daban a cualquiera una fotografía suya, no necesitaría más que un rápido vistazo. Diría: *Poli. Vive solo. No tiene demasiada facilidad para tratar con los demás.*

Pero la foto de Marcus Brooks era muchísimo menos reveladora. A Thorne solo le cabía esperar que si llegaba el caso, pudiera mirar a aquel hombre a los ojos y entender lo que estos le decían. Algunas vidas, incluida la suya, dependían de mucho menos.

Mientras tanto, y por mucho que lo intentaba, no veía a la persona que había tras la fotografía.

Era como mirar uno de los dibujos que se sentaban a su mesa de póquer virtual.

El sargento Adrian Nunn había llamado antes para charlar un momento. Se quejó de la cantidad de trabajo que tenía, de lo que les pagaban por las horas extras, y le preguntó a Thorne a qué hora terminaba su turno.

Poco después de las seis, cuando Thorne salió de Becke House, Nunn estaba esperándolo. Otra vez llevaba puesto el abrigo de la Gestapo.

—¿Metro o coche? —preguntó.

—Yo voy en metro.

Nunn ajustó el paso al suyo.

—Me va bien. Bajo por la Northern Line derecho hasta Embankment. Desde allí en la District todo el camino hasta Putney.

—¿Vuelve al trabajo?

—No, pero vivo muy cerca de la oficina. Es bastante cómodo.

—Sigue siendo un viaje de ida y vuelta de tres horas —dijo Thorne—. Me parece que desea algo más que una simple charla rápida. Claro que deseaba más que eso cuando llamó, ¿verdad?

Caminaron a paso rápido bajo la llovizna, subiendo por Aerodrome Road y luego hacia la izquierda hasta la estación de metro. Pasaron por delante de Colindale Park y de la Hemeroteca Británica. Thorne había estado varias veces en aquel lugar, rastreando ejemplares atrasados y microfichas para buscar algún dato decisivo. Siempre acababa pasando más tiempo del necesario. Perdiéndose en historias e imágenes que no tenían importancia para el caso en el que trabajaba; disfrutando el tacto de las páginas crujientes y amarillentas de los periódicos antiguos. Antes de los calendarios con fotos de chicas ligeras de ropa en la página tres. Cuando los Spurs tenían equipo, y los famosos eran famosos al menos por hacer algo.

—Solo quería insistir en que todo lo que hablamos el otro día sigue siendo confidencial —dijo Nunn.

—Continúe entonces.

Nunn sonrió, pero solo con la boca.

—Parece de lo más raro que sea usted tan inflexible con eso —dijo Thorne—. Teniendo en cuenta que Skinner está muerto, me refiero.

—No ha cambiado nada.

—Intente contárselo a la señora Skinner.

—Las cosas no se detienen sin más, eso es lo que digo.

—Hay puntos que poner sobre las íes, ¿verdad?

—Minucias como si la señora Skinner recibiría la pensión policial de su marido si hubiera pruebas suficientes para presentar cargos contra él.

Thorne estuvo a punto de reírse por primera vez en un día o más.

—¿Ese es el motivo de todo esto?

—Solo hago una puntualización. Esto tiene que seguir su curso.

—Mire, sé que a ustedes les encantan todas estas historias de agentes secretos —dijo Thorne—. Pero el que Skinner quizá no fuera absolutamente legal tal vez tenga mucho que ver con por qué está muerto. Por qué varias personas están muertas. De modo que no es para mantenerlo en secreto. Ya he hablado de ello con mi comisario. Es parte de nuestro caso.

Nunn alzó la mirada al tablón de información del andén con gesto pensativo.

—Mientras de verdad procuren no molestarnos... —dijo.

No tardó en llegar un tren que iba hacia el sur, y Thorne lo agradeció. Estar en el andén solo facilitaba la charla trivial, y se había quedado sin existencias. El tren estaba casi vacío: tenían un vagón para ellos solos. Cuando se cerraron las puertas y echaron a andar, empezó a hacer un calor sorprendente; Nunn se puso de pie para quitarse el abrigo y lo dobló sobre las rodillas.

—¿De verdad es cierto eso? —preguntó Thorne—. ¿Que no ha cambiado nada?

Estaba desesperado por saber exactamente lo que Nunn había querido decir. ¿Seguía la investigación activa por motivos tan prosaicos como sugería Nunn, o pasaba algo más? ¿Estaban persiguiendo en serio a un segundo policía?

—Nada importante —dijo Nunn.

—Vaya, gracias por aclarármelo.

Thorne se preguntó si los reclutas de la JRP harían cursos para aprender a mantener una actitud amistosamente evasiva. Y si compartían aula con los políticos y con algunas mujeres con las que se había relacionado.

—¿Ha sido bueno o malo?

—¿Cómo?

—El que hayan asesinado a Skinner.

—Oiga, un momento...

—Hablo en serio. Aunque nadie haya salido a decirlo, los dos sabemos que Skinner era tan corrupto como un billete de nueve céntimos, así que: ¿qué opinan los que mandan de que se lo hayan cepillado? ¿Están contentos de haberse deshecho de un policía corrupto sin tener que tomarse la molestia de hacerlo ellos mismos? Eso evita la vergüenza, creo yo.

—Bueno, nadie está avergonzado.

—¿Y usted? Ha perdido la oportunidad de trincarlo. ¿No se siente un poco..., robado?

—Más que un poco —dijo Nunn, al tiempo que disfrutaba del desconcierto que su respuesta provocaba en Thorne—. Una sorpresa, ¿no? ¿No cree que quitarse de encima a un policía muy corrupto sea tan gratificante como atrapar a un asesino o a una banda de atracadores armados, o trincar a un traficante de droga? Yo he hecho todas esas cosas, y le prometo que lo es. Exactamente igual.

Thorne se limitó a encogerse de hombros, pero no estaba seguro de creer a Nunn. Al menos, no estaba seguro de sentir lo mismo; de que sacara la misma satisfacción de pillar a un poli corrupto que de atrapar a un asesino.

Hasta que recordó que podían ser la misma cosa.

A partir de entonces no hubo mucha conversación. En Brent Cross y en Golders Green se subió gente al tren, que ya iba lleno cuando salieron de Hampstead. Thorne y Nunn fueron alzando la voz para oírse por encima del ruido del tren, pero con pasajeros sentados a su alrededor y de pie por encima de ellos, tambaleándose cuando el vagón se sacudía y vibraba, ninguno de los dos tuvo ya demasiadas ganas de hablar.

—Esta es la mía —dijo Thorne cuando el tren se acercaba a Camden.

Nunn se había sentado sobre el borde de la cazadora de Thorne y se movió un poco para dejarlo levantarse.

—Ya sabe dónde estoy si surge cualquier otra cosa.

—Bien. Lo mismo digo, si sirve de algo.

Nunn miró el reloj.

—No creo que le apetezca una copa rápida, ¿verdad?

La invitación parecía bastante auténtica y cogió a Thorne absolutamente por sorpresa. Miró el reloj mientras pensaba qué decir, pero la expresión de Nunn al hacerle la pregunta había revelado una imagen reducida de aquel hombre que no esperaba ver. Era una situación lamentable, por muchísimos motivos.

*Poli. Vive solo. No tiene demasiada facilidad para tratar con los demás...*

—Es una idea estupenda —dijo Thorne—. Pero hoy mi novia me prepara la cena...

El reparto a domicilio del Bengal Lancer fue tan fiable como siempre, y los dos despacharon con rapidez un menú compuesto de *rogan gosht* y pollo *tikka*, con *mutterpaneer* y un *sag bhaji*, arroz *pilau* y pan *nan*. Thorne fue al frigorífico a por dos botellas más de Kingfisher y luego llevó los platos a la cocina.

Con el salón por medio, gritó:

—Quería decirte, sobre mi móvil...

Louise lo llamó y le pidió que lo repitiera. Sus palabras se habían perdido con el ruido del televisor mientras ella saltaba de un canal a otro.

Thorne se acercó a la puerta, y Louise bajó el volumen.

—Es solo mi móvil —dijo él—. Nada importante, pero en lo sucesivo tienes que llamarme al teléfono de prepago.

—Creía que te habían devuelto tu viejo Nokia.

—Sí, pero esa línea están..., vaya, controlándola. Ya sabes, por si Brooks manda otro mensaje, por si decide llamar y eso. Así que mejor que uses el prepago. Tienes el número, ¿no?

Ella le dijo que sí. Él dijo que podía ir a la cárcel por lo que acababa de contarle. Ella le prometió ir a visitarlo.

—Entonces, ¿crees que a lo mejor lo hace? ¿Lo de ponerse en contacto otra vez?

—Sabe Dios.

—Supongo que lo usarán para localizarlo, ¿verdad? Ese tonto de mierda llama y ya lo tenéis. Así de sencillo.

—Sí, estaría bien —dijo Thorne.

Regresó sin prisas a la cocina y Louise volvió a subir el volumen del televisor. Él acabó de cargar el lavavajillas y luego se apoyó en el escurridor del fregadero. Desde donde estaba la veía en el salón. Había encontrado un canal por cable que daba vídeos musicales de la década de 1980 y empezó a canturrear siguiendo un viejo tema de Depeche Mode.

Thorne le echó un vistazo a la cazadora de cuero, colgada en el respaldo de una silla de la cocina. Su Nokia estaba en uno de los bolsillos interiores; el teléfono de prepago, en otro. Había programado tonos de llamada característicos en cada uno para que no hubiera confusión.

Se despachó la cerveza y empezó una discusión consigo mismo.

Aunque no era absolutamente necesario que ella lo supiera, había sido franco con Louise en lo de que estaban controlando el teléfono, ¿verdad? Así que tal vez eso disculpase el no contarle lo del mensaje que le había enviado a Marcus Brooks. O, por lo menos, contribuía un poco a disculparlo. ¿No le convenía más no saberlo? ¿No involucrarse? ¿No verse arrastrada por el humeante reguero de mierda que él estaba armando?

Sabía que no iba a tragárselo en absoluto.

Era el mismo tipo de rollo trillado que: «No te he contado que me acostaba con otra porque sabía que te disgustarías y no quería hacerte daño». En el fondo Thorne sabía que tenía más que ver con la cobardía que con la compasión. Y que por lo general, a la larga, la mentira por omisión era peor que la espantosa verdad.

Sin embargo, de todas formas, no iba a contárselo. No si podía evitarlo...

Cuando volvió al salón, se pusieron cómodos. Se sentaron juntos en el suelo delante del sofá; compartieron el último *poppadom* y vieron a Yvonne Kitson hacer su número en Crimewatch.

En un espacio de resumen de cinco minutos, al final del programa, Kitson dirigió un llamamiento pidiendo más información sobre el asesinato de Deniz Sedat. Vestida con un acertado traje de chaqueta color gris marengo, dijo que el suceso había «conmovido a una comunidad» e instó a todo el que tuviera información a ponerse en contacto con la policía. Les garantizó que las llamadas se tratarían con reserva. Acabó con una súplica especial a la joven que ya había llamado una vez; que parecía deseosa de decirles algo y con quien estaban interesadísimos en hablar de nuevo.

—Conociendo aquella encantadora parte de Londres como yo la conozco —dijo Louise después, con sorna—, creo que hace falta más que el apuñalamiento de un gánster para conmover a alguien.

Thorne sonrió.

—Pero no dejaremos que nadie lo sepa, ¿no?

Como todos los años se gastaban millones en mejorar la imagen de la ciudad, no era inteligente destacar los sitios donde la vigilancia policial se parecía más a una guerra. Solo faltaban unos años para los Juegos Olímpicos, y ya había chistes. Sobre lo bien que le iría a Gran Bretaña en tiro esta vez, y sobre corredores de maratón que se equivocaban de camino, se metían en ciertas zonas de Hackney y Tottenham y nadie volvía a verlos más.

Louise empezó a buscar de nuevo por los canales.

—Me ha parecido que Kitson causaba buena impresión —dijo.

Thorne se encogió de hombros, como si en realidad no se lo hubiera planteado.

Cuando se conocieron, Louise e Yvonne se llevaron bastante bien..., durante las pocas semanas que estuvieron trabajando juntas. Pero desde entonces Thorne había percibido que surgía un problema, y justo entonces también lo oyó en el tono de Louise, aunque en apariencia estaba expresando un elogio. En una ocasión, y solo en

una, él le sugirió que a lo mejor estaba celosa, y ella le echó un rapapolvo y le dijo que no se engañara. No estaba seguro de qué había querido decir. ¿Que se engañaba por pensar que a Kitson le interesaba él? ¿O que a Louise le importaba un pimiento? Desde luego, no iba a tentar a la suerte preguntando.

—¿Ponen alguna otra cosa? —preguntó Louise.

Thorne se inclinó y, de un tirón, sacó *Time Out* de la mesita baja de la ventana.

—¿Algo por lo que merezca la pena no irse a la cama?

Thorne hojeó rápidamente hasta llegar a las páginas de televisión. Después de las noticias, en ITV ponían las jugadas más interesantes de la Liga de campeones. Daban «Sospechosos habituales», que él no se perdía nunca, en Channel Four. Y había póquer de medianoche al menos en tres cadenas por cable distintas.

—Nada. Ni flores —dijo.

Había muy poca luz. Suficiente apenas para ver las caras a diez metros, y además no podía moverse demasiado por miedo a hacer ruido. Esto no iba a ganar un Oscar precisamente.

De todos modos solo disponía de quince segundos. Pero hizo lo posible por dar interés a la secuencia: empezó con el canal y cruzó hasta que tuvo al tipo en medio de la imagen; hasta que los tuvo a los dos. «Ampliar el plano», así se decía.

Bajó el teléfono y miró a la mujer de rodillas. Las grandes manos de él encima de la cabeza de ella. Los gruñidos y los ruidos de chupar.

Había mucho que ampliar...

Él y Angela no eran fanáticos del cine; solo habían ido una o dos veces a lo mejor, antes de que se presentara Robbie. Pero durante los años que estuvo en chirona vio muchas películas y se había aficionado bastante a ellas. Una vez a la semana en la pantalla grande, y además los DVD de la biblioteca de la cárcel. Nada como esto, por supuesto: no lo permitirían; pero de vez en cuando, y solo un momento, asomaba alguna teta con la que excitarse. Muchas películas de cárcel, desde luego; les gustaba mucho darlas para poner nervioso a todo el mundo. *Locos de remate*, *Fuga de Alcatraz...*, las había visto todas más de una vez. *Cadena perpetua* cuando los guardias querían tomarles el pelo de verdad...

Intentó cambiar la postura de la pierna unos centímetros y oyó que algo se movía en la alta hierba que tenía detrás. Resultaba incómodo estar en cuclillas en la sombra para que no lo vieran, aunque no es que lo planeara así. No tenía ni idea de adónde iba el cabrón cuando empezó a seguirlo; de lo que tenía pensado para la noche.

Fue detrás de la gran furgoneta dejando atrás Southhall Park, por el Broadway y bajando por el camino del canal, entre el colegio y la zona de hipermercados. Luego redujo la marcha y se metió en la bocacalle cuando vio que la furgoneta hacía lo mismo. Vio a la chica acercarse a la ventanilla y se dio cuenta de que el conductor sabía exactamente lo que buscaba.

Y también lo que quería por su dinero...

Brooks había conseguido lo que deseaba. Invisible tras una hilera de contenedores de reciclaje, guardó el teléfono. Asqueado con el hombre que apoyaba la espalda en la sucia y húmeda pared. Asqueado consigo mismo por excitarse.

Miró mientras el hombre empujaba; la coleta balanceándose mientras la cabeza de ella se movía de aquí para allá. Recordando la sensación, Dios..., más bien intentando recordarla, años atrás, cuando Angela le hacía lo mismo.

Cerró los ojos, pero solo recordó que jamás volvería a tocarla. A sentirla.

Le echó otra buena mirada a la cara del hombre. Luego bajó la cabeza y esperó a que terminaran.

Se quedaron tendidos a oscuras después, Thorne apretujado contra ella, tomando bocanadas de aire. Recuperando la respiración. Habían acabado con Louise encima, y cuando él le dijo que iba a correrse, ella empujó hacia abajo en un intento de mantenerlo dentro. Él salió de debajo justo a tiempo, y ella gruñó y se dejó caer de costado.

—Creí que no era seguro —dijo él por fin.

—No.

—¿Entonces, por qué...?

Ella le agarró la mano y tiró de su brazo para rodeárselo más fuerte a la cintura.

—¿Es que quieres quedarte embarazada?

—No. Fue solo en aquel momento, ¿sabes? Quería que te quedaras dentro de mí.

Un gato (Thorne no estaba seguro de que fuera Elvis) aullaba en el jardín. La anciana que vivía en el piso de arriba tenía puesto un concurso de la televisión a un volumen absurdamente alto.

—Más valdría que me pusiera algo la próxima vez.

—¿Qué? ¿Casco y botas de goma, como un bombero?

—Un condón.

Ella soltó un resoplido.

—Sí, ya lo sé. Es que me da risa oírtelo decir. Que te cueste trabajo decir algunas cosas... Eres raro.

—¿Que yo soy raro?

Los dos se rieron y se dieron la vuelta juntos. Thorne subió las rodillas cuando Louise se acurrucó contra él. Notó su aliento en la espalda y sus pestañas en el hombro al parpadear.

Escuchó los aplausos que llegaban del televisor de arriba. Y cuando lo apagaron, se quedó allí tumbado pensando: No conozco en absoluto a esta mujer.

*¿Te acuerdas de aquella vez que me perdí la fiesta de cumpleaños de Robbie? La última antes de que fuera a chirona, la de la hamburguesería. Sé que te acordarás, porque tuvimos una bronca de cuidado por eso. Tú diciéndome que Robbie estaba llorando, y yo chillando más porque eso me hacía sentir un gilipollas. Le había hecho un estúpido favor a Wayne: bajar en coche hasta la costa, joder. Me quedé esperando, preguntándome en qué me había metido y pensando en Robbie, que estaría correteando con sus amigos y probándose su camiseta de fútbol nueva.*

*Era un favor que le debía a aquel tío, eso era.*

*Lo que pasa es que yo sé que a veces la gente me toma el pelo, o me hace parecer un verdadero primo, lo que sea, pero siempre intento cumplir, ser de fiar. Si dices que vas a hacer algo, lo haces. Tú lo entiendes, ¿verdad, Angie?*

*Igual que este asunto de Nicklin. Que te guste o que no te guste alguien no tiene un carajo que ver. Cuando alguien te hace un favor, estás en deuda y, pase lo que pase, yo siempre saldo mis deudas. Así de sencillo.*

*Por lo que me contó Nicklin en chirona, creo que este tipo Thorne es más o menos lo mismo. De los que llevan las cosas hasta el final, ¿sabes? Le parecerá que les debe algo a estos cabrones, o a sus seres queridos en todo caso. Vara mí que eso es justo lo que quiere Nicklin. Thorne no dejará las cosas como están, se meterá bien hondo en el asunto. Cuando hace una promesa la cumplirá, o por lo menos intentará cumplirla, y yo siempre he respetado eso.*

*No he aprendido mucho. Ya lo sé: nada de nada, probablemente.*

*Menos lo importante que es saber que haces lo correcto, aunque no siempre lo parezca.*

*Vaya pareja rara, nosotros dos. Este poli y yo. Sentado aquí, mientras lleno estas páginas e intento aclarar las cosas en este cuchitril de mierda, no puedo evitar preguntarme qué piensa él de lo que estoy haciendo. La verdad es que no me importa, pero de todas formas lo tengo en la cabeza.*

*Cuál de nosotros va a acabar pareciendo un primo.*

*A lo mejor los dos...*

## Dieciséis

El sol estaba saliendo apenas, y con el filo del estuche de un compacto Thorne rascó una delgada capa de escarcha del parabrisas. En los árboles de su calle (no tenía ni idea de qué eran) no quedaba ni una hoja, y todos estaban drásticamente podados con vistas al invierno. Al mirar por la acera formaban una fila casi perfecta. Blancuzcos y achaparrados en la penumbra.

El mensaje lo había despertado hacía media hora. El tono que había puesto en el móvil de prepago.

Se quedó allí con la bata puesta, la gata dándole topadas en las espinillas, mirando la secuencia. Si no hubiera reconocido al hombre, quizá habría pensado que le mandaban un fragmento de porno aficionado elegido al azar. Pero aunque la imagen era oscura y borrosa, la cara estaba clarísima: el cliente a quien le hacía un servicio una mujer que casi seguro era una fulana y que, desde luego, no era la esposa de aquel hombre.

No era la señora de Bolsa de basura.

Entonces Thorne clavó la vista en su otro teléfono, el móvil que estaban controlando, y esperó con inquietud para ver si el mensaje lo enviaban allí también. Le dio un par de minutos; a medida que pasaban los segundos tenía cada vez más frío y se sentía menos seguro.

Louise entró tambaleándose, al tiempo que se ponía deprisa una bata y preguntaba de quién era el mensaje.

—Una puñetera oferta de mejora...

—¿Cómo?

—¿Para qué quiero yo una mejora?

Aún medio dormida, ella dijo algo entre dientes; luego se dio la vuelta y regresó al dormitorio.

Al contestar al teléfono, le dio la impresión de que Brigstocke solo estaba un poco más despierto.

—Joder, Tom...

—¿Cuánta vigilancia le hemos puesto a Martin Cowans?

—¿Cómo? Eh..., hay un policía en su domicilio particular.

—¿Y el local del club?

—¿No podemos hablarlo luego?

Thorne oyó una voz de mujer; una pregunta que quedó amortiguada cuando una mano tapó el micrófono; niños que chillaban en algún sitio. Los Brigstocke tenían tres críos que cada mañana debían preparar para llevarlos al colegio.

—¿Russell?

—Sí, hay alguien en el local del club. Y creo que G&O también tienen gente allí.

—¿Cuántos?

—No tengo ni puñetera idea. Pero no va a entrar nadie a robar, ¿verdad? Dijiste

que parecía Fort Knox.

—Creímos que teníamos protegida la casa de Skinner, ¿recuerdas?

Brigstocke estaba ya despierto del todo, y también enfadado.

—Hablaemos de esto en el trabajo, ¿vale? Tengo una reunión a las nueve...

Thorne tiró el estuche del compacto otra vez al maletero y subió al coche. Antes había encendido el motor para darle al veterano sistema de calefacción del BMW la oportunidad de que fuera calentándose poco a poco, pero el volante seguía helado al tacto, y no le apetecía nada volver adentro a por los guantes. Miró el reloj: buena hora para conducir. Si todo iba bien, llegaría antes de las siete y media.

Mientras le daba la vuelta al coche en tres maniobras, le llamó la atención un movimiento por encima de él y echó una ojeada el árbol de enfrente; una gorda y mojada paloma estaba posada con torpeza a mitad de la copa. Sus movimientos y las sacudidas como de paraguas de sus plumas, le daban el aspecto de estar tiritando.

Fría y cabreada; desnuda, como el árbol.

No es que tuviera toda la sala para él, pero durante media hora más o menos estuvo en relativa calma y tranquilidad. Pudo comer tostadas y beber té, y, también, preocuparse por la salud y la seguridad de un gánster tatuadísimo que pasaba droga. Pudo reflexionar sobre una táctica de acción basada en que era el único que sabía que Martin Cowans estaba en inmediato peligro.

Pudo preguntarse si no sería lo más estúpido que había hecho jamás.

Era una carta difícil de superar...

Desde su ventana vio entrar policías, uno tras otro, por las verjas del Peel Centre. A unos los conocía bien; a algunos no los conocía en absoluto; a otros solo les sonreía cuando se cruzaba con ellos por la escalera o en la cantina. En algún lugar había un policía que, confabulado con un amigo o colega, había matado al jefe de una banda y había mandado a un inocente a la cárcel por ello. Un policía que además, según Marcus Brooks, seis años después había preferido matar a golpes a su cómplice antes que arriesgarse a que se revelara el historial delictivo de los dos.

Thorne quería encontrar a ese hombre. Quería encontrarlo tanto como quería encontrar a Marcus Brooks, en todos los aspectos.

—Sí que madrugamos, ¿eh, Tom? —dijo Karim mientras cruzaba con paso resuelto hacia el hervidor del agua.

Le mostró las bolsitas de té en una muda pregunta, por si a Thorne le apetecía otra taza.

Este asintió.

—Así tendré mucha ayuda, joder.

No era el único que empezaba temprano. Richard Rawlings estaba al teléfono antes de que Thorne se acabara el segundo tazón de té.

—¿Alguna noticia?

—La autopsia confirma que la causa de la muerte fue un traumatismo contuso en

la cabeza, y sitúa la hora de la muerte entre las tres y las cinco de la tarde del sábado.

—Usted sabe que no me refería a eso.

—No estoy seguro de qué más puedo decirle —dijo Thorne.

—¿Alguna noticia sobre Brooks? ¿O algún avance...?

Oficialmente, nadie había hablado con Rawlings sobre Marcus Brooks, pero a Thorne no lo sorprendió que conociera el nombre del principal sospechoso. Podía haberlo averiguado por gran cantidad de fuentes: radio macuto, amigos, o amigos de amigos en la brigada. O incluso el mismo Skinner; era probable que le contara lo de la secuencia de vídeo que le habían enseñado, y lo que significaba.

Y aún había otra posibilidad: una sencilla explicación para que Rawlings supiera todo lo de Marcus Brooks; para que supiera más que nadie del caso.

—¿Y hay algo que pueda usted contarnos a nosotros? —dijo Thorne.

Hubo un breve silencio.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, por qué Marcus Brooks, o cualquier otra persona, querría romperle la cabeza a su amigo con un martillo.

—Ni puta idea.

—Es el primer «puto» de su conversación. Me alegro de que esté haciendo un esfuerzo.

Lo sorprendió oír que Rawlings se reía.

—Bueno, me gusta empezar despacio e ir aumentando durante la jornada, ¿sabe?

Más tarde Thorne dejó sin devolver varios mensajes: uno de Keith Bannard, el comisario de G&O; otro de un funcionario de la Fiscalía de la Corona que quería hablar sobre una zapatilla de deporte manchada de sangre que se había «marchado» de un cajón donde se guardaban pruebas... Y también un inconexo mensaje de su tía Eileen, que nunca acababa de decir por qué llamaba. Thorne supuso que quería mantener la conversación de «¿qué vas a hacer en Navidad?».

Al otro lado de la puerta oyó que alguien le decía a Kitson lo bien que había estado en la televisión la noche antes. Cuando ella entró, Thorne añadió sus propias felicitaciones.

—¿Hay algo?

—Unos cuantos han llamado por teléfono para decir que vieron a alguien tirando en la papelería algo que tal vez fuera un cuchillo, aunque no creo que eso nos lleve muy lejos. La mujer no ha vuelto a llamar.

—Todavía hay tiempo.

Kitson era una verdadera hinchada del fútbol encubierta, y hablaron sobre los resultados europeos de la noche anterior. El Arsenal estaba ya a la cola de su grupo tras perder en casa con el Hamburgo. Thorne todavía no había tenido oportunidad de hablar con Hendricks; sabía que estaría destrozado.

—¿Viste las jugadas más interesantes? —preguntó Kitson.

—Tuve mejores cosas que hacer —dijo Thorne.

Fue paseando hasta la comisaría de Colindale; luego esperó a que Brigstocke saliera de su reunión con el mando de distrito.

—Perdón por llamar tan temprano.

—¿Por qué esa urgencia repentina? —preguntó Brigstocke.

—No era una urgencia. Solo pensé que deberíamos cubrirnos el culo.

—Como te dije por teléfono, creo que lo tenemos cubierto.

—Es comprensible que nos concentremos en el asesinato de Skinner —dijo Thorne—. Pero no hay motivo para suponer que Brooks haya terminado con los Black Dogs.

—No estamos suponiendo nada.

—Que no querría atacarlos otra vez.

—No, tienes razón.

—¿Dijiste que hay gente en el domicilio particular y también en el local del club?

Entraron en la zona de recepción de la comisaría y salieron. Después empezaron a cruzar de vuelta hacia Becke House. El cielo era una leve capa de acuarela gris, pero aquí y allá había fugaces atisbos de sol, como vetas de carne lechosa vista a través de una tela fina y raída.

Brigstocke sonrió mientras se abrochaba el abrigo.

—Me alegra saber que te tomas tan en serio el bienestar de las bandas de moteros de la ciudad.

—Tengo entendido que algunas trabajan mucho con fines benéficos —dijo Thorne.

Cruzaron la calle por delante de un minibús de la Policía Metropolitana que acababa de salir de la puerta principal. El conductor se apoyó en el claxon y, al ver que era un conocido, Thorne le hizo un amistoso corte de mangas con el dedo.

Brigstocke era más alto y daba una zancada más larga, pero tuvo que dar una carrerilla de un paso o dos para ajustar su ritmo al de Thorne.

—No corras tanto, me cago en diez.

—Joder, tengo demasiado frío para entretenerme, —mintió Thorne.

Como estaba más cerca, enseñaron los pases en la entrada de la autoescuela y, a continuación, siguieron hacia Becke House, que se alzaba, castaña y gris aunque no exactamente majestuosa, al otro lado de la plaza de armas. Cuando dejaron atrás el gimnasio, Brigstocke puso una mano en el brazo de Thorne.

—Oye, quería disculparme.

—¿Por qué?

—Por ser un gilipollas.

—¿En qué momento en concreto?

Brigstocke miró al suelo mientras caminaban.

—Sabes que ha estado pasando algo.

—¿El «lado oscuro», quieres decir?

—Exacto. No quiero entrar en eso, ¿vale?

Thorne se lo había comentado tres días antes a Nunn. Mientras iban a toda mecha hacia la casa de Skinner, le pregunto al hombre de la JRP qué sabía sobre una investigación en su grupo; sobre las Normas Nueve que por lo visto corrían por la central operativa de Russell Brigstocke. Nunn se mostró tan comunicativo como de costumbre. Dijo que era un asunto de la Unidad de Investigación Interna, que la suya era una sección distinta y que, de todas formas, no podía hacer comentarios. Al comprender que no valía la pena mantener otra conversación tipo «no puedo», en el sentido de «no quiero», Thorne le puso fin allí mismo.

Pero aún quería saber; y ahora más que nunca.

—Ya te lo dije —dijo Thorne—. Si es que quieres hablar del tema...

—Gracias.

—Podemos ir a emborracharnos a algún sitio. Sentarnos a poner como un trapo a esos cabrones.

Brigstocke asintió.

—Me entran ganas, pero solo quería explicarte por qué voy de acá para allá con cara de tación, nada más.

—No he notado la diferencia —dijo Thorne.

Entraron en Becke House y se metieron de cabeza en un ascensor que esperaba. Subieron en silencio, cada uno mirando hacia delante, a su propio reflejo en las puertas de acero. Al salir en la tercera planta, Thorne se dirigió directamente a la central operativa, al tiempo que veía a Brigstocke meterse por el pasillo hacia el otro lado y cerrar la puerta de su despacho.

Se entretuvo durante un minuto y luego fue a buscar a Holland.

—¿Cómo estás de ocupado?

—Hasta las trancas de correspondencia con compañías telefónicas y mandatos de solicitud de grabaciones de cámaras de seguridad —dijo Holland—. ¿Tienes una oferta mejor?

Diez minutos después estaban discutiendo sobre el compacto que iban a escuchar mientras Thorne conducía hacia Southall.

## Diecisiete

Aparte de un par de multas por robar en tiendas y una suspensión condicional de la condena por posesión de droga de categoría A, una rápida ojeada a la Base Informática Nacional de la Policía había revelado el hecho, bastante más sorprendente, de que la «parienta» de Martin Cowans era en realidad una fina niña pija llamada Philippa. Que se había criado en Guilford y se había educado en colegios privados.

—¿Cómo coño voy a saber dónde está?

De pie en el umbral de la casa pareada de Martin Cowans, Thorne no pudo evitar admirar el grado en que aquella joven que gritaba se había reinventado a sí misma. No había ni rastro de nada mínimamente refinado; ni la más remota señal de un acento «o sea, te lo juro, superideal».

—¿Y por qué iba a decírselo a ustedes? ¿Ni aunque lo supiera, leche?

Thorne se preguntó si sus padres habrían conocido al posible yerno. Le pareció ver dos mandíbulas que se desplomaban y la precipitada redacción de nuevos testamentos.

—¿Lo ha llamado al móvil? —preguntó Holland.

La novia de Bolsa de basura casi sonrió, pero se contuvo a tiempo. Se quitó el cigarrillo de la boca y, por delante del hombro de Holland, lo tiró al sendero.

—Llámenlo ustedes con los cojones —dijo; se ciñó la bata por encima de la camiseta negra—. Yo me vuelvo a la cama.

—Gracias por su ayuda, Pippa —dijo Thorne.

Ella abrió mucho los ojos, furiosa, y tardó solo un segundo en cerrar de un portazo.

Holland dejó pasar un instante antes de carraspear.

—¿Tenemos el número del móvil?

Thorne se encogió de hombros.

—No lo he visto incluido en ningún listado. No nos dio una tarjeta de visita, ¿verdad?

—Quizá tu colega de G&O lo tenga.

De todos modos, Thorne le debía a Keith Bannard una llamada. Sacó el número mientras caminaban de vuelta hacia el coche patrulla que estaba aparcado frente a la casa. Cuando saltó el buzón de voz de Bannard, dejó un mensaje.

Después de pasar doce horas en el asiento delantero de un Ford Focus, el policía uniformado que vigilaba estuvo un pelín arisco cuando Thorne y Holland llegaron. Ahora parecía más jovial; se notaba que había disfrutado al ver que les daban con la puerta principal de Cowans en las narices.

—Bruja estúpida... —dijo—. Probablemente solo esté cabreada porque él no ha vuelto a casa en toda la noche.

Thorne sintió que una burbuja de pánico subía y le estallaba dentro del estómago.

—¿Cuándo lo ha visto usted por última vez?

—Ya había salido cuando vine anoche. Claro que tampoco vuelve a casa muchas veces. Se queda a sobar por ahí en casas de otros moteros, decía uno de los chicos. Holland miró a Thorne.

—Tenemos gente vigilando en todas las direcciones conocidas de miembros de los Black Dogs. No debe de ser muy difícil dar con él.

El policía del coche mostró una amplia sonrisa y echó el periódico en el asiento trasero.

—Calculo que tendrá un par de mujeres más en danza y todo.

—Qué potra tiene el cabrón —dijo Holland.

Al pensar en la secuencia de vídeo que había visto unas horas antes, Thorne se preguntó a cuántas de esas mujeres tendría que pagar Martin Cowans.

Kitson llevó el *cassette* a su despacho y cerró la puerta. Había escuchado la tanda de llamadas más reciente en la central operativa, inclinándose sobre el altavoz para oír por encima de la cháchara; luego pulsó los botones, le dio a REBOBINAR y volvió a escuchar una llamada en concreto.

Una que era emocionante y desconcertante a partes iguales.

Ya en su despacho, volvió a pasar la cinta al tiempo que seguía con detenimiento la transcripción de la llamada mientras escuchaba. No duraba más de veinte segundos. Luego salió de nuevo, se agenció los auriculares del iPod de Andy Stone, volvió a entrar y escuchó una vez más para asegurarse.

La voz le sonó enseguida, y no porque la oyera cuando la mujer había llamado la vez anterior. En aquella ocasión era evidente que llamaba desde un móvil en la calle, y el ruido del tráfico casi ahogaba la voz. Las palabras sonaban apagadas: vacilantes y entrecortadas por los nervios.

En cambio esta vez solo era el sonido de su voz. Esta vez la mujer había sido más valiente. Más clara.

—Sé quién mató a Deniz.

Y además Kitson reconoció la voz. La mujer todavía no era lo bastante valiente para mencionar un nombre, y Kitson tampoco estaba segura de que dijera la verdad. Pero sabía con certeza quién llamaba.

Desde la casa de Cowans subieron en coche hasta la avenida principal y luego fueron hacia el este por el Broadway. El tráfico atravesaba despacio los ochocientos metros densamente poblados de tiendas y mercados asiáticos (el Punjabi Bazaar, Rita's Sarnosa Centre, la Sikh Bridal Gallery), hasta que se metieron por una pequeña calle que discurría al lado del canal y aparcaron justo debajo del puente.

Thorne salió y volvió sobre sus pasos para apoyarse en un murete que quedaba a unos tres metros y medio por encima del agua. A su derecha vio alambre de cuchillas enrollado en la parte de arriba de una valla que separaba el camino de sirga de un

enorme almacén de B&Q; este tenía las ventanas mates, y en el revestimiento exterior metálico de color rojo había manchas marrones de mugre y herrumbre.

Holland se sacó del bolsillo un paquete de diez Marlboro Lights. Empujó el envoltorio con una uña durante unos segundos y luego volvió a guardarlo.

—¿Qué hacemos aquí?

Era una pregunta perfectamente razonable, y Thorne solo pudo eludirla.

—¿Preferirías estar allí en la oficina, rellenando esos formularios?

Salpicadas por el borde del agua negra, cada seis metros o así, había rebosantes bolsas de basura colgando de unos postes. En los terraplenes de las orillas había latas y botellas de plástico por todas partes, pero Thorne se sorprendió al ver dos docenas de cisnes reunidos como para una cita. La mayoría eran blancos del todo, aunque varios tenían los picos y las plumas más oscuros, en apariencia cubiertos de polvo. Alrededor, la hierba estaba llena de pequeñas plumas blancas.

Era el tipo de sorpresa que le gustaba a Thorne. Que Londres brindaba de vez en cuando.

—Uno de esos me atacó cuando era un crío —dijo Holland—. Cabrones agresivos...

Thorne caminó un poco siguiendo la tapia hacia el almacén. Por el lado del canal de los enormes contenedores metálicos de escombros y las pilas de palés de madera, un sendero bajaba hasta un pequeño descampado accesible. Seis metros más adelante los matorrales se convertían en el aparcamiento de un achaparrado *pub* gris; un letrero bajo la bandera de san Jorge anunciaba «Comida y Fútbol de Primera División en Directo».

Volvió a pasar el vídeo en su cabeza.

Allí, o en algún sitio muy parecido, era donde Brooks se había escondido a filmar el sórdido encuentro de Martin Cowans. ¿Los habría seguido? Quizá Brooks le tendió una trampa a Cowans con antelación y pagó él mismo a la fulana. Thorne trató de recordar la borrosa imagen del hombre con la mujer arrodillada delante; trató de imaginar las siluetas de los edificios apenas visibles que se recortaban en el negro cielo, detrás de ellos. Miró a su alrededor con la vana esperanza de ver algo que le resultara familiar.

—¿Buscamos algo? —preguntó Holland.

Thorne solo vio un gasómetro lejano y, debajo de ellos, saliendo de una casa que había en el terraplén, a una mujer asiática que blandía un palo para echar del jardín a unas palomas.

No estaba seguro de lo que haría si hubiera reconocido algo.

—¿Qué es eso? —preguntó Holland, señalando con el dedo.

Thorne miró hacia abajo y en el agua vio algo del tamaño de una pelota de fútbol y casi redondo. Se movía contra el negro tabique de ladrillos y reflejaba la luz.

—Es un coco —dijo—. Envuelto en plástico.

—¿Cómo dices?

—Algunos de los hindúes de por aquí los echan durante las fiestas religiosas como ofrenda. Es lo más parecido que tienen a un río sagrado.

—¿El Grand Union Canal?

—Bueno, en teoría los cocos han de flotar todo el camino hasta salir al mar. A lo mejor un día logran entrar en el Ganges.

—Eso es ridículo, joder. Con suerte, se quedarán en Southend.

—Solo es un gesto, Dave.

Holland meneó la cabeza y siguió mirando.

—¿Existe la posibilidad de que pase?

—No hay nada malo en ser optimista —dijo Thorne.

En particular cuando, más o menos, eso era lo único que te quedaba...

Tras deambular unos minutos por la calle principal, resistieron la tentación de la comida del *pub* y en su lugar optaron por almorzar en un Burger King. Thorne sintió una punzada de culpabilidad muchísimo más fácil de manejar cuando llevaron a una mesa cerca de la ventana los *whoppers*, patatas fritas y aros de cebolla, y se los comieron con apetito.

—¿Sophie sigue controlándote por si hueles a tabaco? —preguntó Thorne.

Holland asintió con un gruñido a través de un bocado de comida, pero Thorne vio cierto recelo en sus ojos al oír mencionar el nombre de su novia. Nunca había sido la mayor admiradora de Thorne. Este no recordaba haberse enfadado nunca con ella, ni siquiera la había visto muchas veces, pero a ella le parecía la clase de poli en que no quería que Holland se convirtiese. Con independencia de lo que pensara de él, Thorne tenía claro que aquella mujer solo quería lo mejor para Holland... Y que, además, era bastante buena psicóloga.

—Apuesto a que la pequeñina le da que hacer.

—Chloe ya tiene tres años —dijo Holland.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Por su expresión, Holland no tenía ni la más remota idea. Fue a los servicios y a la vuelta se detuvo en el mostrador y llevó té para los dos.

—Dios, ya mismo estarás pensando en colegios.

—Ya he empezado, colega.

—¿Hay algún sitio decente cerca de tu casa?

—Sophie quiere irse de Londres.

Holland bajó la vista y removi6 su té.

—Vale —Thorne se preguntó cuánto tiempo llevaría rondando la idea—. ¿A ti no te entusiasma eso?

Holland se encogió de hombros; desde luego no lo entusiasmaba hablar sobre el asunto.

—Bueno, esperemos que hoy día esté menos cabreada conmigo —dijo Thorne; Holland estuvo a punto de replicar, pero Thorne lo detuvo—. Está bien, sé lo que piensa. No importa.

—¿Por qué «hoy día»?

—Bueno, ya no te meto en tantos líos.

La cara de Holland se ensombreció un poco, así que Thorne trató de relajar las cosas haciéndole señas con un dedo desde el otro lado de la mesa.

—No te atraigo hacia las sombras...

No dijeron nada más hasta que se levantaron para marcharse; cuando Holland se quedó esperando a que Thorne se pusiera la cazadora y dijo:

—¿Qué te hace pensar que me metías en ningún sitio?

Sin más noticias de ninguna clase, al final de la jornada Thorne estaba tenso y nervioso. No fue consciente de cuánto necesitaba una copa hasta que alguien lo propuso. De buena gana acompañó a Stone, Holland y Karim cuando cruzaban hacia The Oak, pero cuando Kitson lo alcanzó en el aparcamiento del bar, dejó que los otros se adelantaran.

—¿Dónde has estado todo el día? —preguntó ella.

—Intentando mantenerme invisible —dijo Thorne—. ¿Por qué estás tan espantosamente ufana?

—Mi mujer misteriosa ha vuelto a llamar.

—Te dije que lo haría.

—Y además ya no es ningún misterio...

—Pues sigue.

—Harika Kemal.

Thorne tuvo que pensar un segundo.

—¿Cómo, la novia de Sedat? ¿La que estaba en el lavabo?

Kitson asintió. Thorne torció la cara en una parodia de desorientación.

—Ni puñetera idea —dijo Kitson—. Voy a traerla mañana y lo averiguaremos.

—Sin embargo, parece que es algo que hay celebrar.

—Dios mío, sí.

Caminaron hacia la entrada.

—¿Y tú?

—Vamos a quedarnos con la buena noticia...

Dentro, The Oak estaba animado para ser una noche entre semana; las zonas más ruidosas y llenas de humo señalaban la presencia de los hombres y mujeres del Peel Centre y de Colindale, que constituían la mayor parte de la clientela habitual. El ambiente «tradicional» y la decoración anodina eran los mismos desde que Thorne alcanzaba a recordar, gracias a un dueño que había comprendido que los gustos de sus clientes no iban mucho más allá de cerveza y sencilla comida de *pub*. De vez en cuando intentaba cambiar algo, aunque por lo general con poco éxito. Una noche de concursos había acabado en bronca. Dos semanas antes había habido noche de karaoke en la barra del fondo, pero los berridos de dos policías con un pedal que pretendían cantar *I Fought the Law* obligaron a varios de los bebedores más

empedernidos a retirarse temprano.

Thorne y Kitson cogieron las bebidas y se unieron a Holland y los demás. Felicitaron a Kitson por el desbloqueo de su caso y le desearon suerte con su entrevista, pero nadie alzó un vaso todavía. Eso tendría que esperar hasta que hiciera una detención.

—Bueno —dijo Kitson—, ¿cuánto ha pasado? ¿Cuatro, cinco días, desde el último mensaje de Brooks?

Thorne tomó un buen trago de cerveza.

—Cinco. La secuencia de Skinner.

—A lo mejor ya no hay más. Ha matado a un par de los moteros y a un poli a quien cree responsable de hacerle un montaje. A lo mejor ya lo ha dejado.

—A lo mejor...

—¿Cuánta venganza puede querer nadie?

—Depende de lo mucho que haya sufrido.

—Eso no va a devolverle a su novia, ¿verdad? Ni a su chaval.

—Imagínate que fueran tus chavales —dijo Thorne.

Cuando llegó Brigstocke, el grupo se movió un poco en torno a la mesa para hacerle sitio y empezó a desahogarse. Bromearon acerca de un reciente caso judicial en el que habían procesado a un hombre que, tras prometerle a una mujer con trastornos mentales que iba a matarla y aceptar que ella le pagara, luego no cumplió el contrato.

Karim dijo que eso era un desperdicio de dinero, que a alguien de la Fiscalía de la Corona habría que empujarlo. Ya que hablaban del tema, Stone se preguntó cuánto estaba costando hacer de niñera de una pandilla de «traficantes de droga como trinquetes». Holland dijo que si de verdad querían hablar de desperdicio, debían hacer algo con el tiempo y la energía que él había tenido que gastar los últimos dos días rellenando autorizaciones y puñeteros impresos de solicitud. Que no era de extrañar que no resolvieran más casos...

Stone alzó su vaso.

—Aquí tiene la respuesta, colegui. Han hecho unas investigaciones que demuestran que el alcohol, con moderación, desde luego, lo ayuda a uno a pensar más claro. Se lo juro. Así que deberían dejar que todos nos tomáramos una o dos copas durante el día, nada más.

Hubo risas y un par de débiles aplausos de los que estaban sentados a la mesa.

—Ya les digo: se pone un barril en la central operativa y unos cuantos dispensadores de licor junto a la máquina del café..., y verán cómo la proporción de casos resueltos sube hasta las puñeteras nubes.

Thorne notó que Kitson daba un respingo a su lado cuando Brigstocke golpeó con el vaso en la mesa.

—¡No hables como un capullo, Andy! ¡Me cago en diez...!

Todo el mundo se quedó mirando, mudo de asombro, mientras Brigstocke se

levantaba e iba con paso airado hacia la barra. Stone se rio, incómodo; Karim alzó las cejas mirando a Holland, y los demás se encogieron de hombros o clavaron la vista en sus bebidas.

Thorne se puso de pie para ir detrás de Brigstocke, pero a mitad de camino cambió de parecer y en lugar de eso se dirigió a la salida. Fuera, en la puerta, usó el teléfono de prepago para llamar a Louise. Le dijo que iba a tomarse solo una más y que no llegaría demasiado tarde a casa.

La campana sonó media hora antes para hacer salir a la población civil, y Thorne había decidido que por una copa más no iba a pasar nada. Supuso que Louise estaría ya en la cama de todos modos; esperaba que no creyera que estaba evitándola, después de lo ocurrido la noche antes.

¿Estaba evitándola?

Kitson se marchó bastante antes de que sonase la campana de las últimas comandas. Quería darles las buenas noches a sus críos y preparar la entrevista del día siguiente con Harika Kemal. Brigstocke estaba cómodamente instalado en un rincón con Stone. Thorne confiaba en que todo fuera bien, aunque la conversación parecía bastante animada. En cuanto a él, había bebido tres pintas de Guinness pero despacio, por medias. Sabía que no tendría problemas para ir en coche a casa.

Oyó sonar el móvil, alargó la mano para coger la cazadora y lo rebuscó, pero perdió la llamada. Estaba mirando los detalles cuando volvió a sonarle en la mano: Bannard.

—¿Me ha conseguido el número de móvil de Cowans? —preguntó Thorne.

—No creo que ese teléfono funcione ya —dijo Bannard—. Se ha mojado un poco...

Thorne escuchó y, al acabar la llamada, cruzó hacia la barra. Holland ya estaba allí, alargando la mano para coger otra piula.

—Han encontrado a Martin Cowans —dijo—. Lo han sacado del canal, a unos kilómetros más arriba de donde estuvimos esta mañana.

—Joder —Holland se apartó de la barra—. ¿Estamos de servicio?

Thorne ya se volvía hacia la puerta.

—El pobre diablo ni siquiera llegó tan lejos como los cocos —dijo.

*Hola, nena:*

*¿Estoy en un aprieto? Me siento bastante culpable...*

*Antes siempre sabía, en el mismo instante en que cruzaba la puerta, cuándo te había cabreado por algo. Tenías esa mirada, ¿sabes? La que me decía que estaba bien jodido, pero que quería que yo empezara a adivinar qué era exactamente lo que había hecho mal.*

*De verdad, sí que me siento extraño por lo de anoche, por lo que sentí mientras miraba a aquel retorcido tipejo de mierda. Lo que le hacían. Parece lo que diría alguien en una de esas telenovelas que siempre tenías puestas, pero después me sentí sucio por lo que estuve pensando. De verdad que me odié, joder..., todavía me parece que te fallé.*

*Que te falté al respeto, no sé, a tu memoria, o algo así.*

*No creo que lo creyeras de verdad. Creo que más bien pensarías que se me había estropeado*

*algo si no me hubiera excitado mirando aquello. Que a lo mejor me había vuelto marica en la cárcel o algo.*

*De todas formas, mientras pasaba, yo pensaba siempre en ti, nada más.*

*Siempre eres tú...*

*Esta noche he caminado mucho otra vez, diez o doce kilómetros quizá, pensando bien en toda esta mierda e intentando decidir qué escribir. Imagino que lo raro es que os sienta a ti y a Robbie conmigo, que es estupendo, joder, pero hay cosas que no quiero que veas. Cosas que..., que no son adecuadas, ¿sabes?*

*Y me siento culpable porque sí que las ves, y está eso en tu voz cuando no te gusta, como cuando me tomaba unas cuantas de más. Te oigo intentando explicarle a Robbie cómo soy, o algunas de las cosas que hago.*

*Y luego hay otras veces, las peores, cuando lo que tengo de vosotros no basta, ni mucho menos. Cuando solo pienso en lo estupendo que sería todo si solo tuviéramos unos cuantos minutos más. Media puta hora.*

*Como saber que, si tú estuvieras allí para abrazarme, a lo mejor me dormiría.*

*Aceptaré lo que hay, no me interpretes mal. ¿Por qué no? Tenerte ahí como eres, sentirte ahí, es lo mejor que tengo, y sé que sin eso estaría absolutamente perdido.*

*Quedaría menos de mí que de ti...*

*Me he ido por las ramas igual que siempre, lo sé, pero ¿me perdonas?*

*Marcus XXX*

## Dieciocho

La zona que bordeaba el canal cerca de Greenford era algo distinta de la que Thorne y Holland habían visto. El camino de sirga estaba más limpio y era más ancho; ideado, según un rótulo, como parte de algo llamado el Hillingdon Trail. A un lado, la orilla subía en pendiente hasta una hilera de casas modernas y elegantes. Detrás de muchas de las ventanas que llegaban al suelo, Thorne vio a los vecinos en bata y mirando el movimiento que había en la ribera de abajo.

Era un montaje complicado: luces, ruido, una tienda de campaña rodeando el cadáver... Con la porquería y la llovizna como placeres adicionales para los que trabajaban.

Desde un punto de vista del personal, el momento elegido presentaba ciertos «dilemas logísticos». El Grupo de Evaluación de Homicidios había estado allí y se había marchado tras pasar la tarea al Grupo de Homicidios de guardia. Sin embargo, como parte de la investigación en curso, ahora se devolvía al Grupo de Investigación Criminal de Russell Brigstoke..., a varios de cuyos miembros se les había tenido que pasar la borrachera como una verdadera bala.

—El café va bien —había dicho Holland—. Pero un cadáver siempre funciona más rápido...

Aquel cadáver en concreto lo habían descubierto un par de horas antes, aunque solo llevaba fuera del agua unos quince minutos cuando Thorne llegó. Se había quedado bien encajado entre la orilla y una barcaza que estaba amarrada delante de las casas. No pudo hacerse nada hasta que se localizó al dueño y se movió la barca para sacar el cuerpo.

Ahora estaba tendido en el camino de sirga; un agua marrón salía de la lámina de plástico que tenía debajo.

Hendricks ya estaba ocupado, igual que un grupo de frustrados agentes de la policía científica, haciendo todo lo posible por proteger un lugar que estaba en situación precaria, en el mejor de los casos; la viscosa orilla estaba salpicada de colillas y mierdas de perro, y el camino de sirga era un embarrado caos de pisadas.

El comisario Keith Bannard clavó la vista a un lado del canal; luego se volvió y miró en dirección contraria.

—Su hombre no puede haberlo matado demasiado lejos —dijo, después de haberse presentado a sí mismo.

Thorne estaba en lo cierto al pensar que el acento del hombre de G&O enmascaraba algo más crudo. Era alto y fuerte como un armario de tres lunas. Tenía una mata de pelo canoso, rizado, y más pelo le asomaba por el cuello de la camisa blanca. Su cara era curtida y rolliza, con unos ojos llorosos que casi desaparecían cuando sonreía.

—No parece que se moleste en esconder los cadáveres, ¿verdad? —prosiguió Bannard—. Así que podemos suponer que se deshizo de Cowans más o menos donde

lo mató.

—Parece razonable.

—Bueno, ¿qué coño hacía Bolsa de basura junto al canal? ¿Pesca nocturna?

Thorne no dijo nada.

Silbando para sí, Bannard empezó a alejarse tranquilamente por el camino de sirga. Thorne fue detrás. Caminaron unos cincuenta metros y se detuvieron bajo una pasarela. Donde no las iluminaban las luces anaranjadas sujetas a las paredes, a ambos lados, las orillas y el agua eran negras.

—Muy artístico —dijo Bannard.

Con un movimiento de cabeza señaló un extraño mural tridimensional que había en la pared opuesta: una garza, una fila de patos, estrellas de mar y conejos saltarines, todos hechos con trozos de vidrio de colores y fragmentos de loza.

Thorne supuso que estaba allí para los que pasaran en barcaza debajo del puente. Supuso que también proporcionaría a los chavales algo bonito que mirar mientras pintaban sus grafitis en cada centímetro de pared libre que había alrededor.

—Bueno, he tenido una buena charla con su jefe.

—Qué bien —dijo Thorne.

Bannard parecía contento.

—Creo que podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que nada de esto está relacionado con las bandas, así que es casi seguro que me aparte ya de su camino.

—Lo que usted crea.

—Eso es. Intente no revelar lo encantado que está.

—Yo pensaba que esto les hacía a ustedes un favor...

—Unos cuantos hijos de puta como Martin Cowans menos le hacen un favor a todo el mundo, ¿no cree? Pero no veo que reduzca mucho mi carga de trabajo, si se refiere a eso.

Sus voces resonaban bajo el puente. Al hablar, Bannard acompañaba sus palabras con gestos rebuscados, y a Thorne le costó apartar la mirada de las manos de aquel hombre. Eran enormes. Las suyas casi se habían perdido dentro de una de las de Bannard cuando se conocieron junto al cadáver.

—¿Entonces, esto es el fin de los Black Dogs? —preguntó Thorne.

Bannard meneó la cabeza.

—No debería creerlo.

—Tres de los miembros más antiguos, eliminados. Eso debe de trastornar las cosas, ¿verdad?

—Se reorganizarán, ascenderán a otros miembros de la tropa. Mañana por la tarde ya habrán arreglado una nueva directiva.

—Lo mismo que cuando Cowans reemplazó a Simon Tipper.

—Exacto.

Se detuvieron al oír que algo se movía al otro lado del agua; miraron hacia uno de los pozos de sombra de enfrente, pero no vieron nada.

—¿Quién querría quitar de en medio a Simon Tipper hace seis años?

Bannard estaba a punto de encender un cigarrillo. Miró a Thorne durante unos segundos, y parecía casi regocijado cuando contestó por fin.

—A Tipper lo mató Marcus Brooks cuando aquel lo sorprendió robando en su casa. Eso es lo que le ha contado a usted la mujer que lo encerró, ¿verdad? ¿Lilley?

—Eso es lo que me contó.

Bannard encendió el cigarrillo.

—Por lo que yo sé, por eso están ocurriendo todas estas historias. ¿Sí?

—Hipotéticamente entonces —dijo Thorne—. ¿Quién se habría alegrado de ello?

—Dios..., pues, hipotéticamente, podría haber sido cualquiera. Una de las otras bandas de moteros, lo más probable. Uno de los suyos que creyera que no recibía un trato justo. Alguien a quien le tomara prestada la moto sin pedírsela. Un tipo a cuya novia se hubiera tirado...

—¿Los Black Dogs? ¿Las otras bandas? ¿Muchas tienen a polis en nómina?

Bannard mostró una amplia sonrisa y, con un silbido, soltó humo por entre los dientes.

—¿Está usted haciendo una chapucilla para la JRP, inspector?

Thorne bajó la voz, en tono fingidamente conspiratorio.

—Todo ayuda, ¿no?

—Oiga, todas estas bandas tratan de hacerse con una ventaja —dijo Bannard—. A menos que sean imbéciles, saben que es una buena inversión a largo plazo.

Empezó a silbar de nuevo; esta vez más fuerte, disfrutando del eco. Dio dos rápidas caladas al cigarrillo y luego lo tiró al agua.

De vuelta en el lugar del crimen, ya estaban preparando el cuerpo para trasladarlo al anatómico forense, y Brigstocke ya hablaba de cómo, y con cuánta celeridad, iban a continuar a la mañana siguiente. Temprano, antes de que ninguno de los vecinos se marchara a trabajar, irían casa por casa. También se interrogaría a todos los miembros de los Black Dogs que hubieran visto a la víctima o hablado con ella para reconstruir un cuadro de los movimientos de Martin Cowans. Solicitarían las secuencias de las dos cámaras de seguridad que había en unas farolas cercanas...

Thorne escuchó y supo que todo aquello era una muy oportuna y perfectamente elaborada pérdida de tiempo.

Dado lo que sabía, consideró otras acciones que tal vez realizaran si él no se hubiera puesto a sí mismo, y a toda la investigación, en una situación muy comprometida. Como intentar localizar a la fulana. No sería muy difícil. A lo mejor había visto algo y, además, casi seguro que era la última persona que vio a Martin Cowans vivo.

Pero eso no sucedería, no podría suceder, mientras Thorne se guardara su información.

Siguió diciéndose que no importaba. Después de todo, ya sabían quién era el

asesino. Los detalles a lo mejor tenían importancia después, pero justo ahora el saber exactamente cómo Brooks había llevado a cabo este último asesinato no era probable que ayudara a atraparlo.

—De todos modos, este año estamos centrándonos en la liga. La Champions nos da lo mismo.

Thorne se dio la vuelta.

—Estás hecho polvo. Reconócelo.

—Invertiremos todos nuestros esfuerzos en daros por el culo cuando vayamos a vuestra casa dentro de quince días —dijo Hendricks.

Se quedaron mirando mientras por delante de ellos se llevaban el cadáver.

—Me gustaría saber la hora de la muerte —dijo Thorne.

—A mí me gustaría estar desnudo con Justin Timberlake, pero ya sabes...

—¿Aproximadamente?

Hendricks miró a los camilleros, que intentaban mantener el cadáver horizontal mientras subían con dificultad por la orilla cubierta de hierba.

—Ha estado en el agua un buen rato. Mucha hinchazón. Veinticuatro horas, calculo; tal vez un poco más.

—¿De modo que anoche, tarde?

—Probablemente ayer por la tarde.

Thorne sabía que se preocupaba por sí mismo, por su propia carrera, antes que por el hombre que había autorizado el asesinato de una mujer joven y de su hijo. Pero de todos modos, sintió que la preocupación se disipaba de golpe: Cowans ya estaba muerto cuando recibió el mensaje. No habría podido hacer nada por salvarlo.

—¿Eso te sirve de algo? —preguntó Hendricks.

—Sí, gracias.

Pero el alivio fue pasajero. No había ninguna pauta en el envío de los mensajes: Brooks había esperado más de una semana antes de enviar la imagen de Tucker, pero mandó la foto de Hodson desde el hospital momentos después de matarlo; luego, la secuencia de Skinner llegó el día anterior a su asesinato. Tal vez Brooks también lo hiciera de forma distinta en la siguiente ocasión, y Thorne sabía que a lo mejor no tenía tanta suerte.

Andy Stone se acercó a ellos de una carrerilla, con aspecto de estar completamente satisfecho consigo mismo.

—Bueno, al menos sabemos que a Cowans no lo mató una mujer —dijo.

Por su expresión, Thorne comprendió que era una trampa. Miró a Hendricks, alzando las cejas.

—Sí, venga, sigue...

Amable, Stone lo soltó.

—Bueno, ¿cuándo fue la última vez que una mujer que ustedes conozcan ha tirado una bolsa de basura?

Era un buen chiste y obtuvo una reacción adecuada. Aprovechando la

oportunidad, Thorne se rio más fuerte de lo que habría hecho normalmente.

Era un viaje de vuelta sencillo: hacia el oeste hasta Hanger Lane y directo a la ciudad por la A40. Cortaría por Knightsbridge y Belgravia hasta la casa de Louise en Pimlico. Como Holland tenía que volver a casa, en Elephant and Castle, y a aquella hora no añadiría más de diez minutos, Thorne se ofreció a dejarlo primero.

Las carreteras estaban casi desiertas, y la lluvia había cesado. Pendiente de las cámaras, aflojando el ritmo cuando tenía que hacerlo, Thorne condujo rápido hasta dejar atrás el campo de golf de Ealing y la fábrica Hoover. Entonces bajó la radio y habló como si continuara una conversación que hubieran dejado por la mitad.

—Brooks no tuvo suerte, nada más. Fue el candidato ideal cuando hubo que tenderle una trampa a alguien por el asesinato de Tipper. Una cabeza de turco.

—¿Para Skinner?

—Para Skinner, casi seguro, y para quienquiera que sea su colega, «Jennings» o «Squire». Aun así, ¿por qué querrían a Tipper muerto?

—A lo mejor les pagaba otra banda. ¿Por qué molestarse en pagar a uno que lo haga, cuando tienes a un par de polis domesticados que te lo organizan?

Thorne asintió.

—¿Y si era para los Black Dogs para los que trabajaban?

Holland se lo pensó.

—¿Alguien de la propia banda de Tipper quería quitárselo de encima?

—Puede que sí —dijo Thorne—. O a lo mejor eran estos dos polis los que querían deshacerse de él. A lo mejor Tipper estaba poniéndose codicioso. No les pagaba lo suficiente, amenazaba con desenmascararlos o algo así.

Aquella idea le recordó algo a Holland, que se volvió para mirar de frente a Thorne.

—El informe del crimen dice que la casa estaba absolutamente destrozada, y Brooks siempre dijo que los dos polis le habían dicho que cogiera «papeles». Si estaban en la nómina de Tipper, a lo mejor eran registros de sobornos, o fotos o algo. Cosas que tenían que recuperar.

Asintió como para decirse a sí mismo que había tenido ideas peores.

A Thorne le pareció que aquello tenía bastante lógica, y así se lo dijo. Siguió conduciendo rápido por delante de la cárcel de Wormwood Scrubs, que quedó, amenazadora, a la izquierda, y luego cruzó el paso elevado de White City. Viró un poco para evitar que las ruedas pasaran sobre algo mojado y aplanado en el carril de en medio. Un zorro o un gato...

—¿Y si Skinner todavía trabajaba para los Black Dogs? —dijo Holland.

Era algo que Thorne había empezado a preguntarse también. Si de verdad Skinner y su compañero habían matado a Tipper, tal vez iniciaran un nuevo y mejorado acuerdo con su sucesor..., Martin Cowans. De ser así, ¿conocían el plan de tomarse una espantosa venganza en Marcus Brooks? Por lo que habían hablado con Skinner,

era difícil saber mucho; estaba demasiado ocupado con sus mentiras, negando conocer a Marcus Brooks siquiera.

De todas formas, cuando hablaron Thorne notó que Skinner estaba asustado. Que hacía mucho tiempo que no pensaba en el nombre de Brooks.

Cuando Thorne dejó a Holland, el sargento masculló algo sobre lo que había dicho en el Burger King a la hora de almorzar; sobre que no pretendía que sonara tan agresivo. A su vez, Thorne masculló algo sobre que no importaba.

Eran más de las tres cuando Thorne llegó al piso de Pimlico. Louise estaba dormida como un tronco, pero, a pesar de la hora que era y del día que había tenido, Thorne se sentía bien despierto, de una forma extraña. El ordenador portátil de Louise estaba abierto sobre una mesa en la esquina de la sala. Por un momento pensó en entrar para jugar un poco al póquer, pero al final se decidió por un té y un poco de Hank Williams con el volumen bajo. Hacía unas semanas que había llevado una selección de compactos. Los había puesto en fila, en orden alfabético, en una balda aparte, como una pequeña alternativa a los David Gray y Diana Krall de la colección de Louise.

Mientras Hank se quejaba de un mundo del que no saldría vivo, Thorne se sentó y se puso a hojear rápidamente una de las revistas de Louise. Repasó la conversación que habían tenido en la cama la noche antes. El nervioso cuchicheo. Pensó en Kitson saliendo del bar para dar las buenas noches a sus críos, y en Brigstocke intentando tener a tres arreglados para el colegio todas las mañanas antes del trabajo, y decidió que probablemente no estuviera hecho para ser padre.

Era la madre de Thorne la que gritaba cuando él era un chaval. La que le tiraba un cepillo del pelo con dolorosa precisión cuando ya era demasiado grande para perseguirlo. Por lo que recordaba, su padre siempre tenía paciencia, y aunque iba convirtiéndose en su viejo de mil maneras que no le gustaban, Thorne no creía haber heredado su comprensión.

Veía a jovencillos blancos con una pelusa en la barba, llevando sudaderas con capucha y brillante quincalla hip-hop, que hablaban como estrellas del rap e insultaban a los dependientes de las tiendas. Veía a chicas preadolescentes frunciendo el ceño, vestidas con camisetas que dejaban el ombligo al aire. Veía a críos tirando basura y montándose en los autobuses a empujones y hablando por teléfono dentro del cine... Y sentía ganas de coger el cepillo del pelo que hubiese más a mano.

Vaya: decididamente, no estaba hecho para eso...

Cuando el prepago empezó a sonar y a vibrar sobre la mesa, Thorne se levantó de un salto y cruzó a toda prisa para cogerlo antes de que el ruido despertase a Louise.

Era un mensaje de texto de Marcus Brooks.

*Si sts dspuerto, a lo mjr sts tn jdido kmo yo. O a lo mjr solo t doy trbjo, y entnces prdona. Es q no paro d pnsar*

Thorne pulsó RESPONDER. Escribió:

*Estoy aquí.*

Envió el mensaje y esperó.

## Diecinueve

Thorne sabía que para la opinión pública todo era muy simple; desde luego, las víctimas de un crimen y los familiares de los muertos lo tenían clarísimo. Si la policía atrapaba a un asesino hacía un buen trabajo. Si no, la cagaba. Pero pocos comprendían o valoraban la importancia de la suerte.

Buena y mala. Pura suerte...

La mala suerte se aceptaba, pero a la buena se agarraba uno con las dos manos e intentaba no soltarse. Había desempeñado un papel principal a la hora de meter en la cárcel a Sutcliffe y a Shipman. Y cuando los radiantes jefes de policía se ponían ante las cámaras y hablaban de un «trabajo bien hecho», era más que probable que para sus adentros estuvieran dando gracias a Dios, o a lo que más se le pareciera, por el gran trozo de buena fortuna que les había tocado. Que estuvieran rezando para pedir más de lo mismo la próxima vez.

A raíz del descubrimiento del cadáver de Skinner, la oficina de prensa había facilitado un artículo para su inserción en la última edición del *Standard* del lunes. Era prudentemente discreto; nada de ojos enloquecidos y desorbitados, ni titulares escabrosos como «Se busca asesino de poli». Solo un par de columnas en una página interior: una fotografía de Marcus Brooks; unas cuantas líneas explicando que aquel hombre, a quien buscaba la policía en relación con una «investigación en curso», tal vez hubiera cambiado de aspecto desde que se había tomado la foto; la afirmación (eso sí, en cursiva) de que se le consideraba peligroso y no había que acercarse a él.

Las llamadas fueron llegando poco a poco durante los dos días siguientes: nombres, avistamientos; al menos dos personas que afirmaban ser Marcus Brooks... Se investigó toda la información, prestando atención especial a cualquier avistamiento registrado en la zona occidental de Londres, y de buenas a primeras llegó una llamada que se parecía mucho a una pista fiable.

Algo que agarrar con las dos manos.

Quien llamaba era guardia de seguridad del turno de noche en el London Ark: el espectacular complejo de oficinas de cobre y cristal situado en el centro de Hammersmith. Comentó que en dos ocasiones distintas, al volver a su casa del trabajo justo antes de las seis de la mañana, había visto a un individuo que tal vez fuera el hombre a quien se refería el artículo del *Standard*. El hombre entraba en una casa frente a la suya. Incluso se habían saludado con la cabeza la segunda vez que se vieron.

El guardia de seguridad vivía a tres calles de distancia de una de las antenas de telefonía móvil confirmadas.

La casa que identificó estaba dividida en tres pisos; mientras la vigilaban, por la fachada y por la parte de atrás, se localizó al dueño, y Andy Stone y otro policía hablaron con él en su domicilio. No tardó en averiguarse que el hombre que quizá fuera Marcus Brooks era el inquilino del piso de un dormitorio que había en la planta

superior. Se había mudado hacía dos semanas; dio el nombre de Robert Georgiou y pagó el alquiler de tres meses por adelantado y en metálico. Cuando le preguntaron, el dueño le dijo a Stone que sí, que ahora que lo pensaba, su nuevo inquilino le había parecido un poco raro.

—Callado, ¿sabe? Muy serio.

Pero el hombre le dijo algo sobre que estaba separado de su mujer, así que el dueño lo atribuyó a eso y lo dejó en paz.

«Por no mencionar el dinero en metálico», pensó Thorne cuando Stone volvió para informarlo.

A las siete de la mañana tenían establecido un puesto de observación en una casa de enfrente y vigilaron el piso durante cuatro horas. Una unidad armada estaba en alerta cerca de allí. Las casas contiguas se evacuaron de la manera más rápida y discreta posible.

Al no haber ninguna señal de movimiento, y contando con información fiable de que poco antes de las seis de la mañana se había visto al hombre entrar en el edificio, la suposición de que el objetivo estaba dentro y, probablemente, dormido, se hizo oficial justo antes de mediodía.

Brigstocke consultó con su mando de distrito y luego dio orden de entrar.

Kitson se inclinó un poco más para acercarse a la doble grabadora de compactos que estaba empotrada en la pared de la sala de interrogatorios. No hacía falta, pues los micrófonos eran sumamente sensibles, pero fue un movimiento automático; como agachar la cabeza bajo las aspas de un helicóptero.

—La señorita Kemal ha vuelto a rechazar la oferta de contar con representación legal.

La joven sentada en la silla de enfrente frunció el ceño y se dio un tironcito del pelo.

—No necesito a nadie, ¿no? No estoy metida en ningún lío.

Su voz era suave, solo con un asomo de acento londinense.

—Creo que no —dijo Kitson.

—Entonces...

Se encogió de hombros.

—No son más que trámites, Harika. No hay problema.

La chica tenía veintipocos años y era estudiante de contabilidad de la North London University. Kitson reparó en lo atractiva que era; lo había visto ya en la reacción de Stone cuando fueron a recogerla al vestíbulo de la comisaría de Colindale. Era la primera vez que él la veía, porque no estuvo presente la primera vez que interrogaron a Harika Kemal, aquella noche en que apuñalaron a Deniz Sedat. De todos modos, ella no estaba entonces en su mejor momento.

Tenía los ojos verdes, con unas pestañas larguísimas, y el pelo castaño veteado con reflejos color miel. Kitson imaginaba que seguro que esos no eran los rasgos en

que Stone se fijó primero.

—Tenemos que saber por qué ha llamado —dijo Kitson.

La chica no dijo nada.

—Y además dos veces —dijo Stone.

—Mire, sabemos que está asustada.

Mientras hablaba, Kitson se dio cuenta de que estaba empleando el mismo tono que usaba con sus críos cuando no querían ir al dentista o repasar para un examen.

—Lo oigo en su voz, y le juro que haremos todo lo posible por asegurarnos de que no tenga nada que temer.

—Yo no he llamado a nadie.

—Harika, usted dijo que sabía quién había matado a Deniz. Tenemos grabaciones de esas llamadas de teléfono.

—No de mí.

—He reconocido su voz.

—Comete un error.

—Podemos rastrear la llamada —dijo Stone.

Kitson vio el dilema en los ojos de la chica. Vio que quería decirle a Stone que estaba diciendo tonterías, pero que no era capaz. Había ocultado su número las dos veces pero no se atrevía a reconocerlo. En lugar de eso, bajó la vista hasta el tablero de la mesa y se puso a toquetear el borde con una uña pintada de color ciruela.

—Podemos, si no tenemos más remedio —dijo Kitson—. Es un fastidio cuando se oculta un número, y, lógicamente, querríamos que nos ahorrara esa molestia, pero podemos hacerlo.

Stone se hizo el encantador, dentro de lo que podía.

—Vamos, échenos una mano, Harika. Si sabe algo, si sabe quién fue responsable del asesinato de Deniz, ¿no le debe a él el decírnoslo?

—Es difícil, lo sé —dijo Kitson—. Pero no hay por qué asustarse. Nosotros nos encargaremos de todo.

Cuando por fin la chica alzó la mirada, sus ojos parecían enormes y estaban húmedos.

—Creí que sabía algo, pero no —se las arregló para esbozar una temblona sonrisa—. Nada más. Soy una tonta...

—Muy bien, pero ¿por qué no deja que lo verifiquemos? —dijo Kitson—. Si está equivocada, no pasa nada, ¿no?

Harika meneó la cabeza y se metió los dedos por entre el pelo.

—Hay dos clases de personas que hacen ese tipo de llamadas —dijo Stone; de pronto su tono era más áspero—. Unas quieren ayudar de verdad. Nos cuentan lo que saben, y si investigamos y se queda en agua de borrajas, no importa, porque eso es parte del trabajo.

La chica negó con la cabeza y levantó una mano.

—Por otra parte, siempre hay unos cuantos a quienes les gusta jugar con nosotros.

Nos mandan en la dirección equivocada, o dan a entender que saben cosas cuando no es así; y cuando se intenta atrapar a un asesino, eso cuesta vidas. Así que de verdad espero que no esté usted haciéndonos perder el tiempo.

La agresividad de Stone no hizo más que despertar algo parecido en la chica. Parpadeó para contener las lágrimas y le devolvió la mirada.

—Bueno, y entonces, ¿por qué no dejamos todos de perder el tiempo? No tengo obligación de estar aquí, ¿verdad?

Echó hacia atrás la silla, pero Kitson se inclinó por encima de la mesa y le cogió el brazo.

—Era más sencillo al otro lado de un teléfono —dijo—. Lo entiendo, el anonimato... Pero esto es igual de confidencial en todos los sentidos, Harika, de verdad. Si lo sabe, o incluso si cree que lo sabe, díganoslo.

Kitson la miró fijamente, intentando llegar hasta lo que había empujado a la joven a coger el teléfono.

—Denos solo un nombre...

Durante quince segundos solo se oyó el tenue zumbido del equipo de grabación y el crujido de la corta cazadora de piel de la chica al revolverse en la silla. Negó con la cabeza, siguió negando... Susurró:

—No puedo.

Se quedaron sentados otro minuto, aunque estaba claro que de momento no iban a sacar nada más de la joven. Dio la impresión de que Stone no habría tenido problema en quedarse mirando a Harika Kemal mucho tiempo más, pero Kitson tenía mejores cosas que hacer.

En cualquier parte del centro de Londres era difícil conseguir pisos baratos, aunque de todas formas Thorne comprendía por qué el dueño de este inmueble en concreto no estaba desbordado de posibles inquilinos. Por qué se había contentado con embolsarse el dinero y no hacer demasiadas preguntas.

A un tiro de piedra del paso elevado de Talgarth, la vivienda estaba situada en el extremo más sombrío de una mediocre hilera de casas adosadas. Por la parte delantera, el piso de la planta de arriba (una habitación y un aseo encajado en los aleros) daba al tejado del hospital de Charing Cross, mientras que desde la claraboya de las traseras la vista, apenas más interesante, era el verde y el gris del cementerio de Hammersmith.

—No es de extrañar que Brooks esté de mal humor —dijo Holland.

No se había reparado prácticamente en ningún gasto a la hora de crear un ambiente pésimo de verdad: tres dibujos distintos de moqueta en una sola habitación; un desastre de calentador eléctrico de dos barras montado en una pared; una taza de váter manchada de porquería, y un plato de ducha de plástico rosa que daba la impresión de hacer juego con él.

—Santo Dios.

—Lo que me sorprende es que no se haya suicidado.

—Cuando tengamos un rato, ¿volvemos para trincar al hijo de puta ladrón que ha alquilado este sitio...?

Muy despacio, Thorne fue de la cama a la cómoda. No tenía prisa, por supuesto: tenía mucho interés en no pasar nada por alto..., pero no habría ido mucho más rápido ni aunque su vida dependiera de ello. La noche antes había dormido unas tres horas. Tres horas entre quedarse sopa en el sofá con un móvil apretado contra el pecho y que lo despertara el campanilleo del otro, con noticias del avistamiento de Hammersmith.

Louise había entrado en la sala justo antes de que él se marchara, perpleja al verlo vestido del todo. Él le contó lo del cadáver que habían encontrado la noche anterior. Lo de que tenía que irse a toda prisa otra vez.

—De verdad que no estoy intentando evitarte —había dicho, riendo.

Ella no le vio la gracia.

—Nadie ha dicho que lo intentarás.

Cuando Thorne alargaba la mano para coger el tirador del cajón de arriba, lo llamaron desde el otro lado de la habitación. Un agente en prácticas cuyo nombre nunca recordaba había descubierto una fiambarrera de plástico debajo de una mesa, llena de dinero. Al cogerla Thorne sintió las esquinas desgastadas a través de los finos guantes. Hojeó rápidamente el fajo de billetes y luego se la pasó al policía encargado de las pruebas. Mientras estaba allí, este fue metiendo con cuidado en una bolsa bolígrafos, papeles y un paquete de tabaco de liar que estaban sobre la rajada tapa de formica de la mesa. A Thorne le dio la impresión de que la habían tomado «prestada» de una freiduría barata.

—Hay una buena cantidad ahí —dijo el agente en prácticas—. Todos de cincuenta y de veinte, por lo que parece.

Thorne llamó a Brigstocke, que estaba en el cuarto de baño. Habían encontrado ropa esparcida por todos lados y objetos personales en una repisa encima del lavabo. Pero al ver el dinero Brigstocke asintió, como si el descubrimiento confirmara lo que él ya estaba pensando.

—Bueno: o se fue con muchísima prisa o va a volver —dijo—. Deberíamos coger lo que podamos lo más rápido posible y marcharnos. Pon vigilancia a los dos lados de la calle, por si acaso.

Una unidad de la policía científica nunca se marchaba de ningún sitio exactamente tan rápido como llegaba, pero Thorne sospechó que perdían el tiempo de todos modos.

—Sí, vale la pena intentarlo —dijo.

Volvió otra vez a la cómoda, dio un paso más y se quedó unos segundos delante de la sucia ventana. Al recordar lo que había ocurrido, lo que había sentido en el jardín de la casa de Skinner, instintivamente bajó la mirada hasta la calle y las casas de enfrente, como si a lo mejor Marcus Brooks estuviera mirándolos desde algún

sitio.

El cajón se negó a abrirse con facilidad, y Thorne tuvo que arrodillarse y abrirlo a base de tirones de un par de centímetros o así cada vez. El agente en prácticas le echó una mano y soltó un resoplido al mirar y ver lo que había dentro.

—La hostia, podría abrir una tienda.

Había quizá una docena de móviles surtidos. Baterías y cargadores de repuesto. Tarjetas SIM sueltas, selladas en plástico transparente o montadas, sin usar, en tarjetas de plástico.

—No tiene nada más —dijo Thorne—. Lo que está haciendo lo es todo para él.

Con un dedo enguantado echó a un lado parte del material.

—Se pasa el tiempo reuniéndolo todo.

—Espero que no haya uno por cada mensaje que piensa mandar.

Thorne sabía que el joven agente en prácticas bromeaba, pero aun así se le cortó la respiración; hurgó entre los Nokia y los Samsung como si fueran cuchillos o pistolas. Recordó lo que Kitson había dicho en el *pub*.

«¿Cuánta venganza puede querer nadie?».

Alargó la mano para coger una cosa que había en la parte de atrás del cajón y sacó un manojo de papeles, atados con varias gomas elásticas. Leyó la primera página y luego, suavemente, dobló la esquina para mirar la segunda.

El agente en prácticas estaba poniendo todo su empeño en leer por encima de su hombro.

—¿Qué ha encontrado, viejas cartas de amor?

—Viejas no —dijo Thorne por fin.

Ahora sabía con certeza que Brooks no había ido a ningún sitio; que si no lo habían cogido, no habría sido por mucho tiempo. Llamó por señas al policía encargado de recoger las pruebas y le pasó las cartas.

—Quiero copias de esto lo antes posible —dijo.

—¿Que quiere qué?

Thorne repitió la petición; la primera vez sus palabras se habían perdido bajo las de Russell Brigstoke, que paseaba de acá para allá por la habitación, dando palmadas e instando a todo el mundo a que se diera prisa.

Brooks se encontraba con media docena de personas más al final de la calle, observando el ir y venir.

En cuanto vio al poli que hacía señas a los coches para que siguieran adelante, la cinta colgada entre dos farolas y el indicador de «desvío», supo que pasaba algo. Entonces aparcó unas cuantas calles más allá y volvió andando a ver lo que ocurría.

—Hay un montón —dijo el hombre que tenía al lado—. Debe de ser bastante grave.

Una mujer detrás de él se inclinó hacia delante.

—Uno me ha dicho que han visto a la pasma con ametralladoras.

Aquella mañana había vuelto al piso sobre las seis y, después de afeitarse y cambiarse, volvió a salir enseguida. No tenía sentido intentar dormir, ya lo sabía, y como tenía asuntos que hacer al otro lado del río, quiso adelantarse al tráfico.

¿Cómo lo habrían encontrado? ¿Habrían estado cerca de poner fin a todo aquello? Alzó la vista hacia el piso y se sorprendió preguntándose si Tom Thorne estaría allí dentro.

Pensó en los mensajes de texto de la noche anterior.

Perder el piso era una molestia, pero no era el fin del mundo.

Tenía gente que le buscaría un sitio donde dormir hasta que todo esto acabara. Eso no sería problema. Lo mismo con el dinero; todavía le debían muchos favores. Se compraría algo de ropa nueva, unos cuantos teléfonos nuevos, todo lo que necesitara.

Esto no iba a interrumpir nada.

Se dio la vuelta y se dirigió otra vez hacia el coche. Dejó a la mujer quejándose por no poder volver a entrar en su casa, porque tenía que preparar el té a los críos.

Claro que las cartas eran lo único que importaban de verdad. Pero solo había perdido los papeles. Tinta y pedazos de papel.

Todas las palabras estaban dentro de su cabeza.

## Veinte

Era como estar absolutamente sobrio cuando a tu alrededor todo el mundo está como una cuba. El avance que supuso encontrar el piso de Brooks les había levantado la moral a todos, y, de vuelta en Becke House, Brigstocke y el resto del grupo se ocuparon de sus asuntos con un entusiasmo renovado, como si una inminente detención fuera ya inevitable. Pero a Thorne le parecía estar mirándolo todo desde fuera; era incapaz de participar en aquella agitación y, además, sabía que nadie sino él mismo tenía la culpa de su aislamiento.

No era la primera vez que la cagaba, aunque no recordaba haber perdido pie nunca de aquella manera, sin más opción que seguir pataleando para alejarse de la costa.

Brigstocke convocó una sesión informativa a las cuatro.

Mientras casi todo el grupo estaba ocupado en Hammersmith, otros habían seguido con el descubrimiento del cadáver de Cowans de la noche antes. Hasta ahora las preguntas a los vecinos de los pisos del lado del canal no habían dado fruto, y además las cámaras de seguridad no contenían nada salvo imágenes de un bebedor tardío dando tumbos por la orilla. La conclusión era que a Cowans lo habían tirado en otra parte del canal, cerca de donde encontraron su furgoneta poco después de encontrarlo a él. Que el agua se llevó su cuerpo, y que este se quedó atrapado detrás de la barcaza durante más de veinticuatro horas hasta que lo descubrieron. Un informe preliminar de la autopsia señalaba que a Cowans lo habían matado de varios golpes en la cabeza, igual que a Tucker y a Skinner.

La falta de progresos en este frente daba más importancia aún al descubrimiento de Hammersmith.

—Lógicamente, todavía tenemos que estudiar todas las pruebas que se han obtenido en la casa —dijo Brigstocke—. Pero para mañana por la mañana calculo que tendremos una buena cantidad de pistas que seguir. Hemos sacado muchas cosas de allí.

Thorne se apartó a un lado. Tal vez Brigstocke tuviera motivo para estar tan de primera como estaba. Tal vez alcanzaran a Marcus Brooks rápido, antes de que Thorne recibiera más mensajes... Y tal vez Thorne aún tuviera que responder algunas preguntas incómodas... Aunque probablemente ese sería el mejor resultado para todo el mundo, incluido él.

Otra cuestión era si atraparían alguna vez al segundo poli: el responsable indirecto de las muertes de Angela Georgiou y de su hijo; el que era probable que hubiera matado tanto a Tipper como a Skinner.

Y esa cuestión preocupaba muchísimo a Thorne.

—Nos hemos llevado un cuaderno que confiamos en que sea importante —dijo Brigstocke—. En él hay garabateados un par de números de teléfono que trataremos de localizar.

A Thorne se le retorció el estómago. Se preguntó si no sería uno de ellos el que le había enviado a Brooks en un mensaje de texto; si no tendría que responder a las preguntas incómodas antes de lo previsto... Miró a la tropa reunida en la sala de juntas y esperó que la inquietud no se le notase en la cara.

Fueran cuales fuesen los problemas de Brigstocke, no los dejaba traslucir. En realidad, parecía tener un nuevo centro de interés; parecía tener ganas.

—Todos habéis recibido copias del retrato robot que nuestro servicial guardia de seguridad nos ha facilitado y que se ha mandado a la prensa durante la noche. Este es el aspecto que Brooks tiene ahora.

Thorne clavó la mirada en la fotografía. Marcus Brooks tenía el pelo muy corto y la cara más delgada que cuando entró en la cárcel. Era un hombre muy distinto, en todos los sentidos.

Brigstocke prosiguió:

—El guardia de seguridad también cree que Brooks tal vez conduzca un Ford Mondeo azul oscuro o negro. Uno antiguo. Muchas veces estaba aparcado delante de la casa y, decididamente, no es de nadie que viva en la calle. Solo es una descripción imprecisa, pero es algo que debemos saber.

Holland levantó la mano.

—Suponiendo que lo comprara al contado, podríamos empezar mirando los negocios de compra-venta de coches usados de la zona.

—Valdrá la pena intentarlo —dijo Brigstocke—. De paso, vamos a comprobar los ejemplares atrasados de *Loot* y *Auto Trader*. Necesitamos un número de matrícula.

Se volvió hacia Thorne.

—¿Algo que añadir, Tom?

Una barbaridad de cosas, pensó Thorne..., pero en lugar de eso se limitó a repetir el mensaje positivo del comisario. Dijo que iban acercándose y que no tendrían mejor oportunidad de obtener un resultado que la que tenían en ese momento. Les aseguró que el hombre que buscaban intentaría matar de nuevo y les recordó que no importaba a quién tuviera como objetivo. Tanto si era un poli como un motero o una ancianita, tenían que atrapar a Marcus Brooks antes de que hubiera otra víctima.

Brigstocke tomó la palabra de nuevo.

—Hemos trabajado muchas horas durante estos últimos días y casi todos estáis hechos una braga, lo sé. Así que todos los que no tengáis turno hasta tarde esta noche, no os acerquéis al *pub*, ¿vale? Id a casa, dormid ocho horas, y luego poneos a trabajar a primera hora y acabad con esto. Después todos volveremos a las riñas familiares y a los tiroteos por drogas bien sencillitos.

Una vez acabada la sesión informativa, los policías se dispersaron rápido y regresaron a sus teléfonos y ordenadores. Había mucha algarabía optimista. Alguien gritó:

—¡Venga, joder, vamos a conseguirlo!

Thorne vio que la investigación metía una marcha más rápida.

Completamente sobrio.

Más tarde Brigstocke llamó a Thorne y a Kitson a su despacho.

—Tenemos que sacar algo de lo de hoy —dijo—. No hubo mensaje antes de que matara a Cowans, así que por lo visto ha decidido dejar de ponernos las cosas fáciles.

Kitson le dio un leve codazo a Thorne.

—O a lo mejor solo es que ha perdido interés, Tom.

Thorne se esforzó por esbozar una sonrisa..., o algo parecido.

—A lo mejor cree que ya ha saldado su deuda —dijo ella—. Todo ese asunto de los mensajes solo era por Nicklin, ¿verdad? No quiere decir que Brooks tenga que seguir haciéndolo.

Brigstocke convino en que aquello tenía lógica.

—¿Has tenido suerte antes, con la novia de Sedat?

—Precisamente estaba redactándolo —dijo Kitson—. Un grande y gordo «ni flores», me temo.

—A lo mejor es que no hay ni flores que sacar.

—Tal vez solo quería llamar un poco la atención —sugirió Thorne.

—Voy a intentarlo otra vez con ella mañana —Kitson parecía tan decidida como Brigstocke antes, en la sesión informativa—. Tiene miedo, nada más. A lo mejor tiene miedo del que mató a Sedat, porque me parece que sabe quién es.

—Sácaselo entonces —dijo Brigstocke—. A ver si podemos acabar estas dos mierdas para finales de semana.

Despacio, Kitson y Thorne volvieron por el pasillo hacia el despacho.

—Parece más contento —dijo Thorne.

—Bueno, parece...

—A lo mejor lo que fuera ha desaparecido.

—¿Desde cuándo «desaparece» la JRP?

—¿Crees que es algo serio?

—Eso es lo que pasa con ellos: nunca se sabe —dijo Kitson—. Quizá haya perdido la cabeza y le haya pegado a alguien en una sala de interrogatorios..., o quizá haya afanado unos clips. Esos siguen teniendo la misma expresión en las caras.

Se pararon ante la puerta y Thorne se ofreció a ir a por café para los dos.

—¿Estás bien? —preguntó Kitson.

—Como ha dicho Brigstocke en la sesión informativa: hecho una braga.

—Venga, ve a pasar la noche en casa con Louise. A ver si mojas y te olvidas de eso hasta mañana.

Thorne tenía serias dudas de que fuera a hacer ninguna de las dos cosas.

—Oye, si la novia de Sedat sí que sabe algo, estoy seguro de que lo sacarás.

—Voy a intentarlo.

—Pero ve despacio. Habla con ella en algún sitio donde esté más relajada. Todo el mundo se asusta allá en la comisaría, aunque no tengan motivo para asustarse.

Kitson se limitó a asentir con la cabeza.

—Perdona —dijo Thorne—. No intento decirte cómo tienes que llevarlo.

—No pasa nada —dijo Kitson—. Seguiré todos los consejos que me des... Siempre que tú te acuerdes de seguir los míos.

Thorne fue a por los cafés, pensando en lo fácil que era meter las narices y ser objetivo cuando no era el caso de uno. Y no es que a estas alturas le pareciera que el caso Brooks fuese suyo. O más bien que fuera suyo a la hora de manejarlo, por lo menos.

Mientras cruzaba hacia el hervidor le echó una ojeada a la pizarra. Al trabajo indicado con números, nombres y líneas negras; con horas de la muerte y fotografías de heridas. Casi esperó ver su propio nombre, al lado del de los muertos y el del principal sospechoso. En medio del tablero, en la lista de las personas fundamentales para la investigación, en vez de garabateado en mayúsculas en la parte de arriba.

Cuando Thorne llamó a Louise para decirle que no volvería tarde y preguntarle a qué hora más o menos saldría, hablaron de ir a ver una película. Ella parecía de buen humor; desde luego, en comparación con en el que tenía aquella mañana a las seis. Charlaron cordialmente unos minutos sobre lo que verían hasta que decidieron no tomarse la molestia.

Cuando Thorne llegó a casa sugirió probar un nuevo restaurante *thai* que había abierto en Kentish Town Road, pero Louise tenía otras ideas. Había llevado cosas y parecía resuelta a cocinar. Mientras ella preparaba la cena, Thorne salió un momento a por una botella de vino.

A su regreso, Louise miró la botella. Preguntó cuánto le había costado y pareció satisfecha cuando Thorne se lo dijo.

—Cerveza barata y vino caro —dijo—. Esa es una de las cosas que me gustaron de ti antes de nada.

—¿Cómo que una de las cosas?

—Vale —dijo ella—, lo único, ahora que me paro a pensar.

Comieron la pasta en la mesita de la sala de Thorne. Terminaron el vino y escucharon un recopilatorio de June Carter que Thorne había comprado por poquísimo dinero en eBay.

—Aquella historia de la otra noche...

Louise alargó la mano para coger un plato limpio.

—¿Qué historia? —dijo Thorne; sabía perfectamente bien a qué se refería.

—No fue porque yo quisiera nada, ¿sabes? Porque quiera tener un niño ahora, en este preciso instante. Pero no creo que haya nada malo en hablar de ello.

—Está bien...

—No está bien, porque está claro que te metió canguelo. Así que solo quiero asegurarme de que nos entendemos.

—¿Significa eso que tenemos que entrar en lo de la cerveza barata?

—Hablo en serio.

Louise le aclaró que, a pesar de lo ocurrido en la cama aquella noche, de verdad no quería quedarse embarazada. Lo que no quería decir que algún día no quisiera tener un hijo, pero durante unos cuantos años más su caricia era lo primero.

—Miro a alguien como Yvonne Kitson —dijo—; la veo haciendo malabarismos para intentar compaginar el trabajo con tres críos, y no estoy segura de que yo pudiera hacerlo jamás.

Thorne pensó en la reacción de Louise cuando hablaron de Kitson y él la acusó de estar celosa. Se preguntó si no habría puesto el dedo en más de una llaga sin darse cuenta.

—Sería idiota si tuviera un crío ahora.

—Está bien —repitió Thorne.

—No paras de decir eso, pero no creo que esté bien. Me preocupa que creas que estoy desesperada por que me dejes preñada o algo parecido. Que soy una chalada que va a clavarte alfileres en todos los condones, o a afanar un cochecito de niño de la puerta de Tesco's. De verdad, estoy contenta con cómo están las cosas.

—Bueno. Yo también —dijo Thorne.

—Estupendo. Pues entonces está bien.

Fueron de la mesa al sofá, y cuando acabó el disco, pusieron el televisor e intentaron ensimismarse en alguna tontería. Sin embargo, tras quince minutos sin decir nada, Thorne no creyó que Louise tuviera más éxito que él.

Ella había pulsado el botón de silencio del mando a distancia y estaba a punto de hablar cuando sonó el teléfono.

Thorne reconoció la voz al instante.

—¿Cómo ha conseguido mi número particular? —dijo.

Se imaginó un armario con pretensiones lleno de equipos de grabación. Un técnico aburrido con auriculares, aguzando la oreja al oír la pregunta.

—Vamos —dijo Rawlings—. Si usted quisiera conseguir el mío, ¿cuánto tardaría?

—¿Qué quiere?

A su lado, moviendo solo los labios, Louise decía: «¿Quién es?».

—Justo estoy haciendo una cosa.

—Me vendría bien una charla. Solo cinco minutos.

—Bueno, pero no precisamente estos cinco.

Rawlings se calló un instante. Thorne lo oyó echar el humo del cigarrillo; supo que estaba soltando tacos en silencio.

—¿Y mañana?

—Bien. Llámeme entonces.

—¿Quedamos?

Louise seguía preguntando. Thorne meneó la cabeza; se lo diría enseguida.

—No sé lo que voy a hacer mañana. Hoy han pasado un montón de cosas, y...

—¿Qué cosas?

—Bueno, ya ha tenido su charla...

—Vamos... Nos vemos donde le sea más cómodo, ¿vale? Cinco putos minutos...

Más tarde, cuando Thorne estaba en la cocina preparando té, Louise gritó desde la sala:

—¿Y tú? ¿Nunca has pensado en críos?

Thorne estuvo a punto de quemarse.

—He pensado en eso, sí. Aunque no desde hace una temporada.

—¿Por qué no los tuvisteis tú y Jan?

Thorne se había separado de su exmujer doce años antes, tras diez de matrimonio. Hacía mucho que no se hablaban, y, que él supiera, seguía viviendo con el profesor por quien lo había dejado.

—No decidimos no tenerlos. Sencillamente, no ocurrió.

Se produjo un breve silencio en la sala de estar.

—¿Intentasteis averiguar por qué no ocurría? Thorne se tomó su tiempo en remover el té.

—No, no hablamos de eso.

Se encogió al decirlo, al tiempo que se preguntaba, igual que cuando Jan se marchó, si tal vez no sería ese uno de los motivos por los que se había marchado. El no tener críos. El no hablar sobre no tener críos... Las dos cosas.

—Es una locura cómo algunas parejas reprimen las cosas —dijo Louise.

Thorne llevó las bebidas y se arrellanó junto a ella.

—Una estupidez —dijo.

Ella lo miró.

—Es importante que nosotros no hagamos eso. Que hablemos de las cosas.

—Y estamos hablando de las cosas.

—Vale —ella volvió a encender el televisor—. No es más que una conversación, eso es todo. No veo razón para que no tengamos que hablar del asunto. ¿No forma parte del conocer a la otra persona?

—Yo creo que nosotros nos conocemos bastante bien —dijo Thorne.

—Solo digo que debería ser como averiguar todas las demás historias, lo que te gusta y lo que no, ya sabes. ¿A qué colegio fuiste? ¿Adónde te gusta ir en vacaciones? ¿Crees que a lo mejor querrás tener críos algún día?

—Las dos primeras son más fáciles de responder.

—Mira: algún día —ella le apretó el brazo y lo dijo despacito y con calma, asegurándose de que entendía por donde iba—. En algún momento del futuro, y solo tal vez; así que no te dejes llevar por el pánico, ¿vale? Ni siquiera quiero decir conmigo, forzosamente. Casi seguro que para entonces me habré cabreado contigo y me habré pirado con otro. Es una hipótesis, nada más.

—Vale.

—Es que solo estamos hablando de la idea de los críos, Tom. ¿Por qué debería dar miedo?

Thorne sabía que, en teoría, Louise tenía razón; pero sabía también que la cosa no era tan sencilla como ella pretendía.

Y es que, claro, en teoría a él no le daban miedo los vampiros ni los zombis, pero pasaba un susto de muerte con una buena película de terror.

## Veintiuno

Davey Tindall alzó la vista del periódico y, por encima de unas gafas para leer de las que se compran ya hechas, miró detenidamente a los dos hombres que estaban ante la ventanilla.

—Ocho libras —dijo, al tiempo que arrancaba dos entradas. Suspiró al ver las placas de identificación; tiró las entradas a la papelera y señaló con la cabeza hacia la puerta que daba a la sala—. Pasen entonces. Les advierto que la película ya ha empezado.

—¿De verdad importa? —preguntó Thorne; escudriñó el cartel pegado con cinta adhesiva bajo el cristal de la taquilla—. No creo que *Tímidas y rasuradas* tenga demasiada trama.

Holland le agradeció a Tindall la oferta y le explicó que no eran polis de Antivicio buscando un regalito. Thorne le dijo de dónde sí que eran y, también, que querían hablar con él.

—Ya estuve allí con ustedes el otro día —dijo Tindall—. Con el agente Stone y el otro tipo, el asiático...

—Eso fue el otro día. Con otros dos policías. Y antes de que hablara usted con Marcus Brooks.

Tindall hinchó las mejillas y dobló el periódico.

—Vamos a pasar a la parte de atrás y a poner el agua para el té —dijo Thorne.

El cine pertenecía a una cadena del Soho; la dirigía una familia del sur de Londres que también poseía salas de fiestas y salones de masaje, y que además llevaba una red de chicas que entraban y salían de varios de los hoteles más importantes de la ciudad. Tindall estaba en plantilla desde hacía años y realizaba diversos trabajos: se ocupaba de la taquilla, trasladaba a las chicas y recogía la recaudación. De vez en cuando, también le pasaba información útil al comisario Keith Bannard, a cambio de dinero y una tarjeta de «salir libre de la cárcel».

Tindall echó la llave a la cabina de la taquilla y llevó a Thorne y a Holland a un despachito que hacía las veces de almacén. Su piel parecía tan gris como en la grabación que Karim le había enseñado a Thorne, aunque los ojos eran más negros y no paraban de lanzar rápidos vistazos a su alrededor tras las gafas, como si buscara desesperadamente un amigo o una salida. Debía de rayar en los sesenta; bajo y flaco como un galgo, con cabello blanco que amarilleaba en las sienes. Llevaba tejanos de aspecto nuevo con una raya bien marcada en las perneras; el torso se perdía en una fina chaqueta verde de punto.

—No hay té —dijo.

—Solo era una forma de hablar —dijo Thorne—. Tampoco vamos a quedarnos.

Había diarios y revistas desperdigados sobre la que servía de mesa de escritorio y, en el suelo, montones de cintas de vídeo. Un cartel de Jena Jameson estaba pegado detrás de la puerta, y en un tablero de corcho había un calendario con la foto de un

golden retriever, rodeado de tarjetas de empresas de taxis y de prostitutas por teléfono. El cuarto olía a priva y a lejía.

—¿Cuándo habló usted con Brooks? —preguntó Holland.

—¿Quién dice que haya hablado?

—Hemos cogido parte de sus cosas. Encontramos su número de teléfono.

—¿Y qué? Yo tengo montones de teléfonos de gente. Eso no quiere decir que los llame todos los días.

El acento escocés era más fuerte de lo que Thorne recordaba por la grabación. Se preguntó si Tindall lo exageraba cuando no tenía ganas de decir según qué cosas; cuando podía salirle caro.

—No nos costará registrar sus archivos telefónicos —dijo Holland—. Registrar toda clase de cosas y sacar a relucir mierda de todo tipo que a lo mejor preferiría que nosotros no supiéramos... Y que preferiría que no supiera el tipo para quien trabaja.

Thorne hojeó rápidamente el calendario.

—Y no se refiere al comisario Bannard.

Había una raza distinta de perro para cada mes.

—Yo no había hablado con él cuando fui adonde ustedes el domingo, lo juro.

—Bueno, y entonces, ¿cuándo ha hablado con él? —dijo Thorne.

Tindall se lo pensó.

—Llamó al día siguiente. Yo estaba aquí.

—¿Y no se le ocurrió decírnoslo?

—Se me pasó —dijo Tindall.

Empezó a rebuscar en cajones y armarios. Preguntó a Thorne y a Holland si alguno tenía un cigarrillo. Holland tenía un paquete de diez para las emergencias, pero no dijo ni mu.

—¿Lo ha visto usted? —preguntó Holland.

Tindall meneó la cabeza.

—No.

—¿Está seguro? —Thorne apartó algunos periódicos de un empujón y se apoyó en el borde de la mesa—. Piénselo muy, pero que muy bien.

—Quería un coche, ¿vale? Me preguntó si conocía a alguien que pudiera conseguirle algo rápido, en metálico.

Thorne y Holland intercambiaron una ojeada. El día del que hablaba Tindall era la víspera de cuando asesinaron a Cowans. Thorne se preguntó si Brooks querría el coche por eso. Sin duda lo necesitó para seguir a Cowans, si el motero fue por ahí en busca de una fulana y luego bajó hasta el canal al encontrar a una que le gustó.

—¿Lo ayudó usted?

—Yo tenía unos cuantos contactos en la compraventa de coches hace años —dijo Tindall—. Allá cuando conocí al muchacho, cuando nos juntábamos con parte de la misma gente. Pero ya no. Le dije que tendría que preguntarle a otro.

—¿Y nada más?

—Nada más, sí. Solo un par de minutos. Visto y no visto.

—¿No le sugirió a nadie en concreto? —dijo Holland.

—Ya se lo he dicho: hace mucho que estoy fuera de ese negocio.

—Sin ánimo de ofender, Davey —dijo Thorne—, no dice más que sandeces.

—Le juro...

—Jure cuanto quiera. Creo que usted ayudó al «muchacho»; por los viejos tiempos, porque le da pena, ¿quién sabe? Quizá lleva ayudándolo desde que salió de la cárcel. Buscándole a la gente adecuada...

—Sí, y una leche.

—Ninguno de los amigos que tiene usted en la policía va a ayudarlo en esto. Y menos si es usted cómplice de un asesino, colega. En particular, de un asesino al que le ha dado por matar polis.

—Mire, volvió a llamar ayer, ¿vale? —Tindall miró rápido de uno a otro para ver si provocaba una reacción—. Anoche, tarde. Me sacó de la puta cama, precisamente.

—¿Qué quería?

—Necesita un lugar donde quedarse —dijo Tindall.

Thorne miró a Holland otra vez. Tenía que estar diciendo la verdad. No había forma de que Tindall se hubiera enterado de la batida de Hammersmith.

—Quería saber si se me ocurría algún sitio donde sobar unos días. Alguien que lo alojara y lo dejara en paz.

—¿Y qué?

—Hablamos de una o dos personas a las que podía preguntar.

—¿Por ejemplo? —preguntó Thorne.

Tindall parecía afligido.

—Vamos, ya sabe de qué gente le hablo...

Thorne echó mano a un bolígrafo que había en la mesa, arrancó una tira de periódico y le pasó las dos cosas.

—Anote los nombres.

Empezaba a dar la impresión de que a Tindall le hacía muchísima falta el cigarrillo. Soltó una palabrota entre dientes mientras garabateaba unos cuantos nombres, fingiendo que le costaba trabajo. Desde el cine, al otro lado de la pared, la banda sonora del largometraje principal se oía muy bien.

—Por lo visto alguien está sin resuello —dijo Holland; escuchó unos segundos más—. Eso son gruñidos de primera.

—¿Cuántos hay dentro? —preguntó Thorne.

Tindall hizo un gesto de desprecio.

—Media docena...

A Thorne lo asombró que hubiera tantos disfrutando de *Tímidas y rasuradas* a las once de la mañana. ¿Por qué no se quedaban en casa a ver algo en un DVD, sin más? Ahora, en compacto o descargándolo de Internet, uno disponía de cualquier cosa a la que fuera aficionado, y Thorne no entendía por qué nadie seguía yendo a los cines

porno o cogía revistas del estante de arriba, mientras fingía mirar *What-Hi-Fi?* Solo se le ocurría que disfrutaban con la sórdida emoción del asunto; como esas estrellas de cine a las que pillaban con prostitutas de cincuenta dólares cuando podían acostarse con cualquier mujer que desearan.

Thorne cogió el papel que, con gesto brusco y nada cortés, le daba Tindall.

—Gracias, Davey —dijo—. Será mejor que dejemos que vuelva al trabajo. Bueno, nos dirá si lo llama otra vez, ¿verdad?

Tindall se rio.

—¿Cree que necesito más de estas historias?

Thorne pasó despacio por delante de él, camino de la puerta.

—En serio —dijo—. Espero que no se le pase nada más. ¿Sabe cómo es Bannard cuando se intenta tomarlo por imbécil?

Thorne suponía que el hombre de G&O podía ponerse bastante chungo, y la expresión de la cara de Davey Tindall lo confirmó.

—Bueno, pues yo soy mucho peor.

Tindall les cerró el paso cuando intentaban salir.

—¿No saco nada de esto?

Thorne se limitó a mirarlo fijamente y esperó a que se moviera.

—Se lo digo en serio —la voz era débil y desesperada—. Un par de billetes de cincuenta, pongamos, solo por mi tiempo.

Thorne empleó otro segundo del tiempo de Tindall para decirle que se fuera al carajo.

Con los años, de vez en cuando se intentaba aburguesar Holloway Road. Alguna charcutería de calidad hacía una pasada fugaz. Algunos imbéciles abrían librerías de anticuario y vendían las existencias al cabo de un año. En su calidad de animadísima calle principal, como ruta fundamental de salida de la ciudad hacia el norte, nunca iba a ser Highgate Hill ni Hampstead High Street... Pero a Yvonne Kitson le parecía que estaba mejor así: descarada y nada pretenciosa, con bares y restaurantes concurridos, y unos cuantos sitios decentes para bailar y oír música si uno se tomaba la molestia de buscar. Desde luego, un lugar adonde no le hubiera importado ir a la facultad.

Observó a Harika Kemal mientras salía de la asociación de estudiantes con dos amigos y hurgaba en el bolso buscando una bufanda. Kitson vio que en la cara de la chica aparecía una expresión consternada cuando se dio cuenta de que se acercaba.

—¿Puede dedicarme solo cinco minutos, Harika?

Ella negó con la cabeza.

—Por favor...

Estaba claro que el hombre y la mujer que habían salido con Kemal eran pareja. El hombre dio un paso hacia Kitson.

—¿Pasa algo?

Kitson pensó que tal vez fuera turco. O griego, a lo mejor. Llevaba un brillante

anorak con ribetes de piel en la capucha, y gafas de cristales finos y rectangulares.

Kitson metió la mano en el bolso y sacó su placa de identificación.

—¿Es que no pueden dejarla tranquila un rato? —dijo el estudiante.

Su novia era asiática; rolliza, con el pelo corto y un pendiente en la nariz.

—A lo mejor podría hacer algo útil —dijo—. Como intentar coger al animal que asesino a su novio.

Hablaba con el mismo sarcasmo a medio camino entre el inglés británico y el norteamericano que Kitson ya le oía emplear a su hija de nueve años.

—Está bien —dijo Kemal a sus amigos—. Ahora os alcanzo.

—¿Hay algún sitio donde podamos ir a tomar un bocadillo o algo? —preguntó Kitson.

La chica dio unas palmaditas al bolso que llevaba colgado al hombro.

—Llevo mi almuerzo.

Atravesaron la calle y caminaron un poco por la bocacalle de enfrente. Encontraron un banco en una pequeña y embarrada parcela de hierba, junto a un bar irlandés. Kitson volvió la cabeza y vio que los dos estudiantes no se habían movido; miraban fijamente desde la entrada del edificio de la asociación de estudiantes. Se volvió de nuevo hacia Kemal y vio que la chica sacaba una fiambarrera de plástico del bolso.

—Lo que ha dicho su amiga. Eso es exactamente lo que intentamos hacer.

—Lo sé.

Kemal despegó el papel de aluminio de los bocadillos.

—Y además no tiene sentido irle con chorradas: no estamos avanzando nada. Hemos hecho todo lo que tenemos que hacer, ¿sabe? Todo lo que se nos ocurre. Hemos hablado con todos los que hemos podido y hemos hecho un llamamiento en la televisión. Yo sé que lo ha visto.

La chica no dijo nada. Un estruendoso camión de cemento pasó despacio por delante de ellas y esperó para girar a la izquierda y meterse en la calle principal.

—La única pista que tenemos es usted —dijo Kitson.

Kemal meneó la cabeza, aunque a Kitson le pareció más un gesto de resignación que una negativa.

—Es tan duro... —dijo.

—Claro que sí.

Fue una respuesta automática, pero Kitson creía de verdad que sí que le resultaba difícil a la chica. Afrontar la pérdida de su novio... Afrontar lo que sabía, a pesar de lo mucho que tal vez desease ignorarlo...

—¿Cómo puedo mirar a la cara a la familia?

Kitson se inclinó hacia delante en el banco para mirarla de frente.

—¿La familia de quién? ¿La de Deniz?

Otro gesto negativo, con un sentido aún más ambiguo que el anterior.

—No pasa nada, Harika. De verdad.

Kitson observó cómo la chica daba vueltas en la mano una y otra vez al bocadillo, sin probarlo. Al mirarla le costó imaginar cómo habría llegado a tener una relación con un hombre como Deniz Sedat. No parecía de las que se dejaban impresionar por el dinero y los coches fardones, y desde luego era lo bastante inteligente para saber de dónde procedía ese dinero. Kitson se preguntó si no se equivocaba por completo al interpretar a Harika Kemal. O si, sencillamente, entre ella y Sedat no habría una atracción física que superaba todo lo demás.

—No tendría a nadie.

Kitson señaló con la cabeza hacia la universidad.

—Tiene buenos amigos, eso es evidente. Gente que se preocupa mucho por usted. Y ya se lo he dicho: nos aseguraremos de que esté protegida. Usted y las personas cercanas a usted.

De pronto Kemal alzó la cabeza.

—¿Y si es de la gente que tengo cerca de quienes necesito que me protejan?

Había cólera e impaciencia en su rostro, pero su voz se quebró antes de que acabase de hablar.

Kitson alargó la mano para coger un pañuelo de papel. Se lo pasó, pero la chica ya había encontrado uno de los suyos. Los tenía a mano.

—Cualquier cosa que necesite.

—Necesito que Deniz esté vivo.

—Y yo necesito encontrar al hombre que lo mató —dijo Kitson. Pensó en cogerle la mano, pero decidió que eso sería demasiado—. Dígame quién fue, Harika.

La chica se sorbió la nariz y se secó los ojos; luego volvió a meterse el pañuelo de papel en el bolsillo.

—Hakan Kemal —dijo.

—¿Cómo Kemal?

—Mi hermano mayor. Mi hermano mató a Deniz.

Kitson asintió, como si lo entendiera, pero su mente empezaba ya a acelerarse. Tenía muchas más preguntas y quería volver como una exhalación al despacho para poner las cosas en marcha. Pero sabía que, al menos durante unos minutos, debía quedarse en el banco con Harika Kemal.

Kitson volvió a echar una ojeada a los dos estudiantes, que seguían mirando desde el otro lado de Holloway Road. Tuvo la impresión de que a ninguno de los dos le importaría nada arrancarle la cabeza.

*... estaba sentado en el parque en mitad de la noche, empapándome y pensando qué mierdecilla tan blando soy. Que me deshago de todo al que le echo la culpa de lo que pasó, sin sentir casi nada, pero que no tengo suficientes agallas para matarme. Fue mi primer pensamiento en chirona, cuando me enteré. Quitarme de en medio, me refiero, y reconozco que fue un alivio cuando en vez de eso empecé a pensar en hacer que pagara otra gente. Cuando lo decidí ya no tuve que pensar demasiado en suicidarme; en admitir que no tenía agallas para hacerlo.*

*Imagino que a lo mejor sería más fácil si creyera en algo. En algo, joder. Si pensara que había siquiera una posibilidad de que volviera a veros después. Lo que sí sé es que, sí creía en Dios o en cualquier otra cosa, desde luego ya no creo...*

*Y mira, sé que no va a ocurrir nunca, o no ahora, por lo menos, pero he empezado a imaginarme cómo será estar con otra persona algún día. Incluso tener otro crío. Dios, perdóname, nena, que no pueda impedir que se me pasen por la cabeza estas estupideces. Pienso en el sexo, y en ir de vacaciones, y en sabe Dios qué, y en las riñas que tendríamos yo y esa mujer. En cómo siempre estaría celosa de ti al sentir que competía con una muerta y eso. La imagino perdiendo los estribos a base de bien, y diciendo algo sobre ti o haciendo pedazos una foto antigua, cosas así. Y entonces, joder, yo perdería el control, sin más, y querría hacerle daño. Acabaría empujando el codo, lo más seguro, y estropeando la vida de todo el mundo.*

*¿Ves? Tengo demasiado tiempo para pensar en esta clase de historias. Todo el tiempo que no estoy escribiendo cartas a un fantasma.*

*Sin embargo estaba pensando. Si alguna vez ocurriera eso, si se presentara otra persona, quiero decir. ¿Me dejaríais? ¿Sería entonces cuando os perdería para siempre a ti y a Robbie? El caso es que sé que tú querrías que yo fuera feliz, que siguiera adelante, pero la verdad es que no es nada probable.*

*Ser feliz significa olvidar...*

Thorne clavó la mirada en la última línea unos segundos y luego volvió a meter la fotocopia de la carta en el cajón de la mesa, con las demás. Saludó con una inclinación de cabeza a Sam Karim cuando el sargento pasó por delante de la puerta del despacho, luego se relajó, dio un sorbo al té y pensó en el espantoso poder de la pena.

Ahora comprendía lo que guiaba a Marcus Brooks. El impulso. Al mirar otra vez la imagen más reciente de aquel hombre, la que se basaba en la descripción dada por el guardia de seguridad, empezaba a ver por detrás de ella. Empezaba a conectar con alguien anestesiado por la pérdida: al margen del dolor y del placer elementales de la vida cotidiana. Alguien a quien no dejaba de asombrarle su propia capacidad para caminar o vestirse, y que funcionaba sin más motivo que para dar caza a quienes habían roto su vida en pedazos y los habían esparcido después.

Cuando aquel agente en prácticas comprendió por fin la naturaleza de las cartas que Thorne había descubierto en Hammersmith, puso los ojos en blanco y dijo algo sobre que Brooks estaba «perdiendo la cabeza». Era una reacción comprensible, y Thorne sonrió y asintió. Y también contuvo el deseo apremiante de darle a aquel engreído gilipollitas una bofetada.

*El tiempo que no estoy escribiendo cartas a un fantasma...*

Thorne había hecho algo parecido; había hablado con su padre después de que el viejo muriera. En realidad el único en hablar era su padre, pero Thorne sabía muy bien que venía a ser lo mismo.

Se tardaba un segundo en decir «adiós»..., y toda una vida.

Alzó la vista cuando Kitson entró con ímpetu, tirando el abrigo en el respaldo de una silla y sin parar de parlotear, diciendo que en la actualidad los estudiantes parecían aún más jóvenes que los policías.

—Deberías renunciar al trabajo —dijo Thorne—. Volver a la facultad como estudiante mayor de veinticinco años. ¿No te apetece, tres años de beber y acostarte con gente de dieciocho? Ahora que lo pienso, me iré contigo...

Kitson le contó su entrevista con Harika Kemal. El nombre de quien había

identificado como el asesino de su hermano.

—¿Cómo lo sabe con certeza? —preguntó Thorne—. Antes dijo que no había visto lo ocurrido.

—Ya no estoy segura de eso.

—Va a ser dudoso sin un testigo.

—Ya me preocuparé de eso después.

—¿Y ha dicho por qué lo hizo su hermano?

—No pienses que ha sido fácil sacárselo —dijo Kitson.

—Debe de haber algún meneo por algún lado.

Kitson rebuscó en el bolso y sacó un pequeño tarrito.

—Hakan lleva una tintorería en Green Lanes —frunció los labios y se pasó una pizca de bálsamo por ellos—. Allá arriba, cerca de Finsbury Park...

Thorne sabía que muchos negocios de aquella zona pagaban a bandas de droga locales para que les dieran protección; que algunos actuaban como tapaderas de los distribuidores y traficantes de heroína. Restaurantes, empresas de tele-taxis, supermercados... Se preguntó si a lo mejor Hakan Kemal no blanquearía algo más que camisas y blusas.

Era evidente que Kitson había pensado más o menos lo mismo.

—Quizá los de G&O lo pillaron justo desde el principio, y sí que estaba relacionado con las bandas.

—No es el asesino a sueldo más fino con que me haya encontrado nunca —dijo Thorne—, pero ¿qué sabré yo?

Kitson no tuvo problema en estar de acuerdo en ambos puntos.

Thorne la miró desde el otro lado de la mesa, socarrón.

—¿Has visto una película que se llama *Tímidas y rasuradas*?

Estaba intentando hacer una descripción fiel del olor del despacho de Davey Tindall cuando le sonó el móvil. Miró en la pantalla quién llamaba y pensó en no cogerlo, pero al instante se sintió culpable. Suspirando, pulsó la tecla verde.

—¿Tom?

—Hola, tía Eileen. Iba a llamarte esta noche.

—Perdona si estás ocupado, guapo. No me gusta llamarte cuando estás en el trabajo.

—No pasa nada.

—Solo intento organizar cuántos seremos para Navidad, ¿sabes?

—De acuerdo.

Era la conversación que Thorne sabía que se avecinaba. Se estremeció por dentro al pensar en el técnico que escuchaba en el armario..., meándose de risa.

—Desde luego sería estupendo verte, guapo. Le hemos preguntado a Víctor si quería venir para el almuerzo de Navidad.

—Eres muy amable —dijo Thorne.

Eileen, la hermana de su padre, había semiadoptado al viejo que fue el único

amigo de su hermano durante el último año de su vida.

—Estoy seguro de que le gustará.

Se oyó un largo suspiro.

—El pobre tipo...

Thorne no estaba seguro de si su tía hablaba de Víctor o de su padre.

—Así que, al menos, piénsatelo —dijo Eileen—. Es que sentiría pensar que estás solo, como el año pasado.

En realidad Thorne había pasado las navidades anteriores, las primeras desde la muerte de su padre, con Hendricks y su entonces novio, Brendan. Ahora que se le había dado la vuelta a la tortilla y Hendricks era el soltero, Thorne estaba pensando si no debería ofrecerse a devolverle el favor.

—Los primeros años siempre son los peores para la Navidad, guapo. Por eso he creído que a lo mejor querrías estar con la familia.

—De acuerdo. Gracias.

—Trae a tu nueva novia si quieres, claro...

Louise ya había planteado la posibilidad de pasar la Navidad con sus padres, lo cual era problemático en sí mismo. En su momento Thorne intentó una estratagema de lo más astuto: aparentar mucho interés al tiempo que se cubría las espaldas... Y sabía que aquello no había caído muy bien. Quedaron en hablar en serio del asunto más adelante: otra conversación que no esperaba con impaciencia, precisamente. No conocía a los padres de Louise, pero el padre había estado en el ejército, y Thorne ya se había formado una sobrecogedora imagen mental de aquel hombre. No estaba seguro de que le apeteciera pasar el día de Navidad escuchando historias de guerra, ni dar un largo paseo con el perro de la familia después de almorzar. Por mucho que quisiera pasar aquel tiempo con Louise, empezaba a pensar que agarrarse un pedo con Hendricks y ver *La gran evasión* tenía bastante buena pinta. Debía comprobar con quién jugaban los Spurs el 26 de diciembre, ya puestos...

—Si quieres que te diga la verdad, está todo en el aire —dijo—. No organizan los turnos de trabajo hasta el último momento, y, ya sabes, incluso entonces, sí nos llega un trabajo grande...

—Eso da igual. Tú apareces el mismo día, y ya nos las arreglaremos.

—No quiero liarte.

—No seas tonto, guapo. Tú sabes que siempre preparo demasiado de todos modos.

—No te oigo muy bien, Eileen.

—¿Tom?

—Perdona..., la cobertura es malísima aquí dentro...

—No te preocupes, guapo. Te preguntaré otra vez la semana que viene...

Cuando Thorne se guardó el teléfono y levantó la mirada, Kitson tenía los ojos clavados en él; meneó la cabeza, y él no supo si estaba escandalizada o impresionada.

—Oye, da miedo lo bien que mientes —dijo.

## Veintidós

—Peor es abrir una zanja.

En sus momentos más lúcidos, al padre de Thorne le gustaba echar mano de aquel viejo dicho siempre que Thorne se quejaba de que su suerte no era nada buena. Había muchas ocasiones en que Thorne se habría cambiado por cualquier abridor de zanjas del mundo, pero sabía lo que el viejo quería decir.

Por lo general, solo era cuestión de perspectiva.

Mientras se dirigía hacia el sur, retumbando en la Victoria Line, Thorne mantuvo la cabeza enterrada en el periódico. Después de mirar la misma página veinte minutos, y de que el artículo y las fotos perdieran cada vez más sentido, decidió que le iba mejor que a algunos. Incluso teniendo en cuenta la situación en que se había metido («delicada» o «amenazadora para su carrera», según su estado de ánimo), sabía que la vida podía ser muchísimo peor.

Y que lo era para muchísima gente.

Russell Brigstoke, hundiéndose despacio bajo el peso de aquello que no le comunicaba a nadie; Harika Kemal, que estaba pagando el decirlo; las familias de Raymond Tucker, Ricky Hodson y Martin Cowans; Anne Skinner y su hija...

Y Marcus Brooks. Pasara o no la Navidad en la celda de una cárcel, Thorne imaginaba que, con toda probabilidad, el responsable de casi todo aquel sufrimiento viviría el día más desdichado de todos.

Era una fina línea, y Thorne lo sabía: la que separaba el pensar en las cosas buenas que uno tenía y el usar como tirita la aflicción de los demás. Pero en cualquier lado de la línea que estuviera, él no era el único en encontrarse..., desorientado. Y es que sabía que las cosas que veían y hacían sus compañeros de trabajo todos los días, afectaban al modo en que se comportaban al fichar la salida.

Había noches en que Dave Holland llegaba a casa y abrazaba a su hija un poquito más fuerte; en que Phil Hendricks no conseguía limpiarse del todo las manos... Horas en que Louise se pegaba a Thorne, sudando y al borde de las lágrimas, después de que este solo pudiera sacarse del cuerpo un día traumático acudiendo a su casa a follar como un descosido. Copas, sexo, chistes...

Mecanismos para sobrellevar las cosas.

Thorne también sabía muy bien que, con independencia de lo que se usara para cambiar el modo en que uno se sentía, solo era algo provisional. Que el día siguiente volverías otra vez y lo atravesarías intentando mantenerte limpio; quitándote trozos oscuros de las suelas de los zapatos.

Abriendo la zanja más chungueta de todas.

Bajó del metro sonriendo. Pensó que, ya cerca del final, su viejo ni se habría tomado la molestia de soltarle un sermón: se habría limitado a llamarlo quejica de los cojones. Subió y salió a la calle; miró el reloj. Eran poco más de las seis y media, pero para ser una ciudad donde la hora punta estaba más cerca de las tres, la acera

todavía estaba abarrotada de gente que corría para llegar a casa.

Thorne se unió a ellos.

Primero tenía que ver a una persona, solo unos minutos, pero después estaba deseando volver a casa de Louise lo más rápido posible.

Parte de él esperó que ella hubiera tenido un día traumático.

Había quedado en un café elegante detrás de la estación de Pimlico. El tipo de local con una fiel clientela de la zona que se quedaba en una de las pocas calles de la ciudad que no tenían un Starbucks cada veinte metros.

Thorne se sorprendió un poco cuando, al entrar, vio que Rawlings se levantaba; casi como si estuvieran saliendo juntos e intentara parecer caballeroso. Tenía una taza vacía delante, de modo que Thorne le preguntó si quería otro. Rawlings dijo que contaba con que a lo mejor fueran al bar de enfrente. Thorne le dijo que andaba justo de tiempo y fue a por su bebida.

—¿Por qué aquí? —preguntó Rawlings cuando Thorne regresó a la mesa.

Thorne cogió con la cuchara la espuma del café.

—Usted dijo que en cualquier sitio que me viniera bien.

—Era solo curiosidad. No importa.

—Me quedo con una amiga a la vuelta de la esquina —dijo Thorne.

Rawlings esperó, pero Thorne no tenía la mínima intención de decir nada más.

Era bastante reservado cuando se trataba de hablar de su vida privada con los compañeros. Kitson sabía lo que pasaba, más o menos, y Holland también, pero a Thorne no le hacía gracia la idea de que demasiadas personas estuvieran enteradas de sus asuntos. Por eso detestaba pensar en que alguien escuchase a hurtadillas sus conversaciones telefónicas, ya dijese cochinas o encargara una *pizza*.

Desde luego, por mucho que intentara mantenerlo oculto, seguía habiendo chistes y cotilleos. Una vez Andy Stone recortó un artículo de una revista y se lo puso en la mesa; una empresa especializada en regalos «poco comunes» y actividades «irrepetibles» ofrecía un servicio por el que las mujeres pagaban para ser «raptadas». A la que quería, y además estaba dispuesta a soltar varios centenares de libras, la secuestraban en la calle y la metían a empujones en una furgoneta. Luego avisaban de su paradero a su pareja, que iba entonces a hacer el papel de héroe y la rescataba. Según la empresa responsable, la emoción de aquella situación «excepcionalmente el interés» daba nuevos bríos a la vida amorosa más rutinaria.

Stone esperó hasta estar seguro de que Thorne lo había visto.

—Me pareció que a lo mejor le interesaba. Usted y su parienta, un poco de dramatización improvisada, ya sabe...

—¿Por qué no dramatizas tú e intentas representar el papel de alguien que hace su trabajo? —dijo Thorne.

Aquella noche se llevó el artículo a casa y se lo enseñó a Louise. Ella no le vio la gracia y se mostró muy partidaria de localizar a los que llevaban la empresa y explicarles lo que era un secuestro de verdad. Y luego proporcionarles a ellos una

experiencia excepcionalmente emocionante...

—¿Qué es eso tan urgente? —preguntó Thorne.

Rawlings estaba con los nervios a flor de piel.

—Su puto amigo Adrian Nunn no para de amargarme.

—No es mi amigo.

—Lo vi hablando con él en casa de Paul, la noche que encontraron el cuerpo.

—Hablé con mucha gente.

—Vamos, sé que ha estado tratando de ganarse el favor de usted. Así trabajan esos cabrones, ¿no?

—Joder. Y yo que creí que de verdad quería ser mi amigo...

—Hablo en serio.

—Bueno, ¿qué es lo que quiere?

Rawlings hizo llamo por señas a una camarera y le pidió un cenicero. Ella le dijo que allí no se podía fumar, y él meneó la cabeza como si el mundo se hubiera vuelto loco.

—Quiero asegurarme de saber a qué lado está usted —dijo.

Thorne le concedió un segundo al comentario.

—Yo soy de los Spurs, y creía que usted era de Millwall.

Enfadado por su negativa de tomarlo en serio, Rawlings se puso tenso y lo señaló con el dedo. Pero luego cedió y se relajó, como si se diera cuenta de que la agresividad no iba a llevarlo a ningún sitio.

—Vamos, usted conoce el juego, igual que yo. Es nosotros y ellos, siempre lo ha sido.

—Aunque todo va de saber cuál es cuál, ¿verdad? —dijo Thorne—. De eso se trata.

Rawlings hizo una mueca, bastante parecida a una admisión. Miró a su alrededor y le lanzó una mirada asesina a la camarera.

—No hay casi ningún cabrón aquí dentro —dijo—. ¿Por qué no puedo fumar?

—¿Qué ha estado diciendo Nunn?

Rawlings puso la cara de asco que la mayoría de los polis reservaban para los pedófilos.

—Tiene labia con cojones.

—Y más todavía.

—Va y deja caer: «¿Hay algo que quiera contarme, sargento Rawlings?». Y usted sabe tan bien como yo que eso significa: «Te tenemos cogido por los huevos, así que cuéntanos lo que ya sabemos y ahórranos mucho hacer el gilipollas».

—¿Y qué es lo que saben?

—Ni un huevo. Está tanteando. No sé lo que creen tener, pero está claro que no basta para hacer nada, así que está probando a ver si cuela.

—Bien, y entonces, ¿cuál es su problema? —preguntó Thorne.

—Él. Nunn. Solo quiero que se me quite de delante, joder. Tengo media docena

de trabajos en marcha, un gilipollas de jefe que los quiere resueltos para ayer, y además la viuda de Paul sigue llamándome cada media hora hecha trizas. ¿Vale? De verdad que no necesito a ese mierda suavón encima de todo lo demás.

Si Rawlings estaba la mitad de agobiado de lo que parecía, Thorne pensó que necesitaba mucho más que un cigarrillo.

—¿Qué le hace pensar que puedo hacer algo?

—Está trabajando con él, ¿no?

—Eso es un poco tajante.

Impaciente, Rawlings hizo un gesto con la mano.

—Lo que sea. Usted tiene algún tipo de relación con el fulano; tanta como puede tenerse con esa clase de gente.

—¿Y qué?

—Y que a lo mejor consigue que se tome las cosas con más tranquilidad o algo así.

—¿Ahora quién no habla en serio?

—No sé..., averiguar qué cojones busca.

—Nunn no me diría ni lo que ha desayunado —dijo Thorne.

Rawlings se limitó a quedarse sentado allí, con pinta de hecho polvo, esperando a que Thorne dejara de reírse. Cuando este sorprendió su mirada, vio a un hombre que se esforzaba mucho por lograr entender una cosa... O que, desde luego, intentaba entenderlo a él.

—Me parece que tendrá usted que aguantarlo —dijo Thorne—. Maldito lo que puedo hacer, eso sí que lo sé.

La camarera se detuvo al pasar por delante de la mesa y preguntó si querían algo más. Rawlings no dijo nada, pero le hizo señas agitando su paquete de cigarrillos. Ella se ruborizó y se fue.

—Solo hace su trabajo —dijo Thorne—. Necesita a un gilipollas como usted tanto como usted necesita a gilipollas como Adrian Nunn.

Rawlings asintió y luego murmuró algo. Cuando vio que Thorne se bebía de un trago lo que le quedaba de café, se inclinó hacia delante.

—Mire, aquí va. Empiezo a pensar que Paul..., tal vez anduviera metido en unas cuantas cosas.

Thorne deslizó la taza vacía a un lado.

—¿Qué clase de cosas?

Rawlings miró a la mesa durante unos segundos y luego alzó la vista. Bajó la voz y dijo despacio:

—Pues de todas clases.

—¿Y calcula que Nunn quiere que usted lo ayude a montar el caso de la JRP?

Rawlings asintió; solemne pero encantado de ver que Thorne lo entendía al fin.

Thorne no estaba seguro de qué era lo que entendía, pero aquello era muy útil. Al hombre que tenía sentado enfrente no le había sacado precisamente a la fuerza la

información, y se preguntó qué tramaba Rawlings... Si es que tramaba algo. Sabía que la gente reaccionaba de forma extraña cuando estaban amenazados, y era evidente que Rawlings se sentía en peligro.

Thorne echó un vistazo al reloj.

—¿Está seguro de que no le apetece ir un momento al otro lado de la calle? — preguntó Rawlings.

Desde luego a Thorne empezaba a gustarle la idea de proseguir la conversación. No tanto por si sacaba más sobre Paul Skinner (ya sabía bastante), sino más bien por lo que media hora más de charla fuera a revelar sobre un hombre que de pronto estaba dispuesto a delatar a su amigo muerto.

Volvió a mirar el reloj.

Dijo:

—Solo una.

La propia naturaleza de las investigaciones de secuestros suponía que cuando Louise Porter cogía un caso grande, por lo general la cosa iba en serio. Entonces no había nada parecido a horarios laborales corrientes, y la verdad es que ni siquiera se contemplaba la posibilidad de dejar el trabajo en la oficina; el simple hecho de dejar la oficina ya era bastante difícil. Por suerte, como no había muchas probabilidades de que el caso del distribuidor de droga que se secuestró a sí mismo fuera a llegar más allá de la Fiscalía General de la Corona, le habían limitado la prioridad. En cuanto a la esposa del gánster albanés, apareció tan solo con unos cortes y magulladuras y sin nadie dispuesto a presentar cargos. No había entrado mucho más, así que durante los últimos días las cosas estaban afortunadamente tranquilas, y se sentía bastante relajada.

No podía decir lo mismo del caso que investigaba Thorne. Ni del propio Thorne, ya puestos.

Había investigaciones que te involucraban más que otras. Cuando se conocieron trabajaban juntos en una de ellas, y Porter conocía las señales. Aquella serie de asesinatos, los mensajes que le mandaron directamente a él... No era el tipo de trabajo que Thorne haría con el piloto automático, ni aunque tuviera uno.

Se sirvió una copa de vino y vio la televisión un rato. Eran casi las ocho y media, y Thorne había llamado tres horas antes para decir que iba hacia allá.

Era un tipo taciturno en las mejores circunstancias, pero, por otra parte, ella también; y también la mayoría de los polis que conocía, incluso los que pasaban el día con la sonrisa en la cara, y luego se iban a casa y les daban un tortazo a sus críos o se ponían de alcohol o de droga. Había estado pensando, y ahora le atribuía al caso la reacción que había tenido por aquella conversación del niño; se lo atribuía a una implicación en el caso que, incluso para él, resultaba un poco excesiva. Al menos, esperaba que ese fuese el motivo. Había decidido que si fuese a ella a quien le mandaran fotos de los muertos y de los que no iban a tardar en estarlo, es probable

que se comportara exactamente igual.

Cuando llamó Hendricks, volvió a llenarse la copa y se llevó el teléfono al sofá; encantada de aquella oportunidad de hablar con alguien que conocía a Tom Thorne incluso mejor que ella.

—Lo más seguro es que esté por ahí con algún pendón —dijo Hendricks.

—Entonces vale.

—Aunque no lo censuro, ¿y tú? El pobre desgraciado solo quiere echar un polvo con alguien que no esté loca por quedarse embarazada de su hijo.

Porter estuvo a punto de espurrar el vino. Ya había hablado con Hendricks, y los dos se rieron de la conversación que ella había tenido con Thorne. Pero no le había contado el episodio que la había provocado: aquellos pocos segundos que no se explicaba de verdad. Cuando deseó tanto retenerlo, sentirlo correrse dentro de ella, sabiendo perfectamente lo que eso implicaba...

—Pero en serio, Phil. Tendrías que haberle visto la cara.

—Siempre tiene esa pinta.

—Ganas no me faltan —dijo ella— de comprar una prueba de embarazo y esconderla en el cuarto de baño. Solo para ver su expresión cuando abra el botiquín buscando los antiácidos.

Hendricks soltó un resoplido de risa. Porter oyó que estaba fumando; sabía que un porro era su forma particular de relajarse al final de la jornada. También sabía que a Thorne no le parecía bien.

—¿Te apetece salir de marcha mañana por la noche? —preguntó Hendricks.

—Dios mío, no sé...

Le gustaban las noches que salía con Hendricks; bailar y beber en diversas discotecas y bares gays, ver a Hendricks tirando los tejos, o más a menudo, cómo intentaban ligárselo... Sin embargo, empezaba a preocuparle no tener más amigas. Ninguna de verdad, si lo pensaba bien. De vez en cuando se tomaba alguna copa después del trabajo con un par de las mujeres de su brigada, pero nunca iba más allá de eso, y además había perdido contacto con todas las chicas que conoció al ingresar en la policía.

—Venga —dijo Hendricks—. Sábado noche, nos divertiremos... Si te vuelves un estorbo, te meteré en un taxi, ¿vale?

Claro que tampoco es que tuviera tantos amigos íntimos. Hendricks era más o menos el más íntimo, y quizá eso era lo que más la preocupaba. Estaba Jason, con quien había pasado por Hendon, pero apenas lo veía desde que lo destinaron al sur. Seguía siendo amiga de Tom, su exnovio, aunque últimamente no hablaba con él; Thorne se ponía de lo más glacial siempre que su nombre surgía en la conversación.

—Deja que hable primero con Tom —dijo Porter.

—Bueno, a él no va a importarle, ¿verdad? No es que sayas a pillar, que digamos. Ella soltó unas risillas.

—Solo quiero averiguar si estará trabajando o no.

—Te divertirás más conmigo.

—Eso seguro. Pero, ya sabes, a lo mejor sería buena idea que los dos pasáramos tiempo juntos, si podemos. Estuvimos hablando de ir a ver una película o algo así.

Alargó la mano para coger *Time Out* y empezó a hojear rápidamente la sección de cine.

—No vayas a meterle canguelo otra vez —dijo Hendricks—. Ese tonto desgraciado probablemente haya enfermado del corazón.

—Intentaré no hacerlo.

—Y en teoría soy yo la clueca...

Porter no dijo nada. Escuchó cómo Hendricks daba otra calada y gemía de placer al soltar el humo.

—Avísame si te apuntas —dijo—. ¿Vale, Lou?

Mientras estaba despidiéndose, Porter oyó la puerta de fuera cerrarse de un portazo. Reconoció los sonidos, el arrastrar de pies y los suspiros, y esperó mientras él rebuscaba la llave.

—Perdona —dijo él, ya desde antes de entrar por la puerta; pasó y la vio llevar el teléfono de nuevo a su soporte, sobre una mesita de pino—. ¿Estabas hablando con tu novio?

—No, con el tuyo —dijo ella.

Thorne sonreía abiertamente cuando se quitó la cazadora. Daba gusto verlo; y eso a pesar de que, antes incluso de que se acercara lo bastante para notar el olor, Louise sabía que un par de pintas de cerveza habían facilitado las cosas.

## Veintitrés

Quizá hubiera rutas más directas de vuelta desde Deptford a su nueva casa, pero Marcus Brooks quiso seguir la línea del río. No tardaría mucho más de una hora u hora y media, y aunque hacía frío, el cielo estaba bastante despejado. Subió rodeando la curva, la de los títulos de crédito de «EastEnders», con los Docklands enfrente; intentando permanecer lo más cerca posible del agua, abriéndose paso entre los oscuros y grasientos muelles y embarcaderos hacia Wapping. La torre de Canary Wharf llenaba el cielo delante de él. La baliza que había sobre el tejado parpadeaba lejos, a su derecha; luego, a medida que avanzaba, quedó detrás por fin, donde el río se enderezaba a la altura del túnel de Rotherhithe.

Ponía un pie delante del otro una y otra vez. Mirando el río que se deslizaba y chapoteaba al lado, deseando tan solo dejarse caer donde estaba y hacerse un ovillo. Desesperado por unas pocas horas de sueño nada más, pero sabiendo que era una pérdida de tiempo intentarlo.

En vez de eso, bajó la mirada y vio cómo sus zapatos se tragaban la acera. Las manos en los bolsillos, tarareando cualquier canción que acompañara el ritmo de sus pasos. Y, además, vio la cara de Angela, y también la de Robbie, como debieron de estar en el último minuto; justo antes del golpe del coche. Luego vio otras caras; cómo estaban cuando vieron el martillo. La bolsa de plástico.

Tucker. Hodson. Cowans.

Sus caras estaban muy claras ya: inmóviles con las bocas abiertas y los ojos desorbitados. Aunque no los conocía a todos de vista; al menos, no al principio.

Desde luego Skinner, que se había llamado a sí mismo «Jennings» la última vez que se vieron, lamentablemente le era demasiado familiar; solo que desde lejos estaba más viejo, y luego, cuando Marcus se acercó, estaba muerto. Otra persona lo había matado antes de que él tuviera oportunidad de hacerlo.

Y algunos de los moteros habían estado allí en el juicio; chillando e insultándolo desde la galería, hasta que el juez mandó que los echaran. Estaban casi igual cuando salió de la cárcel y dio con ellos.

Estaba seguro de que Ray Tucker estuvo en la sala seis años antes, y también Ricky Hodson. Aunque por entonces no sabía sus nombres. De Martin Cowans no estaba seguro; todos tenían pelo largo y cuero y cosas así..., pero, de un modo u otro, daba lo mismo. Era uno de la banda; por lo que había descubierto, el jefe cuando asesinaron a Angela, y no importaba nada más.

Allá en Long Lartin, mientras él y Nicklin lo repasaban, había decidido que había que tratar a todo el mundo igual. Que todos tenían que compartir la responsabilidad de la misma forma. Sería estúpido hacerlo de otro modo; decir que el que conducía el coche tenía que morir, o que sufrir antes de morir, mientras que a algunos de los otros solo había que dejarlos lisiados o lo que fuera.

Era más limpio culparlos a todos.

A este último no lo conocía de nada, aunque había desempeñado su papel, igual que todos los demás que le habían jodido la vida. La primera vez o la segunda. Después de todo, la segunda no habría ocurrido sin la primera...

No lo conocía, pero ahora lo miró en detalle por primera vez. Estuvo esperándolo al frío, en la dirección que le dieron, hasta que volvió del trabajo. Entonces sacó el teléfono y grabó los pocos segundos de vídeo mientras el tipo salía del coche.

Había cumplido su parte con Nicklin.

Mañana por la noche cumpliría su propia parte.

Había mucho tránsito en torno a la gran isleta peatonal del final del puente de Waterloo; coches y personas. Se detuvo unos segundos y vio figuras que se movían hacia el norte y hacia el sur, inclinándose contra el viento, formando filas y charlando en las paradas de autobús que había a ambos lados de la calle, como si nada importara nada. Pensó en dónde habrían estado; sabía que había cines y teatros debajo del puente. Luego empezó a mover los pies otra vez; apresurándose, porque aquello le traía sin cuidado.

Rodeó la parte de atrás de la estación de Waterloo y subió por delante del hospital de St. Thomas. Un sábado, hacía años, había pasado un par de horas allí en urgencias, cuando un imbécil le dio un cabezazo a las puertas de una discoteca. Recordaba a Angela echándole una buena bronca cuando lo alcanzó. Gritándole, diciendo que seguro que se lo había buscado. Besándole los puntos de sutura después...

Ya solo quedaban unos pocos minutos; lo haría dentro de poco más de una hora. Seguir justo por encima del río hasta el último momento; luego volver sobre sus pasos y cruzar cuatro carriles del Albert Embankment. Sin correr, sin preocuparse por las luces y los cláxones. Haciendo que el tráfico redujera la velocidad por él.

Imaginando la cara de Angela cuando se diera cuenta, demasiado tarde, de lo que iba a suceder. Y sabiendo que debía de estar pensando en Robbie. Que ella habría hecho cualquier cosa por salvarlo.

Pensando en su niño; en lo que debió de pasar por la cabeza de Robbie al final.

Deseando haber estado allí dentro, en algún sitio.

Louise se había quedado dormida en el sofá, a mitad de un documental en el que ninguno de los dos estaba demasiado interesado. Thorne había conectado los auriculares al ordenador portátil de Louise y había abierto una sesión; se puso a jugar unas pocas manos como una rubia sofisticada de escotada blusa. Presumiendo, en todos los sentidos.

Al cabo de una hora él/ella estaba mano a mano con MamiPóquer, un personaje de aspecto furtivo con sombrero de *cowboy*. Acababa de subir sesenta dólares cuando vio que se encendía la pantalla del prepago; se quedó observando cómo el móvil zumbaba por el tablero de la mesa, junto al ordenador. Lo había puesto en silencio para que ninguna llamada ni tono de aviso despertara a Louise.

Se desplazó por la pantalla y miró el mensaje de Brooks.

Luego pasó con sigilo por delante de Louise y se llevó el teléfono al cuarto de baño mientras, allá en la mesa virtual, veían su apuesta, y sus reyes y seis salían perdiendo ante tres sietes.

*estbs en el piso?*

Lo enviaban desde otro número nuevo. Brooks seguía usando las tarjetas SIM una vez y luego las tiraba. No tenía forma de saber que no estaban controlando sus mensajes; que Thorne era el único que los veía, y que nadie hacía ningún esfuerzo por seguirles la pista.

Thorne bajó la tapa del asiento del retrete. Se sentó y escribió en la pantalla de respuesta.

*Sí. Tus cartas están a salvo.*

Esperó. Miró cómo le decían que su mensaje se había enviado. Y algo aún más importante: recibido.

Sentía las manos pegajosas, algo entre los dedos. La alianza de su padre, que llevaba en la mano derecha, no se movía con suavidad cuando intentaba darle vueltas. Se levantó y se lavó las manos mientras esperaba por si Marcus Brooks tenía algo más que decir; estaba secándose las manos cuando recibió su respuesta.

*da igual*

Thorne intentaba calcular cómo contestar cuando llegó otro mensaje.

*tengo otro vid para mandar*

*Cuándo?*

*mañana*

Thorne no sabía lo que Brooks quería decir. ¿Enviaría el vídeo al día siguiente, o al día siguiente mataría al que estuviese en él?

*Vivo o muerto?*

Thorne esperó.

*mañana*

Oyó el agua moverse por las cañerías. De la puerta colgaba uno de sus viejos batines, ya descolorido, que la gata había hecho trizas. Lo había llevado allí cuando Louise le regaló uno nuevo por su cumpleaños. Ella también había trasladado bastantes cosas. Su cuarto de baño empezaba a oler casi tan bien como este.

*quién mató skinner?*

Thorne no vio motivos para dudar. Mientras escribía, pensó que era irónico que compartiera su teoría con el hombre a quien todos consideraban culpable de la muerte del policía.

*Tiene que ser el otro poli.*

Brooks tardó un minuto en volver.

*no m sorprende mcho  
Quién es?*

De su hora y media en el bar con Richard Rawlings, Thorne no había conseguido nada útil. El sargento le ofreció una buena actuación, o por lo menos así se lo parecía a Thorne. Y quizá se lo parecía mucho más al verlo retrospectivamente...

—Por lo visto Paul andaba metido en cosas feas —Rawlings parecía casi desolado, al tiempo que se tragaba una pinta de cerveza de tres tientos al vaso—. Feísimas de cojones.

—¿Eso es lo que le ha contado Nunn?

—Prácticamente.

—¿Y usted no sabía nada de eso?

—Quizá... No sé. De vez en cuando tenía sospechas, pero uno se las guarda, ¿no? Éramos amigos, y a lo mejor me engañaba, pero nunca creí que fuera nada demasiado chungo. Jamás de los jamases. Joder, uno cree que conoce a la gente...

El teléfono volvió a zumbar en la mano de Thorne.

*squire*

Thorne le dio una patada de frustración al lateral de la bañera. Otra vez tenía la mano húmeda y fría; pegajosa contra el plástico del teléfono.

*Cómo se llama de verdad?  
t mando 1 mnsj*

Así que Skinner era «Jennings». Estaba claro que Brooks pensaba que los dos hombres eran igual de culpables, pero Thorne esperaba que tal vez, algún día, a un tribunal le importaría saber cuál de ellos había sido responsable de qué.

*Mató a Tipper?  
1 d ellos fue*

Ahora Thorne escribía demasiado rápido, cometiendo faltas, sin molestarse en retroceder para corregirlas.

*Dime bomo cómo puedp encontrar lo  
no vle la pena. Luego: ya lo he encontrado*

La agitación de Thorne fue dando paso a la irritación, y también al enfado consigo mismo. La conversación con Brooks que había estado esperando, de la que tanto pensaba sacar, no conducía a ninguna parte. La otra noche le había parecido que todo cuanto él y Louise se decían estaba cargado de significado... Pero esto no eran más que palabras en una pantalla, y ninguna le indicaba nada de lo que necesitaba saber.

Contacto no era lo mismo que conexión.

Escribió:

*Lo de las cartas era de verdad.*

Tan pronto como pasó medio minuto, Thorne supo que Brooks no tenía nada más que decir. Se lo imaginó en la oscura esquina de una calle, abriendo la carcasa de un teléfono y tirando el diminuto SIM a un sumidero.

Le dio otros cinco minutos, luego se levantó y volvió a lavarse las manos; se las secó hasta que le dolieron, hasta que pudo darle vueltas al anillo fácilmente en el dedo. Entonces se guardó el teléfono y, con paso cansado, entró en la sala para despertar a Louise.

Davey Tindall bajó del autobús nocturno en Vauxhall Cross y empezó a caminar. Echando chispas. Un joven se le plantó delante, algún yonqui con la capucha puesta, al que le dijo que se fuera tomar por el culo antes de que abriese la boca siquiera.

El patrón de Tindall tenía negocios que llevar; tenía gastos generales y márgenes de beneficios y todas esas cosas. Tindall lo comprendía. Así que no era con él con quien estaba cabreado; era con aquel par de pajarracos con placas de identificación.

Un radio-taxi a mitad de precio al acabar la noche era una de las ventajas que el jefe de Tindall le conseguía. Él habría preferido otro billete de diez en el salario al final de la semana, pero el tipo que le pagaba el sueldo tenía participación en una empresa de taxis, y no había más que hablar. Aunque esta noche no lo habían llevado a casa. Cuarenta y cinco minutos en un autobús lleno de chalados y de indigentes borrachos. Y todavía le parecía que tenía bastante suerte de conservar su trabajo...

La bofia nunca tomaba en cuenta esas cosas, ¿verdad?

Alguien de una de las librerías de saldo de enfrente del cine, las que tenían revistas pajilleras en el sótano, había descubierto que la taquilla estaba cerrada durante quince putos minutos. El hijo de puta entrometido se lo dice a alguien, y, como siempre, se corre la voz. Lo siguiente es que uno de los primos aparece con su traje elegante, pavoneándose, y quiere saber qué ha estado pasando.

—Han sido diez minutos, no más.

—Sí, diez minutos en que nuestros clientes se han ido a otro lado. Diez putos minutos de más, Davey.

Le había dicho al mamoncete engreído que tenía cagaleras: un *vindaloo*

sospechoso que había tomado la noche antes; tuvo que cerrar para ir a una farmacia. El primo se larga, luego una hora después llama el jefe, así que tiene que contarle el mismo cuento.

—Me importa un carajo. Tus tripas chungas me han costado dinero. La próxima vez usa un puto cubo o lo que sea, pero no dejes de vender las entradas.

Él se rio y pidió perdón. Creyó que se había salido con la suya.

Entonces:

—¿Cómo te vas esta noche a casa, Davey?

Tindall retrocedió por el Embankment, luego cruzó por debajo de las vías del tren y sacó la llave. Estaba muerto de hambre; mientras entraba empezó a pensar en una tostada con queso. Normalmente, a la hora de la cena habría cruzado un momento la calle a por un bocadillo, pero después de que llamara el jefe le dio miedo salir de la cabina ni unos minutos siquiera. Solo quedaban abiertos sitios de kebabs cuando salió del trabajo, y esa mierda sí que le daba cagaderas.

Gritó «hola» al cruzar la puerta; le hizo mimos y carantoñas a su perra Jack Russell, que acudió saltando sobre el linóleo para recibirlo. Fue detrás de ella de vuelta a la cocina y le vertió algo de comida en un cuenco. Luego encendió el grill y subió sin prisas a la habitación de invitados.

Nadie contestó a su llamada, de modo que asomó la cabeza por la puerta.

—Perdona, hijo, creí que habías salido.

—¿Por qué has entrado entonces?

Brooks habló sin levantar la vista. Estaba sentado en el borde de la cama, con la mirada clavada en el teléfono que tenía en la mano, apretando teclas. Sus zapatillas de deporte estaban sucias y llenas de rozaduras. Había papeles desperdigados sobre la cama y más teléfonos. Bolsas de plástico apoyadas en la pared que contenían toda su ropa; un tazón y un plato sucios en la moqueta.

Tindall entró y recogió los cacharros vacíos.

—Estoy haciendo tostadas con queso, si quieres.

Brooks no dijo nada durante unos segundos; después alzó la vista y lo miró, como si la voz del escocés acabara de llegarle justo entonces.

—En fin, abajo hay si te apetece, ¿sabes? Y además, té.

Tindall apartó la vista y echó un vistazo por la habitación como para comprobar que todo estaba a gusto de su huésped, o que no se había causado desperfectos a nada. Con un susurro contra el pelo de la moqueta, la puerta se enganchó cuando empezó a tirar de ella.

—Tengo que cepillarle dos centímetros a esta puta puerta —dijo.

Brooks estaba mirando el teléfono otra vez, observando con atención la pantalla.

—Tienes que dormir un poco, hijo...

Sin esperar su reacción, Tindall cerró la puerta y volvió a bajar en busca de su cena y de su perra.

Thorne se despertó con el brazo estirado por el lado frío de la cama, donde debía de haber estado Louise. Desnudo y medio dormido, fue a la cocina. Encontró a Louise apoyada en la encimera con una bata puesta y rodeando con las manos su tazón preferido.

—¿Estás bien?

—Solo quería un poco de té —dijo ella.

Thorne escudriñó el reloj digital que estaba en el frontal de la cocina.

—¿A las cuatro y media?

—¿Por qué nunca me cuentas nada?

Aquello le despertó muy rápido. Joder, ¿habría descubierto de algún modo el contacto con Marcus Brooks? Intentó ocultar su inquietud bajo el desconcierto y la falta de sueño. Respiró fuerte y parpadeó despacio.

—Perdona... ¿Cómo? ¿Hay alguna conversación que me haya perdido?

Louise meneó la cabeza.

—Esa es la cuestión.

No se trataba de Brooks. Era algo más general; algo que ella había ido juntando. Se sintió aliviado, luego irritado... Y luego sintió frío. Bajó la mano para rodear sus manguantes vergüenzas mientras se volvía hacia el cuarto de baño a buscar el andrajoso batín.

—Adiós entonces —dijo ella.

A Thorne se le desplomaron los hombros, y tardó un segundo en hablar.

—¿Qué no te cuento?

Ella alzó la mirada, como si tuviera mucho donde escoger.

—Toda clase de cosas.

Luego, como si hubiera arrancado una de ellas de la nada:

—Tu padre.

—Te lo he contado.

—Sé lo que pasó... Más o menos. El incendio, el que a lo mejor no fue un accidente...

Thorne suspiró. Lo dijo como si ella fuera idiota y él lo dijera por última vez.

—Hubo un incendio, y él murió, y no sé, no sabré nunca, joder, si el imbécil hijo de puta se dejó encendida la estufa o si alguien entró en la casa y le echó una mano. ¿Está bien?

Ella asintió, queriendo decir que no.

—No entiendo qué más quieres saber.

—Cómo te sientes —dejó el té—. Dios mío, yo...

—¿Cómo crees que me siento?

—Estoy preguntándotelo.

—Creía que era evidente, joder.

—No lo es.

Thorne levantó los brazos en un gesto de impotencia; como si quizá fuera más culpa de ella que suya.

—¿Qué me dices del hombre que crees que quizá lo hiciera?

Thorne meneó la cabeza; ni siquiera quería decir el nombre.

—¿Qué sientes respecto a él?

Él se observó detenidamente los pies descalzos sobre las baldosas; se dirigió a ellos.

—Estoy en pelotas y medio dormido. Ni siquiera pienso con claridad. Esto es una tontería...

Ella dio un paso hacia él y metió las manos en los bolsillos de la bata.

—Hace cinco meses que estamos juntos, y a veces parece que hace apenas diez minutos que te conozco. Cinco meses, y la otra noche, en la cama, hice una auténtica y puñetera estupidez. He pensado en ello y, dijera lo que dijese, debe de haber una pequeña parte de mí que lo deseaba. Aunque solo fuera durante unos segundos —sacó la mano derecha del bolsillo de la bata y se agarró un puñado de tela sobre la tripa—. Alguna parte de mí lo deseaba, y por eso estoy haciéndome un té en mitad de la noche, porque, si te soy sincera, no me parece que me cuentes nada más, que de verdad me cuentes nada más, de lo que le cuentas a Phil, o a Dave Holland, o al tipo al que le compras el condenado periódico por la mañana.

Se calló y esperó a que Thorne levantara la cabeza; buscó algo en su cara.

—Tienes razón —dijo, al tiempo que se movía hacia la puerta—. Esto es una tontería.

—¿Podemos hablarlo mañana?

Mientras pasaba por su lado dando un empujón, ella dijo:

—Siento haberte despertado.

## Veinticuatro

—Este trabajo es un puto chiste.

—¿Acabas de entenderlo por fin? —preguntó Thorne.

Kitson pasó por delante de Thorne, que esperaba su tostada, y metió una bolsita de infusión de hierbas en una de las pequeñas teteras de metal individuales que siempre derramaban el té por toda la mesa cuando uno intentaba usarlas.

—Un chiste de esos de «tengo una buena noticia y una mala noticia» —dijo—. Toda una serie, joder.

Thorne alargó la mano para coger un rectángulo de mantequilla envuelto en papel de plata y un sobrecito de mermelada, al tiempo que pensaba que, cuando estaba de mal humor, Kitson decía casi tantos tacos como Richard Rawlings. Casi todo el rato su propio lenguaje era muy poco refinado también, pero había empezado a observarlo en los demás. Quizá otro vestigio de los últimos meses de su padre.

—Entonces me imagino que tienes un chiste para mí...

Llevaron las bandejas a una mesa y se sentaron junto a unos cuantos agentes de otro grupo, que acababan de salir del turno de noche. Estos policías tomaban el desayuno prácticamente en silencio; rendidos, pero también aliviados por haber superado toda la noche de un viernes. Thorne había realizado aquel turno las suficientes veces como para saber que uno o dos no debían de tener muy claro el día que los esperaba con sus familias; tenso y estresante en potencia, después de las ocho horas más difíciles de la semana.

—Buena noticia: tengo el nombre de un hombre a quien la novia de la víctima identifica como nuestro asesino —Kitson se sirvió el té; con una servilleta de papel secó lo que se había derramado—. Mala noticia: ha desaparecido.

—¿Kemal?

—La tintorería lleva una semana cerrada, y los vecinos no le echan el ojo encima. Se ha dado el piro, por lo que parece.

Thorne habló con la boca llena de tostada.

—Bueno, desde luego no es una noticia estupenda si necesitas que te planchen una camisa, pero da la impresión de que es tu hombre.

—Exacto. Y por eso es una mala noticia, coño.

Uno de los detectives miró desde el otro lado, como si el lenguaje soez en una mujer y tan temprano lo distrajera de su desayuno inglés completo. Kitson le devolvió la mirada y le dejó muy claro que no se le había acabado el suministro.

—Aparecerá —dijo Thorne.

—Si todavía está en el país. Lo más probable es que ya esté escondido en algún pueblo pesquero turco.

—¿Has puesto gente en los puertos?

—Están «organizándolo» —hizo un gesto de comillas como para poner en duda la eficacia de quienes lo organizaban—. Pero creo que es demasiado tarde, joder.

—¿Crees que se ha enterado de que su hermana lo sabía? ¿Que era probable que lo delatara?

—¿Quién sabe?

—Eso explicaría por qué estaba tan asustada.

—Quizá no era la única que estaba asustada —dijo Kitson—. Deniz Sedat tenía algunos amigos desagradables de verdad. Si yo fuera Halal Kemal, la policía no es lo que más me preocuparía.

Thorne asintió y masticó la tostada. Pensó que la teoría de Kitson estaba muy bien, pero que ella aún no se había encontrado con cierta clase de policía.

Camino de su despacho, Thorne pasó por delante de Stone cuando este repetía su número de «mujeres y bolsas de basura» para una guapa administrativa. Parecía estar funcionándole.

*Este trabajo es un puto chiste...*

Muchos chistes revoloteando, y un buen ambiente poco común en la central operativa. Y eso a pesar de que casi todos los que estaban trabajando preferirían estar haciendo otra cosa un sábado por la mañana: tener relaciones sexuales; ver «Football Focus»; tener relaciones sexuales mientras veían «Football Focus»...

Justo después del desayuno había recibido un mensaje de texto en su viejo móvil.

*Anoche fuiste muy ardiente. Eres el mejor XXX*

Hendricks. Con una sonrisa, Thorne borró el mensaje. Le había contado lo de la escucha pensando que, tal como estaban las cosas, una breve estancia en la cárcel no estaría tan mal, y sabía que el cabrón descarado se lo mandaba pensando en quienes interceptaban los mensajes de aquella línea. Imaginó los comentarios cuando localizaran el número.

A media mañana una llamada de Keith Bannard bajó un punto o dos el humor de Thorne.

—¿Ha estado disgustando a mi soplón?

Tindall: una «fuente humana encubierta de información», o FHEI, según un millar de memorándums y partes de gastos... Aunque todo el que no quería parecer completamente ridículo usaba la trillada jerga que adoraba todo poli de ficción, de Jack Regan en adelante.

—Desde luego se le disgusta fácilmente.

—Sí, bueno, pero es a mí al que le da el dolor de oídos...

Mientras lo escuchaba, Thorne imaginó al hombre de G&O como un policía de televisión: un poli rural y sensato que enloquece en la gran ciudad; cara roja y manazas que no dejan de agitarse, siempre indignado por el modo en que la gente hacía las cosas y por el precio de todo. Solucionando las cosas a su manera.

Thorne le explicó por qué él y Holland habían hecho la excursión a Soho. Y que,

aunque estaba claro que el señor Tindall era un individuo muy sensible, también era un sinvergüenza embustero.

—¿Sacó algo? —preguntó Bannard.

—¿Qué? ¿Se refiere aparte de la profunda tristeza y la oferta de entradas gratis para una película porno?

—Sí, bueno, todos sacamos eso.

—He sacado una lista de nombres.

Thorne le contó lo de la conversación que Tindall afirmaba haber tenido con Marcus Brooks; lo de la gente que le había aconsejado ir a ver para el alojamiento. Le leyó los nombres en voz alta.

—¿Ha hablado ya con alguno de ellos? —preguntó Bannard.

—Algunos van a recibir visitas hoy, más tarde.

—Buena suerte.

A Thorne no lo sorprendió en absoluto que Bannard fuera pesimista.

—¿Qué diablos le pasa a esta gente cuando se trata de hablar con la policía? No pretendo que se incriminen a sí mismos, ni que delaten a nadie. Solo me refiero a que digan algo, joder. Con los Black Dogs es como una especie de distintivo honorífico. Con los de paisano encabeza la lista, junto con la empanada con puré de patatas, el boxeo y querer a sus mamas.

—A lo mejor es por usted —dijo Bannard—. Todos hablan conmigo.

—Solo cuando tiene por dónde agarrarlos.

—Así resulta más fácil.

—¿Cómo hizo que Tindall empezara a hablar?

—Dinero, amigo —Bannard era prosaico—. La forma más fácil de todas. Su mujer estaba enferma, a punto de espichar, creo. Necesitaba dinero para cuidar de ella.

Thorne sintió una punzada de culpabilidad por cómo había valorado a Tindall. Al mismo tiempo pensó que el personaje de Bannard quizá fuese demasiado duro incluso para el más hastiado de los espectadores de televisión.

—¿Algo que pueda conseguirmos? —preguntó—. ¿Sobre alguno de estos nombres?

—La verdad es que no.

—Creí que a lo mejor usted tenía algo de..., influencia.

—Oiga, amigo, si tuviera algo por donde agarrar a cualquiera de estos cabrones, lo habría usado ya.

—Solo era una idea.

—Por preguntar que no quede.

—¿No tienen a nadie dentro de ninguna de estas «empresas»?

Bannard aspiró el aliento; luego respondió como un taxista a quien le piden que vaya hacia el sur del río a las cuatro de la madrugada.

—Ahí sí que no puedo entrar, amigo.

Dijo que preguntaría por si alguien de su grupo tenía alguna buena idea. Todo el mundo tenía contactos distintos.

Thorne dijo que se lo agradecería.

—Aquello de que hablamos la otra noche —añadió—, bajo el puente... Me preguntaba si los Black Dogs se han buscado un nuevo jefe ya.

Pensaba en quién sería el próximo del que planeaba deshacerse Marcus Brooks. En el mensaje que esperaba recibir en algún momento de aquel día.

Bannard dio un bufido desdeñoso.

—Bueno, si es así, no sé quién es. Al final me enteraré. Aunque será algún hijo de puta con el pelo largo y tatuajes, eso se lo garantizo.

Thorne sabía a lo que se refería Bannard. Ya empezaba a confundir a los tres moteros muertos en su cabeza: una masa de blanca carne muerta y tinta de colores.

—Creo que por eso se ponen los apodos —dijo Bannard—. Para distinguirse entre sí.

—Tiene lógica —dijo Thorne.

Bannard bromeaba, aunque aquello es lo que hacía su viejo cuando empezaron los cortocircuitos. Los nombres fueron lo primero en desaparecer, sustituidos por sencillas (y por lo general poco lisonjeras) descripciones físicas. Todo el mundo, desde el del kiosco hasta el propio Tom Thorne.

—¿Así que esa es la mejor opción que tienen? —preguntó Bannard—. ¿Los nombres que consiguió de Tindall?

—¿La mejor opción?

—Para intentar localizar a Brooks, quiero decir.

«Bueno, aparte de los amistosos mensajes de texto que nos mandamos de madrugada», pensó Thorne.

—Estamos investigando unas cuantas cosas más —dijo.

En realidad había más de unas cuantas.

Las llamadas «veinticuatro horas de oro» desde que el cuerpo de Martin Cowans se sacó del canal no habían proporcionado nada mínimamente valioso, aunque todavía había muchas pistas pendientes de investigar: los objetos recogidos en el domicilio de Hammersmith, la descripción más reciente de Marcus Brooks, la información que brindó Davey Tindall... Habían enviado policías para entrevistarse con los de la lista de Tindall, pero casi todo el grupo de investigación, que ya había crecido hasta los cincuenta y tantos entre personal de la policía y civil, se afanaba en el lugar donde el detective moderno realizaba la mayor parte de su trabajo: ante una mesa, teniendo a mano el teléfono, el fax y el teclado del ordenador.

Hoy día la mayoría de los partes médicos que presentaban los empleados de la Policía Metropolitana eran por problemas de espalda o lesiones en muñecas y brazos por movimiento repetitivo. Ni siquiera los asistentes sociales que supervisaban a los presos en libertad condicional, agrupados la mitad de las veces con los trabajadores a tiempo parcial de la Policía de Apoyo a la Comunidad, sufrían ya de los pies. Aunque

a Thorne le daba la impresión de que casi seguro que él gastaba un poco más de suela que la mayoría; desde luego, más que los de su rango.

—Sí, pero eso no es porque trates de localizar cosas, ¿verdad? Es porque huyes de algo.

Holland o Hendricks..., en fin, se lo había dicho alguien que le tomaba el pelo.

Cuando Thorne soltó el teléfono, todavía sin saber muy bien por qué había llamado Bannard, fue a buscar a Holland.

—Sigo sin aprender a mantener cerrada esta boca, ¿eh? —dijo el sargento.

En la sesión informativa del jueves había sugerido que a lo mejor averiguaba dónde se había comprado Brooks el coche. Desde entonces, aparte de su excursión con Thorne al Soho, había pasado casi todo el tiempo arrepintiéndose.

Empujó una pila de papeles por la mesa hacia Thorne.

—Vendedores de coches de segunda mano de Acton, Brentford, Chiswick y Shepherd's Bush. Centenares de esos hijos de puta, y eso sin los dudosos... —Alargó la mano para coger una nota autoadhesiva donde había garabateado unos apuntes—. He encontrado un par de buenos BMW de segunda mano que a lo mejor te interesan. Ya sabes, siempre que te apetezca entregar como entrada el «vomitomóvil».

—No te escucho —dijo Thorne.

Holland echó atrás la silla y señaló un grueso montón de viejos periódicos y revistas de coches.

—Eso también ha sido un gusto: llamar por teléfono a todos los maleantes que tal vez hayan enchufado un Mondeo oscuro al contado hace unos días. Deberías oír cómo inspiran el aliento cuando les digo desde dónde llamo. Como si hubieran matado a alguien porque le han vendido a algún pobre diablo un ataúd con ruedas...

—Parece que te has divertido —dijo Thorne.

Holland bromeaba pero, en los casos que solían llegarles, el coche era el arma homicida con más frecuencia que la pistola o el cuchillo. Thorne volvió a pasarle el manojito de papeles; le había recordado de pronto que su propio papeleo estaba guardado en el cajón de su mesa.

Cartas de un hombre a su esposa e hijo muertos.

—El comisario estaba buscándolo —dijo Karim detrás de él.

Thorne se volvió.

—Bueno, pues no me buscaba mucho. Solo he estado aquí y en el despacho.

Karim hizo una mueca de «¿A mí qué me cuenta?», seguida de otra que le indicaba que continuaran la conversación en otro sitio.

Salieron al pasillo.

—Brigstocke tiene no sé qué «cita».

Karim recalcó la palabra lo suficiente como para que Thorne supiera que el comisario no había ido al dentista. Thorne hizo la pregunta con una mirada.

—Un abogado —dijo Karim—. Parece que este asunto de la JRP, sea cual sea, va a más.

Igual que todo lo demás, pensó Thorne.

—Así que usted actúa de comisario.

—¿Cómo?

—Solo hasta que regrese. No deberían de ser más de unas horas.

—¿Por qué yo? Por lo general no soy yo.

—Por lo general no está usted por aquí. De todas formas es lo que él ha dicho; y, además, yo personalmente creo que no le vendrá mal tener más responsabilidades.

Karim iba riéndose mientras se alejaba sin prisas, pero la mente de Thorne ya estaba en otro sitio: pensando en algo que Sharon Lilley había dicho aquella noche en el bar, cuando le contó que su comisario dio un paso atrás para dejarla llevar la investigación Tipper.

¿Había mencionado un nombre?

Dijo que la idea era «probarte los zapatos para ver si te quedan bien»: acostumbrarse a dirigir una investigación de envergadura. Pero a Thorne se le ocurrieron motivos menos altruistas por lo que un policía tal vez no deseara verse involucrado.

Si conocía en persona al principal sospechoso, por ejemplo... O si era uno de los dos responsables de convertirlo en el principal sospechoso.

Thorne fue por el pasillo hacia su despacho. Lilley dijo que no estaba segura de dónde había acabado su comisario; algo sobre que era del tipo de persona que siempre cae de pie. Mentalmente, Thorne tomó nota de intentar averiguar dónde había caído.

Al ir a entrar en el despacho estuvo a punto de chocar con Kitson, que salía.

—Hemos encontrado a Kemal —dijo—. Está en Bristol, o al menos estaba allí hace dos días.

—¿Y no estás ni siquiera un poquito decepcionada?

—¿Cómo dices?

—Sé que andabas buscando un viaje a ese pueblo de pescadores turco.

—Me conformaré con un día en Bristol —dijo Kitson—. Tiene buenas tiendas.

Estaban en el estrecho pasillo. Tras un cristal, unos carteles daban publicidad a nuevas iniciativas: medidas severas contra los fugitivos en libertad bajo fianza; una campaña para que los delitos de carácter xenófobo, racista u homófobo no se introdujeran en el deporte... Una gráfica de barras pregonaba con orgullo el aumento de hasta un ochenta y siete por ciento de la tasa de casos resueltos por número de denuncias de asesinatos en toda la Policía Metropolitana.

Si no atrapaban a Marcus Brooks, pensó Thorne, tendrían que volver a dibujar la gráfica.

—Hace dos días le pusieron una multa por estacionamiento indebido en el centro de Bristol. Un Renault matriculado a nombre de Hakan Kemal.

—¿La ha pagado ya?

—Creo que tiene cosas más importantes de las que preocuparse.

—¿Y qué hay en Bristol?

—Ni idea. Algún lugar donde esconderse, supongo.

—¿Vas a hablar con la hermana otra vez?

Desde el despacho, Thorne oyó un pitido amortiguado: el tono del prepago sonando en el bolsillo de su chaqueta. El sonido de un mensaje que llegaba. Pasó por delante de Kitson con aire despreocupado y cruzó hasta la silla, intentando mantenerse atento a lo que le decía, al menos con un oído.

—... llamé antes, y me salió el contestador...

Mientras asentía con la cabeza, diciendo: «continúa», Thorne sacó el teléfono y de forma automática inclinó el cuerpo para separarse de Kitson, que lo había seguido hasta dentro sin dejar de hablar.

—Estaba pensando en charlar con los padres...

Un sobrecito parpadeaba en la pantalla. Otro número que Thorne no reconocía.

—Pero creo que deberíamos darle a Harika la oportunidad de que vuelva a llamarme primero.

Thorne tecleó MOSTRAR y luego se desplazó hacia abajo; pulsó un botón para reproducir la secuencia de vídeo.

En aquel momento, de repente, todo lo que estaban hablando y todo lo que Thorne estaba pensando se apagó en su cabeza. Kemal, el seguimiento del comisario de Sharon Lilley... Todo. Las palabras de Kitson se desvanecieron como si unas manos enormes le taparan fuerte las orejas.

Como si ella le hablara debajo del agua.

La secuencia de quince segundos acabó. Se quedó congelada. Un coche familiar plateado; un hombre que se apartaba de él.

Thorne estaba mirando una fotografía de Phil Hendricks.

## Veinticinco

Hendricks se rio cuando Thorne se lo dijo. Una risa nerviosa tal vez, pero desde luego parecía despreocupado.

—Está intentando vacilarte, colega.

—Bueno, pues lo ha conseguido, joder.

—Ese es el objetivo desde el principio, ¿no? Intentar obtener una reacción.

Thorne no recordaba lo que le había soltado a Kitson cuando salió corriendo del despacho y llevó el teléfono de prepago al otro extremo del pasillo. Entonces fue a la escalera, inspiró una buena e inoportuna bocanada de aprensión de la moqueta nueva y marcó el móvil de Hendricks.

—¿Qué plan tienes hoy? —preguntó Thorne.

—Que me rompan la cabeza con un martillo, por lo visto.

—No bromees con esto.

—Es que es un puñetero chiste.

—Oye, lo mejor sería que te quedaras en casa. Y dile a alguien que se quede contigo...

—Tranquilízate...

Thorne estaba haciendo todo lo posible por tranquilizarse, pero no era fácil. La negativa de Hendricks a asustarse no hacía sino aumentar su propia inquietud, su propio pánico.

—Me cago en diez, Phil. ¿No has visto lo que lleva ocurriendo estas dos semanas? ¿En cuántos cuerpos has trabajado?

—Moters y polis corruptos, todos. Todos, gente a la que Brooks culpaba de la muerte de su novia. Esa es la pauta, ¿verdad?

—Y todos, gente de la que recibí fotos.

—Es una vacilada, te lo aseguro.

—Perdona, pero no eres tú quien va a tomar esa decisión.

Hendricks volvió a reír, pero a Thorne su risa le pareció un dedo que lo pinchaba en el pecho.

—Antes de que empieces a hacerte el poli «que se ciñe estrictamente a las normas», deberías recordar con quién estás hablando, colega.

—¿Y quién va a hacer tu autopsia, Phil? ¿Tienes que designar a alguien?

—Vamos, estás poniéndote ridículo.

—No, en serio —dijo Thorne—. Me interesa.

—Y en teoría soy yo la reina del drama. Dios mío...

Por encima de la estrecha barandilla, Thorne miró hacia abajo mientras oía respirar a su amigo. Así era como discutían. Ya hablaran de política o del cargo de primer ministro, Thorne era el que perdía los papeles y el que más chillaba, mientras que Hendricks se burlaba de él, displicente o sarcástico; y luego, a menudo, se quedaba furioso durante horas o incluso días.

—¿Qué tengo yo que ver con nada de esto? —dijo Hendricks al final—. Piénsalo un minuto y verás lo ridículo que es.

—Estás relacionado conmigo. A lo mejor con eso basta.

—Vamos, este tipo no mata solo por gusto, ¿no? Lo hace para saldar cuentas pendientes.

El pánico inicial de Thorne empezó a disminuir un poco cuando entendió la lógica de lo que su amigo decía. No había un buen motivo para que Brooks quisiera que muriese Hendricks; desde luego, no el Brooks que creía estar empezando a comprender.

—Lo sé, y es probable que tengas razón, pero solo te pido que tengas cuidado. Quédate donde estás y ve la televisión o algo así. Pide que te lleven una *pizza*. No vas a morirte por eso.

—¿Quieres expresarlo de otro modo?

—La verdad es que no —dijo Thorne—. ¿Dónde estás? ¿En tu casa?

—No...

—Eso está bien; bueno, no te muevas.

Thorne no solo había reconocido el coche de Hendricks en la secuencia de vídeo. Lo había visto parar delante del domicilio de Hendricks.

—¿Hay alguien contigo?

—Eso no es problema —dijo Hendricks—. Tengo a una guapa y dura agente de policía para cuidarme. Bueno, en este preciso instante está en la ducha, pero no creo que piense salir a ningún lado.

Estaba en casa de Louise.

—Tiene gustos extraños con los tíos, pero creo que sabe cuidarse.

Eso Thorne no lo discutía y, además, a cada segundo que pasaba estaba más convencido de que Hendricks tenía razón, de que no había verdadero motivo para preocuparse. Aunque, teniendo en cuenta quién era probable que le hubiera facilitado la información a Brooks, no pudo evitar preguntarse si sabría también dónde vivía Louise.

Trató de quitarse aquella idea de la cabeza.

—¿Qué dice Brigstocke?

De pronto a Thorne le tocó responder una pregunta todavía más difícil.

—No lo sabe.

—Porque...

Porque soy un puñetero imbécil, pensó Thorne.

Le contó a Hendricks lo de la noche que recibió el primer texto de Brooks, en el jardín de la casa de Paul Skinner. El momento en que se dio cuenta de que en el meollo del caso había un policía que, casi con toda seguridad, ya había matado dos veces y era responsable de muchas más muertes. Cuando Thorne se dio cuenta de que no era una información que deseara compartir. Le dijo que desde entonces se había puesto en contacto con Brooks varias veces por una línea que no estaban controlando;

que supo que Cowans estaba muerto antes de que se descubriese su cadáver siquiera.

Que sabía que Brooks planeaba matar otra vez.

—Vaya cara dura que tienes —dijo Hendricks, cuando Thorne terminó—. Y me echas un sermón a mí...

—Te hago una advertencia.

—Bueno, pues muchísimas gracias, me consideraré advertido.

—Esto no cambia lo que he dicho, Phil.

—¿Ah, no?

—¡No seas gilipollas! —Thorne estaba gritando ya; perdiendo los papeles de nuevo. Pero en el fondo sabía que era porque también había perdido toda autoridad—. De modo que la he cagado. No es la primera vez.

—Aunque bien podría ser la última.

—No pasará nada si tienes cuidado. ¿De acuerdo?

—¿Por qué no le preguntas sin más a tu amigo Brooks si tiene pensado liquidarme? A lo mejor eso nos evitaba un montón de jaleo.

—No funciona así.

Thorne oyó la ira en el silencio de su amigo. Imaginó una expresión que solo había visto una o dos veces y sintió un estremecimiento de alivio por no estar hablando cara a cara con él.

—Más vale que vaya a cerrar las puertas con llave —dijo Hendricks—. Como un buen chico.

—Oye, Phil... No se lo digas a Louise.

—¿Qué? ¿Que es posible que alguien esté intentando matarme? ¿O que te has hecho muy amigo de él a escondidas?

Thorne no tuvo una respuesta rápida.

—Colega: si de verdad querías jugar a ser Dios, debiste hacerte médico, joder...

Por mucho que su cara expresara lo contrario, Thorne pasó buena parte de la hora del almuerzo en el Royal Oak diciéndole a la gente que no le pasaba nada. Le costaba compartir la emoción de Kitson ante la posibilidad de localizar a Hakan Kemal en Bristol. Y también, reaccionar a la noticia de que ninguno de los de la lista de Tindall entrevistados hasta ahora había colaborado cuando les preguntaron si habían ayudado a Marcus Brooks a encontrar un lugar donde quedarse.

—Se quedan sin habla en cuanto ven una placa de identificación, esos hijos de puta —dijo Karim. Risas y abucheos cuando Stone añadió:

—Ojalá funcionara con algunas mujeres que conozco. —Thorne se puso a empujar por el plato su pastel de carne y puré de patatas, ya tibio, y pensó en lo que había dicho Hendricks antes de colgarle el teléfono.

En las verdades y las preguntas difíciles.

¿Había escogido ir a su estúpido aire porque era una oportunidad mejor de pillar a Brooks y, además, al policía corrupto que había desencadenado aquella carnicería?

¿Porque empezaba a poner en duda de qué lado estaba nadie? ¿O, en realidad, porque creía que su propio criterio valía más que el de todo el mundo? ¿Que una decisión repentina era más inteligente que el saber combinado de una brigada trabajadora, tan experimentada como él en todos los sentidos?

Después de todo, Dios no formaba parte de ningún grupo.

Hendricks intentaba marcarle un tanto, pero Thorne empezaba a pensar que su amigo había acertado. La suya era una de las pocas opiniones que Thorne respetaba. Y, con tristeza, llegó a la conclusión de que ese era precisamente el problema.

Aunque estos momentos de autoconocimiento resultaban deprimentes, al menos ahora se sentía más confiado en que Hendricks no se encontraba en peligro inmediato. Con todo, había experimentado una repugnante sacudida de alarma al preguntarse si el piso de Louise sería más seguro que el de Hendricks.

*Teniendo en cuenta quién era probable que le hubiera facilitado la información a Brooks...*

Hendricks tenía razón; casi con toda certeza era una tomadura de pelo. Pero no era Marcus Brooks el que incrementaba el tormento. Thorne decidió que haría otra visita a Long Lartin tan pronto como se presentara la oportunidad.

Al salir del bar, Kitson le puso una mano en el brazo; estaba claro que sus afirmaciones de que todo iba bien la convencían menos que a los otros.

—Tendrás un resultado —dijo—. Los dos lo conseguiremos.

Thorne pensó en la gráfica de barras que estaba frente a su despacho e hizo todo lo posible por sonreír.

—Vamos, jefe, a ti te toca motivarnos a los demás.

—¿Jefe?

—Actúas como comisario.

Thorne se puso de prisa la cazadora. Llevo días actuando, pensó.

El día era frío; el bramar del viento les dio en la cara cuando salieron al aparcamiento. Detrás de ellos sonó un claxon y, al volverse, Thorne vio un Volvo negro aparcado al lado de una hilera de contenedores de basura. Reconoció la parte de atrás de la cabeza del conductor y les dijo a Kitson y a los otros que fueran adelantándose.

El conductor del Volvo se inclinó para abrir la portezuela del copiloto, y Thorne entró con cuidado; se echó atrás en el asiento de cuero primero y luego volvió las piernas hasta meterlas antes de tirar de la portezuela.

—¿Está usted bien? —preguntó Nunn.

Thorne asintió. Lo habían operado de la espalda unos meses antes y, aunque ya no tenía dolores, seguía siendo cauteloso. Una pequeña parte de él todavía fantaseaba con intervenir la siguiente vez que los Spurs pasaran una sequía de goles, pero su lado más práctico le decía que no se levantase de la cama demasiado deprisa.

—Bonito coche —dijo Thorne.

El interior del Volvo estaba impecable; olía a nuevo.

—Creí que a usted le iban más bien los coches clásicos.

—¿Tienen a Dave Holland trabajando de incógnito?

Nunn se lo quedó mirando, sin entender. Thorne le dijo que no importaba.

Dentro del coche no hacía nada de frío, y Nunn estaba oyendo la radio. Bajó un poquito el volumen.

—¿Qué tal fue su charla con Richard Rawlings?

Thorne vio que la radio estaba sintonizada en Magic FM; una vieja canción de Petula Clark.

—¿Era a mí a quien vigilaban, o a Rawlings?

—Quizá vigilábamos el bar y tuvimos suerte —dijo Nunn—. ¿Qué quería Rawlings?

Así que Nunn sabía que Rawlings le había pedido la entrevista. Era lo más probable, pero aun así Thorne se preguntó si la JRP no estaría enterada de que se interceptaban las llamadas a su teléfono particular. A estas alturas ya no se sorprendía de nada.

—Considera que la tienen ustedes tomada con él. Quería que yo usara mi «influencia» para hacerlos aflojar el ritmo... O algo así.

—¿Qué le dijo usted?

—Que no tengo ninguna influencia.

—En eso tardó hora y media, ¿no?

—Casi todo fue él, soltando tacos.

Nunn sonrió.

—Porque en realidad no tengo ninguna influencia, ¿verdad?

—No es la palabra que emplearía yo, pero estamos trabajando en casos que, con un poco de suerte, se cruzarán en algún momento. Lo que usted haga probablemente sea fundamental.

*En algún momento.* El instante en que la identidad de aquel tras el que iban ambos (aunque Thorne todavía no estaba seguro de que ellos lo persiguieran por el mismo motivo) se sacara a relucir. Entonces la cosa se reduciría a poder, puro y duro, y Thorne sabía quién tenía más.

—Con todo, Rawlings es un cabroncete agresivo, ¿verdad? —Nunn chasqueó la lengua por los dientes—. No me gustaría estar cerca cuando pierde los estribos.

—Está asustado.

—No tiene sentido estar asustado si no se ha hecho nada.

—Eso son gilipolleces —dijo Thorne—. Usted sabe muy bien que ustedes están para asustar a la gente.

—Para recordárselo, quizá.

—Les dan formación especial, ¿no?

—Usted no está asustado, ¿verdad?

—Continuamente.

Nunn asintió.

—Hace bien. Tenemos un expediente de buen tamaño sobre usted, de modo que sería tonto no preocuparse un poco.

Thorne miró hacia delante. Petula se había fundido con Glen Campbell, que ahora cantaba *Rhinestone Cowboy*.

Tres años antes, Thorne había sido responsable indirecto de la muerte de un destacado gánster del norte de Londres. Pocos estuvieron de luto, pero Thorne sabía que algún día tendría que responder de aquello. No sabía si ese acontecimiento, u otros parecidos, estaban en un expediente de la JRP; aunque aún más lo preocupaba porque Nunn había decidido contarle que semejante expediente existía siquiera. Presentía que estaban haciéndole una especie de oferta, aunque también se incluía una amenaza, por si acaso.

Miró a Nunn, pero este se había vuelto para mirar por la ventanilla a nada en particular.

*Sería tonto no preocuparse un poco...*

A Thorne no le gustaba Richard Rawlings, y todavía menos confiaba en él, pero se limitaba a responder con evasivas por si le sacaba a Nunn su versión. De repente le pareció que ya no tenía sentido divagar; y menos, si tenía que habérselas con un experto.

—Cuando mataron a Skinner, le pregunté a usted si se sentía decepcionado por no haber logrado trincarlo, ¿recuerda?

—«Robado» fue la palabra que utilizó —dijo Nunn—. Y le dije que sí.

Thorne se preguntó si Nunn tendría buena memoria o una grabadora. Decidió que estaba poniéndose paranoico de verdad.

—¿«Robado» por perder la oportunidad de encerrar a un poli corrupto? ¿O a dos?

—Dos siempre es mejor que uno. Siempre.

—Bueno, entonces o usted sabe quién es el otro poli y esperaba que Skinner le diera la prueba, o confiaba en que Skinner le dijera quién era su socio.

—La verdad es que no importa, ahora que está muerto.

—¿Cuál lo está?

La ventaja de jugar al póquer virtual, en particular cuando una cara revelaba tanto como la de Thorne, era que uno podía saltar de contento al ver que le habían dado ases sin que se enterara nadie que no estuviera en la habitación. Thorne miró a Nunn con la esperanza de ver algún «cante». Vio que seguía moviendo la cabeza con la canción de la radio y decidió que, probablemente, el agente de la JRP era mucho mejor jugador de póquer que él.

—Mire, los dos sabemos lo que este hombre ha hecho —dijo Thorne—. «Squire».

Aquello obtuvo una reacción. Era la primera vez que el nombre se mencionaba entre ellos.

—Los dos queremos encerrarlo, pero me parece que uno de nosotros piensa que esto es algo parecido a una competición.

—Se equivoca.

—¿Sí? Tal como va la cosa, solo averiguaremos quién es este hijo de puta cuando aparezca con el cráneo partido.

De pronto Nunn pareció asustarse.

—Eso no va a pasar.

Desde luego, parecía que sabía algo.

—¿Así que es Rawlings?

Nada.

—¿Lo sabe Rawlings?

Thorne soltó un largo suspiro, y volvió a aspirarlo fuerte cuando Nunn se dio la vuelta en el asiento para clavar la mirada en él.

—Así que uno de nosotros cree que esto es una competición —dijo Nunn—. Y calculo que solo uno de nosotros es completamente sincero. Y que suelta la parrafada como si fuera el único que juega limpio, sin guardarse nada...

Por más que se esforzó, Thorne supo que estaba ruborizándose. Si Nunn sabía que había estado comunicándose en secreto con Marcus Brooks, estaba jodido, con expediente o sin él. En ese momento se sintió tan acorralado como Rawlings afirmaba sentirse; como sabía que se sentía Brigstocke, fuera cual fuese su acusación.

—No es difícil entender por qué están ustedes tan mal vistos, cabrones.

Nunn sonrió, como si fuera una respuesta previsible en alguien que estaba a la defensiva. Como si la hubiera oído muchas veces.

—¿No cree que valga la pena hacerlo, asegurarse de que la mierda se tire por el váter?

—Pero no solo es la mierda, ¿verdad?

—No me dedico a esto porque me gusten las miradas cuando la gente se entera de para qué sección trabajas. No me encanta que me llamen esquirolo o cosas muchísimo peores, ni oír cómo se detienen las conversaciones al entrar en la cantina. ¿De verdad cree que lo haría si no creyera que es importante?

En el metro, unos días antes, a Thorne le había parecido percibir cierta vulnerabilidad; algo que no acaban de ocultar el largo abrigo y la cabeza afeitada. Ahora le pareció vislumbrar otro destello de debilidad en aquella vehemencia, pero desapareció antes de que acabara de pensarlo siquiera.

—Somos muy conscientes de lo que opina la gente —dijo Nunn—. O casi toda la gente...

Ahora Neil Diamond: *Beautiful Noise*. Una canción que a Thorne le encantaba, a pesar de sí mismo.

—Bueno, pues si tiene la más remota pista sobre lo que pienso yo —dijo—, me encantaría oírla. Porque en este preciso instante no tengo ni puñetera idea.

Nunn se inclinó hacia delante y subió el volumen. Por lo visto, la conversación había terminado.

La canción de Neil Diamond seguía metida en su cabeza, y además le caía cada

vez peor, cuando Thorne llamó a Louise a eso de las tres de la tarde. Apenas la oyó cuando descolgó.

—¿Qué diablos es eso?

Louise tuvo que alzar la voz por encima de un sonido muy agitado que sonaba de fondo.

—Un tema de *thrash* que se ha traído Phil.

—Vale.

Hendricks seguía allí.

Thorne oyó a Louise gritarle a Hendricks que bajara la música; segundos después oyó que el ruido se paraba del todo. Cuando Louise volvió al teléfono, casi susurraba.

—Está de un humor rarísimo, por cierto.

Así que Hendricks no le había comentado la conversación que habían mantenido antes. A lo mejor eso no estaba mal. Thorne pensó en contarle lo del mensaje y la negativa de Hendricks a tomárselo en serio, pero decidió que no. Seguro que le hacía la misma pregunta que Hendricks le había hecho sobre lo que opinaba Brigstocke, y la verdad es que no quería meterse en nada de eso. Desde luego, siempre podía decirle que actuaba como comisario, pero mantener la boca cerrada parecía un poco mejor que semejante casi-engaño. De modo que no dijo nada.

Ya había bastante gente que pensaba mal de él, tal como estaban las cosas.

—¿Qué tal va eso? —preguntó Louise, sin rodeos.

—Igual que siempre. Da igual cómo te sientas al principio del día: a partir del desayuno siempre va cuesta abajo.

—Debes de estar reventado —dijo ella—. Perdona...

—No pasa nada.

Oyó que alguien decía algo a gritos en segundo plano. Le contó lo del texto que Hendricks le había enviado aquella mañana.

—¿Ah, sí? Nunca dice nada.

No fue una sorpresa. Mientras Thorne volvía a contarle el mensaje de «eres el mejor», no pudo evitar pensar que tal vez fuera el último chiste que llegase de aquella dirección en algún tiempo.

—Es gracioso —dijo ella—. Inexacto pero gracioso.

Thorne se sintió aliviado al oír una sonrisa en su voz.

—¿Cuándo vienes?

—No debería de ser muy tarde. Las ocho, las ocho y media...

—Quizá podamos ir a ver esa película por fin. Los sábados suele haber sesión de noche.

—O a lo mejor los tres hacemos algo juntos —dijo Thorne—. Quizá sea más fácil pillar un DVD, sin más.

—Vale —dijo Louise, glacial otra vez.

—Tengo libre el día entero mañana.

—Sí, bueno. Está bien.

Thorne calculó que el «está bien» significaba «nada de eso»; que Louise contaba con que los dos pasaran algún tiempo solos. Pero no había olvidado del todo aquella secuencia de vídeo. Tal vez debía habérselo contado sin más, porque cuando colgó, al cabo de otro medio minuto de nada en absoluto, sabía que Louise pensaba mal de él de todas formas.

Estaba saliendo por la puerta cuando el pánico prendió en él...

Cruzar deprisa la central operativa, pensando en modos de intentar volver a congraciarse con Louise. Ponerse la cazadora y decir alegremente a aquellos a los que no vería hasta el lunes que disfrutaran del domingo de trabajo. Pasar por delante de la pizarra y echar una ojeada a las fotografías; a los cuerpos de las dos primeras víctimas, Tucker y Hodson.

*Blanca carne muerta y tinta de colores.*

De pronto dos ideas, dos fragmentos de conversaciones se juntaron, o más bien chocaron con estruendo en su mente e hicieron que las ruedas se pusieran a correr.

El soso chiste que Bannard había contado sobre que todos los moteros parecían iguales: todos con pelo largo y tatuajes. Y algo que Hendricks dijo en la autopsia de Tucker, aquella que habían visto juntos...

Thorne volvió a su despacho y apoyó el cuerpo en la puerta después de cerrarla. Se preguntó si no era más que agobio por llevar demasiado tiempo encerrado..., o eso esperaba, al menos. Usó el prepago para llamar al piso de Louise, luego al móvil de Hendricks.

No lo cogieron ninguno de los dos.

Durante un minuto o más se quedó allí, pensando con dificultad, respirando con dificultad..., y luego marcó otro número.

## Veintiséis

Cuando colgó el teléfono, el asunto había quedado bien arreglado, pero Brooks no estaba satisfecho. No parecía correcto tener que implicar a otras personas, tener que depender de nadie. Lo suyo era que todos fueran solo de él.

Así no era como él hacía las cosas.

Se incorporó en la mullida cama de la habitación de invitados de Tindall y se miró en el espejo del tocador de enfrente.

Casi era increíble, la mierda que estaba hecho.

*Como él hacía las cosas.*

Santo Dios...

No se refería a cómo hacía una maleta o conducía un coche. No pensaba en estas cosas, o por lo menos en serio, no; ni siquiera en los momentos más sombríos, justo después de entrar en chirona. Pero todo lo cambiaba a uno, lo grande y lo pequeño, ¿verdad? Lo convertía a uno en otra persona. Todo lo que se veía o se pensaba, de modo que no se era la misma persona de un segundo a otro. ¿Cómo diablos iba uno a serlo? Tal vez, al final, lo bueno y lo malo lo convertían a uno en la persona que siempre tuvo que llegar a ser.

Lo de asesinar era una cosa que él hacía ahora, así de sencillo. Y le agradaba muchísimo más hacerlo solo.

En este asesinato nadie..., nadie lo obligaba a seguir el consejo ni a aceptar la oferta de ayuda; pero, dadas las circunstancias, tenía su lógica. Eso cuadraba las cosas. Y estaba claro que este cabrón lo merecía tanto como cualquier otro.

Se hizo muecas en el espejo...

No es que no pudiera trabajar con otra gente. La verdad es que había disfrutado aquel par de años en que él y Angela «limpiaban» casas juntos; le encantó. Pero era preciso trabajar por el mismo fin, hacerlo por los mismos motivos. Entonces los dos afanaban cosas y las vendían para llevar comida a la mesa. Para pagar la ropa y las vacaciones y las cosas para Robbie. Y no hay más que hablar. Los dos tenían la misma actitud hacia el trabajo: pensaban de la misma manera cuando había que ver si valía la pena correr un riesgo, si la consecuencia merecía la pena, y eso. Tenían los mismos límites.

Nadie que se metiera en lo que él estaba haciendo sentiría igual que él. Y menos, lo que él sentía cuando bajaba el martillo. Por fuerza habría un momento, un punto, en que otra persona pensaría que ya estaba harta y lo dejaría. Él no se imaginaba lo que sería llegar a ese punto.

Nadie más sentiría tanto, o tan poco, como él.

Se echó hacia delante y bajó de la cama; luego cruzó hasta el espejo y se arrodilló, subió la cara y la acercó hasta pegarla al espejo. Joder, parecía que tenía casi cincuenta años. Como su padre aquel par de veces, en el locutorio.

«Perdona, nena», pensó. Te juro que tenía buen aspecto antes de que todo esto

ocurriera; mejor que ahora, por lo menos. Incluso estuve haciendo ejercicio unos cuantos meses, vigilando lo que comía y todo eso. No quería volver a ti gordo y jodido, como Nicklin y los demás, ¿sabes?

»Todo lo cambia a uno, lo grande o lo pequeño; le cambia a uno los planes. Desde luego, yo no lo sabía cuando me dejaba las patatas a la hora de la cena y hacía circuitos en el gimnasio de Long Lartin. No pensaba que fuerais a iros a ningún lado, ¿no?

»Que yo saldría de una cárcel para entrar en otra.

—¿Señor Yashere? El inspector Thorne.

Un breve silencio.

—Le dejé un mensaje hace tres días.

—La zapatilla de deporte perdida.

—Correcto. La zapatilla que se ha marchado. ¿La tiene usted?

—No...

—Perder una prueba tan importante está provocando ciertos problemas, por no decir algo peor.

Yashere hablaba despacio, con precisión. Acento nigeriano.

—Le prometo que la encontraré —dijo Thorne—. Y entonces se la llevaré personalmente en una caja, rodeada con un enorme lazo rojo. Pero ahora mismo necesito un favor.

—Estaba a punto de irme a casa.

La Fiscalía General de la Corona tenía una pequeña oficina muy cerca, en la comisaría de Colindale, pero el servicio de guardia que funcionaba fuera del horario laboral puso a Thorne con la Unidad Penal de la Jefatura Superior de Edmonton. Allí tenían su base Anthony Yashere y sus colegas asistentes sociales, cuyo trabajo consistía en recopilar pruebas materiales, garantizar la integridad de las cadenas de custodia de pruebas y lanzar desabridos correos electrónicos y llamadas telefónicas cuando desaparecían zapatillas de deporte manchadas de sangre.

Thorne le explicó lo que necesitaba.

Yashere tomó detalles, fechas y nombres. Después le dijo que lo más seguro es que le consiguiera la transcripción del juicio en unos cuantos días.

—Demasiado lento —dijo Thorne—. Perdona.

Yashere empezó a pensar en voz alta y fue orientando a Thorne a través de los trámites mientras entraba en el sistema informático. Este proporcionaba un resumen de todos los casos que estaban en curso, pero todavía no incluía todos los juicios cuyos detalles se encontraban en otro sistema, al que había sustituido hacía tres años.

Thorne escuchó el tecleo del ordenador. Los gruñidos y suspiros de frustración.

—Estamos remontándonos mucho —dijo Yashere—. Tal vez debería preguntar a un colega que conoce el sistema mejor que yo.

A Thorne se le ocurrió una idea mejor.

—¿Quién era el fiscal? Deben de tener constancia de ese dato.

—Me parece que sí.

—¿Tiene usted su número?

Yashere salió de un sistema y entró en otro. Más tecleo, más esperar.

—Me parece que necesitará un número particular —dijo Yashere—. No hay demasiados idiotas como usted y yo que sigan trabajando a esta hora de un sábado.

Dijo que intentaría localizar a Stuart Emery y le diría que llamara a Thorne.

Thorne le dio a Yashere el número del teléfono de prepago.

—¿Puede decirle que es muy urgente? —dijo.

—Por favor, no olvide mi zapatilla de deporte perdida, inspector...

Thorne volvió a llamar al móvil de Hendricks y no obtuvo respuesta. Paseó de un lado a otro del despacho; cuando Kitson asomó la cabeza para despedirse, le dijo que la vería el lunes, y luego siguió mirando el reloj cada dos minutos.

Diez minutos después de hablar con Yashere, llamó Stuart Emery.

Brooks volvió a subir la escalera de madera sin alfombrar desde el sótano de Tindall. Allá abajo no había electricidad, y había tenido que usar una linternita de mierda que sacó de un cajón de la cocina. Una cosa de críos, con un haz de luz débil y lechosa. Se las arregló para encontrar un par de martillos metidos en una polvorienta bolsa de herramientas, entre húmedos montones de revistas y cajas de vídeos, y ahora los subía los dos para echarles un buen vistazo a la luz.

Escogió el más pequeño: un martillo de carpintero con pintura verde en el mango. Luego lo metió en una bolsa de plástico, que llevó al recibidor y dejó junto a la puerta principal.

Aún había mucho tiempo.

Volvió tranquilamente a la cocina y se arrodilló para escudriñar en el frigorífico. Al instante, la perra de Tindall salió de su cesta en el rincón y cruzó corriendo a ver lo que pasaba. Leche, cerveza, cebollas. Había unos tomates de lata en un plato, y Brooks pensó en hacerse unas tostadas para acompañarlos. Al final se decidió por el plato de salchichas guisadas, cuajadas en manteca bajo un grasiento plástico de cocina.

Llevó el plato a la mesita que estaba pegada a la pared y dejó caer media salchicha en el suelo para la perra. Fuera llovía a cántaros. Vio la lluvia rebotar en el fieltro que cubría el tejado del cobertizo.

Recordó a Angela gritándole un domingo; había llevado a Robbie al campo a pelotear un poco, y los dos volvieron a casa empapados, haciendo botar un embarrado balón. A Robbie le hizo gracia y sacudió el pelo mojado por toda la cocina antes de que Angela pudiera coger una toalla, y eso la enfadó más todavía. Los dos meándose de risa. Angela gritando, mientras le quitaba a Robbie la diminuta camisa del West Ham.

La perra estaba puesta de pie sobre las patas traseras, dándole en las espinillas con

la pata, así que la cogió en brazos. Le dejó lamer la grasa del plato. Le frotó la rasposa tripa e intentó estirar el recuerdo. A veces no estaba seguro de si algunos momentos se los imaginaba, nada más, pero tenía una imagen bastante clara de la cara de su hijo; Robbie sacudiendo la mojada cabeza, con las dos paletas saliéndole todavía.

A esa imagen intentaría agarrarse más tarde, cuando metiera la mano en la bolsa de plástico.

Stuart Emery se mostró enérgico, sin llegar a ser arisco, cuando le preguntó a Thorne para qué deseaba la información. Thorne intentó ser rápido y sencillo.

«Quiero que me demuestren que me equivoco», pensó.

Por segunda vez escuchó mientras, al otro extremo de un teléfono, alguien intentaba evocar la información que confirmaría o aliviaría sus peores temores.

—Tengo doce años de notas de resumen por aquí —dijo Emery.

Thorne intentó permanecer tranquilo mientras el viento lanzaba gotas de lluvia contra la ventana como si fueran tachuelas.

—La Corona contra Brooks, ¿verdad?

—Septiembre de 2000. Tribunal superior de Middlesex.

Thorne esperó, deseando que cada toque de una tecla de ordenador fuera el último.

—Menos mal que soy ordenado... —dijo Emery—. «Anal», según mi esposa.

*Por el amor de Dios...*

—Vamos allá... Bueno. «Comentarios de sentencias», «declaraciones de testigos», «informes forenses», «motivos para apelaciones»... Son mis notas nada más, ¿entiende?

Thorne le dijo que se parara y le pidió que retrocediera. Emery leyó y le dio un nombre. Luego otro.

*Sus peores temores.*

Farfulló un «gracias» y enseguida, cuando estaba a punto de colgar, volvió a acercarse el teléfono a la boca de un tirón. Necesitaba moverse rápido, pero había otra pregunta que tenía que hacer.

—¿Puede cualquiera acceder a esto? ¿Está en Internet?

—Bueno, en general, solo se trata de resoluciones especializadas —dijo Emery—. Sentencias que pasan a jurisprudencia, esa clase de cosas. Eso sí, calculo que la mayoría están en el puñetero Internet por algún lado, si uno tiene ganas de buscarlo.

Si uno tiene tiempo de buscarlo, pensó Thorne...

El pánico burbujeó dentro de él, y la ira le tensó todos los músculos, todos los pensamientos. Ira hacia Brooks; también hacia el hombre que Thorne sabía que lo incitaba a hacer aquello... Y, sobre todo, hacia sí mismo. En esta emergencia, en esta pesadilla, el procedimiento debía haber sido directo... Pero Thorne sabía de sobra que él mismo había eliminado todas las opciones fáciles.

Tecléo fuerte el número de móvil de Brigstocke.

*Russell, he sido un puñetero idiota y me da igual lo que suceda cuando esto termine, pero tenemos una situación grave...*

Cambió de opinión e intentó llamar a Louise una vez más.

—¿Dónde estabas? He estado llamándote.

—He salido un momento al supermercado.

—¿Está contigo Phil?

—No, se fue hace una hora más o menos. ¿Estás bien?

—He intentado llamarlo. Joder...

—Tom, ¿qué pasa?

Así que Thorne le contó lo que había descubierto: lo del mensaje que no era ni mucho menos una tomadura de pelo. Y a continuación, de prisa y corriendo, confuso y culpable, le contó todo lo demás. La prueba que se había guardado; la conversación de la que no había informado; cómo se había quedado solo, apoyándose únicamente en una intuición cada vez más agrietada y podrida.

Ni siquiera hubo un breve silencio.

—Eres un puñetero imbécil.

—¡Lo sé y ahora no tengo tiempo! —gritó Thorne—. Llámame de todo más tarde. Ahora tengo que ponerme en contacto con gente. Encontrar a Phil.

—Dices que has intentado llamarlo...

—Su teléfono no paraba de sonar, nada más. No lo lleva, o no lo oye.

—Yo sé dónde está —dijo Louise—. Hay tres o cuatro sitios en el centro, y podría ser cualquiera de ellos. Me pidió que fuera con él.

—¿Tres o cuatro?

—Algunas noches pasa por todos. Depende de a quién se encuentre.

—Santo Dios...

—Oye, yo he ido a esos sitios. Sé dónde están.

A Thorne le resultaba difícil concentrarse. Estaba mareado de pánico; mareado por las crecientes probabilidades de que nada fuera a salir como debía.

*¿Y quién va a hacer tu autopsia, Phil?*

—¿Tom...?

—Debería llamar a Brigstocke. Contárselo todo.

—Espera —la voz de Louise era tranquila; de repente se había vuelto de acero—. No tienes por qué llamar a nadie.

—Tenemos que mandar policías allí.

—¿Tienes ganas de joderte la carrera?

—Ahora eso no me parece muy importante.

—Lo haremos nosotros.

Thorne se apoyó en la mesa; por un instante pensó que a lo mejor vomitaba. Sentía pinchazos de sudor por los hombros, en la base de la espalda. Se sentía sanguinario, indefenso.

—¿Cómo?

—¿De quién te fías? —preguntó Louise.

—No sé. Holland... Kitson...

—Llévate a Holland.

Thorne sintió la necesidad de discutir, pero no dijo nada. Louise ya le había dado órdenes, cuando trabajaron juntos. Se le daba mejor que a él.

—Bueno.

Ella le dijo que se mantuviera tranquilo y escuchara; le dio la dirección de dos discotecas gays del West End.

—Tú y Holland, id a esas. Yo reuniré a un par de chicos míos y cogeremos las otras dos. Lo harán por mí si les digo que es importante. Sin hacer preguntas.

—Es sábado por la noche.

—Hay mucha gente en que confío, ¿vale?

Thorne colgó y voló por el pasillo. Encontró a Holland en su mesa, con la nariz metida un ejemplar de *Auto Trader*.

—¿Te acuerdas de lo que dije sobre meterte en líos?

Holland echó una ojeada a la cara de Thorne y se puso de pie, Thorne empezó a hablar, dando explicaciones y disculpándose, mientras que prácticamente arrastraba a Holland hacia la salida; lo puso al día como pudo mientras bajaban los escalones de dos en dos y, tras empujar con estruendo las puertas, salieron a la lluvia.

## Veintisiete

Llegaron al extremo de arriba de Tottenham Court Road en menos de quince minutos. Holland había cogido una lámpara estroboscópica azul, y Thorne la pegó al techo del coche, metió el cable por la ventanilla y la enchufó en el mechero. Ninguno de los dos dijo gran cosa durante el trayecto; no fue solo la obligada concentración, ni el que Thorne hiciera sonar el claxon, ni la alarma ante la velocidad a la que iban por las calles mojadas, lo que mantuvo la conversación al mínimo.

La verdad es que no había demasiado que decir.

Holland tenía muchas preguntas que hacerle a Thorne, pero sabía que tendrían que esperar. En silencio, apoyado contra el salpicadero, se hizo a sí mismo unas cuantas preguntas para las que no tenía respuesta. Algunas de las que preguntaría Sophie, si se enteraba.

Thorne tuvo que hacerse a un lado bruscamente cuando una ambulancia subió chillando a contramano. Esperó, acelerando el motor del BMW y estampando la mano contra el volante.

—Piénsalo —dijo Holland—. Brooks no va a hacer nada en mitad de una discoteca, ¿no? Es probable que lo haya seguido, igual que hizo con Cowans.

Thorne asintió, dio un volantazo y salió de un acelerón por delante de un autobús. El conductor le hizo señas con las luces y se apoyó en el claxon.

—Suponiendo que Hendricks siga...

Otra inclinación de cabeza. Sí: vivo. Holland no tenía que decirlo.

—Lo más seguro es que tengamos hasta que acabe la noche.

Thorne miró el reloj: ni siquiera eran las nueve.

—Hay tiempo —dijo Holland.

Lo que Holland decía tenía lógica, pero a Thorne no le servía de mucho consuelo. Conduciendo como un loco, y pensando como un loco, se esforzó por concentrarse, por ordenar sus ideas.

No llevaba una foto de Hendricks; nada que enseñarles a los porteros ni a los camareros. Tendría que usar solo los ojos. Pensó en las pocas veces que había estado en sitios como esos. Apenas había luz para leer la etiqueta de la botella de cerveza.

Se preguntó si podría usar la secuencia de vídeo que Brooks le había enviado...

*¿Qué tengo yo que ver con nada de esto?*

*Estés relacionado conmigo. A lo mejor con eso basta.*

Ahora Thorne sabía que era algo más, pero también estaba seguro de que él era la causa principal de que hubieran elegido a Hendricks como objetivo. De que lo escogieran antes que a otro motero, a un policía, a cualquiera.

Cruzaron Oxford Street con el semáforo en rojo; disminuyeron la velocidad para avanzar zigzagueando entre el tráfico que tenían delante.

—Estas dos discotecas están a un par de minutos a pie la una de la otra —dijo Thorne—. ¿Cuál quieres?

Holland meneó la cabeza.

—Vamos juntos a las dos.

—No.

—Venga, ¿no estamos siendo ya bastante imbéciles? Pienses lo que pienses de Brooks, de por qué hace esto...

—Bueno. Juntos entonces.

—Yo estoy acojonado —dijo Holland, medio sonriendo—. No sé tú.

Thorne sabía que Holland tenía razón y, además, lo último que necesitaba era poner en peligro a otra persona.

—Nos separamos pero intentamos no perdernos de vista.

Sabía que debía tenerle miedo a un hombre que había matado tres veces, que eso debía hacerlo ir con cuidado, pero no era la idea de enfrentarse a Marcus Brooks lo que hacía saltar a su estómago.

Thorne giró a la derecha en Cambridge Circus y paró el coche sobre unas rayas amarillas a la puerta del Spice of Life. Salieron.

—Entonces, ¿si veo a Hendricks?

Thorne apretó los puños, y sintió algo parecido al alivio por estar tan enfadado con Phil Hendricks como lo estaba con todos los demás.

—Salta encima de él —dijo—. Salta fuerte encima de ese hijo de puta.

Porter solo tardó diez minutos en encontrar a tres policías dispuestos a hacer lo que les pidiese sin preguntar demasiado. Le habría gustado atribuirlo al respeto, o incluso a la estima, pero en un par de casos pensó que el mero lameculismo se acercaba más a la verdad.

No importaba mucho.

Por exigencia de Thorne había enviado a un agente a la casa de Hendricks en Deptford, por si este decidía retirarse temprano. Otro policía que vivía al sur del río se dirigía, asimismo, hacia New Cross, a un local de la zona que Hendricks utilizaba cuando pasaba de ir hasta el centro. De todos los lugares que Porter le había mencionado a Thorne, creía que aquel era el menos probable. Era bastante más sosegado, menos «teatro» que los otros, y además cuando Thorne le dijo que Hendricks no contestaba al teléfono, supo que era porque se encontraba en algún sitio ruidoso. Recordó el humor en que estaba antes, mientras escuchaba el *thrash*; supuso que quería ir a algún sitio donde pudiera bailar y cogerse un pedo. Quizá follarse a alguien hasta sentirse mejor.

Más que nada, deseó haber dicho «sí» el día antes, cuando le pidió que saliera con él.

Desde luego ahora sabía que el humor de Hendricks se debía a su conversación con Thorne. No hubo tiempo de entrar en ello cuando por fin este se lo confesó todo, pero cuando aquello acabara, terminara como terminase, quería saber por qué no se lo había contado antes; por qué le pidió a Hendricks que no se lo contara.

—¿Jefa...?

El sargento Kenny Parsons señaló una cola, no muy grande, que retrocedía desde un par de puertas de cristal por delante de los ventanales de la fachada de un Pizza Express. Casi todos los que esperaban estaban debajo de un paraguas, aunque a unos cuantos, igual que a Porter y Parsons, la lluvia no parecía molestarles demasiado.

The Adam era un local solo para socios, escondido detrás de la estación de Charing Cross. La mayor parte del tiempo era más bar que discoteca, pero cuando empezaba el baile los viernes o los sábados por la noche, se animaba bastante. Porter había estado aquí un par de veces con Hendricks, y recordaba que era donde él había conocido a su exnovio, Brendan.

Parsons se dirigió por delante hacia el principio de la cola y mostró un segundo la placa de identificación a una portera impecablemente ataviada. Esta se apoyó en la puerta y los dejó pasar.

Por lo visto la discoteca estaba a toda marcha.

Mientras bajaba deprisa la empinada escalera, Porter miró el teléfono. Por debajo del suelo la señal quizá no fuera muy bien, y, además, como, por motivos evidentes, era imposible contar con unidades de radiotransmisión, había quedado con Thorne en mantenerse en contacto mediante los móviles.

La música aumentó de volumen, y una idea le abofeteó la cara. Si, dondequiera que estuviese, Hendricks no oía el teléfono, ¿qué garantía había de que ella, Thorne o cualquier otro fueran a oír los suyos? Si había cobertura, tendrían que dejar los teléfonos solo en vibración.

Al pasar con Parsons por delante del guardarropa, sorprendió a la encargada mirándolos; luego, cuando él ya se dirigía adentro lo detuvo de un tirón y alzó la voz por encima de la música.

—¿Estás dispuesto, Kenny?

Parsons dijo que sí.

Porter le había dado una descripción bastante buena de Phil Hendricks, y una algo menos detallada de Marcus Brooks.

—No te preocupes, nunca ha usado cuchillo ni pistola —dijo, echando un vistazo por la entrada—. Y, mira, está hasta los topes ahí dentro. No cabe ni un martillo.

Se inclinó para acercársele a la oreja.

—En serio. Si te digo que le des a alguien, no te lo pienses dos puñeteras veces.

La discoteca se llamaba Crush y hacía honor a su nombre. Aunque el local en sí no era inmenso, y Thorne no creía que hubiera más de un centenar de personas dentro, era apiñado y sudoroso. De los altavoces manaba *hard core soul* y *motown*, y la pequeña pista de baile estaba hasta la bandera; la mayoría daba la impresión de estar bailando para el de enfrente.

Parecía un asunto complicado.

Thorne tomó el lado de la izquierda y, mientras iba de una punta a la otra de la

sala principal, intentó no perder de vista a Holland. El problema no era tanto la ausencia de luz como el que esta no dejaba de moverse. Los rojos y verdes se lanzaban en picado, los círculos de luz blanca giraban y saltaban, y ninguno se quedaba en el mismo sitio el tiempo suficiente para poder echarle un buen vistazo a nadie.

Thorne sabía que no necesitaba un buen vistazo para reconocer a Hendricks, pero Brooks era otra cuestión.

Un estrecho pasillo salía de ambos lados, al otro extremo de la sala. A la izquierda de Thorne, unos hombres despatarrados en las sillas fumaban y charlaban; algunos se recuperaban, nada más. Echó una larga mirada, luego volvió por el otro camino y se sumó al constante flujo de gente que entraba en los aseos.

Asomó la cabeza por la puerta; varios hombres le echaron un ojo por el espejo y enseguida lo ignoraron. Gritó: «¡Phil!», y esperó. Alguien murmuró algo y otro se rio, mientras el secador de manos metálico traqueteaba contra la pared con el ritmo de los graves que llegaba de la pista de baile.

Fuera divisó a Holland, que meneó la cabeza, y los dos volvieron a bajar por el centro de la sala hasta la barra en forma de L que había junto a la entrada.

De repente se oyó una ovación en la pista de baile ante las primeras notas de *Band of Gold*, de Freda Payne. Una especie de remezcla.

El camarero llevaba una ceñida camiseta negra con el letrero «Crush» cruzándole el pecho.

—¿Sí, tíos?

Australiano.

—Busco a una persona —dijo Thorne.

Enseguida se dio cuenta de que era una tontería decir aquello y dio gracias porque el camarero no se molestara en soltar una réplica mordaz. Entonces se embarcó en una descripción de Hendricks.

Esta vez obtuvo una sonrisa.

—Cantidad de gente aquí dentro tiene ese aspecto.

Thorne había visto gente de muchas clases desde que había entrado por la puerta. Había «hermanos negros» y *mods* con *jerseys* Fred Perry. Guerreras, pantalones de cuero y tejanos caros con apenas algo de culo dentro... Pero no más *piercings* ni tatuajes de los que se veían en cualquier otra discoteca una noche de sábado.

—No tantos, joder —dijo.

El camarero tragó saliva.

—Perdone, amigo.

—¿Entonces, qué?

Un gesto con la cabeza hacia los camareros que estaban más lejos.

—Pregúntele a alguno de los otros chicos.

Thorne se desplazó por la barra y tuvo más suerte.

—¿Tiene un tatuaje del Arsenal en el cuello?

Thorne dijo que sí y contuvo el aliento.

—Vale, conozco al tío que dice. Aunque no lo he visto esta noche. ¿Quiere dejarle un recado por si viene después?

Pero Thorne ya iba camino de la salida.

El pinchadiscos de The Adam intentaba en vano ser Fatboy Slim, pero, aunque la música no era de su gusto, Porter veía que la clientela estaba pasándose bien. Observó que Parsons seguía el ritmo con la cabeza mientras se movía por entre la gente, fijándose en todos. También vio algunas de las miradas que Parsons recibía de vuelta. Era un negro alto y guapo, y aunque a Porter le parecía un poli de pies a cabeza, ninguno de los hombres que se lo comían con los ojos parecía darse cuenta. O tal vez sí, pensó. Quizá eso fuera parte del atractivo.

La discoteca se distribuía por dos plantas, y cada uno se encargó de una. Estaba menos abarrotada de lo que parecía al principio, y se las arreglaron para peinar el local en quince minutos. Vieron a unas cuantas personas que se ajustaban a la descripción más reciente de Marcus Brooks, pero a ningún Phil Hendricks.

Empezaron a preguntar a los camareros, y al cabo de unos cuantos minutos tan solo, Porter alzó la vista y vio que Parsons la llamaba por señas desde una esquina. Siguió haciendo gestos mientras ella se abría paso a empujones por la pista de baile. Junto a él, una camarera estaba sentada en un pequeño cubo de cuero. Porter no estaba segura de si era un taburete o un reposapiés. Las medias y un tutú rosa hacían resaltar las piernas ridículamente largas de la chica. Tenía el oscuro cabello de punta y unos enormes pechos.

Con una inclinación de cabeza, Parsons señaló a Porter.

—Cuéntale a ella lo que me has dicho.

Se estaba bastante tranquilo donde se encontraban, y la chica no tuvo que gritar. Sin embargo tenía la voz ronca, como si hubiera estado gritando mucho antes.

—¿El tipo por el que él preguntaba? Estaba aquí hace un rato. Viene mucho por aquí.

—¿Esta noche?

—No lo he visto marcharse, pero sí, estaba aquí hace una hora o así. Un tipo del norte, ¿verdad?

—¿Estaba con alguien? —preguntó Porter.

La chica se pasó una mano por el pelo y se levantó las puntas.

—Estaba hablando con un par de personas, creo. Unos cuantos se marcharon al mismo tiempo, así que a lo mejor iba con ellos —miró con más atención a Porter—. Yo te he visto con él, ¿verdad?

—¿Alguna idea de adónde puede haber ido?

—Lo siento, cielo, ni idea.

La chica se levantó con trabajo y cogió una bandeja plateada que había dejado junto al asiento. Llevaba tacones, pero incluso sin ellos le habría sacado treinta

centímetros a Porter.

—Bueno, chao, tetas y colitas...

—Gracias —dijo Porter.

La imagen de la camarera era tan recargada como un árbol de navidad, aunque Porter supuso que casi ningún cliente de la discoteca apreciaría las tetas. La chica dio unos cuantos pasos y de pronto retrocedió.

—He oído que algunos hablaban de ese sitio nuevo que hay cruzando el puente —dijo—. Supongo que podría haber ido allí.

—¿Dónde?

—En Waterloo, justo pasando el Old Vic, me parece. No sé, diez minutos andando.

Cuando volvieron a salir al Strand, Porter miró el móvil para ver si había mensajes. Hendricks no había aparecido por su casa, y el segundo policía había fracasado en la discoteca de New Cross. Quería saber si quería que fuera a otro sitio. Sin dejar de andar, Porter lo llamó y le pidió que cruzara a Brixton. Hendricks le había dicho una vez que iba a una «noche gay» a The Fridge, y, por muy poco probable que fuera, le parecía una lástima mandar a nadie de su grupo a casa cuando él seguía estando en la calle.

*Sábado por la noche, nos divertiremos*, le había dicho Phil.

Cuando llegaron al coche, Parsons sugirió que quizá fuera más rápido ir andando.

—Está prohibido girar a la derecha para coger el puente. Tendré que ir rodeando el Aldwych.

Porter tiró de la manilla de la portezuela.

—Pues entonces rodéalo bien rápido.

## Veintiocho

Una de las cosas que hacía la cárcel era cambiar la forma en que uno esperaba. Por mucho tiempo que se estuviese a la sombra, y con independencia de lo que se hiciera mientras pasaba la condena, uno se limitaba a matar el tiempo. Eso quería decir que nunca se hacía nada porque sí. Una partida de billar era divertida o no, pero siempre era media hora de condena cumplida. Eso quería decir que uno esperaba las cosas de otra manera, o al menos, él. Impacientarse, cabrearse porque se cancelaba una clase o lo que fuese, era inútil, porque siempre cuando se esperaba por pasar el tiempo, el tiempo pasaba de todos modos.

Claro que dependía de lo que se tuviese fuera. Algunas personas eran bastante tranquilas dentro de lo que cabe, pero siempre había tipos que saltaban si los mirabas como no debías. Solían ser gente a la que le daba igual lo rápido que pasara el tiempo, porque no tenían nada de nada esperando...

Ahora él esperaba de distinta forma.

La espera lo volvía irritable, como a todos los demás, y además el cansancio no ayudaba. El día antes le había hablado mal a Tindall y sabía que eso estaba fuera de lugar, la verdad.

En chirona no se molestó en tener reloj; siempre había muchos timbres y olores que te indicaban la hora que era. Ahora que tenía uno, miraba el chisme cada pocos minutos. Sentía que los segundos pasaban tambaleándose y de rodillas.

Mientras él volvía el cuello y balanceaba la bolsa de plástico.

Había discotecas más grandes que Beware, Thorne lo sabía. Como G-A-Y and Heaven, con millares de personas y cuatro o cinco zonas de baile distintas en la misma discoteca. Pero esta era bastante grande para él. Y para Hendricks también: le había dicho que los locales grandes le daban canguelo.

—La música es mejor en las discotecas más pequeñas —le dijo—. Además, no hay tanta competencia cuando se trata de buenos partidos.

—Tampoco hay tanto donde elegir —Thorne dejó ver una amplia sonrisa—. Un botín más escaso.

—Solo necesito encontrar uno bueno —dijo Hendricks.

En la discoteca había trescientas, tal vez cuatrocientas personas; las luces estroboscópicas dificultaban ser más preciso. El volumen del sonido era tal que, por comparación, el local que él y Holland acababan de dejar parecía íntimo. No tenía ni idea de cómo se llamaba, y además le importaba un bledo, pero no era la clase de música que uno necesitaba cuando estaba tan tenso, y tan asustado, como estaba él.

—No va a ser fácil —dijo Holland.

Thorne meneó la cabeza. Alzó la vista hacia el entramado de las luces, hacia los enormes espejos y el encrespado mar de cabezas que se reflejaba en ellos, y durante

unos desconcertantes segundos perdió la noción de dónde se encontraba y por qué estaba allí. Era como si el ruido y la presión de todo aquello empezaran a excluir los pensamientos más simples; a joder las funciones.

Se preguntó si conocería siquiera a Hendricks en caso de que lo viera.

Perdió de vista a Holland a los pocos segundos, cuando empezó a abrirse paso por la multitud. Haciendo caso omiso a los codos y a los zapatos que le rozaban los tobillos, mientras miraba las caras y observaba detenidamente los cogotes.

Dios, qué ruido. Y qué calor.

Se coló a duras penas entre dos hombres altos y se volvió para echar un buen vistazo al de la cabeza afeitada. Ambos le lanzaron una mirada furiosa.

El sonido subía latiendo por sus pies y retumbaba en su cabeza como un martillo envuelto en algodón.

Chocando y apretando y chupándole el aire.

Shtuumpshtuumpshtuump...

*Que me rompan la cabeza con un martillo, por lo visto.*

*No bromees con esto...*

Thorne se quitó la chaqueta. Estiró el cuello para buscar a Holland. Vio brillar la luz en el metal de una cara, y en el de una cazadora, y se quedó mirando fijamente hasta que el hombre se apartó bailando otra vez.

Shtuum shtuumpshtuump...

Ojos abiertos, ojos cerrados mientras bailaban. Montando un espectáculo o absortos. Cara tras cara y cuerpo tras cuerpo; la forma, por lo general, más que suficiente.

Joder, Phil...

Un hombre corpulento le dio en el costado al girar, sonrió y dijo un «perdona» moviendo solo los labios.

*joderjoderjoderjoder...*

Sentía el sabor de su propio sudor y el de los demás. En la comisura de la boca; diluyendo la acidez de la adrenalina.

Sal y metal.

Empujar aire cálido y húmedo y espaldas sudorosas; zapatos que buscan espacio sobre el suelo encerado; feos y mates entre los Adidas y Nike. ¿Qué llevaría puesto Phil?

Zapatillas de deporte, sin duda; aquellas llamativas, blancas y plateadas.

No se bailaba con botas de motero.

Shtuump...

Una voz detrás; un hombre junto al que acababa de pasar con dificultad, diciéndole que mirara adónde cojones iba. Thorne se detuvo y aspiró una caliente bocanada de aire; bizqueando mientras un haz de luz cruzaba de acá para allá por su cara. Conteniendo las ganas de girar en redondo y darle una paliza al gilipollas.

Guardándose las ganas.

En lugar de eso, se dio la vuelta, pasó rápidamente por delante y retrocedió, abriéndose paso a empujones entre la multitud, hacia la plataforma elevada del otro extremo de la sala. Mucha gente le gritó ahora, mientras cruzaba dando empujones. Atacó con la cabeza, haciendo volar las bebidas, y subió dando tumbos hasta la cabina del pinchadiscos.

Alargó la mano para pegar la placa de identificación contra el cristal de un manotazo.

—Apágalo...

El pinchadiscos lo miró entrecerrando los ojos como si estuviera loco. Thorne se apresuró a rodear la cabina y subió la corta escalera. Dándose cuenta de que aquella no era una petición corriente, el pinchadiscos ya estaba quitándose los auriculares cuando Thorne se inclinó sobre la consola para agarrarle un puñado de camisa.

—¡QUE LO APAGUES!

Fue extraño aquel segundo, o aquellos segundos, antes de que se parara el baile. Las luces seguían lanzándose en picado y girando por el suelo mientras todas las cabezas se volvían hacia la plataforma. Unos cuantos gritos por encima de la barahúnda; brazos en alto cuando los discotequeros exigieron saber qué ocurría.

Thorne se inclinó sobre el micrófono.

—¿Phil?

Un torrente de insultos desde la pista de baile. Peticiones de que lo tiraran abajo.

El micrófono distorsionó cuando apretó la boca contra él.

—¿Phil Hendricks?

Thorne miró directamente a la luz, esperando, su placa de identificación tendida en honor a dos enormes seguratas que iban disparados hacia la plataforma. Cinco largos segundos que se habían convertido casi en diez cuando le sonó el teléfono.

—A lo mejor es él —gritó uno.

Con el teléfono aún zumbando en el puño, Thorne bajó hacia la pista de baile. Se sacudió las manos que lo agarraban y empujó con las suyas el pecho de alguien, al tiempo que se apresuraba a salir. Divisó a Holland, que se abría paso a la fuerza hacia él mientras la música arrancaba de nuevo, y le dio con el hombro a la puerta para salir a escape a coger la llamada de Louise.

—Voy camino de Waterloo —dijo ella.

—¿Qué pasa en Waterloo?

Thorne cruzó Wardour Street y se refugió en el portal de una tienda.

Mientras Louise le contaba el avistamiento de The Adam, él vio que Holland salía y escudriñaba la calle, buscándolo. Levantó un brazo y Holland cruzó con una carrerilla bajo el aguacero.

—Te alcanzaré lo más rápido que pueda —dijo Thorne.

—No vale la pena. De todas maneras tengo a Kenny conmigo. ¿Dónde estáis?

Cuando Thorne se lo dijo, Louise sugirió que él y Holland miraran todos los bares y pequeñas discotecas de Old Compton Street. Por lo que sabía, no eran locales que

Hendricks acostumbrara frecuentar, pero creía que había estado en casi todos ellos alguna vez.

—No estará de más —dijo.

Thorne estampó la mano contra el escaparate y luego empezó a andar.

—Qué pérdida de tiempo, joder...

A la altura de su hombro, Holland se echó atrás el mojado pelo y preguntó qué pasaba. Thorne hizo una mueca y meneó la cabeza.

—¿Qué vas a hacer, si no? —preguntó Louise.

Evidentemente, Porter no iba a pagarlo, pero aun así miró el precio de entrada al pasar: quince libras. Los otros sitios eran más baratos, aunque no mucho. Tres o cuatro discotecas distintas, y a cuatro libras por bebida... No pudo evitar preguntarse cuánto dinero se gastaba Phil Hendricks en una típica noche de parranda un sábado.

Ella y Parsons fueron tan frescos hasta el principio de la cola y por delante de la taquilla, pero de todas formas se produjo un momento incómodo cuando un guardia de seguridad, con la obligatoria levita negra y el auricular, alargó una mano para detenerlos en la propia puerta de la discoteca.

Porter se limitó a clavar la vista en él. Parsons le dijo al hombre que se moviera.

El segurata parecía incómodo y se ruborizó al dirigirse a Porter.

—No estoy seguro de si debo registrarle el bolso o no —dio un paso atrás cuando Parsons le puso una mano en el brazo—. No sé, a lo mejor lleva un arma.

—Varias —dijo Porter.

Tal vez solo fuera la novedad, pero Vada parecía más elegante que The Adam. La música era menos insistente, y había más espacio para moverse; la pista de baile en sí solo ocupaba una pequeña zona de la sala principal. El ambiente no era tan enloquecido, y Porter imaginó que el local se llenaría más tarde, cuando los discotequeros buscaran algún sitio donde hablar o relajarse.

Los hombres bailaban cerca, al ritmo de unas voces de sintetizador y una percusión suave, mientras ella y Parsons se abrían paso por la sala hacia la barra. Los diseñadores habían intentado conseguir algo entre turbio y de finales de la década de los sesenta con el terciopelo negro y rojo del mobiliario, la fibra óptica de las lámparas de mesa y los retratos ampliados de Michael Caine y Mick Jagger en las paredes.

Porter no sacó nada útil de los camareros, de modo que ella y Parsons se separaron para explorar el resto de la discoteca.

Por desgracia, la iluminación era igual de taciturna y evocadora que el sonido. Porter descubrió muchos rincones oscuros y pozos de sombra mientras miraba; mientras buscaba una camisa negra, o plateada quizá; un nacimiento del pelo muy corto, más suave en el cogote, donde empezaba un tatuaje. Atenta por si oía una risa conocida y lasciva al acercarse a las mesas y a los bancos acolchados, en las zonas donde las paredes de bloques de vidrio amortiguaban la música.

Intentando no perder el optimismo.

Había un bar en la parte superior de una pequeña escalera. Porter lo recorrió con paso enérgico de esquina a esquina; por algunas miradas, advirtió que su expresión frustrada tal vez se confundiera con desaprobación. Qué se le iba a hacer.

El camarero de aquí no fue de más ayuda que el de abajo; le sugirió a Porter que acaso su amigo todavía no hubiera llegado.

Sintió otra ráfaga de ira hacia Thorne. Él diría que no le había mentado, claro, que había estado protegiéndola, pero ella sabía que eso eran gilipolleces. La cólera disminuyó cuando un hombre que se ajustaba a la descripción de Marcus Brooks pasó por delante de ella y le sonrió; cuando se sorprendió preguntándose cuánta pasma habría en el local, aparte de ella misma y de Kenny Parsons.

En ese preciso instante el sargento apareció en la entrada del bar y meneó la cabeza. Una mirada donde se insinuaba que ya había hecho suficiente lameculismo por una noche de sábado y que quería irse a casa.

Salieron del bar y bajaron la escalera; al pasar, Porter fue inspeccionando una serie de salas pequeñas, decidida a cubrir cada centímetro del local antes de darse por vencida. Estaba al borde de hacer precisamente eso, y preguntándose qué diablos iba a ocurrir ahora con Thorne, qué le diría para consolarlo si es que ocurría algo, cuando por fin vio una cara que reconocía.

El hombre estaba sentado en la tercera de las salas de música *chill-out*, cerca de la puerta, con otros dos hombres y una mujer. Había un considerable surtido de botellas y vasos en la mesa de en medio.

Porter no tenía tiempo para presentaciones, de modo que dejó que su placa de identificación las hiciera por ella.

—Yo te he visto —dijo—. Con Phil Hendricks.

—Casi seguro —dijo el hombre. Apagó un cigarrillo, echó un fino chorro de humo al otro lado de la mesa y luego alzó la vista; por encima del hombro de Porter y más allá—. Anda por ahí, por algún lado.

Porter sintió que algo se le hundía en el estómago.

—¿Dónde?

Los ojos del hombre seguían buscando.

—Estaba con un tipo de cabeza rapada. Poniéndose muy íntimo.

Porter se dio la vuelta y miró hacia fuera por la entrada, atenta a cualquier indicio de Hendricks.

—Estaban aquí hace diez minutos...

Porter se dirigió como un rayo a la puerta, mientras el hombre y sus amigos seguían cambiando impresiones detrás de ella. Buscaba con desesperación el teléfono cuando divisó a Parsons al otro extremo del pasillo; marcó mientras él se le acercaba corriendo.

—Tom, está aquí, o lo estaba, y quizá Brooks. Deberías venir.

Dejó la dirección y colgó.

—¿Dónde diablos no hemos estado?

—¿Despachos? —sugirió Parsons—. ¿Aseos?

Corrió hacia el servicio de caballeros, y Porter se dirigió al de señoras, en la otra punta del pasillo enmoquetado. Dentro, una mujer que estaba junto al lavabo de mármol se quedó mirándola fijamente mientras Porter abría de golpe las puertas de los cubículos. Nada.

Antes de que la puerta se cerrara tras ella, Porter ya estaba al otro lado del pasillo. Giró a la izquierda y se encontró en las cocinas; clavó la vista más allá de las dos camareras sentadas en la encimera y volvió a recular deprisa.

No había más sitios adonde ir.

No vio ni rastro de Parsons; oía la música filtrándose por las paredes y la lluvia al otro lado de la puerta que tenía delante. Se apoyó en la barra metálica, empujó y salió al exterior.

Era un estrecho callejón trasero de cuarenta o cincuenta metros que iba hasta la bocacalle que ceñía las traseras de la discoteca, saliendo de la calle principal. A ambos lados, el agua caía de los empinados tejados. Caía en cortinas, iluminada a trechos por la luz de las ventanas o las lámparas de sodio fijadas a la pared en los portales.

En uno de esos portales, a mitad del callejón, Porter vio dos figuras.

Avanzó poco a poco, despacio, a lo largo de la pared; oyó pies en el suelo cuando alguien ajustó la postura de los dos. Oyó que algo golpeaba una puerta. Algo como un gruñido.

—¿Phil?

Dio tres o cuatro pasos más, luego se separó otros tantos de la pared y vio la cabeza que se volvía hacia ella, las facciones en sombra.

A Hendricks lo apretaban fuerte contra la puerta.

Tenía unas manos subidas en torno al cuello...

Porter ya corría, metiendo la mano en el bolso, y cuando el bolso llegó al charco, sus manos apretaban con fuerza la defensa plegable. Al tiempo que gritaba algo, le dio fuerte al hombre en la parte de atrás de las piernas; luego dio un tirón y, mientras el tipo caía, le dio la vuelta; luego se dejó caer encima de él.

—¡Joder...! ¡Louise...!

Movió la rodilla hasta ponerla por debajo de los omóplatos del hombre, gruñendo de esfuerzo mientras agarraba la porra por cada extremo y con ella hacía presión en el cogote... Y mientras otras manos le arañaban a ella el cuello y la agarraban del pelo.

Entonces oyó a Phil Hendricks gritando y soltando tacos, con la voz entrecortada, por encima del tamborileo de la lluvia y del fragor de su propia sangre.

## Veintinueve

Thorne y Holland iban de vuelta al coche cuando llegó la llamada.

—Aquí Kenny Parsons, señor...

Lo que dijo Parsons, a continuación, se perdió bajo el vocerío de fondo. Thorne reconoció la voz de Hendricks; sintió que el alivio lo abrazaba. Luego otra voz masculina; amenazando.

—¿Qué coño pasa? —gritó Thorne.

Se produjo un breve silencio hasta que oyó que le pasaban el teléfono a otra persona; a Louise, que carraspeó.

—Me equivoqué. Él está bien —hablaba con agitación, sin aliento—. La he cagado.

—Cuéntame.

—Creí que era Brooks, ¿vale? Que atacaban a Phil. Lo vi y solo pensé...

—No hables tan rápido.

Ahora Thorne oyó a Parsons diciéndole a la gente que se callara, alzando la voz por encima de la de ellos.

—Lo que estaba era mojando, por el amor de Dios... Un chaval que ha conocido...

—¿Estás segura?

Louise empezó a contarle cómo Hendricks la había arrancado del hombre que estaba en el suelo, pero luego titubeó, como si no quisiera decir mucho más. Qué más había visto.

—Parecía que este tipo estaba..., encima de él, ¿sabes?

Thorne caminaba más rápido.

—¿Alguien está herido? —preguntó.

Antes de que Louise pudiera contestar, alguien le arrebató el teléfono.

—Ahora mismo lo único que quiero es joderte —dijo Hendricks—. Ir derecho a Brigstocke y meterte en la mierda todo lo hondo que pueda.

Thorne sabía que él tenía todo el derecho a estar tan enfadado como Hendricks, y además lo estaba. Pero se esforzó para que no lo pareciera.

—Más vale que cierres el pico y escuches —dijo.

Hendricks lo entendió.

—No era una vacilada, ¿vale? Eres un blanco válido porque hace seis años testificaste en el juicio de Marcus Brooks.

—Vete al carajo —dijo Hendricks—. Apenas había acabado las prácticas hace seis años. No había puesto el pie en una puta sala de juicios.

—El forense principal era Allan Macdonald.

—¿Y qué?

—¿Te suena de algo?

—Fui ayudante suyo durante seis meses o así...

Hendricks dejó la frase sin terminar, y en aquel breve silencio Thorne oyó que la confianza en sí mismo se desvanecía.

—Murió hace un par de años, creo.

—Exacto. Lo cual te pone a ti el siguiente de la fila. Muy a mano, joder.

—Sigo sin saber de qué me hablas. Yo no tuve nada que ver con ese juicio. ¿No crees que me acordaría?

—La acusación presentó una declaración escrita que confirmó la posibilidad de que hubieran asesinado a Simon Tipper durante el tiempo que Brooks estuvo en su casa. La hora de la muerte era el elemento clave de la defensa de Brooks; el único elemento, más o menos. Cuando aquella prueba médica se puso delante de un jurado, junto con las huellas del vaso y todo lo demás, el veredicto únicamente podía ir en un sentido.

—Por entonces yo me limitaba a preparar el equipo. Limpiar los canales de desagüe, hacer el papeleo...

—Tú refrendaste aquella declaración, Phil.

Solo la lluvia durante unos segundos, y voces amortiguadas.

—Joder.

—Sí. Joder.

Thorne se sobresaltó un poco al sentir el roce de una mano en el brazo. Siguió la mirada de Holland hacia el coche, que seguía aparcado delante de Spice of Life. Vio la pegatina en el parabrisas y luego el sucio cepo naranja cogido a la rueda delantera.

—Esperad ahí —le dijo Thorne a Hendricks—. Estaré con vosotros en cuanto pueda.

La copa que Thorne le había prometido a Holland por su ayuda aquella noche se había convertido en algo más sustancioso para cuando lo convenció de que se quedara con el coche a esperar a los del cepo. Salió a la calzada diciéndole que tuviera cuidado con el embrague del BMW, que estaba chungo. Luego, mientras paraba por señas a un taxi que pasaba, se volvió para gritarle que recogería el coche en algún momento del día siguiente.

Cuando el taxi daba la vuelta para cambiar de sentido, y mientras Thorne veía a Holland subirse a su coche diciendo algo entre dientes, el móvil volvió a sonar.

—Lo habría dejado divertirse un poco —dijo Brooks—. Antes de que el chaval me lo trajera.

Thorne tardó unos segundos en entender. La persona con quien Louise había encontrado a Hendricks en el callejón era un cebo. Trabajaba con Brooks. Un rápido manoseo para hacer que Hendricks se interesara; luego de vuelta a la casa del chaval, donde Brooks estaría esperando.

—El pobre cabroncete ha vuelto con el rabo entre las piernas. Una mujer le había dado una tunda de muerte.

Thorne se recostó en el asiento mientras el taxi aceleraba y se alejaba por Charing

Cross Road.

—Hendricks es terreno prohibido —dijo.

—¿Porque es tu amigo?

—No tiene nada que ver con lo que te pasó.

Thorne sentía que el pecho le saltaba contra el cinturón de seguridad. El agua le goteaba del pelo y se deslizaba entre su oreja y el móvil.

—Angela y Robbie no fueron terreno prohibido.

Thorne se apresuró a secar el teléfono en la camisa. Pensó decir que lo sentía. En su lugar, dijo:

—Yo sé lo que es la pérdida.

Había manchas marrones en la ventanilla que separaba a Thorne del taxista, pero aun así aquel distinguía los lunares que el hombre tenía en el cogote.

Brooks gruñó.

—Nicklin me lo dijo.

Thorne apretó la mano en torno al teléfono. Se preguntó si había algo que Nicklin no supiera acerca de él.

—¿Y qué?

—No es lo mismo.

No había tiempo de discutir, aunque bien sabía Dios que Thorne lo había repasado en su cabeza bastantes veces.

—¿Por qué hacérselo pasar mal a otras personas?

—No es...

—¿Y a otras familias?

El taxímetro saltó dos veces, y cuando por fin Brooks respondió, siguió sin ser una respuesta.

—Mira, siento que sea tu amigo el tipo de la discoteca. Es raro cómo salen las cosas, ¿verdad?

Thorne sabía que en aquello no había nada raro. Sabía exactamente cómo se había realizado la conexión. Quién hizo la investigación de rigor y, después, le comunicó la información a Marcus Brooks.

Eso lo arreglaría en persona más tarde.

—Escucha lo que te digo, ¿eh? Las cosas te irán muy mal a menos que te olvides de Phil Hendricks. Eso tienes que saberlo.

Diez segundos pasaron antes de que Brooks volviera a hablar.

—Hay otra gente que me interesa más —dijo.

A Thorne aquello le sonó bastante a un acuerdo.

—Así que, ¿dónde acaba esto, Marcus?

—Quién diablos sabe.

—¿Vas a perseguir al juez después? ¿A las personas del jurado?

El taxi rodeó rápido el borde oeste de Trafalgar Square y viró a la izquierda en ámbar hasta el Strand.

—No olvides al taquígrafo y al tipo que conducía la furgoneta de la cárcel.  
—¿Cuánto se tarda hoy día? —preguntó Brooks—. ¿En localizar una llamada?  
—Nadie está localizando esta llamada.  
—Ya han pasado cinco minutos, ¿no?  
—No hay nadie escuchando, te lo juro por Dios.  
—Vale.  
—Por eso te he dado este número.

Thorne oyó la fatiga en el breve silencio, y también en las palabras de Brooks cuando llegaron. En el poco tiempo que llevaban hablando, su voz había ido haciéndose más lenta, más pastosa; como si estuviera haciendo efecto un anestésico.

—Me parece que te creo de verdad —dijo.  
—Eso está bien.  
—Y... Y no lo sé.  
—¿Qué?  
—Dónde va a acabar esto...  
—¿Marcus?  
Pero Brooks ya no estaba al teléfono.

La lluvia había amainado, y cuando el taxi de Thorne se detuvo estaban esperando ante la fachada de la discoteca. Cuando iban por la mitad del puente de Waterloo le había metido un billete de diez en la mano al conductor, y ahora salió del vehículo en cuanto paró junto al bordillo.

Louise, Parsons y Hendricks se apartaron de la cola que esperaban para entrar; Parsons se quedó un poco por detrás de los otros dos mientras Thorne iba hacia ellos con los brazos abiertos en un gesto interrogante.

—¿Por qué habéis dejado marchar al chaval?  
Louise meneó la cabeza, enfadada.  
—¿Cómo?

A Thorne no se le escapó la mirada feroz de Hendricks cuando giró sobre sus talones y se apartó, frustrado.

—Dios, he tenido suerte de que no quisiera empapelarme por agresión...  
—Le habían dicho que lo hiciera.  
Thorne echó una ojeada a Parsons y se acercó un paso a Louise.  
—Kenny es legal —espetó ella, enojada.

Thorne asintió y bajó la voz de todos modos.

—Estaba todo amañado. Iba a entregarle a Phil a Brooks después.

Hendricks estaba observando detenidamente el suelo; arrastrando una zapatilla de deporte de aquí para allá por la acera húmeda. Llevaba puesta una fina camiseta negra por encima de unos tejanos, y Thorne imaginó que habría dejado la chaqueta dentro. Que, probablemente, el hecho de que estuviera empapado no era el único motivo para que temblara.

—¿De dónde has sacado todo eso? —preguntó Louise.

Por su fría sonrisa, Thorne vio que ya lo sabía. Bajó la voz más aún.

—Brooks ha llamado cuando venía de camino.

Estaba a punto de decir más pero lo hizo callar el alarido de una sirena. Todos se volvieron a mirar una ambulancia que salía pitando desde el puente; la vieron saltarse el semáforo y correr hacia el sur.

—¿Sabe dónde vivo? —preguntó Hendricks.

Thorne no le había dado a Hendricks demasiados detalles cuando hablaron, pero ya no parecía tener mucho sentido guardarse nada.

—El vídeo del mensaje se grabó a la puerta de tu casa.

—Vaya, eso es genial, joder.

—No pasa nada, Phil...

—¿Entonces esta noche me voy a tu casa, o qué?

—Hombre, desde luego él sabe dónde vivo yo —dijo Thorne—. Creo que todos deberíamos volver a casa de Lou.

Echó una ojeada.

—Si a ti te va bien...

En ese momento Louise hacía un gesto con la cabeza a Parsons, que se quitó la chaqueta y se la pasó. Cuando ella se dio la vuelta, su sonrisa era aún más glacial.

—Por mí, bien —cruzó y le puso la chaqueta a Hendricks por los hombros—. Supongo que tu compinche no te comentaría por casualidad si yo estaba en su agenda de direcciones, ¿verdad?

Thorne estaba seguro de que a Brooks le habían dado toda aquella información, pero estaba casi igual de seguro de que no iba a utilizarla.

—Creo que ya no habrá problemas —miró a Hendricks—. Le he dicho que lo deje.

Hendricks le devolvió la mirada.

—Cuando llamé, ¿sabes? Me parece que lo ha comprendido.

—¿Que a ti te parece? —dijo Louise.

—Creo que nos entendemos.

—¿Tienes idea de lo ridículo que suena eso, joder?

—Louise...

—¿Y de lo ridículo que sueñas tú?

Thorne se quedó allí, quieto, deseando no haber dejado a Holland en el coche. A pesar de todo el enfado con pretensiones de superioridad moral que lo invadía antes, de pronto se sintió aislado y, además, lleno de aprensión. Tan ridículo como decía Louise, en todos los sentidos. Cuando pasara la tempestad, supo que habría preguntas que responder y no sabía cómo iba a enfrentarse a ellas.

La acera mojada olía a moqueta nueva.

—Bueno, deberíamos volver a Pimlico —dijo—. Kenny, ya puedes irte a casa, y nosotros cogemos un taxi.

Parsons miró a Louise buscando su visto bueno.

—Yo tengo cosas ahí dentro —dijo Hendricks—. Y además, de todos modos, no voy a ningún sitio hasta que me haya tomado una copa bien grande.

Empezó a dirigirse de nuevo hacia la discoteca y, al cabo de unos segundos, Louise se volvió para ir detrás, llevando a Parsons consigo.

Thorne los vio marcharse al tiempo que escuchaba desvanecerse la sirena, a más de un kilómetro de distancia quizá. Con cada mano agarró el cálido forro de un bolsillo de la cazadora, y entonces se dio cuenta de que Hendricks no era el único que estaba temblando.

## **Tercera parte**

**«Reenviar»**

## Treinta

Había disfrutado de mañanas de domingo más relajantes. Después de levantarse antes que nadie, Thorne vio un rato la televisión y luego decidió que más valdría ir a casa de Holland a recoger el coche. Se llevó un periódico para el trayecto en metro hasta Elephant and Castle. Lo hojeó con la esperanza de que a lo mejor los cotilleos, o los goles, o los suicidas con bomba apartaran su mente del lío en el que se encontraba. El *guatemala* profesional y el *guatepeor* doméstico. Mientras él correteaba alocadamente por las discotecas gais, se había producido un doble asesinato con arma de fuego en Tottenham. La barriada en que habían muerto dos jóvenes negros hacía mucho que se consideraba una zona donde la policía no se atrevía a poner los pies, y, al leer el artículo, Thorne pensó que estos últimos acontecimientos no era probable que la convirtieran en un punto de interés turístico.

El tren procedente de Pimlico iba casi vacío, pero en Stockwell Thorne hizo transbordo a la Northern Line y apenas podía leer el periódico sin darle un codazo al vecino en las costillas.

Volvió a mirar el artículo de la portada.

Un acontecimiento brutal, y también sencillo; relacionado con las drogas, casi con toda seguridad. Mientras leía se dio cuenta de lo mucho que anhelaba algo del montón, donde no hubiera que tomar opciones difíciles. Quería que este caso se acabara. Había casos, aunque solo unos pocos, que lo habían marcado por dentro y por fuera, pero no recordaba ninguno que lo dejara con aquella sensación de no controlar nada.

No tenía ni idea de adónde se dirigía el caso..., ni tampoco él.

Levantó la vista del diario y sorprendió al hombre de enfrente mirándolo; enseguida vio que se apresuraba a subir la mirada hasta los anuncios que estaban por encima de la cabeza de Thorne y luego la bajaba al libro de bolsillo que tenía sobre sus rodillas.

En los trenes del metro todo el mundo miraba a otro. Daba igual dónde uno se sentara, a qué lado. Uno nunca conseguía ver lo que se avecinaba.

La novia de Holland, Sophie, no le arrojó exactamente a Thorne las llaves del coche cuando abrió la puerta, pero dio la impresión de que le habría gustado hacerlo. Thorne dijo hola, luego perdón, y pasó al interior. Probablemente era la acogida más cordial que iba a recibir aquel día.

—Ahora mismo salía un momento a la tienda —dijo Sophie cuando entró con Thorne en la sala de estar—. ¿Quieres algo?

Holland alzó la vista desde el sofá. Parecía que había dormido lo mismo que había logrado dormir Thorne. Meneó la cabeza; igual que Thorne, era muy consciente de que Sophie se limitaría a matar el rato hasta asegurarse de que este se hubiera

marchado. Hacía algún tiempo, Thorne se había planteado llamarla, quizá pasar por allí algún día cuando no estuviera Holland para intentar solucionar lo que hubiese entre ellos. Pero no hizo nada, y ahora las cosas ya no podían cambiarse.

—Compra unas judías si quieres. A lo mejor preparo un chile con carne luego —dijo Holland.

Después, cuando ella se fue, hizo té.

—Gracias por lo de anoche —dijo Thorne.

—Haces bien en dárme las. Es una pesadilla conducir ese coche.

—No me refería al coche.

Holland lo miró a través del vapor de su té.

—¿Qué pasó?

Thorne lo puso al corriente de todo: desde que lo había dejado bajo la lluvia con el BMW, hasta el momento en que volvió al piso de Louise y apechugó con las consecuencias..., pero sin ir más allá. Con una sonrisa de satisfacción, Holland le recordó el momento en que se había hecho con el micrófono en Beware y empezó a gritar.

—Creo que tienes un don innato —dijo—. Solo necesitas agenciarte una gorra de béisbol o algo así...

Thorne se rio; le pareció que no se reía desde hacía tiempo.

—Aún puedes acudir a Brigstocke —dijo Holland.

—No...

—He estado pensando en eso.

Thorne ya estaba meneando la cabeza, pero Holland siguió adelante.

—Podrías hacer otro desvío, desde el teléfono de prepago que usas para hablar con Brooks otra vez a tu primer móvil. Tira el prepago, y nadie tiene por qué enterarse de lo de las llamadas. Tu palabra contra la de Brooks, si es que se llega a eso.

—No va a pasar.

—Pues nada, confiésalo todo. El jefe es amigo tuyo, ¿no?

—Ya tiene bastante marrón él solo. Sea lo que sea, y si es que sale de ello, lo que intentará es no meterse en líos —vio que Holland trataba de pensar en otra salida—. No te preocupes por eso, Dave.

La hija de Holland, Chloe, entró desde la habitación de al lado con el puño lleno de lápices de colores. Parecía una versión en pequeño de Sophie. Al principio, durante un par de años, Thorne le llevó regalos de cumpleaños, pero se había perdido el último, hacía unos meses.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—Este es Tom —dijo Holland—. Ya ha estado aquí.

Pero Chloe ya había cambiado de tema. Se sentó en el suelo y sacó un cuaderno de colorear de una mesita baja. Thorne y Holland bebieron el té y la miraron trabajar, con los labios fruncidos de concentración. Thorne le preguntó qué dibujaba.

—El cielo —dijo ella.

Así de sencillo.

—¿Sigues pensando en irte de Londres? —preguntó Thorne.

Holland levantó los brazos en un gesto que lo invitaba a mirar a su alrededor.

—Tenemos que irnos a algún sitio —dijo.

Aquel primer piso siempre había sido estrecho, pero ahora, con juguetes desperdigados por el suelo y un carrito en el recibidor, Thorne vio lo mucho que Holland y su familia necesitaban más espacio. Sin embargo, se preguntó si la mudanza tal vez no sería un paso para que Holland escapara del Cuerpo definitivamente. Sabía que su novia estaba animándolo a considerar otras alternativas.

—Creo que a Sophie le apetece volver al trabajo —dijo Holland; se encogió de hombros—. La verdad es que no hemos decidido nada por ahora.

Thorne no recordaba qué era lo que Sophie hacía antes de tener a Chloe. No se molestó en preguntar.

—Estaría bien que no te fueras demasiado lejos —dijo.

Chloe llevó el cuaderno de colorear para enseñárselo a su padre. A Thorne le gustó el modo en que Holland puso la mano en la cabeza de su hija, y cómo el brazo de la pequeña se deslizó con naturalidad en torno a su cuello mientras miraban juntos el dibujo.

Sintió envidia.

—Ahora voy a dibujar un tiburón —dijo ella—. Y yo matándolo.

Garabateó otros cuantos minutos y luego arrastró una sillita de plástico hasta el televisor y se sentó con el mando a distancia en las rodillas.

Cuando Holland se levantó a por las llaves del BMW, dijo:

—¿Qué te pareció Brooks cuando hablaste con él?

Thorne recordó el cansancio de su voz, pero supo que no era eso lo que Holland preguntaba.

—Como si le diera lo mismo.

—¿Que lo atraparan?

—Todo.

—Mala noticia.

—Para alguien —dijo Thorne.

Louise aún no se había levantado de la cama cuando Thorne volvió, y se limitaron a intercambiar un puñado de palabras cuando por fin ella salió del cuarto, a punto de dar las once. ¿Le había ido bien el sofá para la espalda? Bien. ¿Le apeteecía un buen desayuno? Genial, si no era demasiada molestia. Ella se llevó una taza de té de vuelta al dormitorio, salió vestida quince minutos después y declaró que iba a la tienda a comprar unas cuantas cosas.

—Podía haberlas comprado yo cuando fui a la casa de Dave —dijo Thorne

mientras ella salía.

Louise cerró la puerta. Él no supo si lo había oído.

Cuando Hendricks salió de la habitación de invitados un poco más tarde, llevaba puesto el batín de Thorne y murmuraba lo bien que olía la panceta. Thorne sintió alivio al ver que parecía un poco avergonzado. Hendricks cogió una de las revistas, en apariencia contento de esconderse tras ella un rato, pero en vez de eso, se la llevó a la cocina cuando Louise lo llamó.

Mientras Thorne intentaba en vano leer la crónica del empate a cero de los Spurs en el campo del Manchester City, los oyó hablar en susurros. Al cabo de diez minutos preguntó a gritos a Louise si necesitaba ayuda.

—No hace falta —dijo ella.

Panceta, salchichas, huevos y judías; tostadas y café recién hecho. El sol bañando la mesa y algo inofensivo en la radio de la cocina. Thorne acabó el primero y se quedó mirando comer a Louise y a Hendricks; los escuchó conversar sobre temas triviales.

Por más que se esforzó, no estuvo callado mucho tiempo.

—Está claro que los dos creéis tener algún derecho para estar cabreados conmigo. Ellos alzaron la vista como si acabaran de darse cuenta de que estaba allí.

—¿Y a ti qué te parece? —preguntó Louise.

Thorne había estado desvelado casi toda la noche, pensando en lo cerca que estuvo de perder a su amigo más íntimo. Se daba cuenta de que a lo mejor lo había perdido de todos modos; se daba cuenta de que a lo mejor perdía mucho más.

—Creo que anoche tuvimos suerte —dijo—. Creo que deberíamos estar..., agradecidos.

—Yo lo estoy —dijo Louise—. Es de otras cuantas cosas de las que no estoy tan segura.

Lo miró de frente, dio una rápida ojeada a Hendricks y enseguida volvió a mirarlo.

—Imagino que preferirás hablar de eso luego.

Thorne meneó la cabeza y empujó el cuchillo y el tenedor para juntarlos más.

—Nada de esto es sencillo que digamos, ¿sabes? Este caso.

—Contigo nunca lo es.

—¿Cómo dices?

—Nunca tomas el camino fácil, ¿verdad? Todo tiene que ser una puñetera lucha. Parece que no merece la pena hacer nada a no ser que duela. Pues si tú quieres sufrir, estupendo, pero no nos hagas cargar con las consecuencias también a los demás.

Thorne señaló a Hendricks.

—Dios, si no fuera por mí...

Hendricks lo miró, caldeado.

—¿Qué?

—Si no fuera porque tú hacías gilipollices —dijo Louise—, a lo mejor a estas

alturas ya habían cogido a ese cabrón. Lo de anoche no habría ocurrido jamás. ¿Te habría sido fácil aceptarlo?

Con un brusco movimiento de la mano señaló algo situado delante de ella; el tenedor chirrió contra el plato.

—¿Te habría dolido lo suficiente?

—¿Crees que fue culpa mía? —preguntó Hendricks.

—Yo no he dicho eso —dijo Thorne.

—¿Crees que tenía que haberlo recordado?

—Me sorprendió, nada más...

—Fue un cadáver que vi hace seis años, nada menos, ¿vale? Una autopsia en la que ayudé. ¿Tienes idea de con cuántos cadáveres trabajo cada semana? Si es que alguna vez supe el nombre, desde luego lo olvidé y, además, nunca supe cómo se llamaba el tipo al que acusaron de matarlo.

Hendricks iba exaltándose, y Louise alargó una mano para ponérsela en el brazo.

—Da la casualidad de que, cuando estás con las manos metidas hasta el codo en las tripas de alguien, casi siempre es más fácil si no te paras a pensar en él como en una persona, ¿vale? Si te olvidas de que se llama John o Anne o lo que sea. Eso lo hace muchísimo más fácil después, cuando estás quitándotelos de debajo de las uñas frotando con un cepillo y ya están metiendo al siguiente en la camilla...

Thorne levantó las manos.

—Phil...

—¿Y tú te acuerdas de todos? —Hendricks tenía lágrimas en los ojos y se las quitó de un furioso manotazo—. ¿De todos los cadáveres sin excepción, y del nombre de cada uno de los hijos de puta responsables de ellos?

Thorne pensó en lo que había dicho Louise. Olvidar aquellas cosas supondría tomar el camino fácil. Recogió su plato y lo llevó a la cocina.

Más tarde, mientras Hendricks estaba frito delante del televisor, Thorne y Louise hablaron en el dormitorio. Ya no hubo más teatro. El tono de Louise era comedido, razonable. A Thorne le resultaba más difícil enfrentarse a él que a los gritos.

—¿De verdad crees que Phil no tiene por qué preocuparse?

—Se preocupará pase lo que pase —dijo Thorne—. Pero Brooks me dijo que iba a cambiar de tercio.

—Qué bien que confíes tanto en él.

—Yo no he dicho eso.

—De acuerdo entonces. Digamos tan solo que confías en él más que en mí —sonrió con expresión sarcástica ante la reacción de Thorne y fue contando con los dedos—. Actuabas con la mejor intención, no querías involucrarme y, además, estabas intentando protegerme. He creído que más valía quitar de en medio estas cosas pronto para ahorrarte molestias.

—Todas son ciertas.

—Claro que sí.

—En realidad, no es que te haya mentado.

Louise dio una palmada en el borde de la cama con fingida decepción.

—Joder, ya sabía yo que se me olvidaba una.

Thorne se sintió acorralado, porque lo estaba. Sabía que no tenía dónde esconderse.

—Quise acudir a Brigstocke ayer —dijo—. Tú me convenciste de que no lo hiciera.

—¿Cuando te salvé el trabajo, te refieres? Sí, fui muy egoísta.

—¿Qué quieres que diga?

—Di lo que quieras.

—¿«Perdona»? ¿«Gracias»?... ¿Qué, qué?

Louise se dio la vuelta y se sentó en el filo de la cama. Sacó de la mesita de noche un tarro de crema de manos y empezó a ponérsela. Thorne se recostó en la pared. Oyó el televisor del piso de al lado y música clásica del piso de arriba. Pensó en lo mucho que había deseado tener un día libre.

—¿Y Brooks te ha dicho a quién iba a buscar?

Thorne se aferró a la pregunta con avidez. Ah, joder, sí, pensó: vamos a hablar como polis.

—A quienquiera que ayudara a Paul Skinner a tenderle una trampa, supongo. A Squire.

—Para ti solo se trata de eso, ¿verdad? De intentar atrapar al otro.

La conversación profesional no había durado mucho.

—No es un poli corrupto normal —dijo Thorne.

Buscando las palabras adecuadas, intentó explicarle que no había trazado ningún ambicioso plan en sentido estricto; que con él nunca lo había. Solo una serie de decisiones estúpidas. Pero, por la expresión de su cara, comprendió que ella sabía que lo había atrapado.

—¿Y cómo de corrupto te vuelve a ti eso que has estado haciendo? —preguntó ella—. ¿O a mí lo que hice anoche?

—Nosotros no hemos asesinado a nadie.

—¿Y si a Cowans lo hubieran matado a otra hora, más tarde? ¿O si no hubiéramos encontrado a Phil a tiempo? ¿Crees que alguna de tus estúpidas decisiones a lo mejor sería solo un poquito responsable?

Thorne sabía que sí.

Louise guardó la crema y se puso de pie. Siguió frotándose las manos.

—Tienes que aprender de esto. Lo digo en serio, Tom. Sobre el modo en que haces las cosas. Y sobre mí...

Mientras ella pasaba por delante, camino de la puerta, Thorne pensó en alargar la mano y atraerla hacia él. Sin embargo, en aquel momento no la entendía en absoluto.

—¿Phil va a quedarse por aquí? —preguntó.

Louise meneó la cabeza.

—Brendan va a pasar a recogerlo. Phil lo ha llamado antes.

—¿No preferiría quedarse contigo?

—No. Si tú estás aquí, no.

—¿Un domingo por la mañana? Ojalá yo hubiera estudiado así —dijo Kitson.

Harika Kemal le había dicho que tenía mucho que leer; que no tenía tiempo de hablar.

—Le prometo que no lardará mucho...

—Ya se lo he dicho todo.

—Lo sé, y también sé lo difícil que ha sido.

—No creo que lo sepa usted.

Kitson oyó voces de fondo. Se preguntó si sería la pareja que había visto con Harika aquel día, delante de la universidad.

—Es una pregunta bastante sencilla, de verdad. Creemos que Hakan tal vez haya ido a Bristol —esperó una reacción que no llegó—. Me preguntaba si usted tendría idea de por qué.

—No sé dónde está.

—Eso no es lo que le he preguntado.

—Sí que lo es.

Kitson comenzaba a impacientarse. Si Kemal estaba en Bristol, a lo mejor ya se había ido a otra parte. Era muy posible que se hubiera dado cuenta de que la multa por estacionamiento indebido a lo mejor revelaba su paradero.

—Empiezo a preguntarme si quiere que encontremos a su hermano.

—Yo la llamé, ¿no?

—Y quizá esté deseando no haberlo hecho. ¿Ha hablado con su familia?

La respuesta fue rápida y sincera.

—No.

—Bueno, pues a lo mejor una de nosotras tendrá que hacerlo —Kitson se calló un momento; esperó a ver si los sorbetones de Harika eran preludio de las lágrimas—. Vamos a dar con su hermano antes o después, ¿sabe? Sus padres tendrán que enterarse. Así que, ¿por qué prolongar la angustia?

—Eso solo sería el inicio de la angustia —dijo Harika.

—Lo lamento, pero no puedo evitarlo —Kitson oyó música de fondo ahora. Subió un poco la voz—. Mire, no voy a fingir que Deniz no había matado una mosca, y estoy segurísima de que usted lo sabía tan bien como cualquiera. Pero él también tenía familia, y tengo que pensar en ellos. Usted debería estar pensando en ellos.

Empezaba a preguntarse si Harika Kemal seguía al teléfono cuando la chica dijo en voz baja:

—Un primo.

—¿Cómo?

—Tenemos un primo que vive en Bristol.

Iba a mitad de camino de vuelta hacia Kentish Town cuando el reloj del salpicadero llegó a las dos en punto; cortaba por King's Cross para librarse del tráfico dominical de Camden. Aparcó en cuanto tuvo ocasión e hizo la llamada.

—Debe de tener amigos influyentes aquí dentro —dijo Nicklin.

—La verdad es que no. Solo mucha gente que lo aprecia a usted tanto como yo.

—Bueno, sea rápido, ¿quiere? No quiero perderme la reposición semanal de «EastEnders».

—No tardaremos mucho.

Desde luego, Nicklin sabía que era algo irregular que los reclusos recibieran llamadas telefónicas personales, aunque fuesen de policías. Thorne ya se había pasado quince minutos antes al teléfono hablando con Long Lartin, dándole toda la matraca que pudo al funcionario de enlace con la policía. Al final este accedió a buscar un despacho muy tranquilo y a bajar al recluso a una hora convenida.

—Lamento lo de su amigo —dijo Nicklin.

Thorne había decidido no contarle a Nicklin que su plan se había quedado en agua de borrajas; que Hendricks estaba a salvo. Ya lo averiguaría con el tiempo. Por el momento, aunque Brooks había convenido en dejar en paz a Hendricks, a Thorne le parecía mejor no correr riesgos y dejar que Nicklin pensara que estaba furioso y apesadumbrado. Nicklin era tan obstinado, o, más bien, tan insistente en todos los sentidos como el propio Thorne.

Y, desde luego, la furia era bastante auténtica.

—Sí que lo lamentará usted —dijo.

A Thorne le había llamado la atención enseguida lo distinta que era la agresión contra Hendricks comparada con las demás que había cometido Brooks. Sabía que le habían comunicado la información, y además no tardó en reconocer la firma que llevaba. Puesto que conocía un poco el pasado de Stuart Nicklin, supuso quién la había planeado; se figuró que Nicklin debió de utilizar relaciones de una vida anterior para dar con el chico que fue a buscar a Hendricks a la discoteca.

—No estaría usted llamando si tuviera una sola prueba.

El tono de Nicklin era el de un hombre que se sentía invulnerable, pasara lo que pasase; por supuesto en lo que se refería a la ley. Después de todo, dos condenas a cadena perpetua eran más o menos igual que una.

—De todas formas, haga lo que crea que es mejor. No me importaría nada pasar otras cuantas semanas delante de un tribunal.

—Hay mejores maneras —dijo Thorne—. Maneras más baratas.

Oyó la sonrisa.

—Al menos su amigo se habrá marchado dando el golpe.

—¿Y cómo le gustaría a usted marcharse?

—Este es el típico rollo del «largo brazo de la ley», ¿no?

—Crea lo que quiera.

—Bueno, entonces, ¿qué hay al final? —preguntó Nicklin—. ¿Una barra de hierro? ¿Una cuchara afilada?

—Se lo advertí. Cuando estuvimos en el módulo de aislamiento.

—Cuidado con lo que dice, Tom. Debería saber que todas mis llamadas telefónicas se controlan de forma rutinaria. Es probable que esto se esté grabando.

—Ya voy acostumbrándome —dijo Thorne—. La verdad es que me importa un carajo.

## Treinta y uno

Es muy posible que fuera una buena película, pero Thorne no tenía ni idea. Al cabo de casi dos horas ni siquiera era capaz de contarle a nadie de qué trataba, George Clooney, un dinero robado, una buena escena de sexo hacia la mitad con aquella atractiva mujer que salía en «CSI»...

Supuso que a Louise no le iría mucho mejor. Los dos sentados allí y pensando en otras cosas; siguiendo en ello como si todo fuera a salir bien. Intentando olvidar las veinticuatro horas previas, cuando el tiempo que estuvieron juntos parecía algo que costara trabajo atravesar.

—Creía que era bastante buena —dijo Louise, mientras salían por las puertas que daban a Camden Parkway.

Habían elegido un pase temprano. Todavía no eran las nueve.

Thorne se encogió de hombros.

—La verdad es que no la he seguido.

Decidieron volver andando hasta la casa de Thorne, en Kentish Town. Hacía una noche fría y despejada, y los dos iban bien envueltos en bufandas y gruesos abrigos.

Cuando High Street se convirtió en Chalk Farm Road, estuvieron a punto de chocar con un grupo de mujeres que salían de un restaurante. Thorne se apartó para rodearlas, pero una de las mujeres alargó la mano y lo tomó del brazo.

—Tom...

Thorne se quedó mirando a su exmujer.

Jan lo había llamado por teléfono cuando murió su padre, pero hacía ocho o nueve años que no se veían. No es que hubiera cambiado mucho (menos que él, casi seguro), sino que, sencillamente, no esperaba verla allí. Aquello no tenía lógica.

Él dijo su nombre mientras alargaba la mano y cogía la de Louise.

—Precisamente estaba comiendo con un par de amigas —dijo Jan.

Echó una mirada a las otras dos mujeres, que seguían caminando despacio hacia la estación de metro de Camden. Se dio la vuelta y se ruborizó al ver que Thorne tenía la vista clavada en su vientre; el bulto se apreciaba con claridad, incluso a través del abrigo.

—En realidad iba a llamarte...

Había cambiado bastante más de lo que Thorne creía al principio.

Thorne se dio cuenta de que estaba asintiendo como un tonto, así que dejó quieta la cabeza e intentó sonreír.

—Bueno. Joder...

—No sé qué diablos estoy haciendo, para serte sincera. A mi edad...

Thorne tardó uno o dos segundos en calcular la edad que tenía. Cuarenta años. No, cuarenta y uno. Asintió otra vez.

—¿Es...?

Ella se metió una pálida *pashmina* por el cuello del abrigo.

—De Patrick —fingió una risa, como si Thorne estuviera bromeando—. Claro que sí.

—Estupendo.

El profesor con quien se había largado.

—Está en casa, peleándose con unas redacciones.

Thorne se preguntó por qué sentía la obligación de explicar dónde estaba su novio. Si es que seguía siendo su novio; quizá se había casado con él. Se imaginó una cosa escuálida y medio pelirroja, con el pecho estrecho y salido, el pelo rizado y una pelusilla en la barba. Lo recordaba de la tarde en que salió volando de la cama como un gato escaldado cuando Thorne los sorprendió a los dos dale que te pego.

Por tercera o cuarta vez, los ojos de Jan echaron un rápido vistazo a Louise; la ojeada fue tan fugaz como la sonrisa que la acompañaba.

—Perdona —dijo Thorne—, te presento a Louise. Jan...

Louise se inclinó para estrecharle la mano.

—Vaya, ¿para cuándo?

—Dentro de seis semanas —dio un paso adelante—. Me muero de ganas. Mire qué tamaño tengo ya. Iré andando como un pato hasta después de la mismísima Navidad.

—Mejor entonces que en verano, imagino.

—Eso es verdad.

—Es una buena manera de empezar el año nuevo —dijo Louise.

Los tres dieron unos pasos hacia el bordillo cuando otro grupo salió del restaurante.

Jan se volvió otra vez hacia Thorne.

—Así que, ¿tú estás bien?

—Sí, bien.

—¿Sigues en la misma casa?

—Precisamente íbamos..., de vuelta.

Thorne miró a Louise, que confirmó el sencillo dato asintiendo.

Jan miró por detrás de ellos a sus amigas, que ahora se habían parado a un centenar de metros de distancia y miraban algo en un escaparate.

—Has dicho que ibas a llamar —dijo Thorne; con una inclinación de cabeza señaló el estómago de Jan—. ¿Era para decirme, ya sabes...?

—Bueno..., en realidad era solo para ponernos al día. Vaya, pues mira: ha estado bien.

—Sí.

Justo cuando el silencio iba volviéndose de lo más incómodo, Louise se apoyó en Thorne y dijo:

—Tengo frío —sonrió a Jan—. Estoy segura de que no le apetece quedarse aquí de pie.

Luego solo hubo unos cuantos ruidos de despedida, y Jan volvió a decir otra vez

lo bien que había estado que se encontraran. Lo extraño, y lo pequeño, que era el mundo. Por fin besó a Thorne en la mejilla, hizo lo mismo con Louise y se marchó para reunirse con sus amigas.

Thorne y Louise siguieron hasta Chalk Farm Road y cortaron por debajo de la vía del tren hacia Kentish Town. Caminaron rápido, sin decir gran cosa; lo poco que se habló fue por iniciativa de Louise. Le dijo a Thorne que su exmujer no era como se imaginaba. Que Jan estaba bien y parecía bastante simpática. Thorne apenas hizo más que asentir con un gruñido; intentaba pensar en algo que decir sobre la película.

En el cine Louise había puesto su teléfono en silencio, y ahora lo miró para ver si tenía mensajes. Escuchó y luego llamó a Hendricks. Mientras ella y Thorne caminaban, a un par de metros de distancia, le contó a Hendricks que la película había estado bastante bien y le preguntó qué había hecho. Se rio al oír algo y dijo que volvería a llamarlo por la mañana.

—Está bien —fue todo lo que dijo mientras guardaba el teléfono.

Cuando llegaron a la calle de Thorne, Louise anunció que iba a seguir hasta la estación de metro para irse a su casa. Dijo que estaba cansada y que empezaba temprano al día siguiente.

—Ya somos dos —dijo Thorne.

—Entonces vale.

—No, me refiero, para que te quedes en casa.

Ella se subió el bolso un poco más en el hombro y miró a Thorne como si fuera a decir algo. Se puso de puntillas para darle un beso, más o menos como había hecho Jan.

Dijo:

—Mañana hablamos.

Por tercera o cuarta vez, un coche redujo la marcha y luego dio un fuerte bocinazo cuando el conductor vio que el hombre que esperaba al lado de la calzada no tenía intención de utilizar el paso de cebra.

Brooks ni siquiera alzó la vista.

Había pensado llevar unas flores, aunque sabía que no durarían mucho. Esa era otra cosa que había cambiado desde que estaba a la sombra: ramos de flores y ositos de peluche atados a farolas y bancos, a derecha, izquierda y centro. En las últimas semanas había visto varios mientras caminaba. Se preguntó si alguien habría dejado homenajes a Tucker o Hodson. Una bonita corona en forma de motocicleta junto al canal para Martin Cowans.

Cayó en la cuenta de que no sabía a qué hora había pasado. Como Angela y Robbie iban juntos, es probable que volvieran andando del colegio. Quizá se dirigían a la tienda de chucherías camino de casa. Aún sería de día entonces. No habría problema para que el conductor los viera a los dos; ni para que ellos vieran que el coche no iba a detenerse.

Se preguntó si quedarían marcas de neumático en la calzada. Manchas de sangre que habría que quitar restregando del paso de peatones. «Habrían robado el coche para dar una vuelta», dijo aquel poli cuando fueron a darle la noticia. Recordaba al hombre con el cuello de la camisa sucio, respirando muy fuerte y diciendo:

—Hemos conseguido una muestra de la pintura.

Él no había visto los cadáveres.

En su momento se sintió aliviado; no estaba seguro de ser capaz de afrontar el verlos así. Ahora, allí al frío, a pocos metros de donde había sucedido, deseó haber tenido oportunidad de verlos. Habría cerrado los ojos y los habría besado. Habría dicho algo.

Una mujer llegó a su lado y se quedó esperando. Le dijo que, por lo visto, a lo mejor nevaba. Cuando paró un coche, cruzó despacio y al llegar al otro lado de la calle se volvió a mirarlo.

El funeral no le había dado oportunidad de despedirse, la verdad es que no. Estuvo allí, sudando con un traje prestado, evitando la mirada de la gente y apartándose siempre que empezaba el cuchicheo. Sentado en uno de los coches con unos tíos y primos; parientes a quienes Angela no aguantaba. El sacerdote dijo: «Que tengan una vida abundante», cuando fue con gesto pío a besar el icono que estaba delante de los féretros. Colocó una mano muy cuidada sobre cada uno de los ornamentados ataúdes y dijo: «Que su memoria sea eterna».

Pocos minutos después Brooks vio desaparecer los ataúdes como si fueran accesorios de un siniestro truco de magia, incapaz aún de creer que Angela y Robbie estuvieran allí dentro.

Los padres de Angela se negaron a hablar con él todo el rato.

Otro coche hizo sonar el claxon, y esta vez Brooks reaccionó. Salió rápidamente al paso de peatones y luego se detuvo; se dio la vuelta y clavó la mirada en el conductor como un loco. Vio que la mujer levantaba una mano para comprobar que la portezuela tenía echado el seguro.

Brooks terminó de cruzar y siguió andando sin mirar atrás. Allí no había nada para él.

No había nada de ellos.

Se metió en la bocacalle donde estaba aparcado el Mondeo. Pensó en el camino más rápido para ir hasta allá. Con algo de suerte, esta noche conseguiría otra fotografía, quizá un vídeo.

Luego acabaría de una vez con los sufrimientos de Tom Thorne.

*... ¡Y dile a Robbie que va a tener que demostrármelo! Quiero ver que es tan bueno como me dice que es cuando viene de visita. En cuanto vuelva, iremos derechos al parque y lo pondré a prueba. Con los dos pies, dile. Quiero verlo chutar con los dos pies. Tendrá que hacerlo, si alguna vez consigue que le hagan esa prueba en el West Ham con la que no para de dar la tabarra. Y yo empezaré a llevarlo a ver unos cuantos partidos también; díselo.*

*Dios, estoy deseándolo...*

*Cuando digo «en cuanto vuelva», ¡claro que hay una o dos cosas más que quiero hacer*

*primero, tú ya me entiendes! La verdad, entre la cama y la comida casera, creo que Robbie no va a sacarme de la casa en una semana por lo menos.*

*Quince puñeteros días, ángel, nada más. Trece probablemente, para cuando esta te llegue. Eso no es nada. Es menos que unas vacaciones normales, pero lo idiota es que va a parecerme diez veces más largo. Eso es lo más duro, el final, todos lo saben. Cuando muchos tipos en chirona empiezan a subirse por las paredes...*

*Pero hablando de vacaciones, deberíamos escaparnos, en cuanto podamos. ¿Adónde te gustaría? Algún sitio donde haga calor, con una piscina bien grande. ¿Por qué no lo investigas y ves lo que hay por ahí? Lo único es que no estoy seguro de cuándo Rob tiene vacaciones en el colegio.*

*A mí, la verdad, me da igual adonde vayamos, así que tú decides. De ahora en adelante todo va a parecerme vacaciones...*

Thorne dejó la página fotocopiada en la mesa. La carta que no se había enviado nunca; la que se escribió el día antes de que Marcus Brooks recibiera el mensaje de muerte.

Cruzó hasta el ordenador. El juego estaba en marcha, aunque hacía media hora que lo había dejado. Se conectó al llegar de vuelta al piso, con la esperanza de que unas cuantas manos a lo mejor lo distrajeran un poco, pero habría hecho falta muchísimo más que el póquer. Se quedó mirando cinco minutos y luego volvió a sentarse.

Algo poco frecuente: Johnny Cash no servía de mucho. *I See a Darkness* sonaba como si se la arrancaran; aquella voz áspera suplicando a su amigo que recogiera las sonrisas dentro y lo salvara de la muerte.

Thorne alargó la mano para rascarle la barbilla a la gata y pensó en la expresión de la cara de su amigo la noche antes, cuando Hendricks se apartó de él a la puerta de la discoteca. También pensó en la cara de Louise, pálida y tensa, al otro lado de la mesa del desayuno.

Dios, y ver a Jan...

¿De verdad lo habría llamado para contarle lo del niño? Al menos debía de habersele ocurrido que se merecía saberlo. O quizá, tan solo, que él creía que se lo merecía. Ahora que lo sabía experimentaba un montón de emociones, y se sentía mal porque la alegría no estaba entre ellas.

Volvió a mirar la carta que estaba en la mesa. Imaginó a Marcus Brooks volviendo a su celda, después de que le contaran lo de su novia y su hijo; guardando el sobre en un cajón. Debió de sentirse como si a él también lo hubiera atropellado aquel coche. Probablemente, deseó que lo hubiera hecho.

No es que Thorne tuviera problemas con el odio, y además debería de resultarle fácil odiar a Marcus Brooks por lo que había estado a punto de hacerle a Hendricks. Pero la piedad le salía más fácilmente.

Y eso también iba por sí mismo, a esta hora de la noche, con una lata de cerveza en la mano y Cash en el equipo de música.

Era muchísimo más fácil sentir que lo criticaban y que la tenían tomada con él que sentirse avergonzado.

Se movió rápido cuando sonó el timbre; medio segundo detrás, Elvis bajó de un salto y se metió como una bala debajo del televisor, como si creyera que no se avecinaba nada bueno.

Louise entró sin decir nada, sin mirar a Thorne, y se detuvo en mitad de la sala.

Thorne cerró la puerta y la siguió.

—¿Qué?

Ella dejó caer el bolso y empezó a quitarse el abrigo.

—¿Va todo bien?

—Tenía una pregunta —dijo ella.

—No entiendo. ¿Has llegado hasta tu casa?

—Me apretaste la mano —ahora sí lo miró—. Cuando hablabas con Jan. Cuando estábamos allí de pie, en la acera.

—¿Ah, sí?

Louise asintió y echó el abrigo en el sofá.

—Vale.

Thorne se limitó a quedarse quieto; no tenía ni idea de adónde llevaría esto.

—¿Pensaste que a lo mejor yo estaba disgustada? —dijo ella—. ¿Porque era tu exmujer? ¿Porque a lo mejor me sentía violenta, o incómoda, o algo?

Inspiró. Intentó sonreír, o intentó no hacerlo, Thorne no lo sabía bien.

—¿O porque estaba embarazada?

Thorne se acercó al equipo de música y bajó el volumen. Estaba nervioso; de manera instintiva, le pareció que de su respuesta dependían muchas cosas. Se pasó los dedos por el pelo y los enlazó encima de la cabeza.

—No lo sé. Sencillamente..., te apreté la mano.

Cuando Louise por fin levantó la vista y lo miró, la sonrisa estaba allí. Temblorosa e insegura de sí misma. Deformada por el temblor del labio inferior.

—Estuvo bien —dijo ella.

Más tarde, Thorne fue al cuarto de baño a echar el condón al váter y a coger papel higiénico para que Louise se limpiara.

—Eso sí que ha estado bien —dijo.

Hablaron un rato sobre Brooks y las cartas. Louise dijo que siempre la asombraba las pocas personas que, después de perder a algún ser querido de forma violenta, reaccionaban causando violencia a su vez; en particular los que habían perdido a niños. Dijo que ella no podía ni imaginárselo...

Thorne le contó su excursión a casa de Holland. Que Holland estaba pensando en irse de la ciudad.

—Quizá incluso del Cuerpo —dijo.

—¿Alguna vez lo has pensado tú? —preguntó Louise. En alguna ocasión habían bromeado sobre aquello; todo poli bromeaba sobre aquello. Antes de que respondiera con un comentario frívolo, lo detuvo—. De verdad, me refiero.

—He deseado saber hacer otra cosa —dijo Thorne—. Cualquiera otra cosa, la verdad.

—Todos odiamos lo que hacemos, de vez en cuando.

—Más bien lo que no hacemos.

Louise levantó la cabeza, se dio la vuelta despacio sobre la tripa y bajó la vista para mirarlo.

—¿Fue por un caso?

Había unos cuantos; nombres y casos que provocaban algo más que un guiño o una batallita. Que todavía le ponían hielo contra la piel y le revoloteaban en la barriga. Una lista de hombres y mujeres peligrosos; y también de muertos. Imaginaba que, en su momento, Marcus Brooks ocuparía su lugar en una lista u otra.

Nombres, casos...

Pero no era por ninguno de ellos.

—Hace veintitantos años —dijo Thorne—. Yo era un alevín de poli que trabajaba en la comisaría de Brixton. Recibimos una llamada de una vivienda social de Thornton Heath, uno de esos bloques de mierda de los años sesenta de tres o cuatro plantas; un viejo, de unos setenta y tantos años. Un día volvió después de mediodía y se encontró a un par de chavales que habían entrado a robar en el piso. No encontraban nada que mereciera la pena coger, así que, sencillamente, estaban poniéndolo todo patas arriba, y cuando el viejo apareció, empezaron a pagarla con él.

—¿Los encontrasteis?

Thorne meneó despacio la cabeza; frunció el ceño en un gesto de concentración, tratando de recordar.

—En el papel pintado de la pared había perros..., marrones o verdes. Y tenía una colección de estampas de las que salen en los paquetes de té. Centenares de ellas, con antiguos futbolistas y jugadores de críquet. Tom Finney y W. G. Grace. Yo y este otro poli fuimos recogiendo de la moqueta mientras esperábamos la ambulancia —subió las piernas y remitió el edredón en torno a los dos—. Le destrozaron bastante la cara, le rompieron el brazo y dos o tres costillas. Podía haber sido peor, imagino, pero se pasó en el hospital un par de semanas.

Miró a Louise. Ella estaba esperando; sabiendo que tenía que haber más.

—En fin, un mes después del robo nos llamaron otra vez. Recuerdo que, al ver que la dirección era la misma, supuse que al viejo desgraciado habrían vuelto a darle una paliza, ¿sabes? En realidad habían llamado los vecinos, y cuando llegamos tuvimos que bajarlo de la terraza. Estaba allí arriba, nada más, aterrorizado. Intentando reunir valor para saltar.

»Lo bajamos y le hicimos una taza de té, y eso, pero no daba pie con bola. No dormía desde la agresión, no comía bien. El piso apestaba. Había mierda de perro por todo el suelo de la cocina...

»Parecía otra persona, Lou: flaco y muerto de miedo, y sin tener ni idea de cómo seguir adelante. Sin tener ni idea de qué sentido tenía seguir adelante. Estaba allí en la

sala de estar, nada más, agarrando la vieja caja de las estampas y soltándome una perorata. Tratando de gritar, pero tenía la voz..., cascada, ¿sabes?

Thorne consiguió esbozar una media sonrisa. Ahora su voz no era más que un susurro.

—Quería que yo supiera que cuando él era más joven les habría ajustado las cuentas a los cabroncetes, sin problema.

«Sin problema, cojones», decía. Se habría defendido, habría hecho lo que tuviera que hacer, habría protegido su casa. Ahora no podía hacer nada. Me dijo que daba pena porque ni siquiera era lo bastante hombre para suicidarse. Y dale que dale con lo inútil que era, cuánto deseaba que lo hubieran matado... Y todo el tiempo, mientras hablaba, daba con el bastón en un sillón viejo y estropeado. Levantando polvo cada vez que lo hacía. Allí de pie, aporreando con el bastón en el sillón y llorando como un niño pequeño.

—¿Qué fue de él? —preguntó Louise.

—Por lo que sé, después lo metieron en una residencia de ancianos —soltó una larga y lenta respiración—. No creo que durase demasiado.

Louise se le acercó muy despacio. Lo empujó con la cabeza en el hombro.

—Ni siquiera recuerdo cómo se llamaba, joder —dijo Thorne.

## Treinta y dos

—¿Pasó el sábado algo que yo debiera saber? —preguntó Brigstocke.

—No que yo recuerde —dijo Thorne.

—Bien.

—Solo lo de Kemal, en realidad.

—Qué bien, volver y encontrar una buena noticia —dijo Brigstocke.

A Hakan Kemal lo habían detenido de madrugada en casa de su primo en Bristol, en la zona de Saint Paul, y lo habían llevado de vuelta a Londres durante la noche. Mientras Thorne y Brigstocke se ponían al día, Yvonne Kitson estaba haciendo un primer intento con su sospechoso principal en una sala de interrogatorios de la comisaría de Colindale.

—¿Y qué tal tu día libre?

Las preguntas no salían más fácilmente.

—El típico domingo de mierda —dijo Thorne.

No recordaba una mañana de lunes en que se alegrara tanto de volver al trabajo, y ni siquiera el cielo gris que aplastaba la ciudad conseguía enfriar su entusiasmo. También se alegraba de volver a ver a Brigstocke. No estaba claro si sus problemas habían desaparecido del todo, pero si todavía estaban allí, parecía ir superándolos.

Con torpeza, el comisario estaba dedicado a las multitareas: interrumpía la conversación para firmar memorándums; garabateaba notas en un surtido de papeles; luego lanzaba más preguntas y comentarios mientras intentaba recordar qué era lo que tenía que hacer.

—Sería todavía mejor siuviésemos un golpe de suerte en la investigación de Brooks. Si quieres que te diga la verdad, era ahí donde yo esperaba el resultado.

—Sigo pensando que lo tendrás.

—Sinceramente, eso espero, joder. Solo doy gracias a que parezca haberse quedado tranquilo de momento. Quizá hayas hecho algo que lo ha disgustado.

Thorne tragó saliva.

—Sabe Dios —dijo—. Aun así, tenemos mucho más que esos mensajes para trabajar.

Brigstocke volvió a garabatear y chasqueó la lengua por los dientes.

—Nada de lo que sacamos de aquel piso sirve de mucho. No nos sirve para encontrarlo, en todo caso. Tenemos mucho con lo que encerrarlo si llega el momento, pero nada que nos indique dónde está.

—Si conseguimos encerrarlo, ¿dónde crees que terminará? —Thorne cruzó sin prisas hasta la pequeña ventana. Brigstocke tenía una vista solo un poco menos deprimente que la suya—. Tiene suficientes elementos para montar un caso de responsabilidad atenuada.

—No va a estar tan claro. Lo planeó todo durante meses, ¿sabes? No es que perdiera la cabeza de pronto.

—Pero lo que le pasó a su familia... Y, además, cuándo pasó...

—Ha matado a un poli, no lo olvides.

—Huy, no lo olvido.

—Eso nunca le gusta a un jurado.

—Skinner no estaba precisamente en un coro de ángeles.

—Sí, bueno... A lo mejor los que mandan tienen interés en quitarle un poquito de importancia a esa faceta del asunto.

—Santo Dios...

Hablaron unos minutos más sobre otros casos. El juicio del hombre acusado de hundirle la cabeza a su mujer con una botella de Smirnoff ya iba muy avanzado, y la defensa reclamaba homicidio involuntario basándose en responsabilidad atenuada. La acusación sostenía que semejante motivo no podía fundarse solo en descubrir que tu mujer estaba pasándose por la piedra al marido de su mejor amiga sin parar.

Por lo visto, los entendidos en la materia (Karim montaba apuestas y solía arreglárselas para obtener ganancias) creían que el tipo saldría impune del asesinato y que le caería la acusación menor.

Tiene lógica, pensó Thorne. Supuso que Marcus Brooks no lo tendría tan fácil cuando llegara el momento.

A nadie le gustaba la escoria, ¿verdad? Ni un asesino de polis.

Cuando Thorne estaba a punto de marcharse, Brigstocke dijo:

—¿Te ha gustado este tiempo como comisario?

—No me interpretes mal —dijo Thorne—. El poder me la pone dura, y también me gustaría tener un despacho más grande. Es solo la responsabilidad y lo de tener que tomar decisiones lo que no me hace tanta gracia.

—¿Desde cuándo te preocupa tomar decisiones?

—Bueno, vale: tener que tomar buenas decisiones, más bien.

—Sin embargo tienes razón en lo de la responsabilidad...

Thorne se quedó rondando por la entrada; presentía que se avecinaba algo más.

—Debí contarte lo que estaba pasando con la JRP —dijo Brigstocke.

—No importa. Y, además, no tienes por qué contármelo ahora.

—Está bien, se ha arreglado, más o menos —Brigstocke se quitó las gafas y apartó los papeles—. En pocas palabras: hace unos cuantos meses, en The Oak, otro agente que llevaba una copa de más hizo «observaciones impropias» a un miembro femenino del personal.

Thorne asintió. No necesitaba que le dijera de quién estaban hablando.

—Yo estaba allí cuando estos comentarios se hicieron, sentado a la misma mesa. Seguramente, también llevaba una copa de más, si te soy sincero, pero la realidad sigue siendo que, como no le dije nada a ese agente entonces y fui negligente, por lo visto soy igual de responsable.

—¿Pero ahora han decidido dejarlo?

—Sí, leche, menos mal. Aunque consta en mi historial.

—¿Y Andy Stone?

Brigstocke sonrió.

—Todavía no lo sabemos.

Thorne se apoyó en la jamba de la puerta, sorprendido al ver las formas que encontraba la gente de desperdiciar tiempo y dinero. Episodios como aquel planteaban profundas preguntas sobre dónde debían centrarse la energía y los recursos del servicio de policía de la capital, y Thorne sabía que debía cuestionarse en serio una escala de valores que, sin motivo alguno, ponía en la picota a hombres buenos como Russell Brigstocke.

Aunque, hasta que eso pasara, había preguntas más importantes que hacer.

—Venga, levanta la liebre —dijo—. ¿Qué dijo exactamente Andy Stone?

No es que Hakan Kemal no dijera nada, pero, para el caso, daba lo mismo.

Kitson había visto a muchos sospechosos quedarse mudos por consejo de un abogado, aunque menos desde que había cambiado la ley. Hoy día a los interrogados se les avisaba de que su silencio durante el interrogatorio a lo mejor más tarde provocaba una reacción adversa en el juez y el jurado. Tal vez supondrían que tenían algo que ocultar. Eso les desataba las lenguas un poco, pero Hakan Kemal era de todo menos hablador.

—Nos devolverán los resultados de sus huellas dactilares para mañana —dijo Kitson—. Y los dos sabemos que van a corresponder a las huellas que sacamos del cuchillo.

—Esperemos a ver.

Kemal quizá fuese diez años mayor que su hermana. Un hombre menudo, de pelo oscuro que empezaba a clarear y con gafas. Su voz era aguda, con un mínimo rastro de acento turco.

Kitson miró desde el otro lado de la mesa a la joven negra que estaba sentada junto a Kemal. Gina Bridges, la abogada de oficio, llevaba un traje de chaqueta gris de corte magnífico y estaba perfectamente maquillada. Hacía que Kitson se sintiera una mierda mal vestida.

—Debería decirle a su cliente que no va a conseguir nada —dijo Kitson—. Puede sentarse ahí y ser lacónico durante veinticuatro horas si quiere. Luego con mucho gusto obtendré una prórroga y volveremos a empezar.

Bridges sonrió, Sus dientes también eran perfectos.

—Hasta que vengan estas huellas que dice, suponiendo que les sirvan de algo, la verdad es que no creo que tengan suficiente motivo para retenerlo. Por lo que a mí respecta, el señor Kemal está colaborando plenamente.

Kitson volvió a mirar a Kemal.

—No creo que usted planeara con esmero este asesinato, Kemal. Creo que se dejó llevar por el pánico y por eso tiró el cuchillo a una papelera. Nadie lo ha etiquetado como un consumado criminal, ¿vale? Quizá usted y Deniz tuvieron algún tipo de

discusión que se les escapó de las manos. Quizá él hizo algo que a usted no le gustó. Es probable que usted no quisiera matarlo —intentó establecer contacto visual—. ¿Es eso lo que sucedió?

Kemal tenía la vista clavada en un punto situado en algún lugar a la izquierda de ella. Meneó la cabeza.

—Si usted no mató a Deniz Sedat, ¿por qué escapó corriendo? ¿Por qué cerró su negocio e intentó esconderse en Bristol?

—No hay pruebas de que el señor Kemal estuviera escondiéndose de nadie —dijo la abogada—. Me ha comunicado que se alojaba en casa de su primo.

Kitson inspiró hondo y alzó la vista hacia la cámara que estaba en la esquina de la sala de interrogatorios. Hacia el reloj digital que le indicó que llevaba casi cuarenta minutos golpeándose la cabeza contra una pared.

—¿Conocía usted a Deniz Sedat?

Kemal se secó la boca y asintió.

—Para la grabación, por favor.

—Sí. Lo conocía.

—¿Y lo vio el sábado seis de noviembre?

Él bajó la vista al tablero de la mesa. El gruñido pareció afirmativo.

—¿Vio usted a Deniz Sedat en el establecimiento de hostelería Black Horse de Finsbury Park la noche del seis de noviembre?

—Lo vi.

Kitson intentó eliminar la emoción de su voz.

—¿Qué ocurrió, Hakan?

Kemal se cogió la cabeza entre las manos; apretó como si intentara abrirse paso por el cráneo. Al cabo de medio minuto subió la vista y miró directamente a Kitson por primera vez.

Ella repitió la pregunta, aunque la mirada de Kemal la hacía sentirse incómoda. Muchas veces se había sentido calibrada y les había devuelto la mirada a hombres cuyos pensamientos más siniestros casi les chorreaban por la cara, pero no recordaba sentirse mirada con..., con tan malos ojos.

Kemal se negó a decir nada más.

Después, tras poner fin a la entrevista, Kitson se desahogó un poco con el sargento de arresto y luego cruzó sin prisas hasta la pequeña zona de espera donde estaba sentada Gina Bridges, con un manojito de papeles en equilibrio sobre las rodillas.

Fuera de servicio, era lo bastante cordial como para que Kitson le perdonase su aspecto. Charlaron unos minutos sobre agendas de trabajo y críos, y Kitson se quejó por tener que interrogar a gente que estaba resuelta a decir lo menos posible.

La abogada se rio y, aunque veía las cosas desde el otro lado, no tuvo problemas en reconocer que Hakan Kemal era un cliente especialmente difícil. Le dijo a Kitson que ella misma apenas había logrado sacarle dos palabras.

—Hola, soy yo otra vez. Solo llamo para ver cómo estás. Llámanos cuando oigas esto.

Por tercera vez aquel día Thorne dejó un mensaje en el contestador de Hendricks. Por tercera vez el móvil de Hendricks había sonado y luego había saltado el contestador cuando no se respondió la llamada. Thorne pensó en llamar a Louise; sabía que ya habría hablado con Phil. Al final decidió que no iba a perseguirlo.

Empezaba a irritarlo bastante la actitud de Hendricks en relación con lo ocurrido. ¿Qué derecho tenía a estar tan enfadado, a mostrar tantas pretensiones de superioridad moral? Thorne pensaba que tenía bastante que ver con que a su amigo, si es que seguía siendo su amigo, lo hubieran pillado con los pantalones bajados.

Hijo de puta imbécil...

Podía haber sido muchísimo peor...

Fuera de la ventana del despacho de Thorne, el cielo estaba tan sombrío como él. Estaba cargado e iba oscureciéndose; se avecinaba lluvia.

Pensó en lo que le había contado Brigstocke. Era ridículo, sin duda, pero también lo sacaba de quicio que la JRP fuera detrás de alguien por algo así mientras que Skinner y su socio habían salido impunes de algo mucho peor durante tanto tiempo. No por primera vez, se preguntó exactamente cuántos como «Jennings» y «Squire» andarían sueltos.

Cuando Yvonne Kitson entró llevando cafés para los dos, Thorne supuso que era casi seguro que quería algo.

—¿Qué tal te va con Kemal? —preguntó.

—De eso iba a hablarte.

A Thorne lo alivió ver que sus facultades de investigación no lo habían abandonado por completo.

—Entonces, ¿no has obtenido resultado?

Ella le explicó la sesión que había tenido en Colindale.

—No es que niegue nada, ¿sabes? Es que me parece que no quiere hablar conmigo.

—¿Has intentado sobornarlo con café?

—Creo que tiene un problema con las mujeres.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—Cierra el pico —Kitson apoyó la barbilla en el borde de su tazón—. No sé si es así todo el rato, o si solo es que no quiere hablar de esto con una mujer. De un modo u otro...

—Quieres que yo lo intente.

—Podíamos intentarlo juntos —dijo Kitson—. Después de almorzar, si tienes media hora.

Thorne levantó su café.

—Una galleta a lo mejor lo habría conseguido.

—No queda ni una, colega. ¿No has visto cómo está poniéndose Karim?

A Thorne le encantó meterse en un terreno donde estaba seguro de lo que hacía. Donde había una posibilidad de hacer algún progreso. Le dijo que se lo pensaría y bajó a los aseos; allí se encontró de pie junto a Andy Stone, delante del urinario.

—Aquí es donde cuelgan los buenos aldabones —dijo Stone.

Thorne no dijo nada. Ya lo había oído otra vez, de todos modos. Cuando acabó, se subió la cremallera y se volvió hacia los lavabos.

—¿Procuramos no meternos en líos, Andy?

—Hago todo lo posible.

Parte de la seguridad anterior se había convertido en cautela.

Thorne golpeó el dosificador del jabón en vano y metió las manos debajo del grifo.

—Buen chico.

—¿Y usted?

—Ah, ya sabes cómo es la cosa. Algunos tenemos que tener cuidado con lo que hacemos un poquito más que otros.

Stone se rio y asintió.

—Y algunos tenemos que tener cuidado con lo que decimos, ¿no? —Thorne dejó correr el agua hasta que estuvo hirviendo—. ¿Sabes lo que quiero decir?

Por el espejo, Thorne observó cómo Stone se subía la cremallera y salía sin decir una palabra. Se preguntó si siempre se iba sin tomarse la molestia de lavarse las manos. Imaginó que, sencillamente, no se sentía tan hablador como cuando andaban por medio la cerveza y las camareras.

Al sentir el teléfono zumbando en el bolsillo, Thorne se apresuró a cruzar hasta el secador de manos. Tenía muy poca fuerza y el aire estaba frío. Se las secó en la parte de atrás de los pantalones y metió la mano en la cazadora.

El mensaje de Marcus Brooks que sabía que se avecinaba.

Thorne se apoyó en el lavabo y pasó la secuencia de vídeo. Vio un hombre paseando un perrillo negro por una calle poco iluminada; arrojando una colilla en la alcantarilla; esperando mientras el perro husmeaba por el pie de un árbol.

Thorne lo reconoció al instante. Le habían dado sorpresas mayores.

El policía que una vez se había llamado a sí mismo «Squire» no saldría impune mucho tiempo más.

## Treinta y tres

Thorne estaba sentado en un rincón tranquilo de la cantina con un teléfono pegado a la oreja. La comida que tenía delante no le hacía la boca agua en absoluto, pero desde luego aquella conversación sí que estaba deseándola. Una conversación que llevaba esperando desde que hablara con Sharon Lilley semana y media antes. Fue entonces cuando las cosas empezaron a ponerse difíciles; cuando el caso empezó a oler tan mal como aquel pollo al *curry*.

Ya era hora de despejar el hedor.

—Me han enviado otro mensaje —dijo, cuando respondieron la llamada—. ¿Qué perro tiene?

—¿Cómo dice?

—Marcus Brooks sabe dónde está usted.

Thorne se esperaba el silencio, aunque creía que sería más largo.

—Me alegro por él.

—En realidad, no estaba seguro de si cogería usted el teléfono. Me refiero a que Brooks no desperdició mucho tiempo con Paul Skinner, ¿verdad? Con «Jennings».

—¿Quién es Jennings?

—Venga, me cago en la puta, no se moleste.

Silencio durante unos pocos segundos. Thorne oyó que se cerraba una puerta.

—Bueno, es usted muy amable por llamar, pero algunos estamos trabajando, así que...

—Cada vez que hablábamos, usted solo intentaba averiguar lo que yo sabía, adónde se dirigía el caso.

—Hacía mi trabajo, nada más.

—Me parece imposible no haberlo entendido antes.

—Aunque usted tampoco ha sido sincero que digamos, ¿verdad, Tom? Yo sabía que andaba tramando algo.

Un sargento con el que Thorne había trabajado unos meses pasó por delante de la mesa. Intercambiaron sonrisas.

—¿Por qué «Squire»? ¿Lo eligió al azar? ¿Cuál es el nombre de pila, solo por curiosidad? Ya que somos colegas y eso.

—¿Tiene sentido algo de esto?

—Creí que debía decírselo, nada más —dijo Thorne—. Hombre prevenido vale por dos, ¿verdad?

—Me consideraré avisado entonces.

—Debería considerarse jodido hasta las trancas, de un modo u otro.

Ahora el silencio fue más largo.

—Y entonces, ¿por qué me llama? ¿Por qué no veo a las turbas policiales echando abajo la puerta a patadas?

—Dese que sean ellos cuando suceda.

—No vuela usted en solitario en esto, ¿verdad?

—Estoy dándole una oportunidad.

Una risa.

—Siga.

—Me parece que quizá quiera pensar en buscarse protección. Darse un paseo..., o no: mejor ir corriendo a la comisaría más próxima. Y quizá, ya que está allí, quiera contarles exactamente por qué necesita que lo protejan. Lo que ha hecho para merecer que Marcus Brooks le preste toda su atención.

—¿O, si no...?

—O, si no, se le contará otra cosa.

El hombre del otro lado del teléfono aspiró rápidamente. Pretendía parecer sarcástico; un indicio de que no estaba amenazado ni de lejos. Pero Thorne oyó que estaba nervioso.

—¿Por qué coño tendría yo que hacer nada en absoluto?

—Bueno, ¿empezamos por el hecho de que están grabando esta conversación?

Thorne colgó y dejó su viejo teléfono móvil en la mesa. Luego cogió un tenedor y lo soltó de nuevo cuando empezó a entrechocar contra el plato. Apartó la bandeja.

Pasaría un momento por The Oak cuando fuera a reunirse con Kitson en Colindale; pillaría un panecillo con queso y tomate.

Quizá tomara un buen trago para acompañarlo.

Kitson les había explicado a Hakan Kemal y a Gina Bridges que otro policía tomaría parte en la entrevista. Hizo las presentaciones de manera informal y luego otra vez para la grabación. Le preguntó a Kemal si se sentía bien; si necesitaba algo antes de que empezasen. Él se limitó a encogerse de hombros.

—Se encuentra bien —dijo Bridges—. Pero hasta el momento, si es que llega, en que tengan alguna prueba irrefutable, la verdad es que estamos haciéndoles un favor.

—Se lo agradecemos —dijo Kitson—. El señor Kemal no estaría aquí, en absoluto, si alguien que conociera fondo este delito no nos hubiera comunicado su nombre.

Kemal alzó la vista.

—¿Cómo de bien conocía usted a Deniz Sedat? —pregunto Thorne.

Kemal le devolvió la mirada, sopesándolo. A Thorne no le importó. Por lo menos el hombre le prestaba atención.

—¿Tal vez hacía negocios con él?

—No —se apresuró a decir Kemal.

—Pero lo conocía.

Kemal volvió a desviar la mirada. Estaba mordiéndose el interior de la boca.

—Esta vez no se trata de drogas ni de lavado de dinero —dijo Thorne—. Tal y como están las cosas, no nos interesan demasiado sus asuntos comerciales.

Otra buena y larga mirada de Kemal. Al final pareció tomar una decisión.

—Sí, sabía quién era Deniz Sedat —dijo—. Y también, de dónde venía su dinero. Una ojeada de Kitson. Por lo visto, tenía razón: Kemal parecía más a gusto hablando con un hombre.

—Así que, ¿no era amigo de él?

—Él se pensaba que era mi amigo.

—¿Por qué lo dice?

—Me llevaba a discotecas y a casinos. Haciendo alarde de su dinero por ahí.

—¿Eso fue después de que empezara a salir con su hermana?

—Daba a entender que éramos familia solo porque salía con ella.

—¿A usted no le gustaba él?

La expresión de Kemal fue suficiente respuesta.

—Así que imagino que no se puso muy contento cuando empezó a salir con Harika.

Frente a él, Kemal se arrellanó en su silla; sus labios palidieron. Thorne se preguntó si iba a volver al número mudo de nuevo.

—Es comprensible —dijo Thorne—. Yo también tengo una hermana pequeña. Claire tiene uno o dos años más que Harika, y nadie es bastante bueno para ella. Da igual quién sea, en qué trabajo... No creo que la idea vaya a gustarme jamás.

Thorne se dio cuenta de que Gina Bridges suspiraba mientras anotaba algo.

—Y sé que si alguna vez tuviera una relación con alguien como Sedat, me pegaría a él como un moco —vio que la tensión disminuía un poco en torno a la boca de Kemal—. Ella no soporta que yo me altere tanto, pero no puedo evitarlo. Nuestro padre ya no está, así que...

Thorne miró hacia delante, intentando evitar la mirada de Kitson. Ella sabía muy bien que no tenía hermanos.

—Nuestros padres no veían tan mal a Sedat —dijo Kemal—. Era turco, y eso les importa, y además tenía dinero. Querían que Harika sentara la cabeza y les diera nietos. No les gustaban mucho sus amigos de la facultad.

—Así que le tocaba a usted cuidar de ella.

Kemal asintió despacio.

—Yo estaba pendiente, sí. Nada más que eso.

—Vale.

Thorne se volvió hacia Kitson. La mirada que recibió decía «sigue adelante», pero una cosa era evidente: el que Kemal no tuviese buena opinión del novio de su hermana no se perfilaba como un móvil para que lo apuñalara. Por la expresión de Gina Bridges, estaba claro que esta pensaba lo mismo.

—¿Sabía usted que Sedat iba a estar en el Black Horse aquella noche?

—Iban allí casi todos los sábados por la noche. Sedat y Harika, y algunos amigos de Sedat.

—¿Y fue usted porque sabía que Sedat estaría allí?

—Quería hablar con él.

—¿Normalmente lleva un cuchillo cuando va a mantener una charla con alguien?  
Kemal apartó la mirada.

—Tenemos sus huellas dactilares en el arma del crimen, Hakan.

Gina Bridges se adelantó disparada en su silla.

—Tienen las huellas dactilares de alguien, inspector.

Los ojos de Thorne no se habían apartado de los de Kemal.

—Usted sabe de quién son esas huellas, ¿verdad, Hakan?

Kemal meneó la cabeza. No una negación. Una súplica.

—¿Qué pasó en el bar, Hakan? ¿No le gustó a Sedat lo que usted tenía que decirle? ¿Lo amenazó a usted? Sabemos cómo son las personas como él, y estoy seguro de que usted no tenía intención de que las cosas llegaran tan lejos como llegaron.

—Ha sido Harika —Kemal se inclinó por encima de la mesa. Respiraba muy fuerte—. Ha sido Harika.

Thorne sintió el prepago zumbando en el bolsillo de nuevo. Esta vez era una llamada; reconoció el ritmo de las vibraciones.

Supo quién era.

Bajó la cabeza y le susurró a Kitson que tenía que coger la llamada. Pidió unas rápidas disculpas a Bridges y se puso de pie mientras metía la mano en la cazadora y apartaba la silla.

Kitson puso fin a la entrevista al tiempo que él cerraba la puerta de un tirón tras de sí. A juzgar por las caras que había en torno a la mesa, Thorne comprendió que Hakan Kemal era la única persona de la habitación que no estaba cabreada con él.

Había un auténtico caos en la zona de detención: los agentes hacían cola, listos para echar mano a una sala de interrogatorios vacía; las bandejas del almuerzo todavía iban camino de las celdas o salían de ellas; en el estrado, dos muchachas gritaban al patrón de arresto, en tanto que el agente de uniforme que reseñaba hacía todo lo posible para calmar las cosas.

El teléfono seguía sonando, y Thorne no quería perder la llamada. Le dio a RESPONDER mientras se abría paso a duras penas entre la bulla. Dijo su nombre y entró en la «jaula», la entrada reforzada por donde se metía a los prisioneros desde el patio trasero. Quería coger la llamada fuera, pero estaba diluviando, así que se apretujó en un rincón de la jaula.

—¿Thorne...?

La palabra sonó tensa y ronca; el cansancio de la voz era más patente todavía que la última vez. Thorne se tapó la oreja libre con la mano derecha.

—Estoy aquí. He recibido tu mensaje —se volvió un poco hacia la pared metálica—. He visto a «Squire».

—Parece que no tuviera una sola preocupación, ¿verdad?

«Tiene mucho en qué pensar ahora», pensó Thorne.

—Paseando a su puñetero perro...

—Oye... Yo lo conozco —dijo Thorne.

Esperó una reacción. Miró la lluvia rebotar en los coches y furgonetas del patio trasero.

—Aunque probablemente no tan bien como creías, ¿verdad? —dijo Brooks—. Se le da muy bien fingir que es lo que no es.

Una agente dobló corriendo la esquina y se metió en la jaula. Se quedó junto a Thorne, soltando tacos y sacudiéndose la lluvia. Thorne refunfuñó un «sí» al teléfono mientras esperaba a que ella entrara.

—Entonces, ¿qué has hecho? —preguntó Brooks. La pregunta más sencilla parecía arrancada; desesperada—. ¿Se lo has dicho?

—Le he dado una oportunidad.

—¿Nada más?

—Hasta ahora.

—¿Esperas que vaya a entregarse?

Eso le indicó a Thorne que el hombre de la secuencia de vídeo seguía vivo, pero no tenía una respuesta fácil a la pregunta. Sabía que quería ver a «Squire» pagando lo que había hecho, pero hasta allí llegaba la cosa. El cómo pagara era otra cuestión.

—No sé lo que va a hacer.

Brooks soltó una respiración entrecortada, un breve gruñido.

—Ojalá supiera cuál es tu juego —dijo.

—Ya somos dos.

—También pudiste detenerlo, sin más.

—No tengo pruebas.

—Están ahí. Sabes que están.

—¿Vas a darme tiempo de buscarlas?

El breve silencio antes de volver a hablar dejó claro que Brooks estaba impaciente por seguir con la tarea. Que a «Squire» no le quedaba demasiado tiempo para tomar decisiones.

—Así que, entonces, ¿cuál es el plan?

—En realidad no hay un plan —dijo Thorne.

—Estáis vigilándolo, supongo. Esperando a que yo vaya corriendo como un imbécil para trincarnos a los dos al mismo tiempo.

En un segundo la ambivalencia de Thorne se volvió irritación, y se aferró a ella con ansia. Mientras miraba aquel tiempo de mierda y escuchaba cómo un asesino le decía lo que podía hacer. Él sí que sabía muy bien lo que debía estar haciendo.

—¿Por qué diablos me has mandado estas cosas? ¿Ninguna de ellas? No eres idiota, sabes que eso va a hacer que te cojan, antes o después. Lo de mandar los mensajes no ha sido solo por hacerle un favor a Stuart Nicklin, ¿verdad?

Thorne tuvo que esforzarse para oír la respuesta. Cada vez llovía más fuerte, y Brooks parecía que estuviera alejándose.

—No quiero fastidiar a Nicklin —dijo—. Lo que pasa es una cosa, nada más: que, cuando esto acabe, me da igual lo que ocurra. Me atrapen o no me atrapen, me da igual. La cárcel no va a empeorarme el futuro, así que todo esto no es más que una puñetera lotería.

Se produjo otro largo silencio antes de que hablara de nuevo; en tono bajo e inexpresivo, como si fuera una interferencia de otra línea. Como una voz que llegara del otro lado de la pared.

—Me conformo solo con esperar a ver qué pasa.

Thorne oyó el chasquido y tres pitidos secos; luego, durante unos segundos, no escuchó más que el silencio. No es que le gustara conformarse con esperar a ver, pero sabía que lo cierto era que no tenía mucha elección.

Kemal continuaba hablando, aunque sin decir mucho.

Desde luego, tal vez siguiera consejos de su abogada, o tal vez tan solo fuese la interrupción de la entrevista. De un modo u otro, a los cinco minutos de empezar otra vez Thorne vio que el impulso había desaparecido, y supo que le tocaba a él recuperarlo.

—Usted sabe cómo lo hemos encontrado, ¿verdad, Hakan?

—La multa por estacionamiento indebido.

—No, me refiero a cómo supimos que era usted el hombre que debíamos buscar.

Kemal esperó.

—Harika nos lo dijo —asintió y sonrió—. Su hermana nos dijo que usted había matado a Deniz Sedat.

A su lado, Thorne notó que Kitson se ponía tensa. Sabía que no estaba del todo cómoda con aquel planteamiento, que le había dado a Harika Kemal ciertas garantías... Pero Thorne creía que tenían que hacer lo que hiciera falta.

Antes de que llevaran a Kemal a la sala de interrogatorios otra vez, habían hablado unos instantes. Cuando Kitson le recomendó que fuera con pies de plomo, Thorne le recordó que era ella quien le había pedido ayuda. Le dijo que antes o después Kemal averiguaría que habían hablado con Harika, y que, sin duda, lo más importante era sacarle la verdad.

Kitson no discutió. Veía que Thorne estaba como una moto. Lo miró y dijo:

—¿Quién diablos era el del teléfono?

Hacía calor en la sala de interrogatorios. En los intervalos de silencio Thorne oía el rumor que corría por las tuberías del agua caliente; un contrapunto al estrépito de la lluvia sobre el plano tejado que tenían encima. Se preguntó si los otros tres estarían sudando tanto como él.

Clavó la mirada en Hakan Kemal.

—¿Eso lo ofende? ¿Que su hermana acudiera a nosotros y nos contara que usted era el responsable?

Kemal se cruzó de brazos. Se apoyó en el respaldo de la silla y le lanzó una

mirada a Gina Bridges como si acabara de darse cuenta de que esta estaba allí.

—Vamos, de verdad que eso debe doler. De verdad que tiene que cabrear. Dios, yo sé cómo me sentiría si fuese mi hermana. En particular cuando era usted quien velaba por ella. Me parece que era el único que la cuidaba. Es eso, ¿no? Usted era el único miembro de la familia que de verdad tenía presente su interés.

Una pequeña inclinación de cabeza. Thorne vio que Kemal tenía los puños apretados bajo los brazos; apretados contra las costillas.

—¿Cree que Harika lo ha traicionado? —Thorne vio la reacción; vislumbró un punto sensible por donde escarbar—. ¿Cree que se ha puesto de parte de Sedat contra usted, contra su familia?

Kemal empezó a mecerse levemente. Abrió y cerró la boca.

—¿Cree que es desleal?

—Sí...

—¿Cree que ella le ha fallado?

—Es desagradecida.

La palabra salió casi como un gruñido. Thorne mantuvo el ritmo.

—¿Por qué usted...?

—¡Lo hice por ella! —Kemal gritaba; los puños fuera, delante de él, sobre la mesa—. ¡Fue por lo que él le hacía!

—¿Mató usted a Deniz Sedat? ¿Es eso lo que está diciéndonos?

Kemal asintió con la cabeza.

—Para la grabación...

—Yo lo maté —más bajo otra vez.

Kitson intercambió una mirada con Gina Bridges. La abogada se encogió un poco de hombros, como diciendo: «Bien hecho». Kitson se inclinó hacia delante.

—¿Maltrataba Sedat a su hermana, Hakan? ¿Está diciendo que la violaba?

Kemal parecía incómodo y siguió mirando a Thorne.

—Le hacía cosas..., sexuales. Cosas antinaturales.

—No estoy seguro de entenderlo —dijo Thorne.

—Sodomía —Kemal hizo una mueca y bajó la voz—. Sodomizaba a mi hermana. Sedat era un animal.

Thorne miró a Kitson. De modo que por eso Hakan Kemal estaba incómodo hablando con una mujer. Se volvió otra vez hacia Kemal.

—Comprendo que usted estuviera disgustado, pero lo que hacían Sedat y su hermana no es ilegal...

—No, lo que él le hacía a ella.

—Lo que sea. Eso no es motivo para matar a alguien.

—Sonreía mientras me lo contaba —dijo Kemal—. Allí en el bar de esta discoteca, con todos sus amigos rodeándolo. Jactándose de lo que hacía. Inclinandose para acercarse, apestando a colonia y contándose como hacía doblarse a mi hermana y la poseía. Cómo al principio le dolía, pero que luego le gustaba y le rogaba que se

lo hiciera otra vez. Riéndose mientras me lo contaba, divirtiéndose...

—No se trata de su hermana en absoluto —dijo Kitson; la sangre le subía a la cara mientras hablaba—. Se trata de usted.

—No...

—No mató a Sedat por lo que le hizo a su hermana. Lo mató porque se lo contó a usted. Porque le faltó al respeto.

Kemal hizo un gesto con la mano, intentando hacerla callar.

—No, no. Nos faltó el respeto a los dos.

—Usted es el animal —dijo Kitson.

Entonces todo salió a borbotones. Cómo aquella noche Kemal fue al Black Horse decidido a enfrentarse a Deniz Sedat, con un trinchante sujeto con cinta adhesiva al interior del abrigo. Les dijo que había pensado matarlo delante de su hermana, pero que aprovechó la ocasión cuando Sedat salió solo al aparcamiento, al final de la velada.

En ese momento Thorne y Kitson ya estaban seguros de que Harika había visto lo que ocurrió, de todos modos. Que entró en el aparcamiento un poco antes de lo que había afirmado al principio y vio a su hermano marcharse de allí; tal vez incluso presenció el propio asesinato.

—Me acerqué y lo miré —dijo Kemal—. Cuando el cuchillo ya estaba bien dentro. Me aseguré de que viera cuánto estaba divirtiéndome.

Había mucho tiempo para obtener el resto de los detalles después, y Kitson estaba a punto de dar por terminado el asunto cuando Kemal se inclinó sobre la mesa y empezó a consultar con su abogada.

Gina Bridges lo escuchó; luego hizo una mueca, como si hiciera la pregunta solo porque estaba obligada a hacerla y ya supiera la respuesta.

—El señor Kemal dice que quiere hacer un trato.

—Me alegro mucho por él —dijo Kitson.

—Dice que tiene información.

Thorne sonrió, cortés.

—Dígale que se la guarde; que la use para entretener a su compañero de celda.

—Yo sé cosas —dijo Kemal—. Tratos de drogas, sitios donde se pierde el dinero, toda clase de cosas. Oigo estas cosas a Sedat, a sus amigos, a distintas personas.

—No es nuestra sección —dijo Kitson—. Anótelo todo y nosotros lo pasaremos.

Puso fin al interrogatorio de palabra y apagó la grabadora.

Bridges reunió sus papeles. Thorne se levantó.

—¿Qué me dicen de un asesinato? ¿Esa es su sección, sí?

Kitson puso los ojos en blanco y miró a Thorne.

—Tiene treinta segundos.

—Una mujer joven y su hijo, asesinados en junio. Los atropellaron en Bethnal Green, pero no fue un accidente.

Thorne volvió a sentarse. Sentía que algo le hormigueaba en el cogote.

—Sea lo que sea lo que cree saber, Hakan, ha elegido un momento pésimo.

—Sé quién los mató...

Kitson le guiñó un ojo a Thorne.

—Por desgracia para su cliente, ese caso lo tenemos terminado más o menos.

—No puedo darle los nombres de los hombres del coche —dijo Kemal—. Pero sé quién dio la orden.

—Ya se lo he dicho —dijo Thorne—, llega demasiado tarde. No solo sabemos quién es el hombre, sino que está muerto.

Kitson echó hacia atrás su silla.

—No, no —Kemal agitaba las manos otra vez—. Seguro que no está muerto. El hombre que organizó el asesinato no.

Thorne miró a Kitson. Así que a lo mejor Martin Cowans no había dado la orden. Pero si no fue él, tuvo que ser Tucker o Hodson... Kitson se encogió de hombros.

—Venga, adelante —dijo Thorne—. ¿Cómo se llama?

Cuando Kemal habló, Thorne sintió como si lo dejaran sin aliento de un puñetazo; como si aspiraran de golpe todo el aire de la habitación.

Intentó tragar saliva. No pudo.

Consciente de que Kitson lo miraba, de que lo miraban todos, Thorne le pidió despacio a Hakan Kemal que volviera a decir el nombre.

Kemal vio que ocurría algo. Vaciló y luego dijo:

—Zarif...

## Treinta y cuatro

La cámara de control de velocidad lo pilló yendo a ochenta kilómetros por Camberwell Road. Soltó un taco y dio una palmada en el volante; como si no estuviera bastante malhumorado ya. Volvió a pisar el acelerador para cruzar un semáforo y dejó el pie allí. Tenía que estar pendiente por si había más cámaras, aunque desde luego no le preocupaba que fueran a pararlo. No le costaría nada poner en su sitio a cualquier hijo de puta presuntuoso que estuviera vigilando el tráfico; estaba más que dispuesto para una trifulca, si era necesario.

Giró a la izquierda en el Green hacia Peckham y New Cross.

Siempre salía del marrón; sí, eso es. Siempre que las cosas se ponían difíciles (y se habían puesto muchas veces), él era quien lo arreglaba. Y hasta un par de semanas antes, hasta que apareció Marcus Brooks, las cosas iban bastante bien.

El dinero de Martin Cowans y de otros como él; los bares en los que bebía gratis; los saludos con la cabeza y los favores..., y también las saunas por las que se dejaba caer para una sesioncita nocturna gratis al final de un día chungo.

Él siempre lo arreglaba.

Hizo los preparativos todos aquellos años antes, cuando Tipper se puso codicioso y hubo que ocuparse de él; y luego renegoció un trato aún más lucrativo con Cowans. Fue quien entró en la casa de Tipper para hacer lo que había que hacer. Y, además, el que buscó a Marcus Brooks. El que lo lio bien. Después de eso, lo mínimo que podía hacer era quedarse con algo más de la mitad de todo lo que se les presentaba, y Skinner sabía que aquello no se discutía.

Por lo general, a Skinner se le convencía casi de cualquier cosa...

Pero santo Dios..., con lo rápido que subía por Peckham Road, y todavía llevaba un loco del volante pegado al culo. Dio un buen frenazo, dos, tres veces sin motivo alguno, hasta que el mamón se echó atrás. Entonces aceleró otra vez.

Claro que Skinner estaba acojonado desde que Thorne había ido a verlo. Insistía en saber qué iban a hacer; decía tonterías sobre irse del país. Sobre trincar la guita y largarse.

Agarró el volante todavía más fuerte y pensó en la opción que le había dado Thorne cuando llamó. La posibilidad que le había ofrecido. No era difícil calcular lo que habría querido hacer Skinner de haber estado vivo todavía.

Una semana antes no había modo de saber lo que haría Skinner; lo tonto que casi seguro que se pondría. Al final solo quedó una alternativa sensata, y además fue bastante fácil ir a arreglarlo. Sabía muy bien que sería otro cuerpo añadido a la cuenta de Brooks. Que solo le ahorra molestias.

Cowans se puso a llamarlo incluso antes de que Skinner empezara a dejarse llevar por el pánico. Él y el resto de aquellos engendros implorando su ayuda, correteando de aquí para allá como niñas, mientras sus compinches iban cayendo como moscas.

*¿Sabía él lo que estaba ocurriendo?*

*¿Sabía por qué?*

*Le pagaban bastante, así que ¿no podía hacer algo con aquel asunto?*

Sí, bueno..., cuando averiguó quién se cargaba a los moteros, quedó bastante claro el porqué, pero no pudo hacer nada salvo decirles que mantuvieran las putas y peludas cabezas a cubierto.

Era evidente que aquello no les sirvió de mucho..., y resultaba casi divertido, teniendo en cuenta que los Black Dogs no habían tenido nada que ver con que se cargaran a la novia de Brooks. Eso sí que era divertido. Cowans poniéndose furioso, gritando que no era justo; que cuando averiguase quiénes lo habían hecho iba a matarlos, coño.

Sin embargo, lo que no había considerado era que Brooks los persiguiera a él y a Skinner.

No le hacía falta aquel quebradero de cabeza, sin duda, pero lo arreglaría. Brooks no le preocupaba demasiado; ya una vez le había hecho un montaje a aquel mequetrefe para que cargara con el muerto, y ahora estaría esperándolo.

Todavía más fácil sería encargarse de Thorne.

Sabía que aquel cabrón engreído no tenía nada concreto contra él, y también tenía la firme sospecha de que no estaba limpiísimo, que digamos. Por ahí lo atacaría; era capaz de remover mucha mierda cuando tenía que hacerlo, y sabía exactamente cómo hacer que no hubiera forma de despegársela.

Luego él le brindaría a Tom Thorne unas cuantas puñeteras opciones.

Viró con el coche a la derecha, hacia Peckham Rye; después se metió en una bocacalle y al fin encontró aparcamiento a cincuenta metros de su puerta. Iba a dejarle una nota en el parabrisas al coche que había delante de su casa; se aseguraría de que el dueño supiera que no tenía que aparcar más allí.

El otro vehículo se metió en la calle mientras él salía del coche. Acababa de cerrar de un portazo cuando vio las luces; se apretó contra la portezuela para dejarlo pasar y entonces vio que los faros delanteros ponían las luces largas y se dirigían rápidos hacia él.

Intentó moverse pero no pudo; sabía que no tenía tiempo.

El motor del coche gritó solo un poco más alto que él durante los pocos segundos previos al golpe. El parachoques chirrió contra la carrocería al alcanzarle las piernas; lo levantó dando vueltas por encima del capó y luego contra el vidrio, que lo estrelló en la negrura.

Después los últimos momentos en el aire; intensos y llenos de cosas.

El crujido sordo del parabrisas haciéndose añicos, y también el de sus propios huesos. El coche alejándose a toda velocidad.

Su exmujer y los dos hijos que nunca veía.

Su perro...

—Soy yo. La verdad, solo llamaba para ver cómo iban las cosas. Llámame cuando

llegues, y veremos cuál de los dos ha tenido un día más chungo.

—Hola, guapo, espero que estés bien. Solo me preguntaba si sabías algo más de lo de Navidad...

—Si quieres llamarme luego, me va bien. No importa que sea tarde, ¿vale?

Mensajes en el contestador de Thorne cuando llegó a casa: Louise; la tía Eileen; Yvonne Kitson.

Thorne no respondió a ninguno. No quería mantener ninguna de aquellas conversaciones; sabía que no sería capaz. Solo había una persona con la que tenía muchas ganas de hablar.

Apenas recordaba cómo había salido del trabajo, el trayecto a casa o cómo había cruzado la puerta principal y echado en un cuenco, de cualquier modo, comida a la gata. Vagó de habitación en habitación como quien se despierta. Encendió el televisor y volvió a apagarlo. Se quedó mirando fijamente partes del piso como si no las hubiera visto nunca. El modo en que el techo se juntaba con la pared en una esquina. El ángulo de una puerta, que le parecía extraño y desconocido.

Paseó por el piso y pensó en Arkan Zarif.

Dos años y medio atrás, Thorne había trabajado en una serie de ajustes de cuentas entre bandas; una investigación que luego se amplió hasta incluir la búsqueda de un hombre que en 1984 había prendido fuego a una chica en un patio de recreo.

Fue un caso que, al acabar, había costado muchas más vidas; y aunque se aplicó cierto grado de justicia, esta no alcanzó al responsable de casi todas las muertes.

Tal vez el responsable no impuso un poco de su propia justicia.

La familia Zarif poseía restaurantes y compañías de teletaxis, aunque sus principales ingresos procedían de otras fuentes: extorsión, tráfico de personas, importación y distribución de heroína... El negocio lo dirigían Memet, Tan y Hassan Zarif, pero todas las decisiones las tomaba su padre: «Baba» Arkan Zarif.

Zarif había visto a muchos de sus allegados morir o ir a la cárcel, y además había visto cómo las medidas de Thorne y de otros afectaban a sus negocios. Pero procuró protegerse y siguió llevando el restaurante de su discreta familia: escogiendo la carne, preparando con esmero el cordero en dados y los budines de leche delicadamente sazonados con especias. Permaneció intocable.

Y la vida, y también los negocios, continuaron como de costumbre...

Thorne solo fue a verlo una vez, cuando la investigación casi había llegado a su fin. Intentó dejar claro que no era hombre al que le gustara dejar cabos sueltos por ahí. Hizo frente al anciano, soltó vanas amenazas y habló sobre el honor.

Más tarde dio pasos que llevaron al asesinato de un hombre a quien Zarif había acordado proteger. Luego, un mes después de aquello, el padre de Thorne murió en un incendio en su casa.

Desde entonces Thorne había repasado la conversación con Arkan Zarif muchas veces. Recordaba cada sonrisa, cada leve movimiento de aquellos fuertes hombros.

—Yo me tomo mi negocio muy en serio —dijo Zarif.

Aunque sabía que su viejo no podía cuidarse como es debido, Thorne no lo había protegido. Así que vivía sabiendo algo horrible: que, fuera accidental o no el incendio, la muerte de su padre era culpa suya.

Solo hizo falta mencionar el nombre de Zarif en la sala de interrogatorios. En un segundo se le secó la boca, y notó el sabor del vómito subiendo hasta su garganta. No saber lo que le había sucedido a su padre ya era bastante malo, pero cuando Thorne se hacía ilusiones con descubrir la verdad, nunca sabía qué esperaba encontrar.

Ahora rodeó sus muebles y esperó lo que se avecinaba. Si Kemal tenía razón, Arkan Zarif había destrozado otra familia; indirectamente, había causado dolorosos estragos entre muchas personas más. Thorne creyó que a lo mejor se le concedía la oportunidad de atar, al menos, un cabo suelto.

Aunque aquello se parecía más al terror que al entusiasmo.

Brooks llamó justo antes de las diez.

—Se ha terminado —dijo.

Thorne supo al instante lo que quería decir. El policía con quien había hablado antes había tomado la decisión equivocada. O, por lo menos, no se había dado suficiente prisa en tomar la correcta. A Thorne no lo conmovió más que si acabaran de decirle que al día siguiente iba a llover.

—No —dijo—. No se ha terminado.

—Estoy cansado. Me da igual.

—Tienes que escuchar —dijo Thorne—. Sigues creyéndome cuando te digo que nadie controla estas llamadas, ¿verdad? Que no hay rastreo ninguno.

Al fin Brooks suspiró, como si le doliera expulsar la respiración.

—Te creo.

—Bien —Thorne se sentó—. Porque a lo mejor esto tarda un rato...

## Treinta y cinco

Thorne podría haber hecho el trayecto hasta Green Lanes dormido. Se había sentado en el coche a observar el restaurante de Zarif suficientes veces como para estar familiarizado con la rutina; para saber a qué horas iba y venía la gente. Sabía dónde aparcar para que no se viera su coche, y cómo rodear hasta el callejón que recorría las traseras de la pequeña hilera de comercios que había cerca de la estación de metro de Manor House.

Acababan de dar las once.

La entrada de servicio del restaurante de Zarif no era más que un pequeño patio que salía del poco iluminado callejón. Thorne sabía cuál era. Desde el extremo del callejón vio los contenedores de plástico gris. Había estado varias veces en aquel mismo lugar; había visto al viejo, o de vez en cuando a su mujer o a su hija, sacar las sobras al final de la noche y tirar botellas en el contenedor del reciclaje, mientras dentro los hornos se enfriaban y se acompañaba a los últimos clientes hasta la puerta principal.

Thorne sabía que, por lo general, esto sucedía antes de las once y media, o un poco más tarde los sábados. Durante la siguiente media hora se terminaban casi todas las tareas de limpieza. La mujer y la hija de Zarif volvían a la imponente y vallada casa familiar de Woodford, dejando que, como cada noche, el jefe se quedara solo tranquilamente, con una copa de vino o un fuerte café turco.

Satisfecho y pagado de sí mismo. Pensando en la recaudación que aquel día había obtenido el restaurante. En la recaudación que habían obtenido sus otros, y más lucrativos, negocios.

Desde donde estaba, Thorne vio un gato canijo que iba muy despacio por la parte de arriba de una de las verjas. Seguro que el animal sabía igual de bien cuándo se llenaban los cubos de basura. Empezó a lavarse cuando, de pronto, la alarma de un coche se puso a dar alaridos en la calle principal; entonces bajó de un salto y se perdió de vista.

Al cabo de un minuto o así Thorne vio que otra figura surgía de un pozo de sombra, apenas a dos metros de donde había estado el gato. Sabía que el hombre lo veía; que la farola de detrás proyectaba luz suficiente para hacer visible su breve saludo.

El hombre alzó una mano a su vez y luego desapareció tan rápido como el gato. Thorne se quedó allí otro minuto y después volvió al coche a esperar.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, mientras escuchaba caer las gotas de agua desde los árboles sobre el techo del BMW, seguía con la vista clavada en el otro lado de la calle.

Observando cómo se marchaban los clientes, y luego la única camarera; las figuras que aún se movían en el interior.

El restaurante estaba en una acera ancha, entre una agencia inmobiliaria y la

oficina de tele-taxis. Esta era otra de las empresas de la familia, que llevaba el hijo mayor de Arkan, pero Thorne conocía las costumbres de los tres hijos tan bien como las de su padre. Si Memet o sus dos hermanos menores estaban allá dentro, Thorne sabía que ya estarían cómodamente instalados en la habitación interior, absortos con sus colegas en una partida de cartas donde se apostaba fuerte.

Estaba bastante seguro de que podía entrar en el restaurante sin ser visto. Si todo iba bien, no habría motivo para que nadie salvo las dos personas que importaban supiese que él había estado allí.

Más o menos, a las doce menos cuarto, Thorne vio detenerse un Mercedes oscuro. A los cinco minutos Sema Zarif y su madre, una mujer a la que Thorne no había visto jamás, salieron a toda prisa del restaurante, y se las llevaron. Miró y recordó lo que había dicho Louise; se preguntó por qué tan pocas personas que perdían seres queridos de forma violenta se volvían violentas a su vez. No recordaba exactamente las veces que había estado sentado donde estaba ahora..., y a punto de hacer eso mismo. Cruzar corriendo la calle, entrar corriendo y correr hacia Arkan Zarif. Coger cualquier cosa que hubiera a mano: una botella, un vaso, uno de aquellos cuchillos de los que Zarif se sentía tan orgulloso...

—Yo elijo lo que es toda la carne —le había dicho en una ocasión a Thorne.

Este recordaba la sonrisa. El leve movimiento de aquellos hombros.

Esperó otros diez minutos para estar seguro y luego salió del coche.

No es que le apeteciera mudarse a aquella zona, así que no se molestó en mirar ninguna propiedad mientras pasaba por delante de la inmobiliaria; caminó rápido, manteniéndose cerca del escaparate.

Cuando llegó al restaurante y miró hacia dentro, se sobresaltó al ver que Arkan Zarif clavaba la vista directamente en él, como si estuviera esperando a que apareciera. Al cabo de uno o dos segundos se dio cuenta de que solo era un efecto de la luz. Vio que, en realidad, Zarif tenía la mirada perdida en el vacío.

Thorne dejó que se le calmara la respiración; acercó la cara al vidrio y llamó con los nudillos.

Zarif se levantó y fue hacia la ventana, lleno de curiosidad. Thorne vio que entornaba los ojos y luego, pasados cinco o diez segundos, vio que los abría mucho a medida que en su cara se reflejaba una expresión de reconocimiento.

Thorne sintió que la cólera le estallaba en el pecho; no lo había reconocido enseguida.

Zarif fue hasta la puerta y abrió con la llave. Sonriente, le hizo señas para que entrara al tiempo que miraba el reloj.

—Debe de tener mucha hambre —dijo.

No era un local grande: media docena de mesas, ahora con las sillas bien pegadas a ellas, y un par de reservados. El surtido de faroles de vidrio, metal y cerámica que colgaban del brillante techo de pino estaban apagados; la única luz que había la daba una lámpara situada tras la pequeña barra, o subía desde el pie de la escalera que, en

la esquina opuesta, bajaba en espiral hasta la cocina.

Zarif volvió despacio a uno de los reservados donde lo esperaba una botella y una copa ya empezada. Se metió con trabajo detrás de la mesa y se deslizó por el asiento de vinilo marrón. Una música de baja intensidad llegaba de unos altavoces situados por encima de la barra: una mujer cantando, flautas y *tablas*. Una cítara, quizá...

Thorne se sentó enfrente. Abrió las piernas para que sus pies no entraran en contacto con los de Zarif por debajo de la mesa.

—No hay comida —dijo Zarif—. Ya hemos cerrado esta noche.

—No importa.

Había engordado un poco desde la última vez que Thorne lo vio, aunque seguía pareciendo más corpulento que gordo. Era cargado de espaldas y se había encorvado al caminar. Llevaba una camisa blanca, tirante sobre el vientre y metida por dentro de unos pantalones grises. Las mangas estaban subidas, y donde los botones estaban abiertos, el vello negro y canoso salía por encima de una camiseta blanca.

Se veían más canas en el pelo también, aunque seguía conservándolo todo, engrasado y peinado hacia atrás sobre las pobladas cejas. En los carrillos había una incipiente barba blanca, y el grueso bigote seguía el mismo camino. Pero los ojos eran exactamente tan verdes como Thorne recordaba. Puso una mano en la botella.

—*Raki* —dijo—. Leche de león. ¿Quiere?

Thorne hurgó en el bolsillo.

—No gratis, no.

Sacó la billetera y, de ella, un billete de cinco libras.

Zarif fue a por un vaso a la barra y sirvió la bebida.

—Está cerrada la caja. Tendrá que ser por nada.

Thorne se encogió de hombros pero dejó el dinero en la mesa, doblado dentro de un juego de vinagreras de acero inoxidable.

Zarif rozó su vaso con el de Thorne. Dijo:

—*Serefé*.

Thorne no dijo nada pero recordó el brindis. Recordó que significaba: «por nuestro honor». La bebida era transparente y sabía a jarabe para la tos, aunque eso no importaba mucho.

—Sigue usted apareciendo de forma inesperada al final de mis investigaciones —dijo Thorne—. Es como no saber de dónde viene un mal olor y luego, de pronto, descubrir el bicho murrio detrás de un armario de la cocina.

Zarif se llevó el vaso a los labios; bebía rápido, a sorbos, como si fuera café exprés.

—¿Esto es un asunto de la policía o personal?

—Es un caso de asesinato.

—La última vez creí que era las dos cosas, porque parecía usted un perro que se agarra a una cosa y tira de ella. ¿Recuerda cuando nos sentamos aquí dentro a hablar de nombres? —Levantó la mano y escribió en el aire con un grueso dedo—. Thorne.

Así dicen ustedes «espino» en inglés: cubierto de púas, y difícil quitárselo de encima.

Zarif tenía mucho acento y se paraba a buscar alguna que otra palabra. Pero Thorne sabía muy bien que exageraba las dificultades con el idioma cuando le convenía.

—Usted también me dijo lo que significaba su nombre —dijo Thorne—. Arkan, que significa «sangre noble», pero también significa «culo».

Zarif ladeó la cabeza.

—Eso era allá cuando usted representaba el número del anciano abuelo inofensivo. Antes de que yo lo conociera mejor.

—¿Qué quiere?

—Es usted un hombre de negocios muy bueno, no cabe duda. Entiendo por qué le van tan bien las cosas.

Zarif extendió los brazos y miró a su alrededor.

—No me refiero a esto —espetó Thorne, enojado—. No me tome por un gilipollas.

—Me esforzaré mucho por no hacerlo.

—Todo va de descubrir nuevas oportunidades mercantiles, ¿verdad?

—Desde luego.

—De dar con el modo de aprovecharlas.

—Un negocio debe expandirse.

Si hubiera alguien en una mesa contigua, le habría dado la impresión de que el hombre de más edad disfrutaba de la compañía y la conversación.

—De lo contrario no merece la pena.

—Los Black Dogs fueron una ocasión perfecta.

—¿Dogs? ¿Perros? Vaya, me he perdido.

—Relativamente nuevos en el negocio de las drogas..., tamaño mediano... Ganancias fáciles para una empresa como la de usted.

Zarif no dijo nada, pero Thorne tampoco esperaba que lo hiciera.

Todavía no.

—Mejor aún si se mantienen las manos limpias —dijo Thorne—. Si se manda hacer el trabajo sucio.

—¿Qué cree usted que voy a decir exactamente?

Al mencionarse el nombre de Zarif, el panorama se había aclarado con rapidez... Y también se había vuelto más horrible. En otras circunstancias, Thorne, tal vez, habría dudado de la conclusión a la que llegó, pero sabía mejor que casi nadie de lo que era capaz Arkan Zarif.

Las guerras entre bandas, puras y duras como aquella en la que Zarif andaba metido cuando él y Thorne se conocieron, eran iniciativas arriesgadas. A menudo la inoportuna atención de las autoridades pesaba más que obtener cualquier ventaja financiera; o, si no, las enemistades mortales que después duraban años.

Tanto mejor si otro libraba esas guerras por uno.

«Jennings» y «Squire» le habían tendido una trampa a Marcus Brooks seis años antes, y ahora alguien lo utilizaba otra vez. Zarif solo tuvo que darle un motivo. Uno bien sencillo. Tras ordenar que mataran a Angela Georgiou y a su hijo, no fue difícil hacer llegar la noticia a Long Lartin, al tiempo que se insinuaba quién era el responsable. Luego no tuvo más que quedarse cruzado de brazos, mirando cómo Brooks les ajustaba cuentas a los Black Dogs por él. Cómo creaba espacio para que se metieran Zarif y su familia.

Le dio cuerda a Brooks y lo soltó.

—¿Cómo encontró usted a Brooks? —preguntó Thorne.

Mientras Zarif lo miraba con gesto inexpresivo, Thorne calculó que probablemente fuera a través de un colega de la cárcel; tal vez el mismo que Zarif usó más tarde para asegurarse de que Brooks supiera, o creyera saber, quién había matado a su novia y a su hijo. Otra posibilidad era que Zarif tuviese a alguien trabajando dentro de los propios Black Dogs. Esa menos probable, pero esa idea dio lugar a otra.

—Dios mío, debió de ponerse muy contento cuando Brooks también empezó a cargarse a la pasma por usted. A deshacerse de cualquier «amigo» que los moteros tuvieran en la policía. Un auténtico extra, creo yo.

Zarif se sirvió otro trago, tres o cuatro dedos.

—Perdone si me cuesta trabajo seguir todo esto. Tal vez debería decirme qué es lo que cree que he hecho.

—Yo sé lo que ha hecho usted.

—Enhorabuena —con suavidad, Zarif dio unos golpecitos con los dedos en el tablero de la mesa en un gesto de fingido aplauso—. No obstante, ha venido aquí solo y no me ha enseñado ninguna identificación. Así que, sepa usted lo que sepa, o lo que crea saber, dudo de que vayan a arrestarme pronto.

Era la segunda vez aquel día que alguien le decía lo mismo a Thorne. Estos hijos de puta parecían saber de forma instintiva cuándo estaban en un aprieto de verdad y cuándo no. Thorne sintió cierta macabra satisfacción al pensar que el policía que hacía unas horas lo había retado a que actuara, ahora estaba muchísimo menos gallito que entonces.

Pensó que, a pesar de su tono lleno de seguridad, también Zarif parecía un poquito más tenso. O quizá solo es que iba poniéndose más borracho. Más nervioso.

—He querido darle la oportunidad de contármelo.

—¿Contarle qué?

—Su última oportunidad...

—¿Decirle que está usted soñando? ¿Decirle que se vaya a tomar por el culo?

—Contarme lo de Brooks. Lo de su mujer y su hijo —dijo Thorne—. Un coche que no paró.

*Una botella. Un vaso. Uno de los propios cuchillos de Zarif.*

—Cualquier otra cosa que crea que me gustaría saber...

La voz de mujer que procedía de los altavoces de encima de la barra iba

volviéndose más alegre; la música, una pizca más optimista.

—Vamos, ya es hora de que se vaya —dijo Zarif.

Thorne se deslizó por el asiento y dijo:

—Tengo que orinar.

Se tomó su tiempo en ir hasta la escalera, tardó unos segundos en orientarse y al fin abrió empujando la alabeada puerta sin barnizar del diminuto retrete. Olió a humedad y desinfectante, y a algo pestilente también; algo que iba en aumento y que salía de sí mismo.

Se apoyó en la puerta y aspiró el hedor.

*No. No se ha terminado.*

Alargó la mano hacia delante y tiró de la cadena. Luego, mientras la cisterna seguía llenándose ruidosamente, salió al estrecho pasillo. Había cajas apiladas contra las paredes de bovedilla, y por una puerta medio abierta vio los enormes quemadores de gas de la cocina y una superficie de acero, bien frotada, en forma de «L».

Dio media docena de pasos hasta el otro extremo; hasta una puerta metálica gris. Con suavidad, descorrió los pestillos, el de arriba y el de abajo.

Probó el picaporte.

Luego Thorne se dio la vuelta y regresó hacia la escalera; solo se detuvo unos segundos en el camino para meter las manos bajo el grifo del agua fría.

## Treinta y seis

Aunque Zarif seguía sentado en el reservado, Todavía mirando en la misma dirección, Thorne no pudo evitar preguntarse si no se habría movido. ¿Había tenido tiempo de levantarse mientras él estaba abajo? ¿Quizá, de usar el teléfono para decirle a alguien que Thorne estaba allí?

—¿Cuándo fue la última vez que Sanidad les echó un vistazo a sus aseos? —dijo Thorne, subiendo de nuevo.

Zarif se volvió y reconoció con una inclinación de cabeza lo que ambos sabían que era una broma. Con el dinero y las relaciones que tenía la familia, las inspecciones del Ministerio de Sanidad y Seguridad en el Trabajo no eran precisamente algo de lo que preocuparse. Thorne se preguntó si *Baba Arkan Zarif* se preocupaba de algo siquiera.

*Baba*, que sencillamente significaba «padre» en turco. Sin embargo, en el contexto del crimen organizado tenía un significado mucho más siniestro.

Zarif se quedó mirándolo mientras Thorne volvía a acercarse a la mesa y luego pasaba por delante, camino de la puerta. Con trabajo, salió del reservado para ir detrás; para acompañar a Thorne hasta la puerta y cerrarla con llave tras él.

—Lamento no haber sido más hospitalario —dijo.

—De esta no me muero.

—Espero que le parezca que su visita ha merecido la pena.

Thorne se detuvo ante la puerta, la cerró con llave y volvió a dirigirse hacia el restaurante.

—Eso aún está por ver...

Zarif se quedó inmóvil y luego se volvió deprisa, con un bamboleo de barriga, al oír pasos en la escalera. Se veía atraído en dos direcciones a la vez. Cuando vio al hombre aparecer por encima de la blanca barandilla, el gesto le salió casi perfecto: tuvo que mirar dos veces. En su garganta sonó un ruido bajo.

—Otra persona quería charlar con usted —dijo Thorne.

—Esto no está..., bien —dijo Zarif—. Está usted muy loco, cojones.

Esta vez buscaba las palabras de verdad; hablaba despacio, intentando organizar las ideas.

Hablaba con Thorne, pero con la mirada fija en Marcus Brooks.

A Thorne se le ocurrió pensar que, como le ocurría a él mismo, Zarif no había visto nunca a Brooks en persona; a lo mejor ni siquiera tenía idea del aspecto del hombre cuya vida había vuelto del revés. Pero, por su expresión, estaba claro que sabía de sobra quién era su visita.

Brooks tenía el pelo más largo que en el retrato robot más reciente y, además, todos los ingredientes de una buena barba. Pero su cara era incluso más delgada. Tenía un buen grano, o una especie de llaga, en el borde del labio superior, y por encima de unos semicírculos oscuros, los ojos parecían empañados y vacíos.

Vestía tejanos y una desteñida sudadera bajo una chaqueta marrón de rapero. Sus zapatillas de deporte estaban embarradas, y en una mano balanceaba una bolsa de plástico.

No había nada planeado, al menos a partir de este punto, y quizá fuera solo que Brooks siguió el ejemplo de Thorne, pero los dos empezaron a moverse hacia Zarif casi al mismo tiempo. Zarif retrocedió hacia el reservado donde había estado sentado; se detuvo en el borde de la mesa.

Miró a Thorne.

—Sabe que tengo amigos muy cerca. Mis hijos...

—Lo sé —dijo Thorne—. ¿No tiene una especie de botón de alarma? Nunca me pareció la clase de persona que pide ayuda a gritos, pero podría intentarlo.

Thorne pensó que Zarif parecía asustado; desconcertado, desde luego. Pero la ira era inconfundible. La sangre oscureció más la piel color verde oliva de la cara del viejo, que echó atrás los hombros.

—Ha entrado usted sin autorización.

—Usted me invitó a entrar —dijo Thorne—. Creo recordar que me ofreció una copa.

Zarif se volvió para mirar al hombre al que, con toda seguridad, no había invitado.

—La puerta estaba abierta —dijo Brooks.

—Loco del todo, cojones...

Zarif meneó la cabeza y tragó saliva.

—A lo mejor voy al teléfono y llamo a la policía, nada más —señaló a Thorne—. Hablo con alguien que se ocupe de usted.

Brooks dio otro paso adelante.

—Hábleme de Angela —dijo.

Zarif no dijo nada. Los ojos puestos en la bolsa; en su peso. Thorne sabía que, aunque ignorase qué aspecto tenía Brooks, Zarif debía de saber exactamente lo que había estado haciendo y, además, cómo. Hasta este momento, seguro que Zarif había saboreado todos los detalles.

—Solo quiere saber —dijo Thorne.

—Quiero los nombres de los hombres que usted envió —dijo Brooks—. Quién conducía el coche.

—Es una cuestión de tranquilidad de espíritu —dijo Thorne.

—¿Sabía usted que Angela iría con mi hijo?

—¿O eso fue otro extra?

—¿Estaba planeado?

Zarif no se movía, pero sus ojos iban rápidos del uno al otro.

—Debí imaginármelo —dijo Thorne—. Lo cierto es que las familias nunca han sido territorio prohibido para usted, ¿verdad, *Baba*?

—¿Planeó matarlos a los dos?

Zarif meneó la cabeza.

Thorne apoyó la espalda en la barra.

—¿No, «no lo sé», o no, «no quiero decirlo»?

—Que le den por el culo —dijo Zarif en un tono igual de despreocupado.

Brooks sopesó la bolsa que llevaba en la mano.

—De un modo u otro, da igual.

—Y que te den por el culo a ti también...

Thorne se apartó de la barra y fue a ponerse detrás de ella.

—Si no tiene nada más que decir, no merece la pena quedarse a esperar, ¿verdad?

—Miró a Brooks por encima de la barra. El agotamiento le marcaba de arrugas toda la cara; pero ahora Thorne también vio allí un anhelo—. Te lo dejaré, entonces.

—Eso me parece bien —dijo Brooks.

Thorne echó una ojeada a los estantes que tenía por encima y buscó el lector de compactos. Cuando lo encontró, subió el volumen. La mujer cargaba las tintas; el percusionista hacía horas extras.

—¿Adónde va? —preguntó Zarif.

Thorne no respondió; disfrutó del miedo que oía en la pregunta. Siguió con la cabeza el ritmo de la música mientras volvía a rodear la barra y se alejaba por delante de Zarif hacia la escalera.

—Ahora tiene que pararse y pensar en lo estúpido que está siendo.

Intentando parecer indiferente, mientras el corazón se le estrellaba contra el pecho...

—Usted es demasiado listo para hacer esto.

Hizo caso omiso del ruido mientras bajaba: los gritos y los juramentos; los sonidos de un hombre que perdía el control. En lugar de eso, se centró en la voz de la mujer; en las notas de la canción, que subían hasta convertirse en un perfecto grito de alegría, o de angustia, mientras él bajaba deprisa la escalera y salía por la puerta metálica gris.

Se tomó su tiempo en recorrer el callejón hasta llegar a la calle; luego volvió a la avenida principal. No faltaba mucho para la una de la madrugada, pero todavía había mucho tráfico en Green Lanes. Conductores que se dirigían al norte hacia Turnpike Lane y más allá, o hacia el sur, hacia la *city*.

Thorne vio pasar coches, taxis y camiones, y se preguntó cuántos de sus ocupantes se sentían parte de algo; cuántos se comunicaban de verdad con los demás que los rodeaban. En Londres había comunidades, focos muy unidos y aislados, donde se podía pensar que a los vecinos de al lado les importabas algo. Pero también era una ciudad en la que un ejemplar del *Evening Standard* te protegía casi de todo.

Donde la muerte, la muerte violenta, desde luego, se había vuelto parte del tejido de la ciudad, como los precios exorbitantes de las casas y la imposibilidad de aparcar.

Donde la esperanza de vida en barrios como Islington, Camden y Haringey era

hasta diez años menor en unas partes que en otras.

Donde gente como Arkan Zarif hacía planes y se enriquecía.

Thorne pasó despacio por delante de la inmobiliaria y se detuvo un segundo ante la ventana del restaurante. Vio la botella y el vaso encima de la mesa, y oyó la música que salía del interior. Ahora el local parecía vacío. Supuso que o bien Brooks había metido a Zarif en la habitación de la parte de atrás, o lo había llevado abajo. Se preguntó si Brooks pensaba en el ruido.

—Eso me parece bien —dijo, antes de que saliera Thorne.

Dio la impresión de que hablaba en serio.

Thorne apartó la vista de la ventana, sintiéndose vacío, y eso no le pareció mal. Ya la primera vez había decidido que en lo que se refería a Zarif y a otros como él, su brújula moral tendría que..., reajustarse. Tenía una raya, desde luego, igual que todos los demás, y más de una vez algunas personas lo habían obligado a traspasarla.

Psicópatas, sádicos, abusadores de niños...

Pero Arkan Zarif le había jodido la visión del mundo; su comprensión de lo que era justo y decente. La había redefinido...

Un coche-patrulla pasó a toda velocidad con las luces encendidas y haciendo sonar la sirena. Thorne parpadeó y vio la cara de Louise; ruborizada como estaba después de hacer el amor, o cuando se enfurecía...

Oyó la voz de ella, y también la suya propia.

*¿Y cómo de corrupto te vuelve a ti eso que has hecho? ¿O a mí lo que hice anoche?*

*Nosotros no hemos asesinado a nadie.*

La imagen se deshizo, fue alejándose, y él prosiguió su camino, bastante tranquilo. Cuando se trataba de Arkan Zarif, lo único que importaba era obtener el resultado correcto.

Mientras esperaba, Thorne miró el reloj muchas veces. Transcurrieron diecisiete minutos desde que salió del restaurante hasta el momento en que sonó el teléfono.

Su viejo teléfono móvil.

Lo sacó del bolsillo pero no contestó. Dejó que saltara el buzón de voz.

Marcus Brooks, llamando al número que le habían dado. Diciendo lo que Thorne le había dicho que dijera.

Thorne escuchó el mensaje, sabiendo que no era el único que lo hacía; luego volvió a caminar por detrás de la hilera de comercios y bajó hacia la entrada de servicio.

Encontró a Brooks al final del callejón.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Thorne.

La luz de la farola hacía que Brooks pareciera tener peor color todavía.

—Ha dicho «por favor». No durante demasiado tiempo.

Con cuidado, le pasó el móvil de prepago. El que Thorne había dejado sobre la barra al subir el volumen del lector de compactos. El que Brooks cogió entonces.

Thorne miró la pantalla. La función de grabadora de voz seguía en marcha, como durante los últimos veintitantos minutos.

—Los nombres de los que atropellaron a Angela y a Robbie están ahí —dijo Brooks. Bajó la mirada un segundo a sus zapatillas deportivas—. Y los de los hombres que prendieron fuego a la casa de tu padre.

Una sacudida en el estómago, como un espasmo de indigestión. Cólera y alivio neutralizándose. Nada más, por el momento.

—Me he asegurado de que sepa que lo tenemos —dijo Brooks—. No va a contarle a nadie que hemos estado allí.

Thorne asintió.

—Deberíamos marcharnos.

Brooks balanceó la bolsa de plástico mientras volvían caminando a Green Lanes y cruzaban hasta donde Thorne había dejado el BMW. Brooks se subió detrás. Thorne le puso una mano en la base de la espalda para ayudarlo a entrar y luego se quedó apoyado en el coche. Clavó la vista en el teléfono unos segundos antes de metérselo en el bolsillo.

«Gracias» parecía poco apropiado. Lo de que estaba detenido llegaría después.

Cruzó con el coche la calle principal y dio la vuelta; conduciendo a paso de peatón, pasó por delante de la ventana del restaurante. Despacio, Arkan Zarif caminaba arrastrando los pies, con mucho trabajo, hacia el vidrio que tenía a la espalda. Parecía que le habían metido algo en la boca. Servilletas, supuso Thorne.

—No sabes cuánto he deseado matarlo —dijo Brooks.

Thorne se apresuró a mirar al retrovisor, luego volvió a mirar a la figura que empezaba a aullar y a golpear la ventana del restaurante.

Él lo sabía muy bien.

Aunque no había sido fácil convencer a Brooks, ni a sí mismo, al fin se convino en que debían hacer lo preciso para obtener la información necesaria, pero no más. Que Zarif sufriría más detrás de las rejas. Que estaban siendo cualquier cosa menos compasivos.

—No tienes..., ni puñetera idea —murmuró Brooks.

Thorne alejó con cuidado el coche del bordillo y lo dirigió hacia el norte, dejando que los pensamientos se le asentaran en la mente mientras cogía velocidad. Ya casi toda la historia estaba clara, y era bastante sencilla de contar. Montó el resto en el camino de vuelta a Colindale.

Marcus Brooks estaba dormido en el asiento trasero cuando el coche llegó al primer semáforo.

## **Cuarta parte**

**«Borrar»**

## Treinta y siete

El Poli de las Kartas pasó y luego subió el tope que había dejado el último jugador en la mano. Los treinta segundos pasaron, pero al final, con lo que casi con toda certeza eran las cartas ganadoras, el otro jugador se retiró, y, solo con una pareja de nueves, el Poli de las Kartas se llevó el bote.

—¡He ganado! —gritó Louise—. ¡Cuarenta dólares!

Thorne se acercó y miró la pantalla mientras daban la siguiente mano. A Louise le dieron una jota y un cuatro, de distinto palo. Se apresuró a retirarse y salió del juego.

—¿Cuánto sumas esta noche? —preguntó Thorne.

—Ciento ochenta y dos dólares —dijo Louise.

—Joder...

No solo había aprendido a jugar de forma ridículamente rápida: Louise ya era mejor jugadora que Thorne. Su juego era agresivo sin ser temerario. Y, además, se le daba mejor calar el auténtico carácter de los jugadores que había en torno a la mesa; era capaz de ver más allá de sus imágenes de dibujos animados.

Los entendía más rápido de lo que Thorne había entendido a Marcus Brooks.

Mejor de lo que había entendido al policía que una vez se había llamado a sí mismo «Squire».

Y lo más importante de todo: ganara o perdiera, Louise sabía cuándo levantarse de la mesa.

—¿Vas a jugar un poco?

Thorne negó con la cabeza, así que Louise cerró la sesión y luego cruzó sin prisas hasta la cocina para empezar a preparar la comida. Hendricks iba a llevar a un novio nuevo a cenar, y ella iba a cocinar pasta.

Thorne fue detrás y se apoyó en la puerta de la cocina.

—¿Qué sabemos de ese tipo de Phil?

—Es un «cardiólogo con un buen culo» —dijo Louise—. Por lo menos esa fue la primera descripción de Phil.

—¿Y eso quiere decir...?

—Parece agradable.

—¿Lo has visto?

—Solo una vez. Oye, relájate.

—Si estoy relajado...

—Sois amigos —dijo Louise—. Lo arreglaréis. Si te sirve de consuelo, Phil está igual de nervioso por verte.

—Yo estoy bien.

Acojonado...

Thorne volvió a la sala y repasó los estantes de compactos, los de Louise y los suyos. Se sentía incómodo con una flamante camisa de Marks & Spencer's. Le había dado pereza plancharse los dobleces.

—¿Pongo algo de música? —gritó.

Se oyó un estrépito de cacerolas procedente de la cocina.

—¿Cómo?

Thorne sacó *Wrecking hall*, de Emmylou Harris, puso el compacto en el lector y buscó la canción de Lucinda Williams que era su tema preferido del álbum.

Louise se asomó un instante en la puerta.

—Debí empezar con la salsa hace quince minutos —dijo; señaló el ordenador con un movimiento de cabeza—. Se pierde por completo la noción del tiempo cuando estás metida en el juego.

Clavó las tijeras en un paquete de tortellini y se volvió a la cocina.

Canturreando la canción...

Era hacia mediados de diciembre. Habían pasado tres semanas desde que Thorne hiciera su detención; desde que acusaran a Marcus Brooks del asesinato de Raymond Tucker.

Brooks había hecho una confesión completa.

Detalló los asesinatos de Ricky Hodson y Martin Cowans, y aunque negó el asesinato de Paul Skinner, sí que se confesó culpable del intento de asesinato de otro oficial superior de policía. El comisario Keith Bannard estaba en el hospital de St. Thomas, conectado a una máquina que mantenía sus constantes vitales. Llevaba allí desde que lo golpeó el coche que conducía Marcus Brooks; poco antes de que Brooks telefonara al inspector Tom Thorne y le dejara un mensaje para decir dónde estaba y expresar su deseo de entregarse.

No se aludió en absoluto a una agresión al propietario de un restaurante turco, la misma noche de su detención...

Louise llevó un puñado de cubiertos y lo dejó sobre la pequeña mesa de pino. Thorne se levantó del sofá y empezó a disponerlos.

A través de unos amigos de Grave y Organizado (todos los cuales expresaron su asombro por el alcance de las actividades delictivas de Bannard), Thorne supo que a Arkan Zarif lo había descubierto, a altas horas de la madrugada, uno de sus hijos, que se apresuró a llamar a una ambulancia. El personal del hospital llamó a la policía, pero Zarif insistió en que todo había sido por culpa suya. Dijo que tenía las dos rodillas hechas pedazos por culpa de una mala caída, después de pasarse un poco bebiendo.

Al oírlo, Thorne se acordó del distribuidor de droga de Louise: el que se había secuestrado y se había cortado los dedos de un tajo; pensó en el daño que la gente era capaz de hacerse a sí misma en circunstancias extremas. Por supuesto no le pareció apropiado compartir el comentario con Louise, aunque a ella le habría gustado mucho.

Creía que era por su bien. No quería implicarla. Y tampoco es que le mintiera, en realidad...

Las mismas gilipolleces de siempre.

Mientras colocaba cuchillos y tenedores, Thorne pensó en el móvil de prepago, guardado bajo llave a buen recaudo allá en su piso; en la confesión conservada para la posteridad en su grabadora de voz. Sabía que mientras estuviese en su poder, Zarif no le contaría a nadie lo ocurrido en su restaurante aquella noche; pero también sabía que era una protección muy peligrosa. No se sentiría seguro del todo hasta que no encerrasen a Zarif para siempre, y emplearía lo que le habían dado para asegurarse de que eso sucediera.

Sin revelar su fuente, y poco a poco, ya había empezado a suministrar aquella información a personas de su confianza de G&O. Desde luego muchos de los que interrogaran y detuvieran después se negarían a colaborar, pero, con el tiempo, Thorne sabía que uno de ellos aceptaría el trato que le ofrecían. Que Arkan Zarif pagaría como debía lo que había hecho, sin que la prueba que había obtenido Marcus Brooks tuviera que ver la luz.

Que Angela y Robbie Georgiou, Jim Thorne y sabe Dios cuántos más, descansarían un poco más en paz.

Thorne sirvió vino para él y para Louise; dio un buen sorbetón y se llenó otra vez la copa.

No había fecha establecida para el juicio de Brooks ni tampoco para el de Hakan Kemal, pero en ninguno de los dos casos ni la defensa ni la acusación parecían tener mucha prisa. Era muy probable que ambos obtuvieran un resultado poco sorprendente, de modo que tampoco había muchas probabilidades de que Sam Karim montara una apuesta con ellos.

Dos acusados, los dos procesados por asesinato..., aunque solo a uno parecía preocuparle el resultado.

Después de la detención, Thorne había pasado muchas horas interrogando a su principal sospechoso y sabía que Marcus Brooks se contentaba con volver a la cárcel. Que tal vez ese fuera el único futuro al que le veía algo de lógica. Thorne recordaba pocos casos que lo hubieran absorbido y desorientado tanto; pero, al mismo tiempo, tampoco se le ocurrían demasiados que se hubieran resuelto con tan poco alboroto.

Estaba ya instalado en la rutina, insólitamente agradable, de los preparativos previos al juicio; había cogido otros tres casos de asesinato; había vuelto al trabajo.

Le había dicho a Eileen que él y Louise irían a su casa el veintiséis de diciembre, si le iba bien.

No había devuelto la zapatilla de deporte perdida que le prometió a Anthony Yashere.

Thorne cogió su copa y entró en la cocina, mientras la voz de Emmylou se elevaba por encima de una oleada de guitarra y del lamento de la armónica de Neil Young para decirle a alguien lo que había perdido cuando se marchó de este dulce y viejo mundo.

Durante un minuto observó a Louise ante la hornilla; después tomó un trago de vino y dijo:

—No creo que sea una idea absolutamente idiota.

—Lo sé.

—Es que no puedo prometerte que se me dé nada bien.

Ella asintió sin volverse y siguió removiendo.

—Además, está todo lo de la edad —dijo él—. Para cuando el crío sea adolescente, tendré casi sesenta años. Estaré jodido.

Otro trago.

—Vaya, estoy jodido ya.

—Nadie lo discute.

—Que tú sepas.

Ella se volvió entonces y puso a un lado la cuchara; se apoyó en el borde de la encimera.

—Mira, sé que crees que serás una mierda, y que no crees que tengas paciencia y eso, pero de verdad que no me inquieta. Y además tampoco estoy convencida de que vayas a cumplir siquiera los sesenta, así que yo no me preocuparía demasiado —dio un paso hacia él—. La parte de ti a la que todavía le importa aquel anciano, la que lo pasó mal contándomelo, esa es la parte que me interesa. Por eso sé que serás bueno. Mejor que bueno...

Otro paso, y él abrió los brazos para recibirla. Aunque al cabo de solo unos segundos ella volvió a apartarse con cuidado y regresó a comprobar que la salsa no entrara en ebullición.

Thorne miró cómo encendía el hervidor del agua. La vio poner aceite y luego sal en una cacerola para cocer la pasta.

«Hay otras partes», pensó.

## *Epílogo*

El ala de reclusos vulnerables no albergaba a demasiados internos; no más de sesenta bajaban al mostrador de autoservicio al llegar la hora de la comida. Desde luego era un proceso más ordenado que el que tenía lugar en otro lugar de la prisión. Pero, con independencia de la cola que hubiera ante el calentaplatos, Nicklin siempre quería ser el primero.

No soportaba esperar mirando mientras servían a otros antes que a él. Imaginaba que les daban más de lo que les correspondía y que a él le darían algo peor cuando llegara su turno. Siempre era igual cuando se trataba de comida. Con cualquiera de sus apetitos, si a eso vamos.

La cena se servía entre las seis y las siete, pero Nicklin estaba allí desde menos cuarto. Agarrando su bandeja y escuchando al personal de cocina hablar de banalidades tras la persiana metálica.

A las seis y un minuto golpeó en la persiana. Ahora había una docena más en cola detrás de él.

—Dejad de mearos en la sopa y abrid, ¿queréis?

Risas desde la cocina, y también desde detrás.

—Es de las albóndigas de lo que deberías preocuparte —dijo alguien.

Subieron la persiana, y Nicklin dio un paso adelante y cogió su cena en silencio. Lasaña y patatas fritas. Un budín, como de costumbre (de compota de manzana: era martes), y dos rebanadas de pan. Zumo de naranja y agua embotellada.

—Está bueno hoy —dijo el violador gordo vestido con traje blanco de chef.

Nicklin se apartó del calentaplatos, mientras el exmagistrado que estaba detrás de él hacía un comentario sarcástico sobre las estrellas Michelin y el chef le decía dónde podía metérselas.

Subió con la bandeja los dos tramos de escalera metálica hasta su celda, abrió la puerta empujando con el codo y se sentó a la mesa para comer. Abrió el zumo de naranja y levantó la tapa de plástico que apenas mantenía tibia la comida.

Lasaña, joder...

No estaba del mejor de los ánimos, de todos modos; no lo estaba desde que se enteró de que habían atrapado a Marcus Brooks. Desde que se enteró de que el amigo marica de Tom Thorne no estaba entre aquellos a los que acusaban a Brooks de haber matado.

Eso le había quitado la emoción a sus días, por poca que fuera. Lo había dejado sin nada en lo que hojar cuando la puerta de la celda se abría con un chasquido a primera hora; por lo que sonreír cuando llegaba el momento en que se apagaban las luces. Ya solo le quedaban placeres elementales. De la carne y del vientre; aunque los dos eran bastante escasos.

Pinchó con el tenedor la capa de pasta endurecida y rebuscó; entonces vio por el rabillo del ojo que algo se movía y alzó la vista. Un recluso estaba a la puerta,

mirando.

—¿Qué?

El hombre se encogió de hombros. Askins: un drogata que le había metido mano a una niña de quince años. Nadie con el que Nicklin acostumbrara a pasar el tiempo.

—¿Oye, por qué no te vas a tomar por el culo? —dijo Nicklin; cogió un bocado de la carne picada—. Ve a meterle canguelo a otro.

De repente se detuvo, gritó y escupió un cordón de sangre en el plato; se metió la mano en la boca buscando el trozo de vidrio.

—Eso es un mensaje —dijo Askins.

Nicklin soltó un taco y escupió, al tiempo que levantaba la rígida lámina de pasta y metía el tenedor por la aguada carne picada. Los dientes del tenedor sonaron bajito al chocar con las esquirlas cubiertas de salsa. Pálido y boquiabierto, alzó la mirada hacia el hombre de la puerta.

Askins se apartaba ya, sonriendo.

—De alguien con los brazos muy largos...

## Agradecimientos

*Gangs y Gangland Britain*, de Tony Thompson, vuelven a ser una inestimable fuente de información, pero en esta ocasión estoy muy agradecido a Tony personalmente por su tiempo, sus buenos consejos y sus revelaciones, minuciosas y preocupantes, sobre los entresijos de las bandas de moteros.

De la Policía Metropolitana de Londres, de nuevo tengo que dar las gracias al comisario Neil Hibberd, y además estoy particularmente agradecido a la sargento Georgina Barnard por su infinita paciencia e información, que me hicieron franquear muchos muros de ladrillo.

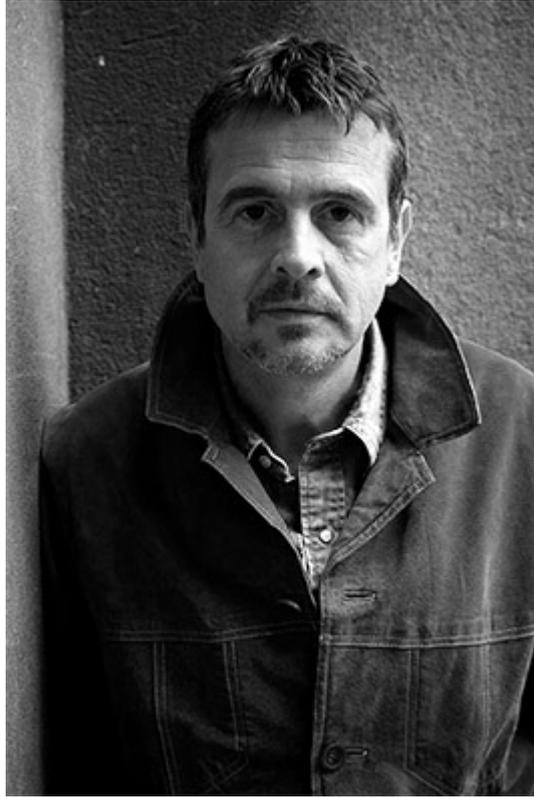
Casi todos los mejores chistes son suyos.

También debo dar las gracias a Anne Collins, de la Fiscalía General de la Corona, a Victoria Jones, del centro penitencial de Birmingham y, como siempre, a gran cantidad de actores cómicos por las libertades que me he tomado con sus nombres.

Si tuviera tanta suerte en el póquer como he tenido en asuntos de mayor importancia, no tendría que escribir para ganarme la vida; ningún autor soñaría con una editora o una agente mejores que Hilary Hale o Sarah Lutyens. A propósito del póquer, debo asegurar a mis seres más próximos que si he pasado horas jugando en Internet fue estrictamente por razones de investigación; y además les mando un saludo a mis amigos en tiempo real: The Admiral, The Junkie, Bagels, El Guapo, The Painter y Special Boy. Y sí, chicos: ya sé que el póquer es muy importante...

Gracias a Ursula MacKenzie, Alison Lindsay, Natalie Morse, David Kent, Robert Manser, Tamsin Kitson, Andy Coles, Miles Poynton, Melanee Winder, Richard Kitson, Roger Cazelet, Thalia Proctor, Terry Jackson, Duncan Spilling, Melanie Rogers, Nicola Hill, David Shelley y a todos los demás de Little, Brown por su respaldo, entusiasmo y trabajo duro.

Y a los que siempre están aquí: Paul, Alice, Wendy y Michael.



MARK BILLINGHAM (1961, Solihull, West Midlands, Inglaterra) y creció en Moseley, Birmingham. Es un novelista, actor, guionista de televisión y comediante cuya serie de novelas policiales de la que es protagonista al inspector Tom Thorne, se ha convertido en *bestseller* y de la que en 2010 se realizó una serie de televisión en la cadena Sky1, protagonizada por el actor David Morrissey. *Sueño profundo*, la primera de la serie, que se publicó en 2001 fue un *bestseller* instantáneo en el Reino Unido. Se vendió ampliamente en todo el mundo y se publicó en los EE. UU. en el verano de 2002.